



LOS Limoneros
TAMBIÉN RESISTEN
LAS Heladas

SARA CANTADOR

LOS Limoneros
TAMBIÉN RESISTEN
LAS Heladas

SARA CANTADOR

Plataforma
Editorial



Primera edición en esta colección: mayo de 2019

© Sara Cantador, 2019

© de la ilustración de cubierta, Cristina Cid, 2019

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2019

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17622-63-3

Diseño y realización de cubierta: Ariadna Oliver

Fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Interludio

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

A todos los lectores y lectoras.

A Rut.

Recordad que nuestro destino lo hacemos nosotros, paso a paso.



Prólogo

15 de octubre de 2001

Los cafés se enfrían entre nosotros.

Aunque has escuchado todo lo que he venido a contarte, esquivas mi mirada y frunces el ceño, como siempre hacías cuando no creías nada de lo que te contaban. Me pregunto si es que ya habías olvidado a Lluvia y su aroma a limón. Si es que su recuerdo se había diluido en el lago de tu memoria, como parece ocurrirles a todos los que la conocieron.

Miras tus manos, como si en ellas fueras a obtener las respuestas a todos los interrogantes que mi relato habrá abierto en tu mente fría y lógica. Una mente cuadrículada, estructurada, que no concibe nada fuera de lo empírico.

O quizá es que has querido hacer como que olvidabas. Es posible que su recuerdo te haga más daño de lo que imaginaba, y ahora estás aquí, delante de mí, disimulas y haces como que todo esto no son más que desvaríos de una loca que echa de menos a otra. Pero espero que hagas un esfuerzo, por todo lo que compartimos y vivimos.

Por ella.

Porque Lluvia jamás se olvidaría de ti, de mí o de este pueblo en el que ya no nos quedan más rincones donde escondernos. Porque en realidad se ha convertido en el lugar del que queremos huir como sea. Y me duele pensar ahora así, porque fue precisamente en este pueblo escondido donde crecí y comencé a quererme, en parte gracias a Lluvia.

Eran estas calles empedradas las que recibían el bullicio del verano, cuando todos volvían buscando tranquilidad y provocaban en nosotros, los que nos quedábamos todo el año, el efecto contrario. Un bullicio que se evaporaba como el agua del lago al llegar septiembre, y que en invierno solo dejaba callejones vacíos que albergaban nuestros anhelos, que volaban junto al aire frío entre nuestras casas.

Es cierto que nosotros sabíamos escapar de ellos. Nos teníamos los unos a los otros y eso nos bastaba. Teníamos a Lluvia.

Veo que no vas a decir nada, así que abro el bolso y cuento las monedas en silencio, sin mirarte. Ochenta pesetas que en el futuro se convertirán en otra cosa. Ese es el precio que le pongo a esta rabia que has despertado con tu aparente indiferencia. Dejo el dinero sobre la mesa, al lado de la taza medio vacía de mi café. Me abrigo bien antes de salir y me alejo sin mirar atrás. Aunque siento tu presencia en la ventana, tus ojos puestos en mi espalda, te ignoro y sigo caminando. No espero que me sigas y no lo haces, pero tampoco dudo de que mis palabras, al menos, siguen como un eco en tu cabeza. Resonando con fuerza cada vez que el nombre de Lluvia se forma entre ellas.

Tomo la calle de la iglesia, que lleva hasta la plaza baja, una de las zonas que se quedan más vacías en invierno. Camino despacio mientras intento relajarme con cada oleada de ese olor a campo, a tierra mojada y ganado que tanto había echado de menos. De hecho, nunca me había dado cuenta de que aquí el aire tiene una consistencia distinta. Quizá debería decir que, hasta ahora,

nunca había querido pararme a pensarlo. El aire trae ese frío tan característico del inicio del otoño, el que se suele recibir con alivio al pensar en guardar las sandalias después de un verano demasiado caluroso. Un frío que parece limpiar la atmósfera y traer promesas de nuevas oportunidades, promesas ahora vacías.

Pero ese aire también me trae cientos de recuerdos de otros años en los que corría despreocupada por estas mismas calles con las rodillas llenas de arañazos después de pasarme el día jugando en ellas en verano.

La iglesia parece hoy desangelada y un poco abandonada. Algunas palomas revolotean alrededor del campanario cuando oigo el característico sonido de una vieja escoba arañando el suelo de piedra. Me paro justo delante de los escalones que bajan hasta el recinto del templo y me giro a la izquierda para ver a una mujer mayor que se afana por dejar limpio el patio de su casa y, como era de esperar, me recuerda a la abuela Gracia.

Debe notar que la estoy mirando fijamente, porque se detiene y se incorpora. Entorna los ojos para intentar reconocermé. No lo hace, por supuesto. Llevaba casi cinco años sin regresar al pueblo y siento que he cambiado mucho en todo este tiempo. Después de unos segundos, alza la voz mientras señala con el dedo índice hacia un lado.

—¿Quieres algo de miel o queso, cariño?

Me sobresalto y miro en la dirección que señala: un cartel de madera pintado a mano que tiene las letras un poco apagadas y que anuncia la venta de esos productos.

—No, perdone, pero muchas gracias.

—Son los mejores del pueblo, te lo aseguro.

—No lo dudo, pero ahora no tengo suelto —miento—. Volveré más tarde.

—Pásate cuando quieras, cariño. Estamos aquí todos los días.

Se lo agradezco y la mujer retoma lo que estaba haciendo, y yo continúo caminando hasta llegar a mi destino.

Después de dejar atrás la iglesia, llego ante una puerta de madera tradicional, al menos en esta comarca. Comunica claramente con un patio, aunque hay ventanas en el lado izquierdo, donde se encuentra la mayor parte de la vivienda. Las contraventanas, también de madera, están cerradas a cal y canto, excepto la que hay en la segunda planta y que abre hacia el patio. Esa se encuentra entreabierta. A su lado se ven las hojas de un árbol.

Tengo que parpadear un par de veces para convencerme de que, a pesar de la falta de cuidado en estos años, ese obstinado limonero ha sobrevivido. Decido acercarme a la puerta y atisbo por el hueco de la cerradura: efectivamente, el árbol sigue en pie y en perfectas condiciones. Pero no me detengo ahí, sino que intento percibir más detalles del patio en el que se encuentra, aunque apenas veo nada.

Me alejo de la puerta, miro hacia arriba y, siguiendo un impulso, me aúpo sobre el cuadro de la luz, un viejo cacharro gris que sobresale de la fachada, y de ahí al dintel de piedra de la puerta. Rápidamente me encaro al borde del muro y me dejo caer al otro lado, como si fuera una ladrona. Pierdo el equilibrio y caigo de rodillas, y me ensucio los vaqueros de tierra, restos de hojas secas y lo que parece excremento de gato. Pero me levanto como puedo e intento retirar la suciedad.

Sé que, si hubieras salido conmigo del bar, si me hubieras creído y acompañado hasta aquí, aun así, habrías tenido la decencia de intentar detenerme. Créeme, mi yo de diecisiete años lo habría hecho también. Porque era lo más sensato, porque tenía que demostrarles a todos lo responsable

que era. Es probable que sea ese el motivo de que no me hayas creído: no has sido capaz de reconocer en mí a tu amiga de toda la vida. Sonríe al pensar en ello y vuelvo al presente.

La casa tiene un aspecto mucho más descuidado de lo que parecía desde fuera. El óxido está ganando la batalla en las tres puertas metálicas que dan acceso a la vivienda. Se han desprendido algunos de los azulejos que cubrían la mitad inferior de las paredes, cuya pintura blanca ha desaparecido por las manchas de humedad.

Soy incapaz de moverme de donde estoy mientras intento retener la cantidad de recuerdos (y de lágrimas) que luchan por apoderarse de mí. Me siento una intrusa, aunque hace no mucho solía ser una invitada.

Echo un vistazo en derredor, consciente de que hay algo que no termina de encajar en toda esta postal de abandono y olvido, aunque no termino de ver lo que es. Voy a darme la vuelta para salir de aquí cuando una chispa de color amarillo capta mi atención: había olvidado el limonero. Me giro y me quedo mirándolo, embobada, porque está más alto y tiene unos colores más intensos de lo que recordaba. Pero no es solo eso lo que me llama la atención.

Un ruido rompe el momento y busco su procedencia. Los goznes de las maderas que protegen la ventana superior, la que se ve desde la calle y que queda justo sobre el árbol, se mecen suavemente y emiten un débil quejido que reverbera con un eco extraño en este patio deshabitado.

Con el quejido constante de la ventana vieja y las lágrimas a punto de escapar de mis ojos, finalmente me dejo envolver por mis recuerdos. Viajo a través del tiempo, aunque no del espacio, porque, a fin de cuentas, nunca pudimos escapar de este pequeño pueblo que nunca supimos a qué provincia pertenecía. Y mientras en mi mente escucho tus voces, las de Lluvia y las de los demás, no dejo de pensar en por qué no hay un solo limón en el suelo.



¿Alguien ha dicho «monstruos»?

La señora González fue la última en salir por el portalón verde, una soberbia imitación de las puertas tradicionales que aún se conservaban en algunas viviendas de la comarca, fabricada con madera maciza y apliques de hierro forjado.

Cuando empezaron a construir aquella casa, hacía ya un par de décadas, los vecinos habían seguido los avances de la obra con una mal disimulada envidia. Era evidente que iba a ser la residencia más grande del pueblo, sin contar con aquellas que salpicaban los alrededores, ubicadas en fincas privadas a las que se accedía por un camino sin asfaltar, pero cuyas fachadas de piedra eran bien visibles desde la carretera local. Sin embargo, el muro que delimitaba el área de aquella nueva construcción impedía también constatar que aquel hecho era cierto; al menos, hasta que colocaron la puerta verde.

–Vaya con los González, les va bien el chiringuito, y no dejan ni una peseta en el banco.

El teniente Ramiro, como lo llamaban los vecinos, siempre estaba donde hubiera algo sobre lo que poder hablar en el bar después.

–Déjelos, Ramiro –sonrió Isaac–. Si pueden permitírsele, están en su derecho.

–Estoy seguro de que les han cobrado medio riñón por ese portón, y no duraría ni otra guerra, fíjese lo que le digo.

–Paco, deje ya la guerra, que han pasado muchos años de aquello.

–¡No tantos! Y no se relaje usted, Engracia, que cualquier día los papanatas que tenemos en el Gobierno nos la lían también. Ya verá, ya.

–¿Y qué culpa tiene la puerta de eso?

–Pues lo que le decía. Que costará su fortuna, pero esa madera se pudre con las primeras lluvias. Hágame caso –replicó Paco, exasperado–. En cambio, mire usted mi casa. Construida en 1923 y ahí sigue, la puerta intacta. ¡Ni una termita! ¡En todos estos años!

–Lo que no entiendo es cómo han podido permitirse todo esto...

–Pues haciendo cosas turbias, Ramiro, hágame caso.

–Nos habríamos enterado si fuera así, Paco.

–Desde luego, con las cacatúas que tenemos en este pueblo... –susurró Isaac.

–¿Qué dices?

Y así siguieron discutiendo, mezclando unos temas con otros y sin llegar a ninguna conclusión. Porque, sencillamente, no había ninguna.

Los González habían disfrutado de unas muy buenas rachas en aquellos años; temporadas en las que parecía que la fortuna les sonreiría siempre. La consecuencia de aquello era que levantaban la cabeza y miraban con altanería a sus vecinos, quienes no podían evitar mirar hacia aquella orgullosa casa cada vez que pasaban por la calle. Lo cual era bastante a menudo, porque los González se habían instalado en la plaza baja, al lado de la iglesia. El lugar más adecuado para

asegurarse de que, al menos una vez a la semana, volverían a ser el foco de atención de todos los comentarios de sus vecinos.

Durante años, aquellas puertas verdes habían sido el símbolo de una nueva nobleza: la de final del milenio. Pero ese día en concreto parecía que la fortuna que tanto había sonreído a los González había dado un giro tan brusco que era posible que nunca se recuperaran de aquello.

Cuando la señora González salió por la puerta, un policía se colocó a su lado. Sin agresividad, pero alerta, por si la mujer intentaba hacer algo desesperado en el último segundo. No habría sido raro. Aquel agente jamás se había visto involucrado en una tarea semejante, pero sabía, por compañeros de cuarteles de ciudades más grandes, que las personas que de repente se veían sin nada podían atacarles o actuar de forma impredecible movidos por la rabia, el miedo y la impotencia. Por eso no le quitó ojo de encima cuando la mujer asió como pudo la bolsa de deporte que llevaba entre sus brazos, medio abierta, y en cuyo interior se podían identificar las escasas pertenencias que había logrado acumular antes de que los echaran. Dudó si debería dejarle ir con todo aquello a cuestas, pero él solo había recibido órdenes de sacar a todo el mundo de la vivienda, y supuso que poco importaría que se llevaran algunas cosas.

Pero del incidente de la familia González habían pasado ya casi diez años, y lo que pronto se convirtió en el mayor cotilleo del pueblo fue perdiendo interés de forma paulatina, y se diluyó en el transcurso del tiempo. Ya apenas se mencionaba aquel incidente, y pocas veces se escuchaba algún susurro o comentario con dudosas intenciones. En cualquier caso, Lluvia apenas tenía recuerdos de aquel suceso, aunque sí se acordaba a veces de los estirados inquilinos de la casa del portalón verde, cuya pintura empezaba a desaparecer a ronchones.

A ella no le imponía la presencia de la construcción, más bien al contrario, le causaba una curiosidad que la movía por dentro. Se imaginaba mil historias de fantasmas que podrían ocurrir entre sus muros, a menudo alimentadas por el susurro del viento, que se colaba en las rendijas de la madera de la puerta y las ramas de los árboles que habían comenzado a crecer salvajes dentro del patio. No había forma de atisbar nada concreto en el interior de la casa, motivo por el cual su disparatada imaginación había volado en todas direcciones.

Pero aquella tarde ni siquiera dirigió una mirada de refilón a la casa, sino que pasó corriendo por su lado y llegó a la iglesia tras esquivar a todos los que salían de la misa de aquel domingo. Ignoró también las miradas furibundas que le dedicaban, hasta que llegó a la altura de una figura que conocía muy bien.

—¡Bu!

La mujer se dio la vuelta con los ojos muy abiertos, en tensión. Hasta que reconoció a Lluvia y su sorpresa dio paso al enfado, que se dibujó en un ceño profundamente ceñido en su rostro.

—¡Menudo trasto eres!

—Creía que me habías visto, Gracia. ¡Siempre picas!

Gracia relajó la expresión y le dio un suave golpe a su nieta en el hombro. Ambas comenzaron a reír.

—¿Vuelves sola?

—Hoy sí, cariño. Pero está bien.

Lluvia la miró sin mucho convencimiento, enredó su brazo en el de la mujer y ambas giraron a la vez, como si lo hubieran orquestado, y se encaminaron a una calle pequeña que subía una ligera pendiente.

—¿Por qué vienes tan acalorada?

Su nieta no respondió enseguida, sino que sonrió con picardía, de medio lado, para después

enseñar todos los dientes. Hueco entre las paletas incluido.

–¡Nos vamos de acampada!

–¿Quiénes? –Gracia respondió como un resorte, quizá esperando alguna disparatada respuesta por parte de su nieta, la que solía hacer planes e idear mil locuras sin preguntar a nadie.

–Pues los de siempre, abuela –rio Lluvia, al ver la cara de espanto de su abuela y deducir su hilo de pensamientos–. Aunque puedes venir, si quieres.

–Ay, cielo, quién pudiera volver a hacer esas acampadas a la dehesa...

Gracia se pasaba los días narrando mil historias y anécdotas de cuando era pequeña. Lluvia la escuchaba con atención y bebía de sus palabras como si fueran un bálsamo, una máquina del tiempo que la transportara rápidamente hasta otra dimensión. Otro tiempo, pero el mismo lugar que conocía de siempre. Se dejaba mecer por las palabras de su abuela, algo silbantes cuando intentaba bajar el tono para que sus padres no las escucharan a las tantas de la madrugada, con el matiz tan característico de su voz. De hecho, Lluvia suponía que Gracia mantenía el acento de otro tiempo también, que esa musicalidad era la verdadera llave a aquel pasado que nunca conocería, pero que creía tan suyo como lo era para su abuela, de tanto que había escuchado aquellas historias.

Lluvia quiso preguntarle por las acampadas; su abuela nunca le había mencionado nada al respecto, pero habían llegado a la entrada de su casa y su madre las estaba esperando. Cuando Gracia estaba apoyando las manos en el quicio de piedra de la puerta, su hija se acercó para ayudarla.

–Olalla, cariño, de verdad que puedo yo sola. –A Lluvia le encantaba cómo su abuela fruncía el ceño y arrugaba toda la cara–. Llevo entrando por esta puerta más de setenta años... Créeme, conozco de sobra hasta el punto exacto donde no resbala cuando llueve.

–Pero, mamá, el escalón es muy alto.

–¡Tonterías!

Gracia salvó el escalón con cierta dificultad, aunque no consiguió desasirse de la mano de su hija. Lluvia se mantuvo detrás. Aunque confiaba en su abuela más que en nada ni nadie, era tan consciente como todos de que la mujer se estaba haciendo mayor. Ya no barría el patio con el mismo ímpetu que hacía unos años atrás, cuando lograba despertar a su nieta con los golpes y las raspaduras que el esparto de esa vieja escoba hacía al rascar la piedra del suelo. Eran todo pequeños detalles que mantenían a toda su familia preocupada y alerta a cualquier movimiento de la mujer. Lluvia había tomado la costumbre de quedarse detrás, atenta por si su abuela tropezaba, pero sin agobiarla o hacerla parecer dependiente.

–Eres una cabezota.

–Y tú te preocupas sin motivo.

–Papá y tú me educasteis así. –Olalla arrugaba la frente igual que Gracia.

–Ahora la culpa es nuestra. Será posible.

La abuela siguió avanzando mientras refunfuñaba por lo bajo e ignoraba el limonero que adornaba el patio. Desapareció tras pasar una de las puertas que conectaban con el interior de la casa, mientras Olalla se giraba hacia su hija y ponía los ojos en blanco.

–No me dejes ser así de mayor.

Lluvia rio, y su voz cantarina inundó el patio. Una suave brisa movió las hojas del árbol y embriagó la estancia con un aroma fresco al tiempo que las últimas voces de los vecinos se iban desvaneciendo mientras se alejaban de la plaza baja.

Un rato después, las tres estaban sentadas alrededor de la mesa del comedor y disfrutaban de la

comida que habían preparado la madre y la abuela de Lluvia.

–Mamá, podrías haber preparado algo más fresquito...

–Quién hubiera pillado estas judías en tiempos de necesidad, repollo –replicó Gracia.

–Cómetelo todo y no te quejes, anda –le contestó su madre–. ¿Qué tal hoy la misa, mamá?

–Pues igual que cada domingo: las mismas chismosas y los mismos comentarios rancios. Y el cura no se une a las cacatúas porque tiene que aparentar seriedad.

–Pero ¿la gente va a alguna vez a rezar, hablar con Dios o lo que sea que se haga en la iglesia? –preguntó Lluvia mientras hacía muecas con la comida. Su madre entornó los ojos en un gesto de advertencia. Lluvia intentó fingir inocencia y devolvió la atención a su abuela.

–¡Esa sí que es buena! Aquí la gente ama al Señor, es muy devota y se santigua cuando ve un pecho femenino en televisión, pero los domingos son los santos días del cotilleo.

Lluvia acababa de introducirse una cuchara colmada en la boca, así que tuvo que hacer todo el esfuerzo posible por mantener las judías a buen recaudo. Su madre puso de nuevo los ojos en blanco, y Gracia las miró alternativamente, divertida. Asintió levantando las cejas, en un gesto muy característico. Lluvia se puso roja y no pudo evitar escupir la mayor parte de la comida que tenía guardada en la boca.

–¡Lluvia, por favor! –exclamó Olalla, enfadada.

–¡Lo siento!

–Tampoco es para tanto, hija. Al menos ha caído todo en el plato –contestó Gracia, en tono burlón.

Su nieta continuó riéndose, sin ser capaz de detenerlo, y contagió a Gracia. Olalla las miraba alternativamente con el ceño fruncido y los labios apretados e intentaba disimular.

–Bueno, parad ya. No es para tanto –replicó–. Recoge lo que has ensuciado.

Lluvia asintió mientras las lágrimas caían por su rostro, pálido y redondo. Intentando contenerse, se levantó, tomó su plato y se dirigió a la cocina. Al poco rato, su madre y su abuela estaban con ella, y las tres dedicaron el siguiente rato a recogerlo todo y a echarse gotitas de jabón las unas a las otras. Cuando acabaron, Gracia se retiró al salón, se acomodó en su extremo favorito del sillón y se dispuso a continuar su tarea de bordado, para lo cual se colocó unas enormes gafas con unos cristales demasiado gruesos.

Lluvia la observó en silencio y pensó en lo mucho que Gracia se parecía a una adorable hormiga atómica. Amaba a su abuela por encima de todas las cosas y no había recuerdo de su vida en el cual la figura de Gracia no fuera importante. En ese instante recordó que, cuando era bien pequeña, su abuela ya llevaba las mismas gafas, aunque con unos cristales un poco más finos.

–¿Por qué te pones lupas en los ojos, abu? –le preguntó en una ocasión.

–Para ver bien a los monstruos, por supuesto.

–¿Qué miedo! ¿Y para qué quieres hacer eso? –Lluvia la miraba interrogante.

–Pues porque de ese modo puedo echarlos antes de que suban la escalera y lleguen a tu cuarto.

Después, el salón se inundaba de la risa cantarina de su nieta, cuando Gracia se inclinaba sobre ella y se hinchaba a hacerle cosquillas. Unos segundos después, su padre aparecía por la puerta, gritando y mirando a todos lados, en un gesto cómicamente exagerado.

–¡Eh! ¿Alguien ha dicho «monstruos»?

Lluvia daba un respingo, ligeramente alarmada, y salía disparada en sentido contrario. Su padre la perseguía con los brazos extendidos y sin parar de reír.

Pero ya tenía diecisiete años, su padre había dejado de correr detrás de ella al darse cuenta de que era mucho más lento que su hija y su abuela hacía tiempo que había decidido que no tenía que

defenderla más de los monstruos. Y es que, cuando Lluvia cumplió diez años, las dos llegaron a la conclusión de que la niña era más fuerte que cualquier cosa que pudiera asustarla.

Así que dejó a su abuela concentrada en su tarea, sonrió despacio y comenzó a subir la escalera hasta el segundo piso, donde se encontraban los dormitorios.

Lluvia no había conocido nunca otra casa a la que llamar hogar. Desde que nació, había vivido en la que había sido la vivienda de su familia materna, donde sus abuelos habían pasado los años más felices de su vida. Había ido sufriendo varias reformas a lo largo de los años, por supuesto, pero la estructura original se había mantenido. Y a Lluvia le encantaba que se respirase ese aire a recuerdos y otras épocas, más palpable en algunas estancias que otras. Por ejemplo, en la que cariñosamente llamaban la biblioteca. Era un cuarto pequeño y acogedor, con las paredes cubiertas de estanterías de madera oscura que contenían libros desde el suelo hasta el techo. Un pequeño escritorio ocupaba el espacio que había debajo de la ventana que daba a la parte trasera de la vivienda.

Al campo.

Y ese minúsculo detalle era lo que le encantaba a Lluvia. Para ella era fundamental despertarse y escuchar los sonidos del campo, oler el aroma que le llegaba a través de esa habitación y que inundaba la segunda planta.

Paula y Lucas a menudo se reían de ella. No comprendían por qué su amiga, que nunca había salido de Valdesa, el pequeño pueblo donde habían vivido siempre, lo quería tanto. Ellos estaban deseosos de cumplir la mayoría de edad para tener así la excusa perfecta para salir y vivir en la gran ciudad. Quizá, incluso, para no volver.

Pero Lluvia era muy distinta a sus amigos y, en general, a cualquier persona de Valdesa.

Sonrió al pasar al lado de la biblioteca. Siempre había sentido que la casa estaba muy vacía. Que le hacía falta un hermano o una hermana. O varios. Pero sus padres nunca adoptaron y de manera natural no pudieron concebir ningún hijo más.

A veces envidiaba a Paula y a Lucas por ello. Le habría gustado saber qué se sentía al tener que compartirlo todo o a discutir por cualquier cosa con un hermano pequeño. Le encantaba cuando sus amigos llegaban quejándose, enfadados, porque sus hermanos habían dicho o hecho algo.

—No sabéis la suerte que tenéis —les recriminaba Lluvia.

—No, la que no sabe lo afortunada que es eres tú —replicaba Lucas, enfurruñado—. Tener un hermano menor es una lata.

—Y una hermana mayor, ni te cuento —lo secundaba Paula.

Pero ellos no sabían lo que era llegar del instituto y encontrarse una casa vacía. Sus padres tenían intensas jornadas de trabajo entre semana, e incluso su padre solía estar fuera de casa días enteros, cuando tenía que viajar al extranjero. Gracia no siempre llegaba pronto tampoco; la mujer se había apuntado a varios clubes, se reunía a menudo con sus amigas y era voluntaria en la pequeña biblioteca del pueblo.

Así que Lluvia se encontraba a menudo con la puerta cerrada y el eco de su voz respondía a su saludo cuando entraba en el patio.

En esos momentos, dejaba la mochila en el suelo y corría de un lado a otro, cantando y diciendo tonterías, sin importarle si alguien estaba escuchando. Les hablaba al limonero y a las golondrinas que anidaban en los aleros del tejado en verano, y que sus padres nunca se atrevieron a quitar.

Aprovechaba entonces y retiraba las hojas que se habían desprendido o los limones que habían caído al suelo, y después subía a la biblioteca. Normalmente, escogía un libro al azar, comenzaba a leerlo y lo dejaba, para después imaginarse el resto de la historia. Algunos días le daba por

reorganizar el orden en el que estaban, e incluía pequeñas notas en los ejemplares que sabía que su abuela o sus padres consultaban a veces, o que serían su próxima lectura.

Siempre dejaba un ejemplar muy especial cerca de los libros de Gracia. Era un libro de relatos de varios autores que había sido de su abuelo y que le había regalado su mujer, la propia Gracia.

Lluvia releía y releía la nota en la que, en una caligrafía llena de florituras, algo temblorosa y con un delineado completamente recto, su abuelo Basi había escrito una dedicatoria preciosa. Lluvia había sentido que irrumpía en la privacidad de sus abuelos y que nadie la había invitado a leer nada tan personal. Pero con lo poco que conocía a su abuelo, todo anécdotas, recuerdos y descripciones que le llegaban de otros, y que podía comprobar al observar las escasas fotografías que conservaban de él, se había hecho una idea del tipo de persona que era. Tenía una personalidad curiosa como su nieta, sin una pizca de maldad, y por eso Lluvia sentía que, de seguir viviendo, él mismo le habría enseñado esa pequeña carta.

Y como no estaba segura de que Gracia se acordara muy bien del libro, lo dejaba siempre cerca, para que pudiera encontrarlo. Lluvia dudaba de que lo hubiera visto alguna vez porque, a pesar de que la mujer acudía a la biblioteca de vez en cuando y salía con alguna nueva lectura, el libro de relatos seguía intacto. Hasta que hacía dos años su nieta la había encontrado sentada en el escritorio con los ojos húmedos.

–Gracia, ¿estás bien? –Lluvia se acercó temerosa, pues pensó que su abuela se encontraba mal o le dolía algo, hasta que vio el libro entre sus manos, justo encima del regazo.

Gracia dio un respingo y miró en su dirección. Su rostro reflejaba la sorpresa de una niña a la que han pillado haciendo alguna travesura. Se volvió rápidamente, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se levantó de forma algo brusca.

–¿No estabas en el instituto?

–Hoy hemos salido pronto –contestó Lluvia, dubitativa, y miró hacia sus manos.

Cuando la abuela siguió la dirección de su mirada, y después se volvió de nuevo hacia ella, comprendió. Atrajo a Lluvia hacia sí con un brazo y le dio un beso muy suave en la coronilla. La joven no dijo nada, cerró los ojos y se dejó mecer por el abrazo. Y cuando sus padres las encontraron así unos minutos después, se sintió inmensamente agradecida.

Ahora Lluvia y Gracia compartían el secreto, y la búsqueda del libro de relatos se había convertido en un juego para ellas. Ambas tomaban el libro y lo cambiaban de sitio. Nunca estaba del todo escondido, pero a menudo tenían que pasarse un buen rato buscándolo. Después, cada una anotaba una pequeña anécdota entre sus páginas, y sus letras acompañaban a las de Basi.

Lluvia miró en derredor al darse cuenta de que llevaba varios minutos parada ahí, delante de la puerta, inmersa en todos esos recuerdos. Así que siguió caminando hacia su habitación, se tumbó en la cama y observó cómo las hojas del limonero que asomaban detrás de su ventana se mecían suavemente. Las voces de su madre y su abuela llegaban amortiguadas, mezcladas con el rumor de la televisión, que debían de haber encendido después de que Lluvia se fuera. Echó en falta la voz grave y serena de su padre, quien no tardaría en volver de su último viaje.

Arrullada por esos sonidos, mientras inspiraba el sutil aroma a limón del patio, cerró los ojos y pensó en lo afortunada que era. Porque sí, era posible que alguna vez echara en falta algún inquilino más en la casa. Ese hermano o esa hermana que nunca tendría. Pero sabía que los cuatro que la habitaban la llenaban de todo lo que necesitaba.

Ella era feliz con eso.



Las chicas buenas no replican

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Era siempre al quinto paso cuando el eco de la baldosa rota reverberaba.

Cinco. Seis. Siete.

Al octavo, giraría hacia la izquierda y reduciría el ritmo.

Nueve. Diez. Once.

Al duodécimo, se detendría en el marco de la puerta.

Paula se mantuvo quieta en todo momento, con sus rizos esparcidos por el suelo de losas antiguas. Estas se dispersaban por toda la sala y creaban unos entramados geométricos que siempre había encontrado armoniosos. Los rojos, los blancos y los colores, que habían perdido toda definición con el paso del tiempo, le hacían imaginar quién podría haber vivido antes allí.

La superficie estaba siempre fresca, lo que era un alivio en verano. Se había tumbado con los brazos y las piernas extendidos, los ojos cerrados y la calma que solo sentía en esos momentos en los que, por casualidad, conseguía despistar a sus padres.

—¿Qué haces?

La voz la sobresaltó. No se había dado cuenta de que su madre y su hermana caminaran igual.

—Nada —disimuló, e hizo un esfuerzo por mantener los ojos cerrados.

—¿Ahora te da por tirarte por el suelo?

—Se está fresquito.

—Estás loca.

—Tengo calor.

Carol suspiró. Paula pudo sentir cómo se cruzaba de brazos.

—Mamá necesita que la ayudemos con unos recados.

—¿Las dos?

—Sí.

Notó el titubeo de su voz. Esta vez sí que abrió un ojo y se giró hacia su hermana, sin incorporarse aún. Carol levantó las cejas.

—¿Vamos? —preguntó, y Paula creyó haber distinguido un ligero tono suplicante bajo esa apariencia segura.

Pero no contestó, se levantó despacio y se acercó a su hermana.

A pesar de ser dos años menor que Carol, Paula le sacaba casi una cabeza. Su hermana era pequeña y ambas tenían la piel igual de morena y llena de lunares. Quizá ese era su rasgo más característico, al menos a simple vista, y cualquiera en Valdesa podía reconocer a las hermanas Espinosa por esos detalles. A ojos de los demás, eran una especie de *pack* indivisible, ya que de pequeñas solían hacerlo todo juntas. Iban de la mano de un lado a otro, vestidas prácticamente igual, y sus rizos se balanceaban al mismo ritmo, marcado por sus cortos pasos. Hablaban de ellas

en plural, y cualquier comentario que pudiera tener como foco una de las hermanas también se le aplicaba a la otra.

No obstante, ambas eran demasiado distintas como para que esa unión durara demasiado. Con el paso de los años, y a medida que dejaban de ser dos niñas, sus rasgos comenzaron a distinguirse y distanciarse. Poco a poco, ellas mismas también.

Ninguna supo qué pasó. Ni cuándo. Simplemente dejaron de ser las adorables e inseparables hermanas Espinosa y se convirtieron en dos chicas que compartían casa, hasta que Carol empezó la carrera en la Universidad de Salamanca y solo coincidían durante las vacaciones del curso.

Paula siguió a su hermana en silencio.

–Puedes probar a peinarte alguna vez, no tiene nada de malo. –Carol la miró de reojo, divertida, y Paula se pasó una mano por la cabeza. Se encogió de hombros.

No cruzaron ninguna palabra más y salieron de la casa. Carol marcaba el ritmo mientras se movía por las calles y saludaba cordialmente a todos los vecinos con los que se encontraban. Paula miraba de reojo a su hermana, la cual caminaba con su característica seguridad.

Los hombros rectos, el ritmo constante, la mirada paralela al suelo.

Tras años de práctica observando a Carol, Paula había ensayado esa postura mil veces y nunca había conseguido nada parecido. A ella se le veía andar forzada, rígida, y sus ojos se iban constantemente al suelo.

Intentó no pensar en ello, así que centró su atención en recordar que esa mañana había estado con sus amigos, hablando de la acampada y haciendo planes para lo que quedaba de verano. Pero la acampada también le provocaba otra cadena de pensamientos a los que no quería enfrentarse, así que volvía al presente y se enfocaba de nuevo en las personas que se encontraban. Vecinos que conocían de siempre, familiares que habían venido a pasar unos días de vacaciones, niños que corrían por la calle.

Y así sus pensamientos se enredaban en bucles interminables, confusos y que la dejaban profundamente mareada y enfadada, lo que se reflejaba en su rostro en un aparentemente constante ceño fruncido.

Carol la miraba en silencio también. No podía imaginar lo que pasaba por la mente de su hermana pequeña. No sabía qué pensar de sus gestos, cuando fruncía el ceño o los labios, o cuando respiraba hondo y sacudía la cabeza y negaba algo que Carol no podía comprender.

Ya no vestían ni remotamente parecido.

Y las separaba una distancia más grande que la que permitía el espacio de aquellas estrechas calles.

Llegaron al supermercado de la plaza alta, lleno hasta la bandera. Los domingos eran el día favorito para salir y socializar, y todos aprovechaban el buen tiempo para dar un paseo por el pueblo, reunirse en las plazas e ir a misa juntos. Por la tarde, en cambio, Valdesa parecía sufrir una desbandada general, ya que nadie tenía el valor de enfrentarse a las altas temperaturas y al aire sofocante, por lo que todas las calles volvían a quedarse tan vacías como solían estarlo en invierno. Al menos, hasta que se inundaban de nuevo por las noches.

Carol entró la primera e inundó la estancia con la luz de la calle. Muchos se giraron y comenzaron a hablarle, hasta que se percataron de que Paula iba detrás.

–Pero ¡qué guapas estáis!

–Siempre tan monas.

–¿Cómo está vuestra madre?

–Bien, como siempre –sonrió Carol. Su hermana vio cómo la estancia se iluminó de nuevo–. De

hecho, veníamos a comprar el pan y varias cosas que necesita.

–¡Siempre tan responsables!

–Hacemos lo que podemos. –Carol se giró y esperó que Paula continuara de alguna forma. Pero esta le devolvió la mirada y no añadió nada.

–Qué orgullosa debe de estar contigo, Carolina. Siempre tan modesta y tan buena –señaló Ricardo, el dueño del negocio.

Carol respondió con otra de sus radiantes sonrisas y empezó a buscar entre las estanterías.

–Necesitamos tomate frito. Mamá va a hacer macarrones hoy. Como a ti te gustan.

–¿Los hace por mí?

–Claro.

Paula agarró el bote y siguió adelante.

–Quinientas cincuenta pesetas –recitó Ricardo en la caja.

–Aquí tienes, muchas gracias.

–¡A vosotras! A ver si os dejáis ver más por aquí. Que cada vez que os vemos habéis crecido medio palmo y habéis cambiado mucho. ¡Nos ha costado reconoceros antes!

–Aunque estáis preciosas, como siempre. –La mujer que estaba detrás de ellas en la cola, Engracia, guiñó un ojo–. Seguro que pronto venís con vuestros novios.

–Creo que todavía nos queda para eso, no hay prisa.

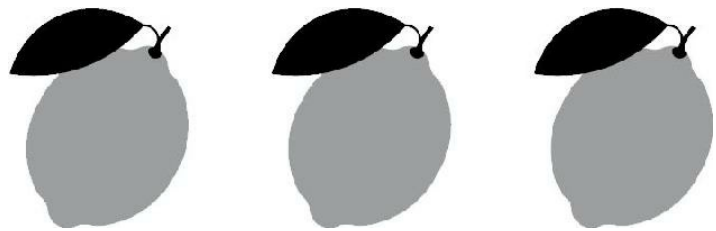
–Anda, tonta. Hay que aprovechar la juventud. ¡Hazme caso!

–Lo tendremos en cuenta, entonces. –Carol era experta en zanjar conversaciones que no le interesaba tener y, mientras sonreía a los presentes, empezó a recoger todos los productos y a guardarlos en una bolsa de tela–. Pero ahora tenemos que volver a casa, ¡o nos va a caer una buena por entretenernos!

–Por supuesto, ¡dadle recuerdos a vuestra madre!

Las dos asintieron y, cuando estaban cerrando la puerta del local a sus espaldas, siguieron escuchando sus voces, un poco amortiguadas.

Paula constató que, aunque habían hablado todo el tiempo en plural, solo habían mirado a una de las dos.



Al llegar a casa, un olor muy agradable llegó hasta ellas. La música se escapaba por las ventanas del salón hasta el patio y el ruido de los platos y los cubiertos se escuchaba en la cocina.

–¡Hola!

–¿Ya estáis aquí?

–Y traemos el tomate. –Carol agitó la bolsa por encima de su cabeza.

La madre de las dos chicas se asomó por la puerta de la cocina.

–¡Genial! Llegáis en el momento perfecto. Echo el tomate, meto los macarrones en el horno ¡y comemos en un rato! –Miró a Paula despacio–. No me digas que has salido así a la calle.

–Eh... Sí –respondió su hija, confusa. Paula miró extrañada a su hermana, que no hizo ningún tipo de comentario o gesto que le diera alguna pista de lo que sucedía.

Se miró e intentó descifrar qué era lo que había visto su madre en ella que no le gustaba. ¿Sus pantalones cortos, que se compró el verano pasado y que seguía usando porque, a pesar de estar gastados, eran lo más cómodo que tenía? ¿Llevaba la cara sucia? ¿Alguna prenda rota? No encontró nada fuera de lugar, así que volvió a levantar la cabeza y sostuvo la mirada a su madre, que había cerrado los ojos en un gesto de resignación.

–Por favor, es que ya no sé cómo decírtelo. –La mujer sacudió la cabeza de un lado a otro y suspiró–. Da igual. Id poniendo la mesa, por favor.

Carol se apresuró a entrar en el comedor mientras echaba un vistazo rápido a su hermana pequeña, que la siguió totalmente confundida. Su madre desapareció en la cocina.

–¿Qué mosca le ha picado? ¿Qué tengo de malo? –preguntó Paula en cuanto su hermana le puso el mantel y las servilletas en la mano.

–No le hagas caso –respondió la otra–. Sabes cómo es mamá.

–Pero ¿tengo algo raro?

Paula se quedó quieta, con los cubiertos en las manos. Apretó los nudillos con fuerza y entornó los ojos, y deseó que su hermana se diera la vuelta y la mirara directamente cuando decidiera contestar sus preguntas. En realidad, solo había formulado una de las muchas que circulaban por su mente a diario. Porque Paula podía ser muchas cosas, pero jamás era capaz de encontrar sus propias respuestas. Su mente se saturaba de pensamientos enredados, los cuales, como máximo, desembocaban en nuevas y más confusas preguntas.

Pero Carol siguió buscando en los cajones, alargando el momento de enfrentarse a ella. Porque sabía muchas cosas. Y, aunque quería dejarlas escapar, hablar en voz alta y ser clara, callaba.

Cuando se giró, a Paula le pareció distinguir una extraña tristeza, quizá mezclada con cariño, en la forma en la que se formaron arrugas en las comisuras de su boca.

–Estás bien, Paula. No tienes nada raro ni malo.

Las dos se quedaron un rato paradas a una distancia que parecía haberse agrandado en comparación con unos minutos antes. La música seguía llegando desde el salón, a través de las puertas y ventanas abiertas. Alguien, posiblemente su padre, canturreaba por la casa, y su madre seguía haciendo ruido en la cocina. Y, entre todo ello, el aire cálido de finales de julio les trajo el recuerdo de aquellos veranos de su infancia. De sus mochilas a juego, y de las dos paradas en la entrada de la casa mientras esperaban a sus padres para ir a la piscina.

Las dos lo ignoraron, se movieron casi a la vez y continuaron con su tarea.

Los cuatro comieron juntos un rato después, alrededor de la mesa, como siempre. Se sumergieron en una conversación superficial e insustancial a la que Paula apenas prestó atención. Se sentía atrapada en el interior de una burbuja gigante, a la cual llegaban las voces de su familia de forma amortiguada, como si se encontraran en algún lugar muy lejano.

Por un instante, sintió que no estaba allí con ellos. Su mente vagaba de un pensamiento a otro sin pararse en ninguno en concreto. Recordaba lo feliz que se había puesto Lluvia después de que los cinco se pusieran de acuerdo con los días de la acampada de aquel año. Luego recordaba el gesto adusto de Lucas, su boca formando una línea recta que no denotaba emoción alguna. Pero Paula lo conocía bien, y sabía que estaba preocupado por algo, aunque tardaría un tiempo en admitirlo. Pensó en Aarón y Olivia, y sonrió al caer en la cuenta de que Olivia le preguntaría todos los días sobre cuándo sería la acampada.

–...Y necesitamos pintar la fachada de blanco.

–Cariño, ya le dimos una nueva capa el verano pasado.

–Pero ya hay manchas de humedad.

–No se ven tanto, mamá –respondió Carol después de arrancar un trozo de pan bruscamente.

–¡Carolina! Come bien. Si alguien te viera, pensaría que no tienes modales.

Carol la miró despacio, se sentó un poco más erguida y no respondió nada. Pero Paula percibió la arruga en las comisuras de sus labios. Fue algo casi imperceptible y fugaz, pero ambas casi habían podido escuchar las palabras amontonándose en su boca, luchando por no escapar, hasta que debieron diluirse entre sus dientes.

–Las manchas de humedad son horribles. Cualquiera diría que descuidamos nuestra casa. – Amelia miró al padre de las dos chicas, el cual asintió–. Además, creo que sobró algo de pintura, así que solo tendremos que llamar a los pintores.

–De acuerdo, mañana lo hacemos sin falta.

Nadie añadió nada más, y Amelia frunció un poco el ceño mientras miraba a unos y a otros y se llevaba un nuevo bocado a la boca. Paula la ignoró adrede y fijó toda su atención en el plato medio vacío. No quería que su madre volviera a recriminarle nada, como había hecho un rato antes, al regresar a casa. Observó despacio a su padre, que comía tranquilamente y con satisfacción, ajeno a la tensión que siempre presidía las comidas. Ajeno también a las miradas desaprobadoras que su mujer dedicaba a Paula mientras se levantaban de la mesa o a cómo sacudía la cabeza. Carol, por su parte, asumía su papel de espectadora silenciosa, pero sin perder ni un detalle de lo que sucedía. Justo cuando parecía que Amelia iba a decir algo, una voz irrumpió en la casa, y el eco reverberó por el patio.

–¿Paula?

El corazón de la chica dio un vuelco y se volvió rápidamente hacia la puerta de entrada. Pero la silueta que se recortaba frente a la luz de la calle pertenecía a otra persona que no era la que esperaba.

–¡Olivia!

–¿Te vienes a la piscina hoy?

–Acabo de comer.

–No pasa nada, podemos esperar un rato a bañarnos. Pero al menos estamos tiradas en el césped.

Olivia le sonreía con sinceridad, con una mochila verde desvencijada colgada del hombro y el bañador rojo visible a través de la camiseta de publicidad ancha que llevaba.

–No, lo siento –mintió–. Si me hubieras avisado antes...

Ni aunque la hubiera avisado con días de antelación habría accedido a ir con Olivia a la piscina. Lo que sí sintió fue la genuina muestra de tristeza de su amiga.

–La verdad es que lo he pensado sobre la marcha.

–Puedes avisar a Lluvia; seguro que se apunta –apuntó Paula. De hecho, ojalá hubiera sido ella quien hubiera llamado a la puerta. Entonces sí: se habría dado prisa por prepararse y salir corriendo de allí.

–Ya lo he hecho; es la primera que me pilla de camino. Pero no estaba en casa.

–¿Y eso?

–No lo sé, pero tratándose de ella... –Olivia se encogió de hombros–. Los chicos tampoco van. Supongo que intentaré convencer a mis primos.

–Genial, suerte.

–¡Nos vemos luego!

Paula sacudió la mano en una seca y desastrosa despedida, pero Olivia sonrió, como si no se hubiera percatado de nada. Sus suaves ondas castañas se balancearon al ajustarse el asa de la mochila al hombro y después se giró y se alejó de la casa. Cuando el suave ruido de sus chancas se perdió por la calle hacia la plaza media, Paula se percató de que no le había dedicado ni una pequeña sonrisa en todo el rato que habían hablado. Se preguntó por qué la trataba siempre así, como si la culpaba de algo de lo que ella no era responsable. Pero no pudo entretenerse mucho en sus pensamientos, porque la voz de su madre la sobresaltó.

–¿Piensas quedarte ahí todo el día? Haz el favor de hacer algo y ayudarnos, como hace tu hermana.

Paula la miró y no respondió, y cerró la puerta de la calle con fuerza.

–Pero ¿qué te pasa? ¿Qué culpa tiene la puerta?

–Ninguna.

–Entonces más te vale que se vayan acabando estas pataletas de niña pequeña. Cierra y vuelve a abrir. –Amelia se cruzó de brazos, impassible, mientras su hija alzaba las cejas, incrédula.

–¿Es en serio?

–No te vas a mover de aquí hasta que no lo hagas.

Paula apretó los puños y dio dos pasos, dispuesta a ignorar a su madre.

–¿Dónde te crees que vas? –gruñó Amelia entre dientes.

–Mamá, déjala. –Carol apareció con una mirada seria y un tono cortante.

–Tu hermana tiene que aprender a comportarse. El año que viene va a ser mayor de edad y sigue pareciendo una niña pequeña –le respondió Amelia. Después se giró hacia Paula–. Haz lo que te he dicho, por favor.

Y, por enésima vez, Paula hizo lo que le ordenaba su madre. Abrió la puerta pesadamente, la volvió a cerrar y se marchó, sin dirigir ni una sola mirada a su madre o a su hermana.

Amelia se volvió en sentido contrario y Carol observó la actitud derrotada, pero desafiante, de su hermana pequeña. Pensó en que quería volver a aquellos años en los que conseguía convencerla para sentarse en el frío suelo de la casa y se dedicaba a recoger su pelo en miles de coletas con elásticos de colores pastel y pinzas con forma de mariposa. Pero a ninguna de las dos parecía gustarle ya esos insectos, y habían perdido toda complicidad.

Suspiró con pesar y siguió a su madre.



La quietud de la casa comenzaba a agobiarla de nuevo.

Carol hacía rato que había ido a la piscina con sus amigos y sus padres dormitaban en el salón, desde donde llegaba el murmullo producido por la televisión de fondo y el ventilador.

Paula no entendía qué gracia tenía la piscina, a la que todos iban cada tarde durante todo el verano. Sus amigos se pasaban horas y horas y regresaban a la hora de la cena a sus casas. No recordaba tampoco cuál había sido el último verano en el que había pedaleado cuesta arriba a las

cuatro de la tarde con los demás, hacia el exterior de Valdesa. Recordaba habérselo pasado bien, pero en esos momentos...

En su nueva realidad, pasaba las tardes sin saber muy bien qué hacer, hasta que llegaba la noche y volvía a encontrar las fuerzas para ver a sus amigos.

Pero aquel día no podía estar más en casa y, sin mirarse en el espejo antes de abrir la puerta, salió.

Había descubierto que su madre se había escandalizado por su melena revuelta, y sonrió con satisfacción al pensar en su reacción si volvía a verla salir así.

La plaza media se encontraba prácticamente desierta. Eran apenas las cinco y media de la tarde, y la mayor parte de los vecinos estarían durmiendo la siesta, aletargados por el calor. Apenas se cruzó con un grupo de niños, pertrechados con unas raquetas a la espalda, y que se gritaban unos a los otros mientras subían costosamente por la calle principal, también hacia la piscina.

—Extranjeros...

Paula caminó hacia la plaza baja mientras pensaba en lo curioso que era el verano en Valdesa. En cómo se llenaba de extranjeros y vecinos que se habían ido a vivir a grandes ciudades, y de repente el pueblo volvía a latir con demasiada vida.

Se detuvo en seco. Iba tan absorta en sus pensamientos que por poco pisó algo. Cuando Paula bajó la vista para distinguir lo que era, se apartó con rapidez. Un cachorro la observaba tumbado en el suelo, muy pegado a la fachada, buscando la pequeña sombra que proyectaban los tejados. El perro tenía muy mal aspecto: estaba muy delgado, por lo que se le marcaban todos los huesos, y tenía el pelaje sucio, descuidado y salpicado de parásitos. Miró a Paula con miedo, con una indudable expresión de cansancio.

La chica se lo quedó mirando unos segundos con cara de asco y, finalmente, fue hasta el otro lado de la calle y siguió caminando. De vez en cuando echaba miradas hacia atrás para cerciorarse de que el perro se quedaba en el sitio y no la seguía. Este la observó desde su posición, pero no hizo ni un amago por moverse. Algo en la expresión de la chica le había hecho replanteárselo y, aunque algo dio un pequeño brinco en el pecho de Paula, no respiró tranquila hasta que llegó a la plaza baja.

Siguió caminando hacia la casa de Lluvia y, al llegar, la encontró medio cerrada. Se asomó a través del marco superior de la puerta, que estaba abierto, y saludó tímidamente.

—¿Lluvia? ¿Estás en casa?

Nada. Silencio.

Le gustó sentir la ligera brisa que soplaba siempre en aquella zona de Valdesa. No refrescaba exactamente, pero aliviaba un poco el calor seco y sofocante de Toledo en aquella época.

Observó el limonero, cuyas ramas superiores parecían alcanzar la ventana de la habitación de su amiga. Las contraventanas estaban abiertas y los visillos de las cortinas parecían querer escapar a través del hueco.

—¿Hola? ¿Lluvia? —Lo intentó de nuevo, pero no había nadie en casa, sin duda.

En realidad, ya se lo había dicho Olivia, pero no le había hecho mucho caso. Y era posible que Lluvia no estuviera antes y luego hubiera vuelto a casa. Tenía sus propios ritmos, por lo que era muy complicado coincidir o encontrarla cuando ella no quería o tenía otros planes para los que no contaba con nadie.

Un poco decepcionada, Paula decidió volver a casa. Le apetecía estar con Lluvia, hablar con ella y olvidarse un poco de sus preocupaciones. O quizá desahogarse, no estaba muy segura. En cualquier caso, era evidente que no iba a tener esa opción.

Decidió ir por otro camino para dar un rodeo antes de llegar. Quería retrasar el momento de encerrarse en aquella fría y enorme casa. Tampoco quería cruzarse con el cachorro lleno de pulgas. Así que, en vez de atravesar la plaza baja, tomó una de las calles que desembocaban a ella y caminó sin pensarlo demasiado. Pronto se quedaría sin opciones y tendría que dirigirse a la plaza media de todas formas.

En esta ocasión, intentó dejar la mente en blanco y escuchó sin prestar demasiada atención los sonidos que le llegaban de las puertas y ventanas abiertas del pueblo. Niños que lloraban, ronquidos, televisores, música alta y ventiladores. Al girar una de las calles, se encontró de repente con la última persona que esperaba ver aquel día. Casi chocaron, pero ambos parecieron reaccionar a tiempo y se detuvieron en seco, uno delante del otro, a escasos centímetros. El corazón de Paula comenzó a acelerarse cuando fue consciente de quién era.

–Eh... Hola –saludó, perpleja.

–Hola, Paula –sonrió Andrés–. ¿Vas a buscar a Olivia?

Paula se quedó mirándolo un rato, sin responder. Cuando Andrés parpadeó, confuso, reaccionó.

–Ah, no. Quiero decir. Vino antes a buscarme, pero se fue a la piscina.

–¿Y no fuiste?

Evidentemente, no, si estaba allí. Algo así le habría gustado responderle.

–No. –Se encogió de hombros.

–Yo tampoco. Paso de esas tonterías de críos. Dejé de ir hace un par de años. –Andrés sonrió con suficiencia, y Paula se preguntó en qué momento le había preguntado ella lo mismo–. De hecho, prefiero no pagar e ir a la piscina de un colega si me apetece.

Paula lo miró con atención. Desde luego, esa era una de las cosas que haría alguien como él.

Andrés era hermano de Olivia, dos años mayor que ella. Había acabado el instituto hacía un par de veranos y había conseguido que sus padres pagaran sus estudios en Madrid. Según les había contado Olivia, había habido una fuerte discusión en casa, pero al final habían accedido frente a las exigencias de su hijo mayor.

–¿Haces algo ahora? –preguntó Andrés, sacando a Paula de sus pensamientos.

–Vuelvo a casa, la verdad.

–¿Te apetece hacer algo? –Su sonrisa volvió a dibujarse en su rostro.

–Con este calor... –dudó Paula. Por supuesto, se moría de ganas de quedar con Andrés, pero había sido tan inesperado que no había tenido tiempo de prepararse. Tembló ligeramente al tiempo que varias gotas de sudor frío recorrieron su espalda.

–Podríamos tomar algo en el bar, ¿quieres?

–Si te viene bien...

–Me viene estupendamente –replicó Andrés, y sonrió ladeando la cabeza.

Paula asintió, un poco más convencida y se preguntó si era posible que aquel pudiera ser su verano. Al lado de Andrés, ambos comenzaron a ascender la calle hasta la plaza alta.



Para olvidarse de ella

Caminaba con las manos en los bolsillos mientras intentaba que su rostro no expresara todo lo que le bullía por dentro y que le impedía pensar con claridad.

Lucas había ignorado el tema de la acampada adrede. Todos eran conscientes de que probablemente esa iba a ser la última excursión de ese estilo que harían a la dehesa, cerca del embalse. Era una tradición que llevaban cumpliendo cuatro rigurosos años y que todos esperaban con ilusión. Aprovechaban los días más propicios para ver la lluvia de estrellas de agosto y pasaban una o dos noches acampando al aire libre. Aunque lo hicieran al menos un mes antes de comenzar las clases, para Lucas, Lluvia, Paula y los demás, la acampada se había convertido en su despedida personal del verano. Especialmente para Lucas, que medía los años con un riguroso escrutinio, siempre deseoso y temiendo al mismo tiempo el inicio del nuevo curso.

Era cierto también que, después de la acampada, todavía tenían las fiestas locales de Valdesa, motivo por el cual el pueblo se llenaba de gente de otros municipios cercanos, así como de familiares que hacía tiempo que habían dejado el pueblo, los cuales acudían para poner el broche a aquel verano. Pero Lucas y los demás ya habían hecho su propia despedida, y eso era más especial que cualquier festividad.

No obstante, en esa ocasión, la despedida implicaba muchas cosas, y Lucas no estaba seguro de si iba a ser capaz de afrontarlas todas tan rápido. Lo único que lo animaba a seguir el plan de sus amigos era la reacción de Lluvia.

Sonrió al recordar cómo habían brillado sus preciosos ojos azules mientras ella y Aarón se cortaban el uno al otro, los dos ansiosos por exponer sus ideas y hacerse oír. Siempre era gracioso verlos a los dos emocionados, peleándose por decir las cosas antes o más alto. Los demás los miraban sonriendo y se burlaban de sus muecas, pero ellos dos no escuchaban y seguían a lo suyo, y de vez en cuando buscaban la aprobación de los otros.

Normalmente ganaba Lluvia.

Era algo que a Lucas le encantaba de ella: su seguridad y su manera ferviente de defender lo que creía, pensaba o sentía. Sonrió como un tonto al recordar sus mejillas acaloradas y la exclamación de satisfacción que había dejado escapar cuando todos expresaron sus ganas de que llegara el día de la acampada.

Cuando quiso darse cuenta, había llegado a su casa, que encontró muy ajetreada. Sus abuelos habían ido después de la misa, a la que acudían rigurosamente cada domingo, pero se extrañó de no encontrar a sus padres revoloteando por ahí, encargándose de la comida u otras tareas de la casa.

—¡Hola, cielo! —Su abuela se acercó, colocó las manos a ambos lados de su cara y le plantó un sonoro beso en una mejilla. Lucas frunció el ceño y se apartó suavemente—. Ay, qué arisco eres. Te pareces a tu madre.

–Abuela, me agobias. Casi no he podido ni entrar en casa.

–Anda, ven a ayudarnos, a ver si así dejas de quejarte.

–Qué remedio...

A menudo Lucas se sentía así: que las cosas no tenían remedio. Como no tenía remedio vivir en una familia enorme, llena de primos, tíos, sobrinos y hermanos que se reunían constantemente con cualquier excusa. Los veranos no eran menos, aunque se había sorprendido mucho al enterarse de que ese año todos parecían estar muy ocupados. La mayoría de sus primos estaban dispersos por la geografía europea, en cursos universitarios de verano en Dublín, visitando a unos compañeros de clase extranjeros o viajando en tren por el este. El único que volvía a apuntarse al plan de ir al pueblo en agosto era su primo Víctor. Había acabado sus estudios universitarios y deambulaba de puesto en puesto, sin conseguir un trabajo que se pudiera considerar estable. Se había quedado sin contrato, así que había decidido ir al pueblo, como solía hacer. Y solo porque en esa ocasión le venía de paso.

–Como tu primo Víctor.

–¿Qué? –Lucas salió de su ensimismamiento.

–Estamos hablando de cómo organizarnos el mes que viene. ¿Dónde estabas? –preguntó su abuela que alzó la ceja y lo miró desde abajo.

–Lo siento, abuela, no te he escuchado.

–Claro que no, a mí no me tienes que explicar nada. ¿No ves que te conozco como si te hubiera parido? –le riñó la mujer–. Mejor que tu madre, de hecho, que no es capaz de ver que su hijo está empanao.

Lucas puso los ojos en blanco, tomó varios platos entre sus manos y se dirigió al comedor, donde su abuelo y Nico, su hermano pequeño, estaban colocando las cosas en la mesa. Su abuela siguió parlotando sin parar, hasta que Lucas regresó a la cocina.

–Como he dicho, tienes unos primos que son unos desagradecidos. Todos por ahí esparcidos, como si nada, y ni se dignan a pasar unos días en el pueblo con su familia. Al menos no son como Víctor.

–¿Qué pasa con él? –Lucas quería mucho a su primo, pero le desesperaba enormemente. No entendía el comentario de su abuela, que no casaba mucho con la opinión que le merecía.

–Pues que va a venir a pasar unos días en agosto. ¡Ya te lo he dicho!

–¡Ah! –Lucas parpadeó y sonrió a la mujer–. Es genial entonces, abuela.

–No estoy yo muy seguro... –El abuelo de Lucas puso los ojos en blanco, tomó una fuente llena de ensalada y salió de la habitación. Lucas rio por lo bajo.

–Claro que sí. Seguro que tiene mil anécdotas que contar.

–Y no se va a callar ni un segundo –gritó el hombre desde algún punto de la casa–. No sé qué tiene el agua de Madrid que le da tanta cuerda.

Lucas rio mientras se dirigía al salón con el resto de los platos. Se encontró a Nico sentado a la mesa y dando buena cuenta a la comida mientras miraba ensimismado al televisor. Su hermano mayor se acercó por detrás y le dio un golpe suave en la nuca.

–¡Ay! –exclamó Nico, que salió de su ensimismamiento–. ¿A qué viene eso?

–Luego soy yo el empanado. Anda que nos esperas para empezar a comer.

–No tardéis tanto.

Lucas hizo una mueca con la cara para burlarse de él. Nico le sacó la lengua, indignado, cerró el puño y lo acercó al brazo de su hermano. Su abuela entró en ese momento, observó la escena durante unos segundos y, a la velocidad del rayo, reaccionó e intentó poner orden.

–Nico, ¡para! Deja de hacer el tonto y ponte a comer.

–Pero...

–Ni peros ni peras –replicó la mujer, que, sin mirarlo, se sentó a su lado.

Nico lanzó una mirada furibunda a su hermano, quien sonrió maliciosamente y entornó los ojos en una expresión de satisfacción. Sin decir ni una palabra, se sentó a la mesa y comenzó a comer tranquilamente, imitando a sus abuelos.

–A ver si te crees que, porque no estén tus padres hoy, puedes hacer lo que quieras. Y ese trasto se apaga –añadió la mujer mientras señalaba al televisor.

–Es cierto, ¿por qué no vienen a comer? –preguntó Lucas, repentinamente serio.

–Ha surgido una emergencia en la granja –respondió su abuelo.

–¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

–Ni idea. Han llamado hace un rato desde la oficina.

Lucas se quedó dubitativo durante unos instantes. No era la primera vez que sus padres tenían que ir a trabajar en fin de semana por alguna emergencia. Su empleo requería dedicación y ocupación constantes, pero con el tiempo, y según había ido creciendo el negocio familiar, con el esfuerzo y la colaboración de todos, habían ido contratando a unos cuantos operarios. Para repartir de forma equitativa las tareas, hacían turnos para que siempre hubiera algún trabajador durante el fin de semana. Sus padres eran los propietarios y directores del negocio, así que solían encargarse de supervisar las instalaciones y el trabajo entre semana y acudían en caso de emergencia los fines de semana. Por lo general, estos casos excepcionales se daban cuando nacían algunos terneros, por las heladas del invierno y similares. Pero siempre llamaban a casa, o a los abuelos de Lucas y Nico, les explicaban lo sucedido y volvían en cuanto podían. Por eso a Lucas le parecía extraño que no hubieran dado más datos.

–¿No han dicho por qué?

–No, nada. Pero no van a tardar en llegar.

Lucas asintió pensativo, y Nico también, sin dejar de mirar al televisor.

Cuando acabaron de comer, todavía no sabían nada de sus padres, y sus abuelos se quedaron en la casa para ayudarlos a recoger. Lucas salió a la calle a despedirlos y los observó mientras se alejaban calle abajo.

–¿No vas hoy a jugar al fútbol? –le preguntó a Nico.

–Hoy hace demasiado calor. Me echaré la siesta.

–Eso..., aprovecha que mamá y papá no están.

Los dos rieron, e iban a entrar en casa cuando vieron una pequeña silueta acercarse por el camino que llevaba al campo. Nico dio un respingo emocionado.

–¡Es un perro!

Lucas escrutó al animal con recelo. Ciertamente, no parecía un animal doméstico, más bien al contrario, tenía toda la pinta de haber sido abandonado o de haber crecido en la calle.

–No te acerques, estará lleno de pulgas.

–¿Por?

–Míralo, es evidente que no tiene dueños. Parece abandonado.

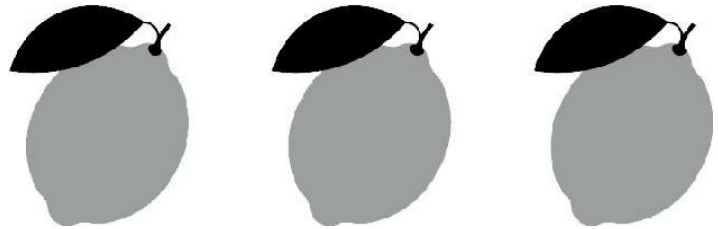
–Si no es de nadie, a lo mejor podemos quedárnoslo.

–Sabes que no nos dejarían, Nico –resopló Lucas–. No creo que a papá o a mamá les hiciera mucha gracia. Como mucho, permitirían que se quedara en la granja. Ya lo sabes.

–Pero esa norma era solo para los perros grandes. Este es pequeño. –El chico se acercó un poco más al animal, que les dirigió una mirada triste, marcada en sus redondos ojos castaños.

Lucas lo miró con más atención. No podía negarlo: le inspiraba mucha lástima, pero sabía que era imposible que sus padres accedieran. Ya lo habían intentado.

Como ninguno de los dos hizo nada más, el perro los observó durante unos segundos. Después, continuó caminando, y a ambos se les partió el alma al ver el vaivén de sus caderas angulosas, en las que se marcaba cada hueso, como amenazando con desgarrar su piel. Lucas titubeó, y estuvo a punto de entrar en casa y sacar algo de comida que había sobrado, pero no fue capaz de moverse. Con tristeza, y con la frustración de sentir que había fallado de alguna manera, no dejó de observar cómo el animal se movía, hasta que este giró en una esquina y se perdió calle abajo, en dirección al centro de Valdesa.



Un fuerte sonido despertó a Lucas de su letargo. Se había tumbado a leer en el sillón mientras Nico seguía viendo la televisión. La calma en la que estaba sumida la casa, el suave ronroneo del ventilador y el aire que este generaba habían sido suficientes para hacer que sus párpados se sintieran cada vez más pesados, aunque no recordaba en qué momento se había quedado realmente dormido.

Echó un vistazo al sillón que se encontraba perpendicular al suyo, donde Nico roncaba suavemente, con un brazo doblado sobre la cara para protegerse los ojos y el otro sobre la tripa. Una de sus piernas colgaba doblada por el borde. ¿Cómo podía dormir tanto, sin inmutarse de nada de lo que sucedía alrededor?

El ruido se repitió y Lucas, que aún estaba tratando de ubicarse, reconoció el peculiar sonido del teléfono. Descolgó sin muchos miramientos y, antes de responder, se preguntó si serían sus padres para darles algún tipo de noticia.

–¿Sí?

–Hola, Lucas. Soy yo –respondió una suave voz al otro lado de la línea.

–Ay, hola, Olivia. –Lucas se restregó los ojos y dio un pequeño respingo–. ¿Habíamos quedado a alguna hora?

–No, qué va –rio su amiga–. Es que hace demasiado calor para subir, así que quería llamarte antes.

–No te preocupes.

–¿Vienes a la piscina?

–Pues no me apetece mucho... ¿Van todos?

–Solo sé que Aarón tenía comida familiar, así que no sabe a qué hora subirá. Pero ahora voy a buscar a las chicas.

–Vale... Pues nada, de momento no me esperéis. Si eso, voy más tarde.

–¿Seguro?

–Sí.

–De acuerdo, ¡como quieras!

Se despidieron y Lucas colgó con suavidad. Sabía lo que sucedería: Lluvia habría ido ya a la piscina sin llamar o buscar a nadie, o incluso era posible que estuviera haciendo cualquier otra cosa por ahí, y Paula no querría ir si no iba Lluvia. No era que Lucas no quisiera ir con Olivia, pero el plan de agua y sol no le entusiasmaba especialmente. Así que, al menos por esa tarde, prefería saltárselo y ocuparse de otras cosas.

Aún era pronto para bajar al taller. Bueno, en realidad, para Lucas siempre era buena hora para ir al taller, independientemente de que fueran las doce del mediodía o las cuatro de la madrugada. Pero sabía que solía hacer bastante ruido, y no quería molestar a los vecinos, por lo que intentaba respetar un horario razonable. Así que, contando los minutos, que se le hicieron eternos, decidió esperar un rato más.

Cuando empezó a mover la pierna, nervioso, y los números de su reloj digital parecían haberse quedado congelados en las 16:59 h, decidió que ya había esperado lo suficiente. Buscó unas cuantas herramientas que era posible que necesitase y salió por la puerta.

El aire todavía estaba tan cálido que parecía estar hecho de fuego. Una atmósfera asfixiante lo acompañó desde su casa, al pasar al lado de las escuelas y al llegar al otro extremo de la calle, también a las afueras de Valdesa. Lo llamaba calle por darle algún tipo de nombre digno, en su opinión. Porque, en realidad, llegaba un punto en el cual lo que era realmente una calle asfaltada se convertía en un camino de tierra que serpenteaba entre las últimas casas y algunos almacenes privados y se perdía en las dehesas que se extendían por el extremo este de Valdesa. Muchos vecinos tenían en su propiedad varios de esos almacenes, que usaban como trasteros o garajes.

Lucas llegó a la penúltima puerta a la derecha, un portalón metálico de color rojo, y abrió con ímpetu. Una oscuridad embriagada con el olor a motor, gasolina y algo de humedad lo envolvió en un abrazo que reconocería en cualquier parte. Accionó el interruptor y la sala se iluminó con las tenues luces de varias bombillas desnudas repartidas por el techo. Poco a poco ganarían intensidad, pero por un momento Lucas pensó en que el sitio se tornaba bastante lúgubre en esos primeros minutos.

Se acercó al montón de chatarra que descansaba en medio de la estancia: una moto descuartizada con miles de componentes dispersos por el suelo. Algunos los había quitado porque eran irreparables, pero le servían para comprobar que los nuevos estaban perfectamente ensamblados o conectados.

En realidad, se frustraba a menudo. Había empezado a trastear con aquella vieja máquina de su abuelo hacía varios meses, cuando era invierno y no había mucho más que hacer en el pueblo. Siempre le habían gustado las motos, pero nunca se había planteado arreglar una para usarla una vez que tuviera el permiso. No obstante, eso suponía una motivación suficiente para él: sabía que la satisfacción que sentiría una vez que acabara, una vez que viera el resultado de sus esfuerzos, sería un precio más que justo para compensar todo el tiempo que le había dedicado, que contaba en forma de horas, las cuales pasaba estudiando manuales de mecánica y preguntando a su abuelo. Pero también en forma de días, algunas veces casi enteros, que pasaba en ese reducido e improvisado taller.

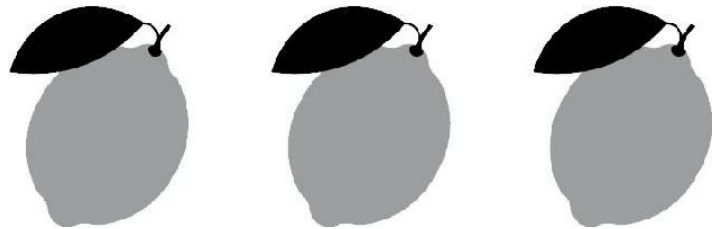
De alguna forma, se decía, tenía que canalizar su frustración por salir de Valdesa cuanto antes. Se había impuesto como norma no dedicarle ni un solo pensamiento mientras estuviera allí dentro. Por lo que, en cuanto llegaba, encendía el casete negro y destartado que guardaban sus padres en aquel trastero, aunque tenía que poner algo de cinta aislante para evitar que la cajetilla de los casetes se abriera, y ponía algo de música de fondo.

Pero también le servía para no pensar en Lluvia, al menos durante un rato. Cada vez que su

mente jugaba con él y le mandaba imágenes fugaces de su amiga correteando alrededor, con la larga y oscura cabellera ondeando detrás de ella o sonriéndole con esos preciosos ojos azules y el encantador hueco entre sus paletas, giraba la rueda que controlaba el volumen, más alto cada vez.

De esa forma, al menos, cuando estaba sentado en el suelo, destornillador en mano, con la camiseta sucia de grasa y el sudor le recorría el rostro, se olvidaba de Valdesa y de Lluvia. Aunque fuera por unas pocas horas.

Dejó la puerta abierta e inició su ritual, se cambió de ropa y se sentó de nuevo en el suelo.



Lucas se pasó el dorso de la mano por la frente, empapada de sudor. Respiró profundamente y terminó por toser después de haber inhalado algo de polvo. Había cambiado varias veces de cinta y hacía ya un buen rato que la cara B de la última había dejado de escucharse. Cuando su reloj Casio repiqueteó, con su característico sonido, lo miró estupefacto: eran las nueve de la noche. Dio un respingo; no había sido consciente de que hubiera pasado tanto tiempo. Sus padres iban a enfadarse realmente cuando se enteraran de que llevaba, literalmente, toda la tarde en el taller.

–Si han vuelto... –suspiró en voz alta.

No es que odiara que hubiera emergencias en la granja ni que sus padres estuvieran todo el día fuera. No era algo común, así que pasaban mucho tiempo juntos los cuatro, pero le había molestado sobremanera que, en aquella ocasión, no hubieran llamado para dar más detalles. Aunque bien era cierto que podrían haberlo hecho mientras él estaba en el taller...

–Mierda.

Se levantó rápidamente, volvió a ponerse su ropa limpia, aunque tuviera que echarla a la lavadora en cuanto llegara a casa, y salió a toda prisa.

La luz estaba declinando, lo que dotaba al pueblo de una luminiscencia anaranjada y mágica que resaltaba el color de la piedra de las casas. Parecía que se encontraba en un lugar totalmente distinto del que quería salir a toda costa. En esos momentos del día, Lucas sentía que Valdesa lo hipnotizaba, como si el pueblo estuviera vivo, como si de alguna forma supiera que renegaba y deseaba marcharse con todas sus fuerzas. Era como si le suplicara que no lo hiciera, que se quedara en aquel enclave de leyendas y misterios.

Pero Lucas sacudía la cabeza y se deshacía de esos pensamientos.

Cuando llegó a casa, volvió a encontrarla alterada por un gran revuelo. Se escuchaban voces en su interior. Antes de entrar, sabía que sus padres acababan de llegar. Tanto ellos como Nico y sus abuelos (los cuatro), se encontraban en el salón con caras de consternación. Cuando Lucas entró en la estancia, detuvieron la conversación y los gestos de sus manos se congelaron en el aire. Era una escena un tanto cómica, pero Lucas imaginaba que lo que fuera que estaba pasando no lo era en absoluto.

–Y tú, ¿se puede saber dónde estabas? –le espetó su padre.

–En el taller... –Lo miró como si no comprendiera. Su padre siempre lo había animado con el tema de la moto.

–¿Por qué no has avisado a nadie?

–No había nadie en casa, y Nico se había quedado dormido. –Su hermano pequeño entornó los ojos y le hizo burla–. Sabéis que, si no estoy ahí, estoy en la piscina.

Sus padres lo miraron con cuidado, y Lucas se dio cuenta entonces de que la raíz de su malestar no había sido su ausencia aquella tarde. Aunque eso hubiera contribuido.

–¿Qué ha pasado? –se atrevió a preguntar.

–Hemos tenido problemas en la granja –dijo su padre, despacio–. Problemas muy graves.

–¿Cómo?

Era la primera vez que escuchaba a su padre hablar en ese tono.

–Hemos perdido parte del ganado –respondió su madre.

La mujer se dejó caer en una silla, repentinamente abatida, como si hubiera perdido todas las fuerzas. Lucas imaginó que el peso de las consecuencias había caído a plomo sobre ella en aquel momento.

–¿Es en serio? –preguntó, incrédulo.

–Sí, cielo.

Nico lo miró apesadumbrado. Y para que su hermano tuviera esa expresión en el rostro...

–¿Qué ha pasado?

–Aún no lo sabemos. Hemos pasado el día revisando las instalaciones, haciendo inventario, ordenando... –Su padre tragó saliva y una lágrima humedeció su mejilla–. Todo parecía correcto. Pero han muerto más de veinte...

–Eso es mucho dinero perdido –continuó su abuela.

–Demasiado. Y ahora, precisamente por esto, no podemos optar a unas nuevas subvenciones que queríamos solicitar.

–Tardaremos un tiempo en reponer los ejemplares y recuperar el ritmo normal –dijo su madre.

–Pero ¿creéis que ha sido algún tipo de sabotaje? –preguntó Lucas.

–Ni idea. Aunque es evidente que muy normal no ha sido.

–Mañana hablaremos con la comunidad de ganaderos, con el Ayuntamiento y con la Policía, por si se puede iniciar una investigación –terció su padre.

Lucas estaba atónito. Le parecería muy grave que hubiera sido algún tipo de sabotaje por parte de otra persona. Algo ruin. No le cabía en la cabeza, así que se dijo que era imposible y que habría sido algún tipo de negligencia no intencionada por parte de los operarios o incluso de sus padres.

Lo que sí sabía era que los rostros de sus padres reflejaban una tristeza que nunca habría imaginado ver en ellos. La granja era su sustento, un proyecto que habían iniciado juntos años atrás y que habían ido viendo crecer con el tiempo. Que los ilusionaba y los retaba continuamente. Suspiró, frustrado también, y se prometió a sí mismo que los ayudaría en todo lo posible.



4 El lobo y el niño

Las pestañas parecían pesar una tonelada cada una. Lluvia no entendía qué había pasado, pero en un instante estaba mirando por la ventana y pensando en su familia y al rato se había encontrado con los ojos herméticamente cerrados.

Gesticulando y haciendo un esfuerzo sobrehumano, intentó abrir uno y luego otro. El derecho se resistió un poco.

–Siempre tiene que haber un rebelde en la familia –dijo en voz alta mientras separaba el párpado con los dedos–. Y más asqueroso, ¿de dónde salen estas legañas?

Se desperezó, y se estiró a lo largo de la cama con tanto ímpetu que se golpeó los nudillos con el gotelé de la pared.

–¡Mierda! –exclamó mientras protegía la mano dolorida con la otra, aunque enseguida fue consciente de la tontería del gesto. Miró de reojo hacia la puerta, pues esperaba que su abuela aparecería en cualquier momento para reprenderla por el mal vocabulario.

Cuando, después de unos segundos, se dio cuenta de que la única respuesta que obtendría en aquella ocasión sería el silencio, frunció el ceño extrañada. Se terminó de despejar y se sentó en la cama. Observó las marcas que tenía en la piel allí donde se le habían clavado las tachuelas del peto vaquero que llevaba, y su camiseta de *Ragazza*, que estaba arrugada. Había sido un souvenir que su madre se había comprado en Italia, una sencilla camiseta de algodón azul clara con la palabra escrita, en una caligrafía curva y azul marino, a la altura del pecho. Una vez salió de la lavadora un par de tallas más pequeña, así que Olalla había decidido regalársela a Lluvia, que apenas rellenaba la prenda.

Pero lo que más le gustaba a Lluvia era que, justo debajo de la palabra, tenía una porción de *pizza* impresa.

Era en realidad el diseño más aleatorio posible que cabría esperar en una prenda de ropa, pero precisamente por eso le parecía de lo más divertido.

Descalza y arrastrando los pies por la madera del suelo, comenzó a andar hacia la escalera.

–¿Mamá? ¿Gracia? –exclamó–. ¿Dónde estáis? Eh, ¿hola? ¿Hay alguien?

Al no obtener respuesta, decidió bajar los escalones de dos en dos, con una sonrisa traviesa en el rostro y la lengua doblada encima del labio superior. Siempre la regañaban por ello, así que aprovechaba los momentos en los que se encontraba a solas para darse un pequeño capricho.

Paseó por la planta baja, pero todo estaba apagado y en silencio. Consultó el reloj de la cocina: las siete y cuarto.

–¿Qué?!

Era imposible que hubiera dormido tanto... Entre sus principales normas de supervivencia había una muy clara: nada de siestas. Para Lluvia, eran como la mayor pérdida de tiempo (y la más injustificada). Enfurruñada, se reprendió a sí misma en voz baja y encendió la pequeña

televisión que tenían en la encimera de la cocina, cuya pantalla orientaban hacia el patio en verano, de manera que pudieran verla, si les apetecía, mientras comían al aire libre. En ese momento estaban emitiendo un concurso de chicos contra chicas cuyo nombre ni se había molestado en aprender.

A los pocos segundos, la televisión había conseguido que Lluvia se olvidara de su enfado. Comprendía por qué la llamaban la «caja tonta», y a veces sentía que necesitaba dejarse atontar como el resto de sus compañeros. No entendía qué tenía aquel aparato para mantenerlos a todos enganchados a diario, entre series, películas, documentales y concursos absurdos.

Se volvió cuando el presentador rugió y el público aplaudió enloquecido.

–Menuda tontería –susurró a nadie en particular. Cerró el sándwich que se estaba preparando, sacó el zumo de naranja de la nevera y salió al patio.

Una hoja gruesa y oscura le golpeó en la cabeza, y Lluvia levantó los ojos hacia el limonero.

–Lo siento, pequeño. Los zumos de limón no son lo mío.

Sacó la lengua, como si estuviera haciendo rabiar a un niño pequeño, y se dirigió a una de las sillas que había frente a la ventana. Se cruzó de piernas y, mientras intentaba de nuevo entender qué tenía de atractivo aquel plan para otros jóvenes de su edad, le hincó el diente al succulento sándwich que se había preparado.

Al cabo de unos minutos, se sorprendió al encontrarse absorta en el programa, con el plato lleno de las migas que se habían ido desprendiendo con cada mordisco y la botella de zumo medio vacía. Entonces oyó unas voces en un tono demasiado alto. Sobresaltada, Lluvia giró la cabeza, pues pensó que serían su madre y su abuela volviendo a casa, pero nadie abrió la otra mitad de la puerta de madera. Se quedó así unos segundos, pero no se oyó nada más, y volvió a centrar su atención en la televisión. El programa estaba a punto de acabar.

–¡Fuera de aquí! ¡Largo!

Un portazo.

Lluvia apuró el zumo y se levantó del asiento. Sus piernas, doloridas, se negaron a responder correctamente, y comenzó a caminar hacia la puerta como si tuviera hierros entre los huesos.

Varios golpes, el sonido de una escoba que chocaba contra el suelo y más voces.

Se asomó por el hueco, de forma cuadrada, que daba a la calle y miró hacia todos lados. Calle abajo, hacia su derecha, se encontró a Loreto, que había sido amiga de su abuela toda la vida. La mujer se encontraba pertrechada detrás de su propia puerta, de la cual mantenía la parte inferior cerrada, y asomaba medio cuerpo por el hueco superior mientras sacudía una vieja escoba hacia la calle.

–¡Maldito chuchó! Te he dicho que te vayas. –Movié la escoba con saña–. ¡Fuera! ¡Qué asco!

Lluvia siguió la dirección del palo hacia el foco del problema de Loreto, y esperó encontrar un lobo por lo menos. No habría sido extraño, pensó, había miles de leyendas en el pueblo que hablaban de lobos que, en épocas de hambruna y escasez, habían osado bajar de las montañas hasta el valle y habían provocado el terror entre los habitantes de las aldeas y los pueblos. Pero también iniciaban cuentos de magia, hechicería y brujas. Recordaba que su abuela, en una ocasión, le había hablado de una de ellas...

La estridente voz de Loreto la devolvió de nuevo al presente, disipó sus pensamientos y los difuminó como si fueran humo. Lluvia parpadeó y volvió a concentrarse en el presente. Sorprendida, no encontró un lobo ni nada parecido.

–Bueno, quizá sí sea algo parecido... –murmuró para sus adentros.

Loreto estaba montando aquel escándalo por un perro escuálido que estaba parado delante de su

puerta. No parecía más que un cachorro y, a pesar de no parar de temblar, miraba fijamente a la mujer mientras esquivaba por poco los golpes que esta le propinaba de forma gratuita. A ratos, profería unos pequeños quejidos bajos y lastimeros, un llanto sincero que a Lluvia le partió el alma.

Antes de que le diera tiempo a pensarlo siquiera, Lluvia se sorprendió a sí misma abriendo el pesado cerrojo de hierro de su puerta, sin apartar la mirada de aquel animal. El gesto captó la atención de su vecina, que cesó su pequeña Inquisición contra el cachorro para levantar la cabeza bruscamente hacia la chica.

–¡Apártalo! Es un chucho asqueroso y lleno de pulgas. ¡Quería morderme!

«Lo dudo mucho», pensó Lluvia mientras miraba con escepticismo a la mujer.

–No me mires así. ¡Llévatelo!

Loreto tenía el rostro crispado en un gesto que Lluvia conocía bien. Dudaba que solo fuera por culpa del perro. Pero lo ignoró y salió de su casa, y se encaminó hacia el pequeño animal.

–Lo estás asustando, Loreto. Deja de dar esos golpes, por favor.

–¿Cómo voy a dejar de hacerlo? ¿No ves que es un salvaje? No ha dejado de intentar morderme.

–Es cierto –gruñó otro vecino, asomado a un balcón–. Lo he visto con mis propios ojos. Ese perro está loco.

–Seguro que tiene la rabia –le secundó alguien desde el lado contrario de la calle.

–¡O algo peor! –exclamó Loreto–. No voy a dejar de golpearlo hasta que se vaya.

Y, para ilustrar sus palabras, comenzó a sacudir la escoba de nuevo. El perro intentó esquivarla y gimoteó, pero se llevó dos golpes que le arrancaron dos profundos quejidos.

Lluvia no podía soportarlo.

Se detuvo a escasos pasos del animal. Este se volvió en su dirección y la miró desde abajo con unos redondos ojos castaños. Eran preciosos, pero tenían un brillo de tristeza difícil de explicar.

–Seguramente tú puedas domarlo. –El hombre del balcón hizo círculos con sus dedos a ambos lados de la cabeza. Sonrió con malicia y rio, y los vecinos lo secundaron, e inundaron la calle de cuchicheos mientras miraban a Lluvia sin disimular. Ella los ignoró.

–Seguro que sí...

El perro se sentó sobre sus cuartos traseros, ignoró a Loreto y centró su atención en la joven. Un pequeño quejido lastimero volvió a escapar de su interior. Lluvia se puso de cuclillas frente a él. Desde luego, el animal inspiraba lástima solo con mirarlo. Estaba excesivamente delgado, sus costillas se marcaban de forma alarmante y su cadera tenía demasiados ángulos rectos. El pelaje, corto, estaba revuelto y lleno de parásitos. No se sentía especialmente atraída por la idea de que alguno de ellos saltara a su propio pelo, que en aquel momento caía suelto por su espalda, pero se agachó igualmente.

–Ven, pequeño. O pequeña. No sé muy bien qué eres, pero me da igual; eres precioso. –Se puso en cuclillas delante del animal–. ¿Qué le haces a esta mujer?

Su mente le gritaba que formulara la pregunta al revés. Quizá algo así como: *¿qué te está haciendo esta mujer?* Pero era muy consciente de que solo agravaría el problema. Lluvia miró de reojo a Loreto, que los observaba con el ceño fruncido y la escoba aún entre las manos. Una pareja pasó a su lado y miró la escena con curiosidad.

El perro ladeó la cabeza, sin dejar de observar a Lluvia ni un momento. Volvió a lloriquear.

–¿Es porque tienes hambre y no sabes cómo pedirlo? Eso tiene fácil solución.

Sonrió y se levantó de golpe. El animal se echó hacia atrás instintivamente y tropezó con sus

propias patas. Lluvia se lamentó de pronto por haber sido tan brusca; tenía casi total certeza de que había sufrido algún tipo de maltrato, y la mirada del cachorro pareció confirmar sus sospechas. Indignada con Loreto y con cualquiera que le hubiera hecho daño, cerró los puños y se dirigió a su casa.

–¡Eh! No lo dejes aquí. ¡He dicho que te lo laves! –gritó Loreto, casi desencajada.

Sin embargo, Lluvia no le prestó la menor atención. Solo esperaba que a la mujer no le diera por salir y ensañarse con el perro a golpes, mientras, con toda la rapidez de la que era capaz, empezó a sujetar algunos restos de comida de la nevera entre sus manos. Salió a toda prisa, pero la escena, por suerte, no había empeorado.

Se volvió a colocar de cuclillas frente al perro y extendió las manos. Sabía que no era buena idea darle de comer directamente; de hecho, no tenía intención de hacerlo. El animal interpretó el gesto erróneamente, de nuevo, y agachó la cabeza y gimoteó.

–No pasa nada, pequeño. Solo es comida. –Lluvia sonrió mientras hablaba con dulzura. Abrió las manos y dejó caer su contenido al suelo–. ¡Que aproveche!

El animal dudó, pero no tardó en agachar la cabeza y comer con cierta avidez. Ignoró a Loreto, a Lluvia y al resto de los vecinos curiosos que habían presenciado la escena, esa vez en profundo silencio.

Cuando la comida desapareció, el cachorro comenzó a relamerse mientras miraba con tristeza el espacio vacío y a Lluvia alternativamente. Esta se levantó, sonrió y se dio la vuelta. Loreto la miró con recelo y desconfianza, pero no dijo nada más.

Durante los días siguientes, el perro abandonado siguió apareciendo por el barrio. Lo hacía siempre por la tarde, y Lluvia se acostumbró a volver pronto de la piscina, o de donde quiera que fuera. Sus vecinos cuchicheaban siempre que la veían salir pertrechada con dos cuencos, uno de comida y otro de agua, que dejaba en el suelo, preparados para cuando llegara el animal.

–Lluvia, cariño. Ten cuidado. El perro está lleno de pulgas, y no sabemos si tiene alguna enfermedad –le decía Olalla cada vez que la veía recoger las sobras del día anterior.

–Mamá, ese perro no tiene culpa de que las personas sean unas irresponsables. Solo necesita cariño y algo de cuidados –suspiraba Lluvia. Gracia las observaba sin decir nada, y simulaba que estaba absorta en su tarea de costura–. Ojalá fuera veterinaria o algo así.

Olalla sacudía la cabeza y suspiraba.

–De acuerdo, pero que no se te acerque mucho de momento.

–¡Gracias! –Lluvia se acercaba entonces a su madre y la besaba en la mejilla.

Repitieron una conversación similar casi todos los días, y Lluvia realizó las mismas tareas, como si ya se hubieran convertido en una rutina. Lluvia se quedaba en la puerta para esperar al animal, que poco a poco fue ganando peso y parecía ganar en vitalidad. Apenas lloraba ya, y daba inequívocas muestras de alegría cuando veía a Lluvia aparecer por la puerta, momento en el cual empezaba a mover el rabo de un lado a otro.

Una tarde, cuando la chica salía con la comida, se encontró en la calle una figura que conocía demasiado bien.

–¡Papá!

Por poco se le cayeron los cuencos, que depositó en el suelo con estruendo. Su padre se acercó con una sonrisa enorme y abrió los brazos para recibir a su hija. Esta se lanzó a ellos y le hizo perder el equilibrio y trastabillar hacia atrás, pero consiguió retenerla antes de que se cayeran al suelo.

–¡Pequeña tormenta! –La estrechó fuerte y la besó en la mejilla–. Cómo te he echado de menos

estas semanas...

–¡Y yo a ti! –exclamó Lluvia mientras se separaba un poco. Su padre miró detrás de ella y se giró para ver a su madre y a su abuela en la puerta. Olalla se acercó, y los tres se fundieron en otro gran abrazo.

–Mis chicas...

Gracia lo observaba todo desde la casa con una tenue sonrisa en los labios. Observó cómo se separaron y cómo los tres hablaban y reían ahí, en mitad de la calle, mientras Loreto y los demás, que, para variar, habían salido a la calle a enterarse de primera mano de lo que ocurría, los miraban con una mezcla de malicia y escepticismo. Arrugaban la nariz cuando Lluvia gesticulaba con entusiasmo, mientras hablaba atropelladamente y su padre la miraba con auténtica devoción. Pero los Donoso eran en general una familia que dedicaba poco tiempo a las charlas, o simplemente a estar pendientes de los demás. En aquel momento concreto, estaban demasiado absortos en ellos mismos, en disfrutar del reencuentro ajenos a lo que sucedía a su alrededor.

Más a menudo de lo que a Gracia le gustaba, se quedaba pensativa, intentando encontrar las palabras que dieran forma a sus pensamientos. No sabía explicar lo que estaba sintiendo ahí, apoyada en la jamba de esas puertas que, como bien decía, había cruzado ya demasiadas veces. Pero le gustaba esa sensación que iba más allá de los pensamientos racionales o definiciones tangibles. Se sentía parte de todo ello, era consciente de que tenía un papel importante, y se lo recordaba constantemente en situaciones así.

Sin embargo, incluso las más poderosas satisfacciones tenían su cara oculta. Así que, tan pronto como la emoción la embargaba, una profunda tristeza se abría paso en su interior. Recorría sus huesos, sus músculos y le oprimía el pecho, y enturbiaba la calidez de esos momentos.

Sus dedos comenzaron a temblar, sujetos a la madera, mientras una mezcla de imágenes, de noches de otoño y brisa fresca, de olores que no debería recordar, chispearon como hogueras en su mente. Rogó en voz baja, pero nadie la oyó.

–Venga, venid los tres. Que hay que preparar la cena –exclamó hacia su familia.

–¡Gracia, está usted superguapa! –exclamó el padre de Lluvia–. Aunque me ha dolido que no haya venido a darme un abrazo también.

–No seas tonto y entra ya en casa –rio Gracia.

Los tres se dirigieron hacia la puerta, hasta que Lluvia dio un pequeño respingo.

–¡Mira, papá! Es el perrito.

El hombre siguió la dirección que le señalaba y abrió los ojos.

–¿Qué?

–Es un cachorro que lleva varios días apareciendo por el barrio. Le estoy dando de comer.

–Típico de ti...

El animal los miró con sus profundos ojos castaños mientras movía el rabo de un lado a otro y hacía gala de esa nueva energía que había ganado. Lluvia le dedicó algunas palabras, lo que provocó que el perro ladrara con alegría. Después, se fue directo a por la comida.

–No entrará en casa, ¿verdad?

–No, tranquilo. Se queda siempre en la puerta. Sabe que no debe hacerlo –contestó Lluvia–. Seguro que se ha encontrado con muchos que han querido apalearlo sin molestarse en darle de comer. Me da mucha pena...

Mientras hablaba, Lluvia miró brevemente de reojo en la dirección de la casa de Loreto. No había contado en casa el percance que había tenido con la mujer.

–Y le has estado dando de comer tú todo este tiempo, ¿verdad?

–Sí. No podía dejarlo así. Entiendo que ni mamá ni la abuela ni tú queráis animales en casa, pero no podía abandonarlo.

Su padre la atrajo hacia sí con un brazo por encima de sus hombros. Dejó caer un suave beso en su coronilla.

–No esperaba menos de ti, pequeña tormenta.

Lluvia sonrió. Amaba cuando la llamaba así, porque sentía que se transformaba en algo más fuerte.

–Muchas gracias, papá. Aunque no todo el mundo piensa igual que tú.

El hombre la miró como si no comprendiera y la chica decidió contarles el incidente con Loreto.

Ninguno respondió, y Lluvia sintió que había dicho algo malo. O que incluso los había decepcionado con su actitud.

–Hay una leyenda... –empezó a decir Gracia, que rompió el silencio que se había instaurado en el salón.

–¿Nos la vas a contar? –preguntó Lluvia, esperanzada.

–Creo que tus padres ya la conocen.

Pero, como nadie opuso resistencia, Gracia comenzó a narrar, con la voz profunda que la caracterizaba, un cuento de lobos y niños.

Les explicó cómo, hacía muchos años, acababan de terminar las obras de la iglesia de Valdesa, y la población de la zona estaba asolada por una terrible sequía. Todos en el valle pensaron que habían ofendido a Dios y que este los estaba castigando. La situación era tensa, cada día morían personas, especialmente niños, y la población diezmó. Pero no solo sufrieron los humanos, sino también los animales de las granjas y las criaturas salvajes de las montañas.

Por aquel entonces, vivía en Valdesa un niño huérfano repudiado por todos y que apenas sobrevivía con lo que encontraba en las calles. Sus padres habían sido víctimas de una terrible maldición, según contaban, una avaricia que los había condenado a la destrucción. Solo había sobrevivido él cuando la casa en la que vivían, en medio del campo, se incendió. Desde entonces, el pequeño se había mantenido con vida en las calles, aunque todos se negaron a hacerse cargo de él, puesto que odiaban a su familia.

Una tarde, cuando caía el sol y las sombras se habían alargado mucho, el pequeño se acercó a un grupo de niños que jugaban en los escalones de la iglesia. Comenzaron a tirarle piedras para echarlo, de las que se protegió con sus propios bracitos a duras penas.

Entonces comenzaron los gritos.

La gente corría por las calles, huían de algo que no podían ver. Los niños se quedaron clavados en el suelo con los ojos abiertos como platos. Hasta que, de pronto, una enorme bestia oscura irrumpió en la plaza baja. Era un lobo, que miraba a uno y otro lado con intensidad. El niño, presa del pánico, no se dio cuenta de que el animal, como él, estaba famélico, ni de que sus costillas se marcaban peligrosamente. La sequía y la falta de alimento los había azotado a todos por igual, incluidos los lobos que vivían en las montañas, las cuales se encontraban a un par de jornadas de camino. Que hubieran bajado tanto era algo simplemente inaudito...

Se escucharon portazos, gritos y sollozos, hasta que el lobo, después de olisquear el aire, centró su atención en el grupo de niños. Allí se dirigió, gruñendo con el lomo erizado.

Ninguno fue capaz de moverse.

El lobo se paró a escasos metros, y el niño lo miró con atención. Vio la desesperación en sus pupilas grises. Escuchó la ansiedad escapar entre sus dientes con cada gruñido. Y sintió la

determinación en sus patas, que, a pesar de los temblores, seguramente producidos por el hambre, lo mantenían bien anclado al suelo.

Entonces, movido por una energía cuyo origen desconocía, el niño se irguió delante del animal y se interpuso entre él y los niños.

–Todos tenemos hambre. No les hagas nada, por favor.

El lobo lo miró, y una chispa de incredulidad atravesó su mirada.

–No nos hagas nada, por favor.

El niño dio un paso y lo miró con toda la fiereza que pudo reunir, o al menos eso creía él, y retó en silencio al animal. Este continuó mirándolo con atención, hasta que se percató de que aquel insensato humano no iba a retroceder.

El temblor de sus patas se hizo más evidente y el gruñido, más salvaje.

El niño se acercó aún más y extendió una mano hacia el hocico del animal, el cual retrocedió torpemente. En cuanto la manita delgada y sucia del pequeño lo tocó, el lobo dejó de gruñir. Cuando se acercó y le acarició la cabeza, el animal gimoteó y cerró los ojos.

El pueblo observaba en silencio y contenía la respiración, pero ninguno estaba preparado para que, después de aquel primer contacto, el niño hiciera algo tan insólito como abrazar al animal. Este se dejó hacer, se refugió entre los pequeños brazos de él y se sentó dócilmente en el suelo.

–Pero ¿cómo es eso posible, abu? –preguntó Lluvia.

–Es una leyenda –replicó su padre–. No tienes por qué buscarle más explicación.

–¿Cómo acaba la historia, mamá?

–El niño salvó al pueblo y se alejó con el lobo al campo. Todos lo aplaudieron y vitorearon, y muchos lo invitaron a formar parte de su familia. Los que más habían despreciado al niño lo querían ahora con ellos. Por su valor, por su determinación. Él no los odiaba, pero no podía quedarse allí, así que se escapó al campo, a las montañas. Dicen que aún hoy se ve una figura por las noches que se mueve entre los árboles y se esconde en las pequeñas cuevas. Mantiene a los lobos a raya y protege a todos los que van a acampar o a caminar por allí.

Lluvia miró a su abuela y se imaginó al protagonista de aquella historia, convertido ya en un adulto mágico e inmortal, vagando de un lado a otro. Durante unos segundos, su mente voló con su imaginación y trató de recrear la antigua Valdesa.

–La gente es una hipócrita –dijo al fin.

Gracia no respondió. «No lo sabes bien, mi niña», pensó para sí. Y pensó también que deseaba con todas sus fuerzas que la gente olvidara el defecto de su nieta para poder apreciar todas sus enormes virtudes.

Fuera, escucharon cómo un pequeño cachorro terminaba de apurar el agua del cuenco.



Los de siempre

Como un resorte, Lluvia se levantó de la cama, se vistió con lo primero que encontró y bajó corriendo las escaleras de la casa.

–¡Eh, señorita! ¿Dónde vas tan deprisa?

Lluvia dio un respingo, sobresaltada. Estaba tan absorta en la idea que había llegado a su mente tan repentinamente que no se había dado cuenta de que su padre estaba en el salón.

–He quedado –respondió rápidamente. Isaac sonrió con malicia; no se le escapaba ni una mentira.

–Y supongo que ya habrás desayunado también.

–Claro. ¡Me voy!

–Lluvia.

Era raro que la llamara directamente por su nombre. Era tan extraño, y siempre dejaba tan desubicada a su hija, que esta no podía responder. Se quedaba parada en el sitio, esperando una reacción por parte de su padre, ya que podía ser cualquier cosa.

–Desayuna primero, y después podrás ir adonde quieras. –Lluvia suspiró, algo más tranquila.

–Pero ¡es urgente!

–Si fuera algo tan importante, no te habrías despertado casi a mediodía.

Lluvia frunció el ceño, extrañada, e Isaac señaló el reloj digital del lector de VHS. Unas luces en rojo señalaban, sin lugar a dudas, que eran las 11:42 h. Gruñendo por lo bajo, Lluvia accedió y fue a la cocina, seguida por su padre. Tomó el desayuno lo más rápido posible, bajo la atenta mirada de él, mientras Isaac le contaba anécdotas del último viaje.

–Pero ya tienes vacaciones, ¿verdad, papá?

–Por supuesto. ¡Todo el mes de agosto! –Rio con entusiasmo, con esa voz profunda que lo caracterizaba–. Podemos ir a hacer excursiones al campo y pasar mucho tiempo juntos.

–Oh, qué emoción –replicó Lluvia, que simuló un tono de hastío que en realidad no sentía.

–De pequeña te emocionabas de verdad. –Isaac hizo un puchero con los labios mientras su hija apuraba las últimas gotas de zumo.

–Era pequeña e inocente.

Lluvia se levantó rápidamente mientras sonreía burlona. Isaac respondió automáticamente, pero fue más lento, y, aunque siguió a su hija a la carrera, esta ya había agarrado su bicicleta por el manillar y se disponía a salir a la calle.

–¡Eres un trasto! ¿Qué hecho yo para merecer una hija así?

–¡No seas dramático! Soy la mejor hija que podrías tener, y lo sabes.

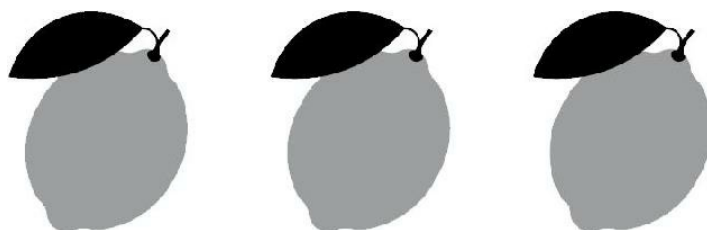
Isaac rio y, mientras observaba cómo Lluvia se alejaba calle abajo, levantó un brazo a modo de saludo. Su voz alegre se perdió en dirección a la plaza baja, reía y canturreaba algo que,

conociendo a su hija, posiblemente se estaba inventando en ese momento. Los vecinos que pasaban por allí se apartaban y miraban a Lluvia con gestos toscos.

La imagen de un vendaval se formó en la mente de Isaac, y pensó que su hija se parecía mucho a uno, pues lo revolucionaba y lo alteraba todo a su paso.

El hombre se quedó ahí unos instantes más después de que el ritmo de la calle volviera a la normalidad. Sonrió para sus adentros.

–Desde luego, no podría haber deseado tener otra hija que no fueras tú, Lluvia.



Lluvia pedaleó con entusiasmo y esquivó a todas las personas que encontraba a su paso.

–¡Loca!

–¡Ve más despacio!

–¡Menuda niñata!

Los ignoró, con su perenne sonrisa en el rostro, esa que enseñaba sus dientes pequeñitos y sus paletas separadas en el centro. No se había recogido la larga melena en una coleta, como solía hacer, y le gustó sentir el vaivén del cabello tras su cabeza.

Llegó a la plaza media, y su primera reacción fue de sorpresa: no esperaba encontrar a tanta gente allí. No obstante, tardó unos microsegundos en darse cuenta de que era día de mercado y, por tanto, era normal que estuviera hasta la bandera. Se había metido en todo el centro de la plaza y ya no le quedaba más remedio que cruzarla y seguir hacia la parte alta del pueblo. Así pues, siguió pedaleando muy rápido mientras trataba de esquivar puestos y vecinos, completamente ajena a sus comentarios y reacciones.

–¡Eh, cuidado!

Se volvió ante esa voz, que conocía. Frenó en seco y evitó por poco una estrepitosa caída de cabeza sobre uno de los puestos de fruta.

–Niña, ten cuidado o tendrás que pagar lo que estropees –replicó muy ufano el vendedor. Se había acercado alarmado, pues pensaba que la chica habría caído sobre las mesas donde tenía expuestos sus productos.

Lluvia lo ignoró, volvió la cabeza y buscó el origen de la voz. Primero reconoció a Amelia, quien tenía los ojos entornados en un gesto de altanería. Sus rizos perfectamente moldeados enmarcaban su rostro, adornado con un maquillaje impoluto. A su lado estaban Carol y Paula, que parecían bastante serias. Lluvia sonrió a su amiga.

–¡Pau!

–Casi nos atropellas –rio Carol, después de mirar de reojo a su madre–. ¿Dónde vas tan rápido?

–Perdonad, tengo bastante prisa. Pau, ¿quieres venir?

Paula abrió los ojos e hizo un amago de asentimiento, pero después, como si sintiera algo, se volvió hacia su madre y, casi de forma inmediata, negó con la cabeza.

–Lo siento. Estoy ocupada.

Lluvia observó que las tres llevaban varias bolsas. Amelia sostenía las suyas con los dedos crispados.

–Vamos, tenemos muchas cosas que hacer. –Se giró sin prestar más atención a Lluvia. Carol y Paula se miraron. Fue Paula la única que pareció disculparse con su amiga a través de sus ojos.

–Nos vemos esta noche y me cuentas.

–Paula. Carolina. No tengo todo el día.

La mujer comenzó a alejarse. Carol la siguió tras despedirse de Lluvia con un gesto de la mano y una sonrisa tenue. Lluvia asintió y miró a Paula, y esta se giró también.

Algo inquieta, Lluvia volvió a subirse a la bicicleta, enderezó el manillar y, sin prestar un mínimo de atención al vendedor del puesto (que seguía observándola con cara de pocos amigos), retomó su camino. Se puso de pie sobre los pedales para ganar más impulso y poder subir la parte de la plaza que estaba en pendiente, cuesta arriba.

Poco a poco, fue alejándose del centro del pueblo y del alboroto. Las calles en la parte alta, a diferencia de las que había a los alrededores de la iglesia, se iban ensanchando. Las casas también eran más grandes y algunas parecían pertenecer a familias más adineradas.

Pasó al lado del colegio, una enorme edificación de antes incluso de la guerra, y que cada año parecía albergar menos estudiantes. Ella, como sus amigos, había dejado el edificio años atrás y asistía al instituto de un pueblo cercano.

Un rato después, llegó a su destino: un chalet moderno que había sustituido a una casa tradicional medio en ruinas. Lluvia lo recordaba apenas, pero a veces acudían a su memoria recuerdos dispersos de ella y Lucas jugando en un patio antiguo.

Apoyó la bicicleta contra la fachada exterior, abrió la pequeña puerta y cruzó sin pensar todo el patio hasta la entrada propiamente dicha de la vivienda. Allí, llamó al timbre y sonrió abriendo mucho la boca en cuanto la silueta de Lucas se recortó detrás del marco. Él la miró, extrañado y un poco abrumado.

–¿Qué haces aquí? –Su voz sonó algo más seca de lo que pretendía.

–Yo también me alegro de verte, Luke. –Lluvia entornó los ojos y le sacó la lengua.

–Perdona, es que no sabía que venías...

El chico se miró rápidamente y Lluvia sintió una pequeña satisfacción al ver que las mejillas de su impassible amigo se teñían de un ligero tono rosado.

–Como si no te hubiera visto en pijama.

–Deberías haber llamado al telefonillo.

–¿Tenéis telefonillo? –La chica se giró hacia la calle y Lucas puso los ojos en blanco.

–Desde luego, solo tú podrías abrir una puerta sin pensar en que sería de mala educación. –Su amiga sonrió de nuevo–. Anda, entra.

A pesar de estar prácticamente en el campo y en la parte alta del pueblo, donde el sol azotaba sin piedad cada verano, Lluvia siempre se sorprendía de encontrar la casa de su amigo unos grados por debajo de lo normal.

–¿Estás solo?

–Mis padres están trabajando, mis abuelos están en el mercado y no sé dónde está Nico.

–Pues justo quería hablar con tus padres.

Lluvia se dejó caer sobre el sofá del salón, sin preguntar siquiera.

–Eres una maleducada.

–Pero si soy un encanto.

–Y descarada –replicó Lucas mientras se sentaba en el otro extremo del sofá.

–Y tú eres un muermo.

Señaló a la televisión, que emitía un programa de tertulias por la mañana.

–Ni siquiera la estaba viendo –gruñó Lucas–. ¿Para qué querías ver a mis padres?

–Necesito ayuda de gente que sepa de animales.

Eso pareció captar su atención.

–¿Por qué?

Lluvia sonrió de nuevo y le contó a Lucas todo lo que había sucedido esos días con el perro abandonado.

–Me gustaría tener una oportunidad de meterlo en casa, pero el pobre está lleno de pulgas y a saber qué más... –suspiró la chica–. Evidentemente, mis padres no quieren ni que se me acerque en ese estado, pero te juro que es lo más bonito y obediente del mundo.

–Creo que puedo imaginarlo –respondió Lucas, y realmente lo pensaba. Lluvia era desinteresada y, cuando demostraba tener cariño por algo o por alguien, lo daba todo y se involucraba sin pensar en recibir nada a cambio.

–Y no es solo porque quiera que entre en casa. –Interrumpió los pensamientos de su amigo–. Es que parece estar pasándolo realmente mal. No deja de rascarse continuamente.

–Habría estado abandonado mucho tiempo, y es posible que, si tuviera dueño antes, le hubiera maltratado. Al menos, por lo que me has contado –respondió Lucas, Lluvia asintió en silencio, con la mirada perdida en la televisión sin sonido.

–¿Puedes ayudarme? No sé cómo se desparasita a un animal, o si necesita alguna revisión o algo así.

–Mis padres no son veterinarios, son ganaderos, Lluvia. –La chica hizo un pequeño puchero con la boca–. Pero recibimos la visita de un veterinario varias veces al mes en la granja, a no ser que haya alguna emergencia, claro. El problema es que ahora, en agosto, toma vacaciones y no se hacen revisiones. De hecho, si ahora llamáramos a un veterinario de su clínica por una urgencia, nos cobrarían posiblemente el doble.

–Entiendo...

–Mis padres no podrían asumir ese gasto, ni tú, vaya, y menos si no es una auténtica urgencia de la granja. –La mirada de Lluvia se ensombreció un poco, y Lucas se sintió realmente mal por cómo estaba escogiendo las palabras–. Quiero decir que, ahora al menos, no podremos llamarlo. Pero en septiembre tiene que volver a hacer las revisiones normales. Podríamos aprovechar una de sus visitas y llevarle al perrito.

–¿En serio?

–Claro, lo hablaré con mis padres y no creo que tengan problema. Aunque deberás pagarlo tú.

–¡Es genial! –exclamó Lluvia–. Bueno, no lo es porque será bastante dinero, pero ¡al menos podrá echarle un vistazo!

Lucas sonrió y asintió, y se quedó clavado en el sitio cuando la chica exclamó y le dio un abrazo de oso.

–¡Gracias, Luke! Eres el mejor.

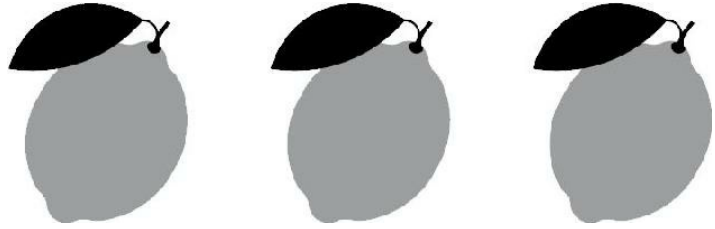
Le plantó un par de sonoros besos en las mejillas, se levantó de un salto y, como salió tan rápido de la casa, no se percató de que el color volvía a teñir el rostro de su amigo.

Nicolás se asomó por la puerta, hecho un desastre. Con el pelo revuelto y el pijama arrugado. Aún no podía abrir los ojos del todo y, a pesar de todo, se las arregló para dirigir a su hermano mayor una mirada que hablaba por sí misma.

–Menos mal que no se ha dado cuenta de la cara que se te ha quedado.

–Vete a la mierda.

Lucas se sobresaltó con la voz de Nicolás, se volvió hacia él y le lanzó un cojín del sofá. Después se marchó sin decir nada.



Hacía mucho calor y el sol empezaba a picar en la pálida piel de Lluvia, quien ya lamentaba haber cambiado su ruta. En vez de atravesar el pueblo, para evitar la plaza y el barullo de aquella mañana, había tomado los caminos que lo bordeaban. Se había relajado al pensar en el perro y canturrear para sí misma, y había dejado de prestar atención a lo que sucedía alrededor. Sabía que no se encontraría con nadie. Por eso estuvo a punto de atropellar a una figura que salió rápidamente de una calle perpendicular, unos metros delante de ella.

Lluvia frenó en seco, y la inercia la impulsó hacia delante, por encima del manillar, pero logró guardar el equilibrio para no caer directamente contra el suelo.

–¿Eres imbécil o qué te pasa? Maldita loca.

Levantó la cabeza y suspiró con pesar al ver el rostro de Andrés, el hermano de Olivia, a escasa distancia de ella. Frunció el ceño e intentó disimular la oscura satisfacción que estaba sintiendo en esos momentos al ver la cara de espanto que había puesto él.

–Quizá deberías mirar cuando vas andando por la calle –respondió la chica con una mueca.

Andrés se acercó a ella, tomó el manillar con las manos y le dio una pequeña sacudida, y así redujo la distancia con el rostro de Lluvia, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella no se dejó intimidar; mantuvo el rostro impassible.

–¿O qué? –la desafió Andrés.

–O podrías encontrarte a alguien que te quite esa estúpida sonrisa de la cara.

El chico alzó una ceja, aparentemente complacido con la respuesta. Lluvia aprovechó para apartar el manillar con un movimiento brusco. Andrés se separó un tanto, y ella se acomodó de nuevo sobre el asiento y colocó uno de los pies encima del pedal correspondiente.

–Eres una zorra.

–Oh, qué original. –La chica puso los ojos en blanco y comenzó a ponerse en marcha.

–¡El mundo estaría mejor sin ti! –exclamó el otro, con cierta rabia en su voz.

Lluvia hizo un gesto despectivo con la mano, sin volverse a mirarlo, y siguió pedaleando calle abajo. Total, llevaba toda una vida escuchando cosas similares. Había aprendido a que nada de eso tuviera el mínimo impacto sobre ella. Y menos de alguien como Andrés.



El pelo húmedo y denso se pegaba a su espalda y su cara, y pequeños regueros de sudor recorrían su espalda. Apenas había tenido tiempo para ducharse y cenar después de la piscina, cuando tuvo que salir a toda prisa de su casa por segunda vez aquel día.

Se había puesto una camiseta ancha y arrugada y unos pantalones altos con un cinturón negro. La moda le importaba más bien poco, pero a menudo intentaba seguir los consejos de Olivia porque le parecía divertido. Así que, especialmente cuando salía por las noches, Lluvia hacía sus mayores esfuerzos por ir, según definía su amiga, *vestida decentemente*. Esa noche estaba realmente satisfecha con el resultado.

Un par de minutos después de haber salido de su casa, escuchó unos pasos detrás de ella. Se giró rápidamente, con el ceño fruncido, esperando encontrarse a cualquiera, excepto al cachorro abandonado. La observaba expectante, con la boca abierta y la lengua fuera, bastante alegre.

—¿Vienes hoy conmigo? —Rio Lluvia, a lo que el perro le respondió con un pequeño ladrido—. ¡Vamos! Hoy es una noche importante, pequeño.

La chica sonrió y el animal empezó a moverse de un lado a otro, emocionado. Cuando retomó la marcha, el cachorro se puso a su lado y mantuvo una distancia prudencial entre ambos.

—No sé si te alejas tanto porque sabes que estás lleno de pulgas y puedes hacer daño a los humanos o porque realmente sigues teniéndonos miedo, amiguito. —Lo miró con cariño—. Pero, en cualquier caso, me da pena que sea así.

Durante todo el camino, Lluvia no paró de parlotear ni un segundo, seguida muy de cerca por el animal, que miraba alternativamente a la chica y a la calle. Se encontraron con bastantes vecinos que observaron la escena con escepticismo y dedicaron miradas reprobatorias a la joven. Ella hizo simplemente como si no estuvieran ahí.

Un rato después, llegó al colegio de Valdesa. El edificio estaba situado a las afueras, y varias calles desembocaban en la especie de explanada donde se ubicaba, junto a un parque infantil y varias casas, aunque todo lo que había detrás era campo. Si ya de día era un gigante, de noche adquiriría unas dimensiones mucho más imponentes, ya que la oscuridad que lo envolvía le confería un halo de misterio, casi de terror, alimentado por el insondable silencio que lo rodeaba. Como un centinela de piedra, parecía marcar los límites del pueblo y advertir con su presencia de que cualquiera debería tener cuidado a su alrededor.

Lluvia se paró justo delante de la verja que daba a la entrada principal y levantó la cabeza para mirar la enorme fachada de la construcción.

En ese momento, Paula llegó al mismo lugar por otra calle. Apenas tardó unos segundos en reconocer a Lluvia, quieta en medio de la calle, y no pudo evitar sentir una pequeña punzada de tristeza al pensar que su amiga no había pasado a buscarla, a pesar de que le quedaba de camino. Intentando ignorar ese pensamiento, se acercó a ella por la espalda, con la esperanza de, por una vez, ser ella quien sorprendiera a la otra.

—¿Tu abuela tiene alguna historia de las escuelas? —preguntó.

Lluvia se giró despacio, sin haberse sobresaltado lo más mínimo.

—¡Pau! Creía que era la primera en llegar. —Rio y echó los brazos hacia su amiga y la envolvió en un fuerte abrazo. Paula sonrió a su pesar y se relajó al percibir el aroma cítrico que emanaba del cabello de Lluvia.

—Estás empapada, bola.

—He tenido que correr como nunca.

—Hoy no has dado ni una con el reloj. —Rio Paula. En realidad, sabía que su amiga nunca era puntual.

Lluvia rio, y enseñó sus paletas separadas y movió los hombros.

–Anda, vamos, he visto que los demás están ahí. –Paula señaló hacia un punto más alejado del parque.

Ambas anduvieron hacia el lugar que señalaba.

–¡Sois unas tardonas! –se burló Aarón y enseñó la lengua.

–Y tú muy pesado. –Lluvia le enseñó el dedo corazón–. Creo que hoy apruebo, ¿verdad, Oli?

Olivia tardó un rato en darse cuenta de que se dirigía a ella. Dio un pequeño respingo, como si hubiera sentido un calambre.

–¡Ay, perdona! –Todos rieron–. Acércate, que aquí hay poca luz.

Lluvia se llevó la mano a la frente, como si estuviera delante de algún cargo militar.

–Sí, señora. –Dio unos pasos al frente y se paró delante de Olivia, y puso una mano en sus caderas, en un gesto exagerado–. ¿Y bien?

–Bueno... Has acertado de lleno con los pantalones... Pero las zapatillas no pegan ni con el cinturón ni con la camiseta, que, por cierto, está hecha un asco. Y parece que no has visto una plancha en la vida...

–¡Oh, venga ya! –se quejó Lluvia, y se cruzó de brazos y adoptó una posición más normal en ella.

–Tú te vistes y yo te evalúo. Ese era el trato. –Olivia se encogió de hombros y sonrió burlesco. –Y hoy reconozco que has mejorado, pero aun así... No te puedo dar más que un seis de nota.

Todos rieron, incluida Paula, y Lluvia hizo un puchero con la boca.

–¡Y ni siquiera lo sientes! No hay quien pueda disfrutar de las vacaciones contigo, Oli.

La chica se dejó caer en el suelo, delante del banco donde estaban sentados sus amigos. Paula la imitó y se sentó a su lado despacio, y cruzó las piernas.

–¡La que debe de sentirlo eres tú, tía! –rio Olivia.

–De verdad, no sé por qué seguís jugando a eso –replicó Aarón, que dejó caer una mano sobre su rodilla con hastío.

–¿Qué pasa? ¿Quieres unirme? –le respondió Lucas con sorna.

–Sabe que no tendría nada que hacer. –Olivia se cruzó de brazos y alzó las cejas con suficiencia–. Si Lluvia lo tiene crudo, tú...

–Ni me atrevería a que me evaluaras, ¡es horrible! –replicó Aarón mientras la miraba, y después se dirigió a Lluvia–. No sé cómo la soportas, de verdad.

–¡Eh! ¿Y eso?

Casi al unísono, todos giraron la cabeza hacia donde señalaba Olivia. Una pequeña figura los observó con atención, sin que su alegría se disipara lo más mínimo.

–Pero ¡si eres tú! –exclamó Lluvia.

–¿Quién? –preguntó Aarón, extrañado.

–Es el perrito que me encontré hace unos días. –La chica se volvió hacia Lucas, que la miró sin decir nada–. El pobre está lleno de parásitos...

–Qué asco, ¿nos vamos? –Paula hizo un gesto como para levantarse, y el cachorro, que malinterpretó el movimiento, se alejó del grupo de un salto. Al ver que no iba a hacerle nada, se paró y volvió a mirarlos, esta vez más cauteloso.

–Pau, ten cuidado, es muy asustadizo –la riñó Lluvia–. Ha venido conmigo todo el camino, pero hacía un rato que no lo veía.

–Creo que vi ese perro hace poco cerca de mi casa –dijo Lucas–. ¿Sabes de quién puede ser?

–Ni idea. –Lluvia siguió mirando al animal fijamente–. Pero le he tomado cariño.

–¿Le has puesto nombre? –quiso saber Olivia.

–No lo había pensado. –Su amiga la miró ilusionada–. Pero da igual, no podría quedármelo porque mis padres no quieren que lo meta en casa.

–Normal...

Lucas se levantó del banco, pasó al lado de Lluvia, revolvió un poco su cabello con la punta de los dedos y se acercó al perro.

–¿Es macho?

–Sí.

–No parece tener más de unos meses. Has hecho bien en alimentarlo: no habría sobrevivido.

–¿Que has hecho qué? –Paula la miró, extrañada.

Mientras Lucas observaba al animal atentamente, este se quedó quieto, expectante y sin entender muy bien qué hacía el chico. Lluvia aprovechó el momento para contarles lo sucedido esos días.

–¡Ojalá puedas quedártelo al final! –exclamó Olivia con ojos soñadores–. A mí me encantaría tener un gatito.

–Creo que jamás podría tener un gato. Qué animales más ariscos, de verdad –gruñó Aarón–. ¿Y bien? ¿Piensas ponerle algún nombre? A lo mejor así tus padres se terminan por animar...

–No lo había pensado. Pero no se me ocurre nada.

Lucas se incorporó, se llevó las manos a las caderas y se giró hacia su amiga.

–Debería ser un nombre de algo que represente Valdesa.

–¿Hipocresía? –aventuró Paula. Lluvia la miró con el rabillo del ojo; había detectado un matiz en su voz que le llamó la atención.

–¿Alguna palabra característica de aquí? –dijo Olivia, casi al mismo tiempo.

–Sí, o algo que sea típico del pueblo. ¿Se os ocurre algo?

Durante unos segundos, todos se quedaron en silencio, hasta Paula parecía estar pensando seriamente en un nombre que pudiera venirle bien al animal.

–¿Y algo de alguna leyenda?

–Ahora mismo... La verdad es que no se me ocurre nada. –Lluvia se mordió el labio inferior, pensativa. El perro se acercó y le devolvió esa mirada transparente, viva en sus ojos castaños.

–Podemos pensarlo después –propuso Aarón–. Cuando acabemos de prepararlo todo para la acampada.

–Mira que eres gruñón. No se nos va a olvidar nada...

–Puede que a los demás no, pero a ti se te olvidará todo, para variar –replicó el chico mientras miraba a Olivia.

–¿Qué plan queréis hacer?

Lluvia sonrió ante la pregunta de Lucas. Este le devolvió una mirada de complicidad, y la chica le respondió ampliando el gesto, y terminó por enseñar todos los dientes. Olivia rio por lo bajo, Paula arqueó una ceja y Aarón soltó una breve carcajada. Lucas había preguntado por preguntar, y los demás lo sabían. No había duda de que los cinco estaban de acuerdo en lo que era obvio: harían lo de siempre.

Era curioso pensar que «lo de siempre» podía significar muchas cosas en Valdesa, dependiendo de a quién se le preguntara y en qué momento del año. Porque hacer *lo de siempre* en verano, por ejemplo, solía corresponder a ciertos patrones que se repetían en todos los grupos de amigos jóvenes. Los planes más comunes que podían entrar en esa categoría eran hacer alguna merienda en la dehesa, reunirse con los primos y otros familiares que durante el resto del año se

encontraban desperdigados por la geografía española y disfrutar de las fiestas con las respectivas peñas para despedir el verano.

Pero, si alguien preguntara al grupo de Lluvia, uno de los «lo de siempre» clásicos era la acampada. Aunque pocos se atrevían a nombrar a Lluvia Donoso, y a menudo se referían a ellos como los amigos de la Espinosa chica (por ser Paula la hermana menor) o los amigos del Carrasco (por ser el apellido de Aarón). Pero los cinco sabían que la realidad era otra.

–Propongo quedar a las ocho de la mañana el viernes –exclamó Lluvia.

–¿Estás loca? Es demasiado pronto –se sorprendió Aarón.

–Pero hará calor...

–Gracias, Oli. De hecho, he visto el parte meteorológico hoy y anuncian mucho calor. –Lluvia soltó una carcajada, se alzó y puso las manos sobre las caderas, cerradas en pequeños puños que Lucas encontraba adorables–. Así que deberíamos madrugar para llegar a la dehesa cuando empiece a subir el sol.

–¿No nos puede llevar nadie en coche? –lloriqueó Aarón–. Lucas, dentro de poco vas a ser mayor de edad, ¿no puedes conducir ya?

–Oh, seguro que a Lucas le encanta que le recuerdes que repitió un curso –replicó Paula, en tono burlón.

–Ya está la lista –contestó Aarón en el mismo tono.

Lucas los miraba a ambos, divertido. Realmente le encantaba ver las pequeñas peleas que tenían sus amigos. Aarón y Paula tenían caracteres muy explosivos, eran testarudos y siempre querían llevar la razón, así que chocaban a menudo.

–Sí, pero aún no puedo sacarme el carnet.

–Venga ya, tío. Estás en un pueblo. No va a pasar nada.

–Lo haré cuando acabemos el instituto, ¿vale? Déjalo ya. –Lucas se cruzó de brazos para zanjar la conversación.

–Entonces a las ocho el viernes –exclamó Lluvia con una sonrisa llena de determinación que se fue ensanchando–. Quedamos aquí mismo y tomamos el camino ancho. ¿De acuerdo?

Y todos asintieron, conformes. Porque, aunque nadie la mencionara como la líder del grupo, ni Lluvia se definiera nunca como tal, era indudable que su actitud emitía una energía y un poder de convicción frente a los cuales nadie podía hacer nada. Tenía una determinación envidiada por Lucas, una seguridad que ya quisiera tener Paula y un optimismo que ni Aarón era capaz de sentir a veces. Y por eso, normalmente, cuando Lluvia decía algo, todos la seguían casi sin rechistar. Ella no era consciente de la situación, es más, decía las cosas según las pensaba en ese momento, o después de meditarlas un momento, pero pensaba que solo conseguía esas reacciones porque tenía buenas ideas. A veces, incluso, ni eso. Porque lo único que le importaba a Lluvia era estar con ellos.



6 Zummo de limón

Paula lo vio antes que sus amigos.

Andrés se acercaba a las escuelas rodeado por su grupo de amigos. Eran en total seis chicos, muy parecidos a Andrés. Sin duda, eran mayores que ellos, algo que se reflejaba en sus andares despreocupados, pero firmes, en la forma como se retiraban el cabello de la cara o en las zapatillas de deporte que calzaban. Nadie que se hubiera quedado toda la vida en Valdesa andaría así, desde luego, así que Paula dedujo que todos estaban estudiando fuera durante el curso.

Observó a sus amigos, que seguían discutiendo sobre la acampada.

—¿Vas a traer tortilla y bizcocho, Oli? —exclamó Lluvia, emocionada.

—¡Sí! Pero, por favor, recuérdamelo mañana.

—Oh, ten por seguro que lo haré. ¡Qué bien, qué rico está todo lo que cocinas!

—¿De verdad crees que no se le va a olvidar? —preguntó Lucas.

—¡Tengo fe en ella! —respondió Lluvia, y rodeó con los brazos los hombros de su amiga. Olivia se sonrojó ligeramente.

—Gracias...

Paula sintió una pequeña punzada de celos en su interior. Miró al cachorro, que no se había separado del grupo ni un momento. No los había molestado ni una sola vez, ni había ladrado, ni se había acercado demasiado. Se había mantenido a una distancia prudente, a ratos tumbado o sentado sobre el suelo y otros curioseando los alrededores. Pero siempre volvía al lado del banco donde llevaban sentados dos horas por lo menos, y los miraba con sus redondos ojos castaños mientras movía el rabo con energía. Parecía que sonriera, a pesar de que los chicos no le prestaban demasiada atención, centrados como estaban en su conversación.

La chica lo miró con cierta tristeza. Se sentía como aquel animal en ese momento. Se mantenía como una presencia callada y vacía que acompañaba a sus amigos allá donde fueran, pero que nunca tenía un hueco real entre ellos. O, al menos, eso era lo que sentía. Volvió a levantar la vista disimuladamente en dirección a Andrés. Parecía que él no la había visto aún.

Se pasó las manos sobre los muslos para intentar limpiar el sudor que se le había acumulado en las palmas. Pero paró enseguida, al ver que sus piernas, al igual que sus dedos, temblaban de forma pronunciada.

Debió mirar hacia Andrés y sus amigos más de lo que pretendía, porque Lluvia, más perspicaz y observadora de lo que muchos creían, se quedó un rato mirando fijamente a Paula con el ceño fruncido. Su amiga no se dio cuenta, inmersa como estaba en un estado de nervios y tensión que no sabía explicar. Cuando Lluvia movió la cabeza siguiendo la dirección de la mirada de Paula, el resto del grupo hizo lo mismo. Paula sintió que sus mejillas se encendían y los dedos de la mano se le quedaban fríos.

—Pero si es tu hermanita, Andrés —exclamó uno de los chicos.

–¿Por qué no la habíamos visto antes? –replicó otro, y todos se echaron a reír.

–Dejadlo ya, chicos, que al final os ganáis una...

Andrés los miró entonces.

–¿No deberías estar ya en casa, Olivia? –Se acercó a la chica con una mueca; algo en su tono de voz inquietó a Paula.

–¿Y tú no deberías callarte, si nadie te ha pedido opinión? –replicó Lluvia con el ceño fruncido y un claro gesto de desprecio.

–A ti ni siquiera te he preguntado.

El chico se volvió hacia Lluvia, dispuesto a añadir algo más. Su actitud era desafiante y altiva, y sus amigos coreaban y reían detrás de él. Entonces, se dio cuenta de que Paula estaba justo al lado, dio un paso atrás y relajó el rostro, en el que se dibujó una amplia sonrisa.

–Pero tienes razón. –Después miró a Olivia–. Perdona, es que pensaba que hoy no ibas a salir.

Su hermana se encogió de hombros y lo ignoró, y se giró hacia sus dos amigas. Paula miró entonces a Lucas, quien, sentado al lado de Olivia, no había relajado su postura ni un ápice desde que habían aparecido los otros chicos.

Lluvia seguía fulminando a Andrés con la mirada.

–Anda, tío, vámonos. No perdemos el tiempo con niños.

Andrés ignoró a su amigo y esquivó la mano que había apoyado en su hombro. Era curioso: no era el más alto del grupo, pero alzaba el pecho y la barbilla como si quisiera demostrar algo con su presencia. Lluvia no se perdía ni uno de sus movimientos, aunque observaba con el rabillo del ojo a su amiga, pues era consciente de que había algo que se le escapaba.

–¿Hacéis algo hoy? –Andrés ignoró las miradas furibundas, y, aunque habló en plural y se dirigió a los cinco, sus ojos se detuvieron más tiempo sobre los de Paula. Esta tembló ligeramente y sintió cómo aumentaba el calor de sus mejillas. Esperaba que la poca luz que les llegaba de las farolas fuera suficiente para disimularlo.

–Tenemos planes y no contábamos con un grupo de orangutanes, pero muchas gracias –replicó Lluvia.

–Lluvia... –le advirtió Lucas, que la miraba con los ojos muy abiertos. Hasta Olivia parecía sorprendida.

–Entiendo. –Andrés volvió a sonreír, se encogió de hombros y su atención volvió a centrarse en Paula–. La próxima será, entonces.

Y, como si todos pertenecieran a una orquesta y hubieran recibido la señal del director, se movieron al unísono y rodearon al chico. Después, sus voces se perdieron calle abajo.

–¿Alguien me puede explicar qué narices le sucede a tu hermano, Olivia? –exclamó Aarón, que había estado inusualmente callado.

–No le aguanto, la verdad.

–Se lo tiene demasiado creído desde que se fue a la universidad –dijo Lucas, un poco bajo.

–¿Vosotros también lo habíais notado? –se extrañó Olivia.

–Por supuesto. ¿Qué te crees?

Aarón se acomodó en el banco y estiró sus largas piernas. Con el movimiento, dio un ligero golpe en la suela de una de las sandalias de Paula. Esta levantó la cabeza, alarmada. Se había sumido en sus propios pensamientos y no había escuchado la conversación de sus amigos. Miró a Aarón y esperó que no percibiera lo nerviosa que aún se sentía.

–Perdona, Paula. –El chico apartó las piernas hacia un lado, pero no dio muestras de haberse dado cuenta de nada–. Solíamos jugar al tenis en la piscina todos los veranos, ¿verdad, Lluvia?

–Sí, era divertido porque era de los pocos que solían jugar –respondió la chica, y al instante su cara se iluminó–. ¡Eh! ¿Nos llevamos las raquetas para jugar en la dehesa?

–¡Buena idea, sí, señora! –Aarón volvió a incorporarse y chocó los cinco con Lluvia.

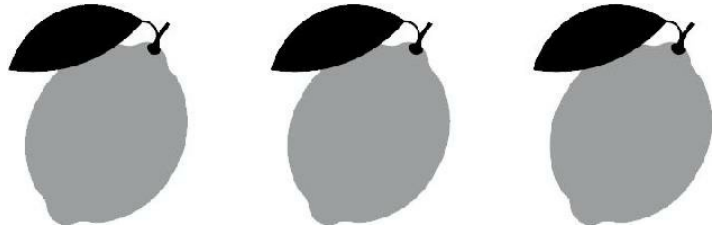
–Cómo odio los deportes de raqueta –se lamentó Olivia.

–Eres una aburrida, Oli.

La conversación volvió a dirigirse a los preparativos de la acampada y a anécdotas de otros veranos. Paula agradeció que la atención se desviara del desafortunado encuentro con Andrés, y poco a poco consiguió calmarse. No obstante, no dejaba de pensar en que, en realidad, sus palabras no habían sido una invitación para el resto, sino que solo se dirigían a una persona. Y ella, que había pasado ya mucho tiempo deseando que alguien la viera de verdad, que la reconociera y le diera un papel más importante, había tomado la decisión de interpretarlas de ese modo. Solo tenía que buscar el momento de verlo de nuevo y hablar con él, quizá entonces sin sus amigos alrededor.

Estaba tan absorta que no se dio cuenta de que Lluvia la miraba de vez en cuando. De que ella sí que había sido plenamente consciente de la turbación de su amiga, y que luchaba por no mencionar nada delante de los demás. La dejó tranquila con sus pensamientos, mientras, poco a poco, los dedos de Paula dejaban de temblar. Cuando, una hora más tarde, Aarón empezó a bostezar y todos decidieron volver a casa, Paula sentía una determinación nueva.

Ese iba a ser su verano.



Su bañador azul oscuro estaba tendido sobre la cama, al lado del bikini verde. Tenía los dos desde hacía varios años, así que, antes de meter en la bolsa alguno de los dos sin mirar, se los había probado. Curiosamente, le seguían sentando igual de bien, o de mal, según cómo se sintiera ese día.

–¿Necesitas ayuda?

Carol asomó la cabeza por la puerta, que había dejado entornada. Debería haberla cerrado del todo para que no la molestaran.

–No.

Si bien no quería haber sonado tan cortante, tampoco le apetecía tener que escuchar los comentarios de su hermana mayor. Así que, sin añadir nada más, Paula se dio la vuelta y fingió seguir buscando cosas entre sus cajones, aunque ya lo tenía todo organizado. Carol suspiró imperceptiblemente, detrás de ella, y entró despacio en la habitación y dejó la puerta entornada.

–Yo me pondría el bikini, te sienta genial.

Paula se detuvo, con una camiseta bien doblada en las manos, pero no se volvió.

–Aunque también puedes llevarte los dos; así puedes cambiarte y no quedarte con la ropa húmeda.

–Te he dicho que no necesito ayuda.

–Bueno, pero yo quiero dártela. –Carol se sentó sobre la cama, lo que provocó un pequeño terremoto en el colchón que ondeó la ropa que estaba encima–. Y, además, solo es una sugerencia.

–Pues gracias por tu *sugerencia*. Ya puedes irte –replicó Paula, que esperaba que su hermana asintiera y saliera sin decir nada.

–También te puedo dejar algo, si lo necesitas.

La mirada furibunda de Paula bastó para que Carol, acostumbrada a expresar su opinión sin réplicas, cerrara la boca de golpe.

–¿Estás enfadada conmigo?

–No.

–¿Y con el mundo?

Paula calló.

–No puedes sentirte así todo el tiempo. Ni estar de ese modo con quienes intentan ayudarte.

–No me gustaría tener que repetirme lo que ya te he dicho, Carol.

Su hermana la miró como si no la reconociera. Sabía que había algo escondido en la actitud de Paula, pero no lograba dar en la tecla adecuada para recuperar su confianza.

–Está bien, perdona, no era mi intención molestarte... –Se levantó despacio, y la ropa que había encima de la cama volvió a moverse un poco. Paula miró las prendas sin decir nada mientras su hermana se dirigía hacia la puerta.

–¿De verdad crees que el bikini me sienta bien? –dijo tras unos segundos de silencio.

Carol se giró inmediatamente.

–¡Claro!

Paula la miró, todavía con ciertas dudas. Pero conocía esa sonrisa como la palma de su mano. La había visto muchas veces a lo largo de su vida, como cuando le regaló a Carol un dibujo donde quería haber representado a las dos, con sus rizos y sus vestidos a juego, cuando solo tenía seis años. Su hermana le había devuelto esa misma sonrisa, aunque le faltaran algunos dientes, para después revolverle el pelo. También la conocía del momento en que Carol anunció que la habían admitido en la universidad que quería, y, después de estar un rato hablando de las ganas que tenía de ir a la ciudad, Paula le había confesado que la echaría mucho de menos. Aunque entonces su relación ya estuviera algo deteriorada, ambas sabían que no había mentiras ni medias tintas en esas palabras.

La sonrisa de Carol era sincera, en cierto modo tan embaucadora como la de Lluvia.

–Gracias, Carol.

La aludida le sacó la lengua, sin cambiar ni un poco su expresión, y salió de la habitación.

Paula se quedó un rato reflexionando. Si su hermana le había aconsejado ponerse el bikini, era por algo, pero no podía apartar del todo un pensamiento que rondaba su mente. Lo apartaba con fuerza, aunque resultaba insistente: el bikini dejaba su tripa al descubierto, y no creía estar preparada para miradas reprobatorias o burlas sobre su cuerpo. Quizá, en realidad, había llegado el momento de enfrentarse a la situación, y quizá Carol tuviera razón en lo que respectaba a esa prenda. Además, parecía que, de alguna forma, Andrés se había fijado en ella, así que algo bueno debía de tener.

Así, con un hondo suspiro, cuadró los hombros y trató de esconder por todos los medios esos pensamientos en lo más profundo de su mente, y tomó el bikini, pero guardó el bañador en la bolsa. Solo por si acaso.

Aun y todo, no se sentía del todo convencida. Por lo que, en cuanto consideró que lo tenía todo listo, decidió salir de casa. En el patio se encontró a Carol, que leía totalmente abstraída.

–Me llevo el bikini.

La chica alzó la cabeza y parpadeó confusa.

–¿Qué?

–El bikini.

–¿Te has decidido por fin?

Paula asintió en respuesta, y Carol le dirigió una mirada pícaro y orgullosa.

–Me alegro.

Un ligero cosquilleo, que nada tenía que ver con los nervios que había sentido la noche anterior con la emoción de ver a Andrés, recorrió su columna y la embriagó de una calidez agradable. ¿Era posible que pudiera recuperar la relación que tenía con su hermana?

Carol parecía estar pensando lo mismo, porque su mirada se volvió anhelante.

–¿Dónde vas?

–Quería ir a casa de Lluvia.

–Oh, de acuerdo. Pásalo bien, aunque no tardes. –La chica se volvió a acomodar en la silla, puso los pies en alto y los apoyó en otra que tenía enfrente, y abrió el libro por donde lo había dejado—. Creo que cenaremos pronto.

Paula asintió y salió a la calle. El sol había caído bastante ya, y las callejuelas de Valdesa volvían a llenarse con el bullicio de la gente, que esperaba con ganas las últimas horas de la tarde para poder salir. No solo eso, sino que muchas familias, las cuales vivían en grandes ciudades el resto del año, regresaban a Valdesa en verano. De esa forma, el pueblo se llenaba con unos sonidos, una algarabía y hasta olores diferentes, que para muchos eran buena señal. Para Paula era perfecto, ya que, aunque se cruzara con muchas personas, la mayoría no le dedicaban la mínima atención porque, simplemente, no la conocían.

Dejó atrás la plaza del ayuntamiento, cerca de donde vivía, y fue avanzando hacia la plaza baja. Se cruzó con varios niños que correteaban por la calle y le pareció ver al cachorro abandonado, el que les había enseñado Lluvia, pero lo perdió de vista y no pudo confirmar que se tratara de él.

Cuando llegó a la casa de su amiga, entró sin llamar; la puerta estaba abierta. Al patio llegaban las voces de sus inquilinos, así como el sonido de ruidos en la cocina.

–¿Hola? ¿Lluvia? –exclamó, parada en el umbral.

Escuchó ruidos en la planta de arriba, así como unos pasos apresurados.

–¿Pau?

La chica alzó la cabeza y se encontró a Lluvia, asomada a la ventana de su habitación, por encima del limonero. La pequeña y redonda cara de su amiga se iluminó y sonrió enseñando el hueco de sus paletas.

–¡Sube!

Un minuto después, Paula ya estaba subiendo la escalera de la casa. Se acercó al cuarto de Lluvia, a la que se escuchaba andar de un lado para otro y canturrear una canción de un anuncio. Su amiga se quedó parada un rato en el umbral de la puerta, mientras observaba con curiosidad los movimientos de la chica. Seguía completamente absorta en su vaivén de un extremo a otro de la estancia, sin haberse percatado aún de que Paula estaba ya allí.

–Hola.

–¡Pau! –Lluvia se volvió como un resorte al escuchar su voz. Se acercó a su amiga y volvió a sonreírle. Sus ojos se habían vuelto dos finas líneas de tanto que arrugaba el rostro—. ¿Qué haces aquí? ¡Entra!

Paula se dejó guiar y, empujada por Lluvia, cayó a plomo encima de la cama y se sentó encima

de una colcha arrugada y de varias prendas de ropa. Miró consternada el desastre.

–Te lo voy a arrugar todo...

–¡Ya estaba arrugado!

–Eres un desastre.

Y Lluvia rio, con esa voz clara y cristalina, abriendo mucho la boca y enseñando todos los dientes. Paula sonrió como respuesta.

–Dime algo que no sepamos ninguna. Estaba preparando las cosas para mañana.

–¿Lo tienes todo?

–¡Casi! ¿Y tú?

–Sí, ya he preparado mi bolsa.

–Por supuesto. Con lo eficiente que eres, lo tendrás todo listo, mientras que a mí se me olvidarán cosas. –Lluvia fingió sentirse avergonzada.

–Bueno, llevaré algunas repetidas, solo por si a ti se te olvida. –Paula miró a su amiga con cariño, y después pasó a evaluar la habitación–. O por si no lo encuentras.

Había una mochila de montaña, algo vieja y gastada, en el suelo, justo al lado de la cama. Encima de esta, repartidas por el suelo y asomando de algunos cajones abiertos, había decenas de prendas esparcidas, arrugadas y olvidadas. No era raro: Paula había entrado cientos (o incluso se atrevería a jurar que miles) de veces en aquella habitación de paredes blancas cubiertas hasta la mitad por una madera cálida y clara, a juego con los muebles y el suelo. Los cristales de la ventana, enmarcadas en hierro y pintadas en un bonito color azul marino, permanecerían abiertas todo el verano, lo que otorgaba a la estancia un ligero toque antiguo. Pero lo más peculiar de la escena era, sin duda, la presencia constante y perenne de Lluvia.

El cuarto se caracterizaba por presentar un caos ordenado, el cual siempre había causado una impresionante fascinación a Paula. Las estanterías estaban repletas de libros, algunos casetes e incluso CD que sus padres le habían regalado de sus viajes. De esos lugares también le habían llegado cajas de todos los tamaños, colores y formas, donde Lluvia almacenaba de todo. Figuras de cristal y cerámica, de madera y papel. Miles de formas, colores y texturas generaban un conglomerado peculiar, que solía teñirse de una magia especial cuando la luz doraba atravesaba los visillos en las últimas horas de aquellas eternas tardes de verano.

Su armario tampoco estaba nunca ordenado. A menudo, Lluvia dejaba las puertas abiertas, y Paula podía ver cómo miles de prendas se agolpaban en perchas desiguales, sin ningún tipo de orden. Los jerséis y las sudaderas se agolpaban en las baldas bajas y los cajones de la cómoda estaban repletos de pantalones, faldas, bañadores y ropa interior.

El escritorio no se libraba nunca de ese desorden. Varios libros y papeles se amontonaban a un lado, mientras que al otro se podía ver un flexo y una taza con una foto de Valdesa llena de bolígrafos y lápices de todos los colores.

No obstante, a pesar del caos, era indudable que Lluvia se movía en él como pez en el agua. A veces, Paula o Lucas mencionaban alguno de esos extraños suvenires que le regalaban sus padres y que Lluvia les había enseñado meses (o años) atrás. La ponían a prueba solo para confirmar que era imposible que alguien viviera en un cuarto tan desordenado y caótico como ese. Y cada vez Lluvia lo encontraba a la primera, sin dudar. Y sus amigos callaban sorprendidos. Nadie podía negar que, a pesar de la apariencia caótica, todo estaba colocado atendiendo a algún tipo de orden que solo Lluvia conocía.

A menudo, pensaba Paula, Lluvia atendía a patrones que nadie más podía comprender.

–Si me acuerdo, lo encuentro –la retó Lluvia.

–¿Has metido algún bañador?

–¡Gracias por recordármelo!

Paula rio, y observó cómo Lluvia se levantaba de un salto de la cama, tirando algunas camisetas a su paso. Corrió hacia la cómoda y rebuscó en uno de los cajones.

–Me llevaré este. –Sonrió, triunfal, y enseñó un bañador amarillo con unas líneas azules a la altura del pecho–. Y seré un limón.

La chica rio con su propio chiste.

–No podrías ser un limón.

–¿Y eso quien lo dice?

–Tu cuerpo. –Paula la miró con cierta envidia–. Para ser un limón tendrías que ser más redondita.

–Cierto... ¡Seré zumo de limón entonces!

Las dos rieron. Lluvia se llevó las manos a la tripa y algunas lágrimas cayeron por su rostro. Y Paula sintió que no podía reprocharle nada. Que Lluvia era Lluvia, y ella era ella. Que Lluvia, con su caos y su hueco entre paletas, representaba muchas cosas que ella quería ser, pero la admiraba y la quería con locura.



El primer secreto de Lluvia

Lluvia tenía dos grandes secretos.

Nunca se había atrevido a confesárselos a nadie. Ni siquiera a Gracia. Y sabía, o le gustaba pensar, que nadie se había dado cuenta nunca de ellos. Porque siempre estaba actuando al contrario de lo que cualquiera esperaría, en el caso de conocerlos.

Su primer secreto tenía que ver con el embalse de la dehesa, donde iban a acampar.

No obstante, no se permitió pensar demasiado en ello. Aquella mañana estaba más preocupada por comerse los cereales lo antes posible. Los engullía de forma apresurada, casi sin respirar, y para horror de Gracia, que la miraba con los ojos muy abiertos, por encima de la montura de sus gafas.

–Cualquiera diría que no te damos nunca de comer.

–Tengo prisa, Gracia –gruñó su nieta, o eso le pareció escuchar a la mujer; era difícil entenderla hablar con los carrillos hinchados.

–Haberte levantado cuando ha sonado el despertador.

–¡Lo he hecho!

–Sí, claro, media hora después, y porque yo ya estaba despierto. –Su padre puso los ojos en blanco–. Espero que lleves todo lo necesario. Y agua.

–Sí, papá.

–¿Y el saco de dormir?

–Sí, mamá.

–¿Y los bocadillos y la tortilla?

–Sí, Gracia.

Lluvia apuró el cuenco de leche y los miró, sonrientes.

–Anda, quítate esas legañas –la reprendió Gracia.

–¡Ya voy!

–¡Lluvia! –exclamó Olalla que reaccionó tan rápido como pudo mientras su hija subía la escalera atropelladamente.

–¡No vuelvo a correr, lo prometo! Tengo que lavarme los dientes.

–No es eso. Baja, anda.

La chica bajó la escalera con la boca llena de espuma y pasta de dientes. Se sentó en un escalón y miró a su madre.

–Tened cuidado, por favor. La gente no para de comentar que están pasando cosas raras en el campo.

–¿Q... cozzhhh... rgargas?

–¿No os ha contado alguna cosa Lucas?

Lluvia ladeó la cabeza. Puede que hubiera mencionado algo, pero no le había prestado mucha atención. Asintió despacio.

–Nadie sabe qué sucede, pero está apareciendo ganado muerto, y muchos afirman haber visto algunas figuras extrañas por la noche, cerca de la ermita y las escuelas.

–¿Eso es cierto, Olalla? –preguntó Gracia–. No había escuchado nada.

–Sí, están investigando, pero no hay mucho que se pueda hacer porque nadie puede decir nada concreto. Sea lo que sea que esté sucediendo, ocurre por las noches.

Lluvia la miró, consternada. Se levantó, fue al baño y volvió a su posición en la escalera.

–¿Y qué tiene que ver eso con la acampada?

–No lo sabemos, y eso es lo que nos preocupa, cariño –dijo su padre–. Como nadie puede explicar qué está sucediendo, no sabemos qué pueda ocurrir a continuación.

–Bueno, no os preocupéis. Solo vamos a pasar una noche y conocemos tanto el camino como la zona. Estaremos bien.

–No lo dudamos –contestó Isaac–. Pero tened cuidado. Y a la mínima que veáis algo extraño, os volvéis, ¿de acuerdo?

–¡Tomo nota!

–¿A qué hora habíais quedado? –preguntó Gracia, inocentemente.

–A las ocho y media... ¿Por? ¿Qué hora es? –exclamó Lluvia, alarmada.

–Las nueve menos veinticinco...

–¡Mierda!

–¡Lluvia!

–¡Lo siento!

Como un rayo, la chica dio un beso a cada uno, agarró su mochila tras agradecer que alguno de ellos se la hubiera bajado al salón, y salió escopetada. Ni siquiera el traspie que dio con el bordillo de la entrada fue suficiente para hacerla frenar.

Cuando llegó al camino de las escuelas, a la salida del pueblo, sus amigos la esperaban impacientes.

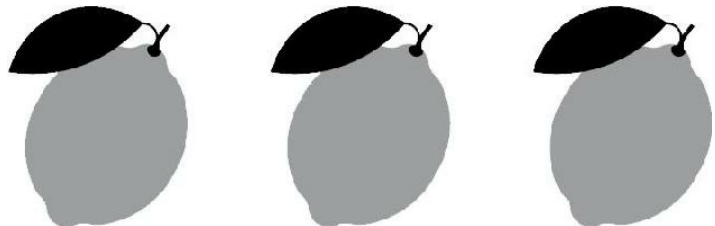
–¿Para esto nos haces madrugar?

–¡Lo siento! Me entretuvieron con los sermones de siempre –se quejó–. Que si ten cuidado, que si están viendo a gente por la noche...

–¿Qué? –exclamó Olivia, con los ojos muy abiertos y cara de terror.

–No te preocupes –la tranquilizó Lluvia–. En serio, siempre están con cosas de esas. ¿Vamos?

De nuevo, la consistencia de sus palabras, el aplomo de su determinación y el brillo en sus ojos fueron suficientes para que todos la siguieran y olvidaran su enfado.



Aarón había sido el encargado de llevar la tienda de campaña, como en los años anteriores. Sus quejas, que giraban en torno a que llevaba más peso que los demás, también se habían convertido en parte del ritual.

–De verdad que eres cargante –gruñó Paula–. Y exasperante. Te recuerdo que yo llevo dos sacos de dormir, y que uno es para ti.

–¿Y qué? ¿Es algún tipo de amenaza?

–Desde luego. Como sigas quejándote, duermes en el suelo.

–Como sigas amenazándome, duermes fuera de la tienda.

Los dos se fulminaron brevemente con la mirada.

–¿A que os quedáis fuera de la tienda y sin saco los dos? –Lucas puso los ojos en blanco–. Parecéis dos críos.

–¡Ha empezado él!

–¡Ha empezado ella!

Los dos exclamaron a la vez. Lluvia y Olivia rieron con ganas.

–¡Esta acampada va a ser superdivertida! –Sonrió la primera–. ¿Has traído las linternas, Oli?

–¡Sí! Creo.

–Más te vale que la opción correcta sea la primera –suspiró Paula.

–Ahora me has hecho dudar...

–¿En qué pensabas mientras preparabas la mochila? –preguntó Aarón con cierta malicia. Todos tenían a Olivia por un poco atolondrada y demasiado soñadora, y aprovechaban cualquier resquicio para hacerla rabiar un poco.

–Pues creo que estaba pensando en lo bonito y mágico que se ve el lago sin luces artificiales. –La chica se sonrojó ligeramente–. Pero ¡tenía las linternas preparadas!

–Bueno, yo he traído un par. No te preocupes, Olivia –dijo Lucas, suavemente.

–Y, si no tenemos, ¿no pasa nada! –exclamó Lluvia, en un derroche de energía que los demás estaban lejos de sentir–. ¡De verdad! Así viviremos el campo al máximo, como una nueva experiencia.

–A mí me gustaría ver por dónde piso cuando voy a mear por la noche en el campo, la verdad –terció Aarón.

–Y a los demás también, por si acaso no vas a hacer pis –rio Lucas.

–¿Os queréis callar? Qué guarros.

Paula arrugó la boca en una mueca y todos rieron.

Siguieron avanzando por el sendero, un camino allanado por el paso de vehículos y personas que hacían a menudo aquella ruta rural; en un par de horas llegarían a la dehesa.

En realidad, se podía considerar como dehesa a la mayoría de los terrenos que rodeaban Valdesa. Algunos de ellos estaban dedicados a la ganadería y unos pocos a unos cuantos cultivos muy puntuales. El terreno era irregular, con pendientes cambiantes y poca profundidad de suelo, de manera que la roca afloraba pronto. Por eso, aquellas tierras que habían perdido la escasa productividad que tenían para cultivar se dedicaban entonces a la ganadería y pastos. Eran terrenos algo áridos, con algunas encinas dispersas aquí y allá, e inundados de pequeñas herbáceas que se tornaban de un característico color amarillo en verano, el cual parecía oro cuando reflejaba la luz del sol.

Todos esos terrenos eran, por tanto, dehesas, y, aunque en la zona todos los denominaban así, eran los propios habitantes de Valdesa los únicos que reconocían una única dehesa como válida. Y esa, por cierto, poco se parecía a las verdaderas dehesas. Se trataba de una llanura bastante extensa en una de las orillas del lago, siempre verde y húmeda, la cual tendía a inundarse algunas primaveras con las crecidas del río Tajo y las lluvias. En verano el paisaje cambiaba bastante, ya que solía secarse, pero no perdía ese frescor que la caracterizaba y que estaba causado por la

cercanía del agua. Así que la gente acudía a menudo a pasar el día, organizaban meriendas e iban a darse un pequeño chapuzón, aunque el color y la textura del agua terminaban por disuadir a muchos.

–Cualquier día de estos nos ponen ahí un chiringo de esos de playa, pero cutre –solía gruñir Gracia–. Y ese día nos iremos todos, Lluvia.

Lluvia reía con esas declaraciones, pero al final siempre tenía que darle la razón. Porque la mujer tenía la capacidad de esclarecer el futuro, y se basaba solo en todo lo que había conocido en el pasado.

–Eres una bruja, Gracia –le decía entonces Lluvia.

–No sabes cuánto. Tengo muchos poderes mágicos –sonreía la mujer, enigmática. Pero su rostro se ensombrecía en cuanto su nieta dejaba de mirarla.

La chica apartó esos pensamientos para centrarse en lo que hacían sus amigos. Habían llegado a la dehesa pasadas las once de la mañana, tras lo que habían decidido sentarse bajo la sombra de algunos árboles a comer chocolate, pan y a refrescarse con el agua que llevaban en las mochilas.

–¿Voluntarios para montar la tienda? –exclamó Lluvia de pronto.

–Pero ¿quieres relajarte? Acabamos de sentarnos –se quejó Aarón.

–Es que sois muy lentos, chicos.

–O tú muy ansiosa.

–Déjame en paz. –Lluvia le lanzó su saco de dormir con ímpetu.

–¡Eh! Que eso hace daño –se quejó Aarón.

Paula lanzó un suspiro de exasperación, se levantó y comenzó a estirarse.

–Venga, si lo hacemos entre todos, tardaremos poco –dijo, e intentó sonar emocionada.

–¡Tienes razón, Pau! –Lluvia se levantó de un salto, seguida de Aarón y Olivia, y asió el brazo de Lucas para invitarlo a levantarse.

–Ya voy, ya voy –rio él.

–Por fin te ríes hoy.

Lluvia lo miró, sonriente. Aunque por lo general Lucas era serio, hacía días que lo veía con un gesto muy sombrío, que destacaba incluso al tratarse de él. Su amigo la miró, sorprendido.

–Llevas unos días muy serio.

–Están siendo días complicados.

–¿Y eso? –se interesó Aarón.

–Complicaciones en casa.

–¿Por qué? ¿Has discutido con tus padres? –preguntó Olivia.

–No, qué va, no ha sido nada de eso. Al contrario. Ha habido un accidente en la granja y están bastante preocupados.

–No lo puedo creer, ¿qué ha pasado? –Lluvia lo miró, repentinamente seria.

Lucas les habló del incidente de la granja.

–Pero es imposible que se mueran tantas vacas de repente. –Lluvia frunció el ceño, y Paula secundó su comentario asintiendo en mudo acuerdo.

–Eso mismo dijeron mis padres. Han estado investigando y descartando opciones. Todo apunta a que pueda ser causa de unos nuevos piensos que compraron hace poco. Coincide que lo usaron para alimentar solo a parte de las vacas, porque justo se acabó el que siempre compraban. Eso fue un error administrativo. –Lucas paró unos segundos para tomar aire. Se fijó en que los demás lo miraban expectantes y con expresiones genuinamente consternadas–. Vamos, están analizándolo en un laboratorio. En septiembre esperan tener los resultados.

–Qué mal, tío, lo siento mucho. –Aarón se rascó la nariz. Su amigo se encogió de hombros.

–Imagino que tus padres sufrirán las consecuencias económicas de eso, ¿no? –preguntó Paula.

–Sí, y tiene pinta de que será peor de lo que imaginaban.

El chico agachó la cabeza y Lluvia lo miró con tristeza; nunca había visto a Lucas tan preocupado o, al menos, nunca lo había demostrado tan abiertamente. Siguiendo un impulso, lo aprisionó y lo rodeó con sus delgados brazos, a la altura de sus codos, sin dejar de mirarlo fijamente. Realmente, Lucas había crecido mucho en el último año y hacía meses que era un par de cabezas más alto que ella.

Sorprendido, su amigo dio un respingo y fijó su mirada en los preciosos ojos azules de Lluvia.

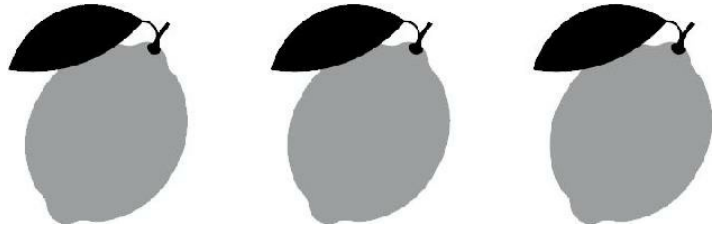
–Si necesitáis cualquier cosa, nos lo decís, ¿vale?

Lluvia también se sorprendió cuando Lucas, aparentemente sin darse mucha cuenta de lo que hacía, acarició su brazo suavemente. Intentó quedarse lo más quieta posible para que no se notara su turbación.

–Muchas gracias –respondió Lucas, sonriendo.

–Bueno, y después de este inciso, deberíamos ponernos en marcha –exclamó Aarón, e hizo un gesto con la cabeza.

Todos parecieron despertar de su ensimismamiento y se pusieron en marcha, con Lluvia a la cabeza.



Después de una mañana intensa de trabajo en la que todos se esforzaron por dejarlo todo lo mejor posible, comieron y se relajaron en la orilla del lago.

–¿Por qué seguimos llamándolo lago? Es un embalse –preguntó Aarón.

–Antes había un lago.

–¿Es cierto?

–Claro –replicó Lluvia, molesta.

–Seguro que Gracia te ha contado miles de historias. –Olivia sonrió, a lo que Lluvia respondió asintiendo–. ¿Nos cuentas alguna?

Lluvia se removió, incómoda. Por el rabillo del ojo vio que Lucas se había dado cuenta, así que intentó adoptar su actitud despreocupada de siempre.

Por supuesto que conocía miles de historias que tenían que ver con aquel lugar. Especialmente una, que la inquietaba más que ninguna. Pero se dijo que no era el momento adecuado para que la conocieran. En su lugar, decidió dejar pasar el tema.

–Conozco miles, pero es mejor contarlas por la noche. –Sonrió, enigmática. Esperaba que fuera suficiente para desviar su atención.

–¡No quiero historias de miedo! –exclamó Aarón.

–¿Luego no puedes dormir? –Lluvia se giró hacia su amigo y entornó los ojos en un gesto de malicia.

–Cállate.

Todos rieron.

–Mejor vamos a bañarnos un poco –respondió Lluvia, y los miró esperanzada–. ¡Y esta noche hacemos ronda de historias de terror!

–¡Genial! –exclamó Olivia mientras se quitaba el vestido y dejaba al descubierto un precioso bañador rojo que acentuaba sus curvas.

–¡Guau, Oli! Te queda genial ese bañador –sonrió Lluvia.

Su amiga se sonrojó y se encogió de hombros. Los demás se desvistieron y se dirigieron a la orilla entre bromas y risas. Paula se quedó atrás.

–Pau. –Lluvia se giró y observó a su amiga, de pie al lado de una de las tiendas–. Ven a bañarte.

–No me apetece mojarme.

–Bueno, pues vente con nosotros al menos. –La chica se acercó a su amiga, separó sus manos, que agarraban el borde de su camiseta, y las tomó con suavidad–. Yo me ocuparé de que los chicos no te echen agua.

Paula negó con la cabeza. A lo lejos se escucharon las voces de sus amigos mezcladas con el sonido del agua al chapotear. Alguien tomó impulso y se tiró, lo que provocó un gran estruendo y las quejas de los otros.

–Me quedo aquí.

–Pau... –Lluvia la miró, y de pronto lo comprendió–. ¿Te da vergüenza?

Su amiga no respondió, pero Lluvia notó cómo se tensaba de repente. Acarició sus manos, que todavía tenía agarradas.

–¿Vais a venir o qué? –escuchó la voz de Aarón a sus espaldas.

–¡Ahora vamos! –Lluvia se volvió rápidamente, momento que Paula aprovechó para desasirse. En cuanto su amiga se dio cuenta, se giró hacia ella y miró con tristeza sus manos, que se encontraban a una gran distancia–. Pau... No tienes de qué avergonzarte.

–¿De verdad que no, Lluvia? Mírame.

Lluvia hizo lo que le pedía.

–Lo hago, Pau.

–Estoy horrible.

–Yo veo a mi amiga de siempre.

La de los rizos despeinados, los ojos castaños enormes y la piel morena, llena de lunares. La que siempre estaba pendiente de ayudar a Lluvia. La que, a pesar de todo, no le reprochaba que a veces se fuera por su cuenta sin avisarla, porque sabía que era así. La que siempre tenía un abrazo listo. La que le preguntaba por el limonero y la ayudaba a recoger los limones cuando estos alcanzaban las dimensiones adecuadas. La que se pasaba horas con ella en invierno, y la ayudaba a estudiar y se aseguraba de que tenía los deberes hechos.

–No. Mírame. Mírate o mira a Olivia –replicó Paula, exasperada–. Sois guapas y tenéis unos cuerpos...

–¿Cómo? ¿Me has visto a mí?

–Claro que sí. Ojalá tuviera tu cuerpo.

–¿En serio? ¿Crees que te gustaría ser tan delgada como yo, sin caderas, ni pecho ni nada? –rio Lluvia–. Si casi tengo que comprarme la ropa en la sección de niñas. Y necesito mil cinturones para que no se me caigan los pantalones.

–Pero no estás gorda, como yo.

–Pau, tú no estás gorda. Estás genial.

–¿Y qué me dices de Olivia? –Su amiga la ignoró–. Con ese cuerpo de socorrista de la playa, y

ese asqueroso bañador que lo realza.

–Pues ella tiene ese cuerpo. No lo ha pedido. Igual que yo no he pedido clavarme mis propios codos, de lo angulosos que son, ni tener unas paletas separadas –gruñó Lluvia–. Y tú no has pedido esos lunares, o tener más talla de sujetador que ella o yo.

–Lluvia...

–Eres perfecta así. Así que, hazme el favor, quítate esa estúpida ropa y ven a disfrutar del verano con nosotros.

Paula la miró, ceñuda. Despacio, fue quitándose la ropa.

–¡Lluvia, Paula! –exclamó Olivia esta vez. Pero no pudo continuar, porque Aarón se lanzó sobre ella y la empujó hacia el fondo, riendo.

Las dos chicas observaron la escena y sonrieron divertidas. Cuando Lluvia se giró para mirar a Paula, se le iluminó el rostro al darse cuenta del cambio que había sufrido la expresión de su amiga.

–Te sienta genial ese bikini. En serio.

Paula sonrió, algo azorada. Y, antes de poder reaccionar, Lluvia la había agarrado de la mano y la arrastraba hacia el embalse, sin darle tiempo a replicar nada más.



Cuando Lluvia metió el primer pie en el agua, un escalofrío le recorrió la columna. Aquel paraje le había causado siempre una gran fascinación, desde que era pequeña.

Por lo general, siempre se había sentido especialmente incómoda con el agua, como si fuera un elemento demasiado extraño, que la intimidaba. Con el paso del tiempo se había acostumbrado a disimular en presencia de los demás, por lo que no se perdía ni un plan que tuviera que ver con ir a la piscina o al río, porque no se le ocurría mejor forma para que no descubrieran esos pensamientos irracionales que la avergonzaban. No obstante, estos desaparecían cuando se encontraba cerca del embalse; se sentía relajada y cómoda, como si todas sus inquietudes se hubieran evaporado, tal como hacía el agua que humedecía la dehesa en verano.

Cuando pensaba en el agua sentía una gran satisfacción. Durante mucho tiempo había creído que le tenía verdadero miedo, pero poco a poco, según fue aclarando sus impresiones y reacciones, y se percató de que se trataba de otra cosa, un ligero cosquilleo le recorrió el cuerpo. Ya por aquel entonces, Lluvia había adquirido conciencia de lo fuerte que era, de que los monstruos no existían y de que, en caso de que fueran reales, era perfectamente capaz de defenderse sola.

Se había dado cuenta, con apenas diez años, de que tenía un increíble secreto que no podía compartir con nadie, a menos que quisiera que lo utilizaran para hacerle daño.

Se convirtió en su primer secreto: Lluvia no le temía a nada.

Nunca lo había compartido con su familia o sus amigos, pero ellos tampoco habían indagado en el tema. Lluvia había pasado, sin embargo, muchos momentos escuchando los interminables miedos o inseguridades de los demás, aportando comentarios y dando consejos que le salían de dentro, sin pensar. Por ello, mientras pasaron las horas aquella tarde de verano en el embalse, no

dejó de preguntarse por qué no se había dado cuenta de los pensamientos que habían inundado la mente de su mejor amiga.

La tarde pasó en un suspiro, entre risas, juegos en el agua y una cena improvisada en el pequeño campamento que habían montado.

Antes de que se dieran cuenta, el cielo se había oscurecido por completo, colmado de estrellas. Aún tendrían que esperar unas horas para ver las estrellas fugaces, así que decidieron esperar contando historias mientras el cantar de los grillos y el susurro del viento entonaban la banda sonora de aquel encuentro.

Lluvia observaba a sus amigos mientras estos hablaban con entusiasmo. Sonrió al ver cómo Lucas abría mucho la boca para soltar alguna que otra carcajada y dejaba ver sus dientes perfectamente alineados. O cómo Olivia se sonrojaba continuamente y reía sin parar con una cerveza a medias en la mano. O cómo Aarón fingía enfadarse cuando los otros hacían alguna broma por su pelo.

Pero faltaba alguien.

Lluvia había visto cómo Paula se alejaba silenciosamente, como siempre, en un momento en el que todos estaban entretenidos, incluso Lluvia, hablando unos con otros. Había dejado pasar unos pocos minutos, porque sabía que su amiga necesitaba unos instantes a solas. Así que, después de asegurarse de que los demás estaban bien, se levantó de un pequeño salto y se sacudió la tierra de la parte trasera de los vaqueros. Ninguno se dio cuenta.

Aún con los labios curvados en una sonrisa llena de cariño, se alejó de sus amigos y comenzó a andar hacia el embalse.

No sabía qué tenía ese lago artificial que la llamara tanto. Quizá fueran todas las historias y leyendas que se contaban en el pueblo, y que tenían aquel lugar como protagonista. Quizá fuera que, por una vez, le daba curiosidad pensar en cómo habría sido todo aquello en el pasado. Sea como fuera, sentía una fascinación inexplicable por aquel lugar, especialmente cuando soplaba una pequeña brisa que la hacía estremecerse.

Encontró a Paula justo donde la esperaba ver. O algo parecido, porque había apagado la linterna y apenas se podía apreciar su silueta en la oscuridad, que resaltaba frente a la superficie iluminada por una luna llena.

Lluvia se acercó despacio, pero sin intentar silenciar sus pasos. Como no habían acampado lejos de allí, aún podía escuchar las voces de sus amigos en la distancia. Una carcajada de Aarón inundó el aire.

Cuando llegó a la altura de su amiga, se quedó de pie y miró la superficie ondulante del agua. Se cruzó de brazos y se quedó ahí un rato. Ninguna hizo amago de volverse hacia la otra.

–Si fuera un lago de verdad, sería más bonito.

–Es lo que hay, no podemos quejarnos.

–¿Sabes que de vez en cuando está bien quejarse?

–¿Y me lo dice la persona más optimista del mundo, y a la que todo le parece bien?

Lluvia giró la cabeza y miró hacia abajo. Sintió la intensa y desafiante mirada de Paula fija en ella, como retándola a contestar.

–Hay cosas que no me parecen bien –replicó mientras doblaba las rodillas para sentarse en el suelo con ella–. Como que mi mejor amiga tenga la necesidad de estar sola cuando hemos venido a pasar unos días juntos al campo.

–Vivimos en el campo.

–Sabes a lo que me refiero, Pau.

–Ya.

–¿Y?

–¿Cómo que «y»? –gruñó Paula, a la vez que se tensaba un poco.

–¿Qué te pasa?

–Solo necesitaba estar un rato sola y despejarme. –Sintió cómo su amiga hacía un amago de replicar, pero la detuvo con un gesto–. En casa siempre hay barullo y apenas puedo relajarme.

Se habían girado la una hacia la otra, pero ninguna dijo nada más. Lluvia sabía que no era el único motivo, y Paula la conocía lo suficiente como para saber que podrían enzarzarse en una discusión en la que Lluvia terminaría teniendo razón. Solía tenerla.

Lluvia suspiró y se dejó caer a su lado, levantando algo de polvo del suelo.

–Eres una pesada.

Paula sonrió en la oscuridad.

–Y tú también.

–Lo reconozco. Pero es que no me dejáis otra opción.

Las dos se echaron a reír. Los demás parecieron responder a lo lejos, para después retomar el volumen inicial de la conversación, que envolvió a las dos chicas en un arrullador murmullo. Este se mezclaba con el ligero y suave sonido de la hierba alta mecida por el viento, a su alrededor. Algunos grillos cantaban a la luna, que en ese momento se escondía a duras penas detrás de unas nubes finas y deshilachadas.

Paula se echó hacia atrás y se encontró con la mano de Lluvia, también apoyada sobre la arena. Se fijó en que su amiga no la miraba, más bien parecía hipnotizada con la superficie del lago. Justo cuando iba a volverse a mirar en la misma dirección, vio cómo levantaba la barbilla y dirigía sus ojos hacia el cielo. Paula la imitó y sintió la impotencia que siempre la inundaba al pensar que, de nuevo, vivía únicamente siguiendo a los demás. Crispó los dedos de la mano de forma inconsciente.

–Hoy no vamos a poder pedir muchos deseos. –Lluvia habló despacio, en susurros.

–A lo mejor no los merecemos.

El silencio que siguió a sus palabras se vio interrumpido cuando la arena se movió cerca de su mano. Sin que le diera tiempo a reaccionar, los dedos de Lluvia se posaron sobre los suyos y los estrecharon con fuerza y delicadeza.

–¿Sabes? Creo que voy a echar mucho de menos estas cosas –dijo Lluvia al cabo de unos minutos. Paula se había relajado y estaba inmersa en sus pensamientos, así que dio un pequeño respingo–. Las acampadas en verano con todos vosotros.

–Se supone que tú eres la persona menos nostálgica que conozco –rió Paula.

–Y lo soy, Pau. Pero también sé reconocer el valor de ciertas cosas que tengo, o que tenemos ahora, y que pueden cambiar en cualquier momento. Pero siempre me acordaré de todo.

Lluvia no se movió ni un ápice. Le pareció sentir cómo Paula se movía en su sitio para mirarla. Ninguna rompió el contacto de sus dedos entrelazados.

Siguieron así unos segundos más, hasta que, en silenciosa coordinación, ambas volvieron la cabeza hacia la superficie del lago. Lluvia suspiró y dejó escapar el aire despacio.

–Quizá eres tú la que se tendría que llamar Lluvia –saltó, de pronto.

–¿Yo? ¿Por qué?

–Porque caminas suavemente, como si no quisieras que nadie escuchara tus pasos.

–Quizá eres tú la que pisa muy fuerte.

–Es que quiero que me oigan.

–¿Quiénes?

–El mundo, Pau, quién va a ser.

Su amiga la miró, como si le estuviera hablando en un idioma que no compartían.

–Quiero que se sepa que estoy ahí. Pisar fuerte. Dejar huella.

Lluvia se echó hacia delante y rodeó sus piernas con los brazos. O al menos Paula intuyó que hacía eso. Era difícil saberlo con tan poca claridad. Pero, en cualquier caso, sus manos se habían separado y, de pronto, sus dedos parecían haberse quedado más fríos de lo habitual. Lluvia siguió hablando, sin darse cuenta del impacto que acababa de provocar. Típico de ella.

–Me gustaría pensar que lo hago, al menos. Que me recuerden cuando no esté en este mundo. No es que quiera ser famosa, pero quiero ser importante para otros mientras esté aquí. Que hablen de mí porque me recuerdan. Sin importar la anécdota o el motivo.

–Sería imposible no acordarse de ti, Lluvia.

–Y de ti también.

–Lo dudo.

–Puede que no me creas, pero suelo recordar ciertas cosas porque me acuerdo de que ese día llovía. Antes de que el recuerdo se forme en mi mente, lo primero que aparecen son esas diminutas gotitas de agua cayendo. Y, entonces, todo llega de golpe. Pero yo sé qué recuerdo viene por esas gotitas, porque nunca son iguales. Tú no necesitas pisar fuerte porque impactas a las personas de otro modo.

Paula se quedó callada, desvió sus ojos al frente y evitó volverse hacia su amiga.

–Eres esa lluvia suave y constante que relaja y que calma. Eres la lluvia que, aunque suele obligarte a salir con un paraguas de casa, no resulta desagradable. Eres la lluvia que inspira y da paz. –Lluvia volvió a suspirar–. Hay pocas personas capaces de hacer algo así.

Y, antes de que le diera tiempo a replicar nada, ya se había levantado y había colocado sus manos en la cintura. Observaba a Paula desde arriba, y su amiga imaginó que estaba sonriendo. Que aquella pequeña persona de paletas separadas y apenas metro cincuenta se había convertido en un gran coloso que acababa de dejar una gran huella sin saberlo.

Porque, cuando Lluvia se agachó para acercar su mano a Paula y ayudarla a levantarse, lo hizo de una forma tan despreocupada que le hizo pensar a su amiga que no tenía ni idea de lo importante que había sido ese comentario espontáneo y sincero.

Pero Paula jamás lo olvidaría.



–Tío y tías, ¿qué vais a pedir?

–Aarón, los deseos no se dicen en voz alta.

–Bueno, como si fuera muy efectivo pedirselos a una bola de fuego. –El aludido chasqueó la lengua.

–Parece mágico... –suspiró Olivia.

–No son las estrellas las que cumplen nuestros deseos –respondió Lluvia, muy bajito. No lo percibió, pero Lucas se tensó a su lado.

–¿Qué quieres...?

–Eh, ¿habéis escuchado eso?

–No es el momento para hacer bromas, Aarón –gruñó Paula.

–¡Es en serio!

El chico se incorporó.

–Para, nos estás fastidiando el momento –le espetó Lucas.

–Tío, calla y escucha. –Todos lo hicieron. Lluvia se sobresaltó–. ¿Veis?

–Es gente –replicó Lluvia–. Habrán venido a ver las Perseidas también.

Aarón la ignoró y escudriñó entre las sombras. Lluvia lo miró de refilón y, suspirando, se incorporó también.

–Eres un gallina.

–¡Mirad!

Siguieron la dirección de su brazo, que señalaba a algún punto de las hierbas altas a su derecha. Lluvia no pudo evitar pararse unos segundos a observar la superficie del agua, oscura y calmada, sobre la que se reflejaban miles de estrellas.

Un grito ahogado de Olivia la hizo volverse.

Efectivamente, parecía que había una silueta entre la hierba.

–¡Hola! –exclamó Lluvia y saludó con el brazo–. ¿Habéis venido a ver las estrellas?

Pero nadie respondió.

La silueta pareció sobresaltarse y echó a correr hacia atrás. Oyeron sus pasos apresurados, y entonces Lucas comprendió.

–Mierda.

Fue suficiente. No añadió nada más. Se levantó de un salto y salió disparado en dirección adonde había desaparecido la silueta.

–¡Lucas! ¡Para! ¿Dónde vas? –gritó Lluvia.

Pero su amigo no le respondió. Siguió corriendo, levantando mucho polvo a su paso.

Lluvia lo imitó y empezó a correr detrás de él. Se sorprendió al ver que Lucas llevaba tanta velocidad. El chico era muy alto y tenía unas piernas largas, pero ni siquiera en las clases de gimnasia había demostrado tener esa potencia. Miró su espalda, que se movía al ritmo de sus zancadas, y pronto sintió otras pisadas detrás de ella. Escuchó a Aarón chasquear la lengua y a Olivia respirar entrecortadamente.

Delante de Lucas, la silueta se había reunido con otras: fuera quien fuese, no iba solo, o sola. Y estaban cada vez más cerca.

Pero, si no tenían intención de hacer nada, ¿por qué huían de un grupo de adolescentes?

Entonces Lluvia comprendió por qué Lucas había echado a correr en cuanto vio que aquel desconocido se escondía.

Se acordó entonces de que tenía una de las linternas de Olivia sujeta en torno a su muñeca. Se balanceaba con fuerza por el vaivén de sus zancas y, con algo de esfuerzo, la agarró tan rápido como pudo. Intentando mantener el ritmo, sin perder a Lucas de vista y sin tropezar con los desniveles y las piedras del suelo, consiguió encenderla, con tan mala suerte que, al dirigir el haz de luz hacia delante, tropezó con un hueco del camino. En un gesto reflejo, su mano se aferró a lo primero que encontró: la camiseta de Lucas, que frenó cuando Lluvia tiró de él hacia atrás, y ambos cayeron al suelo.

–¡Eh, eh! –gritó Aarón, que derrapó y se detuvo a escasos centímetros de Lluvia–. ¿Estáis bien?
El chico se agachó para tenderle una mano. Lluvia se retiró el pelo de la cara y Lucas intentó levantarse mientras miraba en la dirección por donde habían desaparecido los desconocidos.
Lluvia se incorporó y se llevó una mano al tobillo derecho. Miró a Lucas consternada.
–Lo siento...
–No importa –suspiró él, y sus hombros cayeron apesadumbrados.
–¿Qué ha pasado? No me he enterado de nada –susurró Olivia, jadeando.
–Pensé que podrían ser los responsables de lo que ha pasado en la granja de mis padres.
–¿Qué? –exclamó Aarón.
–Mis padres me comentaron que han pasado varias cosas... Y todas, al parecer, de noche –dijo Lluvia, que miraba a Lucas con cautela.
–¿Ya lo sabías?
–Un poco, algo me han contado esta mañana. Pero nada concreto.
–Es un pueblo. –Olivia se encogió de hombros.
–¿Y habéis visto algo?
Lluvia y Lucas se miraron.
–No, pero es extraño que corrieran así.
–A lo mejor eran críos que querían gastar una broma.
–Están muy lejos del pueblo para ser unos críos, ¿no? –respondió Lucas, frunciendo el ceño.
–Tío, eres un pelmazo. Esto no es un libro de *Los Cinco*, ¿vale? No hay contrabandistas ni castillos abandonados con inquilinos. Serán unos críos que piensan que asustar a la gente es divertido. Puede que ni sean de Valdesa –gruñó Aarón–. Volvamos con Paula, anda.
Todos retomaron el camino de vuelta al lugar donde habían acampado, con Aarón a la cabeza. No obstante, Lucas se giró una vez más para iluminar el camino que habían seguido aquellos individuos. Al fondo, las pequeñas y doradas luces de Valdesa iluminaban el valle.



Lucas no podía esperar a que acabara el verano para que su primo Víctor se marchara por fin.

Se había pasado todas las fiestas de Valdesa pegado a él como una verdadera lapa, había incordiado a Lluvia (quien le respondía con su peculiar sonrisa de oreja a oreja) y soltado lo primero que se le venía a la mente delante de quien fuera.

–Me recuerdas mucho a una francesita que conozco. Pareces guardar muchos secretos, como ella. –La miraba de reojo, con una expresión de regocijo.

–Oh, qué bien. –Lluvia sonreía, sin dejar de mirarlo, y acto seguido le daba un puñetazo en el hombro.

–¡Qué chica! ¡Qué fuerza tienes! –Su queja era genuina, pero solía reírse igualmente. Lluvia secundaba sus carcajadas y volvía a apretar el puño–. No me extraña que te guste, primo.

Se volvía entonces hacia Lucas, que se tornaba del color de un tomate maduro. Pero Lluvia reía, como si no se diera cuenta de nada.

Había perdido la cuenta de las ocasiones en las que, como aquella, Víctor había conseguido ponerlo en evidencia. Incluso había tomado la determinación de no salir en el mismo marco espaciotemporal que su primo. Y menos con sus amigos.

Pero el tiempo, por muy rápido o lento que alguien desee que pase, tiene un ritmo inexplicable. Hay segundos eternos y días que desaparecen como en un parpadeo, por lo que, en cuanto Lucas quiso darse cuenta, había llegado septiembre, el nuevo curso, y Víctor hacía días que había tomado su autobús de vuelta a Madrid.

Con la llegada del otoño, la actividad normal de Valdesa recuperó su cauce. Las calles dejaron de inundarse de risas ajenas, los días se volvieron más cortos y Lucas y los demás retomaron la rutina de subirse al autobús del instituto cada mañana.

–El lunes que viene vuelve el veterinario –le dijo a Lluvia una mañana, en la primera semana de clases–. Ha estado ocupado con las revisiones, después de lo que ocurrió el mes pasado...

–No te preocupes, Luke –sonrió ella–. Lo había imaginado.

–Aun así, le comenté lo del perrito, y me ha dicho que no hay problema en echarle un vistazo, si lo llevas.

–¿Hasta la granja?

–No, claro –rio él–. Puedes traerlo a mi casa por la tarde, cuando lleguemos.

–¡Qué bien!

–Sigues dándole de comer, ¿verdad?

–¿Tú crees que podría haberlo abandonado así?

–No, claro que no.

Con una sonrisa enigmática, Lluvia se reclinó sobre el asiento.

Apenas bajaron del autobús el lunes siguiente, Lluvia salió disparada hacia su casa.

–¡Lluvia!

Lucas se quedó de pie en medio de la calle, observando cómo su amiga corría. No parecía que le hubiera prestado atención, pero se volvió y agarró las asas de su mochila.

–¡Enseguida subo!

Paula la observó marcharse mientras mordisqueaba su mejilla interna. Ni siquiera la había mirado unos segundos. Con un suspiro, se ajustó la mochila a la espalda y se dirigió a su casa sin decir ni una palabra. Los demás también se separaron.

Media hora después, Lucas escuchó el timbre de su casa. Cuando se asomó por la puerta, se encontró a Lluvia, que miraba en su dirección con una sonrisa de oreja a oreja. El perro estaba a sus pies, y a Lucas le sorprendió que se encontrara en tan buen estado.

–El veterinario está en camino –sonrió Lucas.

–¡Más le vale! –exclamó Lluvia.

Su amigo sonrió sin poder evitarlo. Aarón apareció por la calle en dirección a la casa de su amigo.

–¿Qué haces aquí? –exclamó Lucas mientras se acercaba a la puerta del patio.

–Quería ver cómo dejaban a ese bicho –replicó Aarón, y señaló al perro.

–Al final le coges cariño. –Lluvia sonrió con malicia.

–No es eso lo que he dicho.

–Ya, claro. Ahora disimular no te va a servir de nada.

El animal los miraba contento, alternaba su atención entre Aarón y Lluvia y a ratos se sentaba en el suelo para rascarse con ímpetu. El sonido de un motor atrajo las miradas de todos, y el cachorro se escondió detrás de Lluvia. Un hombre con la nariz aguileña vestido con unos vaqueros y una cazadora de cuero bajó del vehículo, sacó un bolso del maletero y se acercó.

–Hola, Lucas.

–Hola, Hugo. Estos son mis amigos, Aarón y Lluvia –señaló Lucas–. Ella es quien ha encontrado al perro.

–Encantado. –El hombre los miró y sonrió, después, observó al perro–. Pues vamos a echarle un vistazo a este pequeño, ¿no?

–¡Por favor! –exclamó Lluvia–. Llevo cuidándolo todo el verano.

–Desde luego, se le ve en buena forma, e hidratado –concedió Hugo–. Pero los parásitos son un problema, y no sabemos si tiene alguna otra dolencia que no sea visible. ¿Podemos pasar al patio, Lucas?

–Claro, pero no a la casa. A mis padres no les haría mucha gracia.

Siguieron al hombre al patio delantero, y Lucas agradeció que no hiciera mucho frío aún.

Después de prepararse, con bata y guantes, Hugo empezó a inspeccionar al animal y a desparasitarlo. El proceso se extendió casi toda la tarde y, para cuando hubo terminado, apenas había luz.

–Lo más importante ya está hecho. No parece que tenga ninguna enfermedad, y habrá que hacerle una limpieza mejor. –Miró a Lluvia, que no se había perdido ni un movimiento de Hugo–. Creo que me lo llevaré a la clínica, y os lo devolveré en unos días. ¿Te importa...?

–Lluvia –respondió la aludida.

–¿Te importa que lo haga así, Lluvia?

–No, claro.

–El perro ni siquiera es suyo aún –explicó Lucas–. Pero quiere convencer a sus padres para adoptarlo. Y necesitaba que estuviera limpio...

–Comprensible. Pero créeme, Lluvia, lo más importante lo has hecho tú. Si no hubiera sido por tu ayuda, este perro no habría sobrevivido al verano. O ahora estaría infectado por cualquier cosa.

–¿En serio?

A Lucas le sorprendió notar una pequeña vibración en el tono de su amiga. Jamás la había visto emocionarse por nada, y pensaba que nunca la vería llorar de algo que no fuera de risa.

Cuando un coche se detuvo en la puerta, Lucas se volvió rápidamente. Dos puertas se abrieron y cerraron con fuerza, y las voces de sus padres inundaron el ambiente, para después irrumpir en el patio como un huracán. Se detuvieron bruscamente y los miraron a todos como si estuvieran en una situación totalmente irreal.

–¿Todo bien? –se atrevió a preguntar Lucas.

Sus padres no respondieron, sino que se volvieron hacia Hugo.

–Han vuelto a sabotear la granja. Esta noche.

–¿Qué?

Lluvia los miró, atónita. Después se giró hacia Lucas, que se había puesto repentinamente en tensión.

No había habido ningún incidente más desde aquel verano y, aunque nadie lo había olvidado, habían decidido atribuirlo a alguna gamberrada. Sin gracia, por supuesto. Pero que se hubiera repetido la historia, les dejaba la inquietud de saber si no era que alguien tenía el firme propósito de sabotear y hundir a los padres de Lucas.

–Vamos a necesitar que examines a los animales que hemos perdido esta vez... –La madre de Lucas observó a Hugo.

–¿Han sido muchos?

–Demasiados. Solo nos queda un tercio de la granja –suspiró su padre.

Lucas se movió incómodo. Las implicaciones de las palabras de su padre iban más allá de unas cifras. Iban a perder muchísimo dinero solo intentando recuperar lo que tenían, pero también producción y, por supuesto, no iban a llegar a los mínimos necesarios para optar a ninguna subvención estatal.

Lluvia y Aarón observaban la escena consternados, con el perro a sus pies.

–Vamos.

–Esperad, ¿no podéis ir mañana? –preguntó Lucas.

–Esto no puede esperar –exclamó su madre, enfadada.

Y, sin más, sus padres y Hugo salieron apresurados por la puerta, se dirigieron a sus coches y se alejaron en dirección al campo.

–Será mejor que me vaya –terció Aarón–. Lo siento mucho, tío, de verdad. Es una mierda todo lo que os está pasando. Parece que alguien os haya deseado algún mal.

–No es cuestión de deseos, Aarón –replicó Lluvia–. Estas cosas solo ocurren porque la gente es horrible, y porque algunos no son capaces de dejar a los demás tranquilos.

–¿Y quién tendría algo en contra de su familia? –replicó su amigo, y señaló a Lucas.

–No lo sé, pero podría ser cualquiera.

–Todos se llevan bien con ellos.

–Apariencias. Hipócritas.

Lucas observó el cambio en la actitud de su amiga. Había pasado de la preocupación a la indignación en un parpadeo, y eso lo volvió a dejar confundido. Estaba observando muchas emociones muy patentes en Lluvia que nunca había pensado ver tan claramente.

–No importa, Lluvia –suspiró Lucas–. Gracias a los dos por quedaros.

–Mañana nos vemos –se despidió Aarón mientras salía por la puerta.

Lluvia comenzó a caminar detrás de él, pero la voz de Lucas la detuvo.

–¿Te quedas un poco?

La chica se giró despacio, lo miró con detenimiento y asintió.

–¿Dónde está Nico?

–Jugando al fútbol... –recordó Lucas, de pronto–. Aunque debería haber vuelto hace rato.

–¿Quieres que vayamos a buscarlo y damos una vuelta?

–Es buena idea.

Lluvia sonrió y, en cuanto los dos se pusieron a la misma altura, comenzaron a caminar calle abajo.

–¿De verdad crees que hay un motivo por el cual alguien está sabotando la granja? –preguntó Lucas.

–Puede que no, quizá solo quieren molestar sin más.

–Sería horrible.

–No hay mucha gente amable en Valdesa.

Un grupo de personas que estaba hablando animadamente a la salida de una casa calló de pronto. Lucas observó por el rabillo del ojo las miradas de descarada aversión que le dedicaron a su amiga.

–Quizá no deberíamos hablar de esto aquí...

–Luke, da igual, en serio. –Lluvia apoyó su mano en el brazo de su amigo–. ¿Crees que me importa algo?

Lo dijo así, tan a la ligera, que Lucas por poco tropezó.

–Claro que no –respondió él y la miró a los ojos. Se quedó así unos segundos de más, perdiéndose en las vetas azuladas e hipnotizantes de los iris de su amiga–. Nunca te han importado lo más mínimo.

–¡Eso es! –La chica sonrió, sacó la lengua y le dio un cariñoso y suave puñetazo en el hombro–. Qué bien me conoces, Luke.

¿Era cierto? Se preguntó él. Era cierto que se conocían desde hacía años, pero a cada rato tenía la sensación de que Lluvia era mucho más de lo que parecía a simple vista. No sabía explicarlo, pero, cuando creía que tenía todas las piezas que conformaban el enredado y complejo puzzle que parecían crear la imagen completa de su amiga, una de ellas dejaba de encajar en su sitio. Así que tenía que volver a comenzar el proceso desde el principio, descubriendo nuevas cosas. Habían entablado amistad hacía unos cuantos años, cuando Lucas repitió curso. Tenían trece y catorce años, respectivamente, y él había llegado enfadado a clase. Mochila al hombro, y obligado por sus padres, entró en el aula tarde y a regañadientes. Un profesor (aunque era incapaz de recordar cuál) lo había obligado a sentarse en el único pupitre que había libre, al lado de una chica que parecía más bien sacada de una comedia televisiva. Tenía el pelo liso y negro, como ese verano, pero le llegaba solo por los hombros, y un horrendo flequillo a la altura de las cejas. Nunca le habían gustado los flequillos. La chica estaba sentada en el pupitre como si no le importara lo más mínimo estar allí. Mantenía la cabeza apoyada en su puño y rodeaba el codo que tenía encima de la mesa con la otra mano. De vez en cuando, echaba miradas de reojo hacia Lucas.

Él la ignoró durante semanas. Aunque empezó a echarla en falta los días en que no iba a clase, porque el aula dejaba de oler a limón. Lo de Luke vino más tarde.

–De todas formas, aunque fuera alguien que solo quiere crear conflicto..., puede que no sea de Valdesa.

–¿No te diste cuenta?

–¿De qué?

–El día de la acampada. Cuando seguimos a esas personas por la dehesa –respondió Lluvia.

–Sí. Lo vi. –A Lucas le sorprendió la perspicacia de su amiga, incluso en aquellos momentos en los que no parecía no prestar atención.

–Corrían hacia aquí. Seguramente volvían a sus casas.

Lucas suspiró. No quería pensar mal de sus vecinos y familiares, pero no podía echar por tierra las suposiciones de su amiga.

–¿Qué vas a hacer este curso, Luke?

–¿Ya me cambias de tema?

–Es más que obvio que te incomoda el tema. –Lluvia lo miró de reojo; era un par de cabezas más baja que su amigo–. Y que estás pensando tus propias hipótesis. Ya me las contarás cuando las tengas.

–Qué bien me conoces, tormentilla.

Lluvia rio, y el eco de su voz reverberó, alto y claro, en las calles de Valdesa, que poco a poco se iban quedando vacías, al tiempo que más ventanas se iluminaban en el interior de las casas. El sonido de las cocinas en marcha, niños que gritaban y despedidas a voz en grito inundaban el ambiente.

–Cómo se nota que ya hemos entrado en otoño...

–¡Tampoco es para tanto! Solo refresca un poco.

–Lo suficiente para que mi madre se pusiera de los nervios si supiera que Nico sigue por ahí jugando al fútbol.

–Lo encontraremos antes de que vuelvan, no te preocupes. –Lluvia aminoró la marcha y Lucas siguió su ritmo.

–Llegarán tarde.

Siguieron caminando, girando y cruzando calles, y buscaron en las plazas, en lugares donde solía encontrarse Nico con sus amigos. Después de dar varias vueltas sin éxito, decidieron subir hasta las pistas de la piscina y pasaron antes por el parque que había cerca de la plaza alta.

Lluvia no paró de parlotear y de contar mil anécdotas de Gracia y del perrito, que los seguía a escasos metros, lo olisqueaba todo y movía el rabo contento.

Lucas respondía, reía y entraba en sus bromas, sin dejar de prestar atención a los ojos iluminados de su amiga.

Se dio cuenta, de pronto, de que llevaban prácticamente toda la tarde juntos. No era la primera vez, por supuesto, pero la apacible temperatura, unida a la sensación de que el verano se resistía aún, le hicieron pensar que, quizá, podrían transformar aquel 25 de septiembre en algo distinto.

Se mantuvo un rato meditabundo, sumido en sus propios pensamientos, mientras Lluvia revoloteaba a su alrededor y contaba algo de su limonero. La escuchaba a medias, aunque realmente era lo único que quería hacer, ya que en su cabeza bullían mil pensamientos a diferentes e intensas velocidades, lo que le dificultaba la tarea de concentrarse.

Habían llegado al parque de la plaza alta cuando Lucas se detuvo al tiempo que su amiga. Pensó que qué bien orquestado había sido el movimiento, como si lo hubieran pensado al mismo tiempo, y su corazón latió un poco más fuerte.

Cuando se volvió, sin embargo, observó que la atención de Lluvia no estaba puesta en él, sino en algún punto delante de ellos. Siguió la dirección de su mirada, hasta que se encontró dos siluetas sentadas en un banco, muy cerca la una de la otra. Demasiado cerca.

No les habría prestado más atención si no fuera porque una de las siluetas se volvió repentinamente hacia ellos. No estaban demasiado lejos, así que no le costó reconocer los rizos castaños de Paula.

–¿Pau? –Lluvia parpadeó, confusa.

–¿Qué hacéis aquí?

Lucas notó la vacilación de su voz, patente y temerosa, como si Paula tuviera cinco años y la hubieran descubierto haciendo lo que precisamente no debía hacer. No tardaron en averiguar por qué.

–Hola.

Andrés los saludó desde la oscuridad, con un brazo rodeando la cadera de Paula y la otra mano apoyada en su rodilla. Lucas lo ignoró y miró directamente a su amiga.

–Hemos salido a buscar a Nico –respondió Lluvia, que irguió la espalda y también ignoró a Andrés–. Sentimos haber interrumpido.

–No importa... –respondió Paula, azorada.

Lucas observó la escena sin saber cómo actuar. Paula era incapaz de sostenerle la mirada a Lluvia, que se quedó un buen rato quieta, casi sin pestañear. Su expresión era imposible de descifrar.

–Deberíamos irnos, Paula –dijo Andrés después de unos segundos de silencio. Sin esperar respuesta, se levantó y Paula lo siguió. Después se giró hacia Lucas y Lluvia–. Un placer, chicos.

–Hasta mañana –dijo Paula, demasiado bajito para el gusto de Lucas, con una mirada que no identificó.

Lluvia respondió con un gesto de la mano. Su expresión se había suavizado y sus ojos parecían cansados. Retomaron la caminata, esta vez a menor ritmo. Lucas fue consciente de que el momento había pasado, la atmósfera que los había envuelto se había roto y Lluvia tenía la cabeza llena de pensamientos que giraban a más de mil revoluciones por minuto.

«Será en otra ocasión.»

–Ella verá lo que hace –dijo Lucas.

–Me da igual lo que haga, siempre que sea con cabeza –replicó Lluvia con el ceño fruncido.

–¿Crees que no está actuando con cabeza? Es Paula.

–Y él es Andrés... –Lluvia suspiró–. No me fío ni un pelo de ese chico. Y me pone nerviosa.

–Desde luego, no es lo mejor que hay en el pueblo.

–¿No debería volver pronto a la universidad? –preguntó Lluvia.

–Tienes razón.

–Ojalá, y no le cause más problemas a Pau. Me espero cualquier cosa de él.

–Espero que no.

Ninguno añadió nada más. No porque no supieran qué decir, pero se conocían hasta el punto de conocer los pensamientos del otro con gran precisión.

Lucas meditó sobre lo rápido que la jovialidad y el optimismo se transformaban en frustración y enfado en el rostro de Lluvia. En cualquier caso, todas esas emociones dejaban traslucir una determinación férrea que, llegado el caso, podría arrastrar a cualquiera que se pusiera en su camino.

Él lo sabía muy bien porque, aquel año en el que se conocieron, Lluvia se lo demostró por primera vez. Las vacaciones de Navidad estaban al caer y habían acabado los exámenes del trimestre. Durante esos meses, Lucas había soportado las burlas de dos chicos de su antigua clase, que lo insultaban y ninguneaban porque había repetido curso.

Un día salió unos minutos tarde, porque se entretuvo a hablar con su tutora sobre los resultados del trimestre: habían vuelto a ser un auténtico desastre. Y tuvo la mala suerte de encontrarse con ellos en la calle. En realidad, nunca supo si se habían quedado esperando adrede o el encuentro había sido casual. Solo pensaba en que había perdido el autobús del centro y que tenía que correr si quería llegar a uno de los buses que conectaban los pueblos de la zona y que, por tanto, lo llevaría a Valdesa.

Cuando quiso darse cuenta, lo habían acorralado y sus risas y burlas zumbaban en sus oídos. Empezó a dar manotazos sin ver, lo que provocaba más risas entre los dos chicos, que lo esquivaban sin esfuerzo. Por aquel entonces, Lucas era tan bajo como el resto de sus compañeros.

Al final, dejó de removerse, creyendo que así lo dejarían en paz. Pero las burlas se reiniciaron y acrecentaron, por lo que Lucas volvió a patear. Apenas unos segundos después, los chicos lo soltaron y se separaron, aturridos. Detrás de ellos apareció una silueta varios palmos más pequeña con el cabello revuelto y enmarañado. Lucas parpadeó varias veces para cerciorarse de que era realmente Lluvia quien había surgido de repente, había enganchado los brazos de los dos chicos y había tirado hacia sí misma con tanta fuerza que trastabillaron.

–¡Eh! ¡Eh! ¿Qué haces? –exclamó uno de ellos. Al volverse, sus ojos se abrieron como platos: desde luego, no esperaba encontrarse con una chica... Y menos con Lluvia. En cuanto fue consciente de la situación, sonrió con malicia—. Vaya, viene la tormentilla a ayudarte.

Rio fuerte, y su amigo lo imitó.

Lluvia no se inmutó, siguió quieta, los miraba con el ceño fruncido como si nada. Y, sin que nadie pudiera haberlo adivinado, le asestó un puñetazo al primero. Este fue a responder, pero su amigo tiró de su brazo, nervioso.

–Vámonos, que viene alguien.

–Imbécil. La próxima vez te la cargas tú –amenazó el primero mientras señalaba a Lluvia.

–Pues te llevarás dos puñetazos. Y puedo ir añadiendo hasta que te aburras. –La chica lo miró realmente enfadada, con los puños apretados. A Lucas le pareció que había crecido por lo menos veinte centímetros. La recordaba más pequeña en clase.

El primer chico se acercó a ella, pero el segundo lo retuvo y lo instigó a marcharse. Lluvia sostuvo sus miradas sin cambiar un ápice su expresión, hasta que se marcharon.

–¿Qué te ha pasado? –le preguntó a Lucas, una vez que se quedaron a solas.

Todo rastro de enfado había desaparecido de su rostro, sustituido por una genuina preocupación.

–Nada –respondió Lucas, lacónico, mientras se colocaba la camiseta y echaba a andar hacia la parada del autobús.

–Pues para no haber sucedido nada...

–Déjame.

Lluvia se colocó delante de él. Cuando Lucas se volvía hacia un lado, ella se movía en esa dirección para interceptarlo.

–¿Y ahora qué quieres?

–Creo que un «gracias» es lo recomendable en estos casos.

–¿Según qué?

–El código de la educación.

–Ya, justo viene a hablar la que por poco se lía a puñetazos con dos chicos mayores –rio Lucas, sarcástico—. Eh, ¿tormentilla?

–Como si tú fueras a ser capaz de defender a nadie. Todavía no estás hecho un *jedi* de verdad. –

Lluvia le devolvió la mirada, desafiante y risueña al mismo tiempo -. Eh, ¿Luke?

Lucas sacó la lengua.

-¿Me vas a dejar salir?

-No. -Lluvia enarcó una ceja, lo cual, unido a su posición con las manos en las caderas y al estar al menos a dos palmos por debajo de la línea de visión de Lucas, le daba un aspecto casi cómico-. Hasta que no me agradezcas que te haya ayudado.

-No tengo por qué decirte nada.

-Y yo no tendría por qué haberte echado un cable.

-Está bien, tú ganas -suspiró el chico-. Pero déjame en paz. Gracias.

-¡Bien! ¡De nada!

Lluvia sonrió, le dejó pasar y se colocó a su lado. Ambos regresaron juntos a Valdesa, con la vocecilla entusiasmada de Lluvia contando mil anécdotas. Al principio del trayecto, Lucas pensó en pedirle al conductor que lo dejara bajar en mitad de la carretera para volver andando, pero al cabo de unos minutos se sorprendió a sí mismo animado e incluso cautivado por el monólogo de su nueva compañera. En un momento dado, incluso, empezó a entablar conversación, y añadió algunas intervenciones. Y, cuando bajaron del autobús y se despidieron, no tuvo más remedio que despedirse de Lluvia con una sonrisa en el rostro.

-¡Nos vemos mañana, tormentilla!

-¡Cuenta con ello, Luke!

Lo que no habría esperado en un millón de años era enamorarse de ella.



Naranja

Paula se miraba nerviosa en el espejo.

No es que no hubiera quedado nunca con un chico, es que jamás había quedado con Andrés.

Se habían estado viendo todo el verano, pero siempre por casualidad y en ocasiones muy dispares. A menudo, incluso, con más gente alrededor. Pero en aquella ocasión habían fijado hora y día para dar una vuelta y estar los dos solos.

Sabía que sus padres la someterían a un gran interrogatorio, e incluso era probable que su madre no aprobara aquello.

—¿Cómo lo vas a hacer para salir a estas horas sin que se den cuenta?

La voz de Carol la sobresaltó. La vio reflejada en la superficie del espejo, la miraba con inquietud.

—No sé de qué hablas.

—Paula, no soy tonta. Has quedado.

—¿Y qué tiene de malo? —replicó—. No sabía que tuviera prohibido salir de casa.

—Y no lo tienes. Pero querer hacerlo a escondidas... Dice mucho.

Su hermana mayor la miraba con cierta ternura. Pensó que quizá sí quería ayudarla.

—¿Cuándo comienzan las clases?

No pretendía responder de forma tan cortante, con ese matiz amargo tan evidente. Pero ya no podía retirar lo que había dicho. A fin de cuentas, su hermana estaba deseando volver a irse.

Sin embargo, Carol parpadeó fuertemente, como si algo invisible le hubiera golpeado de frente.

Paula sabía que no había sido tan invisible.

Su hermana se repuso, estiró la espalda y se cruzó de brazos.

—Pásalo bien.

Se marchó sin decir nada más y dejó tras de sí una atmósfera cargada y densa, en la que Paula no podía respirar. Esperó, no obstante, a escuchar cómo se cerraba la puerta de su cuarto, y, tras cerciorarse de que sus padres estaban ocupados o entretenidos en diferentes partes de la casa, salió a hurtadillas e intentó hacer el menor ruido posible al abrir la puerta.

Hacía rato que habían cenado y se sintió algo sobrecogida al notar que las calles habían perdido la vitalidad que las caracterizaba durante la estación estival. No hacía el frío que solían soportar en los meses más duros del invierno, pero no le quedó más remedio que salir con una gabardina y pantalones largos.

Le empezó a inquietar la idea de haber quedado tan tarde con Andrés, más aún cuando al día siguiente tenía clase. Se recordó entonces que él disponía de unos días más de vacaciones, ya que no se iría a la universidad hasta el fin de semana siguiente, como Carol. Las clases para ellos comenzaban en octubre, y Paula suspiró al imaginarse tan independiente como ellos dos.

Sin embargo, Andrés no parecía haberse dado cuenta de que ella sí madrugaba al día siguiente. Porque, por mucho que le pesara a Paula, ese año seguiría siendo estudiante de instituto, aunque, eso sí, de último curso.

Cuando encontró al chico en el parque de la plaza alta, la tensión y los nervios que habían engarrotado sus músculos todo el camino se revolvieron de pronto. Sintió que las piernas perdían consistencia, como si quisieran fusionarse con el suelo y le impidieran avanzar con soltura.

Pensó que sería desastroso tropezarse ahí en medio, justo delante de Andrés. Pensaría que era una niña.

–Hola –saludó en cuanto se acercó lo suficiente.

–Qué guapa estás, Paula.

Ella se sonrojó ligeramente, pero se obligó a mantener la cabeza alta y a sostener su mirada. ¿De verdad lo creía?

Se sentaron en un banco a hablar. Paula seguía su perorata algo embelesada, y lo escuchaba hablar con entusiasmo de sus nuevas clases y la vida universitaria. De anécdotas de su primer curso, cuando llegó a la facultad sin tener ni idea de cómo funcionaba aquello o cómo fue conociendo a los que ya eran sus amigos.

–Y las fiestas son geniales, Paula. En serio. Conoces gente de todos los lugares y de otras universidades.

Se vio a sí misma disfrutando de lo mismo que solo podía acertar a imaginar. Siguió escuchando, aunque de vez en cuando también contaba alguna anécdota, pero siempre en voz baja y sin dar muchos detalles. Tenía la impresión de que no tenía nada interesante que contar.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que se había hecho más tarde de lo que pensaba. Se acordó de las palabras de Carol y por un momento dudó.

–Se ha hecho bastante tarde, ¿crees que es buena idea que quedemos a estas horas?

–Es lo mejor, si no queremos que nos vean –susurró Andrés, muy cerca–. ¿No te parece?

–Tienes razón.

Los dos callaron unos segundos, pero el chico no hizo ningún amago por separarse. Al contrario, se aproximó unos centímetros más, si es que aquello era posible, y tomó una de las manos de Paula entre las suyas. Despacio, con suavidad, la envolvió.

–Estás helada.

¿Cómo no iba a estarlo, si no se habían movido de aquel banco?

Andrés comenzó a acariciarla.

–Para que entres en calor –dijo, y encogió los hombros y miró a Paula directamente.

Ella se quedó mirando sus manos entrelazadas. Le costaba devolverle la mirada, porque sabía que descubriría sus miedos en unas décimas de segundo.

Le dejó hacer, mientras su mente giraba como un torbellino y dando vueltas de unos a otros pensamientos, los cuales se iban deformando y cambiando de color. Perdían su consistencia y significado para derivar en otros totalmente distintos.

Se notaba tensa, incapaz de mover ni un músculo; atemorizada incluso, sin saber si podía salir de aquel instante que se había vuelto eterno.

Los dedos de Andrés dibujaban círculos sobre el dorso de su mano. Muy despacio.

Entonces, Paula se fijó en las manos de Andrés. Estaban reseca y tirantes, pero no le desagradaba el tacto. Sí que le extrañó que sus uñas estuvieran algo sucias, pero no tuvo tiempo de preguntarse nada, porque en ese momento Andrés tomó su barbilla con una de sus manos y le hizo girar el rostro hacia el suyo.

—No te preocupes por la hora, ni por el día ni por nada, Pau.

Paula se estremeció ligeramente. Nadie la llamaba así excepto Lluvia. No tenía nada de malo, por supuesto, pero con el paso de los años se había acostumbrado a que su amiga se dirigiera a ella siempre de esa manera. Escuchar su nombre así, en los labios de Andrés, y con su voz... Simplemente se le antojaba extraño, fuera de lugar. Como si alguien hubiera cambiado algún elemento de una escena que le resultara muy familiar y le costara descubrir qué era lo que no encajaba.

Era posible que solo significara que las cosas iban a cambiar.

Que estaban cambiando.

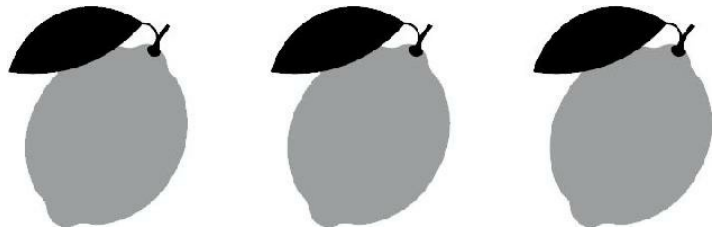
Y Paula quería cambiar muchas cosas, empezando por ella misma. Así que no dudó cuando él volvió a acercarse, ni cuando sus labios se acariciaron ni cuando la mano de Andrés se abrió paso entre sus rizos castaños, a la altura de la nuca. Ni cuando se armó de valor, como por impulso, para tocar el brazo de él o para acariciarle la mejilla.

Lo que no esperaba era que el momento se rompiera en mil pedazos, martilleado por el sonido de unas voces que conocía muy bien.

Cuando se giró hacia Lluvia y Lucas, sabía lo que iba a encontrar. Esa mirada reprobatoria en los ojos de ambos, que trataban de lanzarle un mensaje que ella no podía descifrar. Secundada por el tono duro de Lluvia, pero también por el dolor que se le escocía la boca, y que pocos habrían identificado.

Lo que no sabía es que tenía razón en una cosa: las cosas iban a cambiar.

Pero no como ella esperaba.



Al día siguiente, sucedió algo inesperado.

El cachorro se había quedado en casa de Lucas, así que el primer plan de Lluvia consistía en ir allí corriendo y llevárselo de vuelta a casa con el fin de convencer a sus padres. Sin embargo, hizo algo totalmente distinto.

En vez de salir disparada hacia casa de Lucas, empezó a caminar con Paula. Cuando esta se dio cuenta, la miró extrañada.

—¿Qué haces, Lluvia?

—¡Me apetece pasar la tarde contigo!

—¿Hoy?

—Sí, ¿por qué? ¿Te viene mal?

Paula frunció el ceño. No quería dar muchos detalles, pero tampoco podía ocultar nada a su amiga por mucho tiempo.

—Un poco.

—¿Y eso? No tenemos deberes...

Por supuesto, Lluvia sabía dónde dar. Conocía a Paula de sobra, era disciplinada y muy metódica, así que podía pasarse fines de semana enteros sin salir durante el invierno, solo para

prepararse los exámenes y llevar todos los deberes al día. No quería ni imaginar cómo lo haría ese curso para prepararse los exámenes de acceso a la universidad.

–¿O es que has quedado con alguien, Pau?

Su amiga se paró bruscamente, sin responder. Habían llegado a la puerta de su casa y, cuando se volvió hacia Lluvia, su rostro reflejaba parte de su enfado.

–Oh, venga, Pau. Cuéntamelo.

–Aquí no, Lluvia.

–¿No lo saben tus padres?

–¿Puedes callarte? –Paula la agarró por los hombros y Lluvia abrió los ojos–. Dame un minuto, entro a saludar y dejo la mochila.

Lluvia asintió y esperó obedientemente a que hiciera lo que le había dicho. Cuando Paula salió de nuevo, unos minutos más tarde, venía acompañada de su madre, que se asomó detrás de ella. La mujer miró escéptica a Lluvia para después volver su atención sobre su hija.

–No vuelvas tarde, cielo –dijo con suavidad. Aunque Lluvia distinguió un cariz amargo, remarcado en la dejadez con la que había pronunciado la última palabra. Como si no le quedara más remedio. Como si supiera que cualquiera podría estar escuchando.

–No te preocupes.

Las dos chicas se alejaron por la calle principal, cruzaron la plaza media y subieron hacia la plaza alta del pueblo. Lluvia no se quitó la sensación de los ojos de la madre de su amiga en todo el camino, pero no le importaba porque estaba acostumbrada. Notó, no obstante, la inquietud de Paula, que caminaba a su lado mirando hacia el suelo, en un intento de no dejar que sus emociones fueran tan palpables.

–Lo siento, mi madre es un poco...

–No te preocupes –sonrió Lluvia, que puso las manos detrás de la espalda y las balanceó al son de sus pasos. Su pelo largo y liso se ondeaba con cada zancada.

–¿No estás harta de esas miradas?

–Simplemente he aprendido a ignorarlas y a no dejar que me afecten.

–Yo las odio –replicó Paula con dureza.

Lluvia la miró un momento, ligeramente cohibida. Paula pareció darse cuenta de sus palabras.

–Lo siento. Seguramente no tengan nada que ver con todas las que has aguantado tú.

–No importa, Pau. Cada uno soportamos pesos distintos. No es más importante ni grave lo mío en comparación con lo tuyo –respondió Lluvia muy bajito.

Paula la miró con tristeza. A veces podía leer a través de su amiga sin ningún esfuerzo, anticiparse a sus comentarios o adivinar sus pensamientos. Pero en otras ocasiones era una muralla infranqueable, guardada con una clave que no lograba descifrar.

–Gracias –susurró.

–No hay de qué. –Lluvia adoptó su actitud despreocupada natural–. Pero de lo que realmente quería hablar contigo es sobre Andrés.

–¡Calla! Que nadie te oiga. –Paula abrió mucho los ojos y se giró en varias direcciones.

–Pero ¿qué pasa?

–No queremos que lo sepa nadie.

–¿Por qué?

–Simplemente queremos que sea así, Lluvia.

–¿Y esa norma engloba a tus amigos? –Parpadeó, confusa.

–Quería contároslo, de verdad, pero aún no... No llevamos mucho tiempo viéndonos.

–¿Desde cuándo?

–¿Por qué te preocupa tanto? –replicó Paula.

–¿Porque eres mi amiga! Y, por si no te habías dado cuenta aún, me preocupo por ti. Lucas, Olivia y Aarón también.

–¿Ahora habláis a mis espaldas?

Se habían detenido en un banco en el extremo más alejado del bar y de las casas de la plaza alta.

–¿Qué? ¿Crees que murmuramos sobre ti?

–Eso acabas de decir.

–No, Pau. He dicho algo muy distinto. Nos preocupa verte como estás ahora.

–Pues ya podéis dejar de hacerlo. Estoy perfectamente. Y quiero estar con Andrés.

–¿Sabes qué tipo de persona es, acaso?

–Lo conocemos de toda la vida, Lluvia.

–Sí, y precisamente por eso todos coincidimos en que no es un chico del que te puedas fiar.

–Es el hermano de Olivia –resaltó Paula con hastío–. No pasa nada.

–Puedes ser el hermano de Oli y un completo gilipollas al mismo tiempo. No son excluyentes.

Las palabras golpearon a su amiga con dureza. Nunca había visto a esa Lluvia indignada, absolutamente convencida de lo que estaba diciendo. Había descubierto una nueva clave, que abría una de las numerosas y desconocidas facetas de su amiga, y ni siquiera entendía cómo había sucedido.

No obstante, Lluvia pareció darse cuenta de que no había medido bien sus palabras.

–Perdona, Pau. No quería decir eso.

–Sí, sí querías y lo has hecho. Como siempre.

–¿Qué?

–Te pasas la vida diciendo y haciendo lo que quieres sin contar con nadie más –replicó Paula, dolida, que recordaba todas las ocasiones en las que Lluvia había salido y no había ido a buscarla o no la había avisado, todas las cosas que no conocía de ella y que no le contaba–. Pues esta vez quiero hacer algo por mí misma, sin contar contigo.

–Pau... Haces muchas cosas sola. Y bien. Pero tengo la sensación de que ahora te estás equivocando un poco.

–Me gusta estar con Andrés, y no es gilipollas.

–No quería decir eso.

–Y quiero aprovechar y estar con él estos días, antes de que se vaya a la universidad, porque ya no volverá hasta octubre. Seguiremos saliendo mientras, aunque no estemos en el mismo pueblo.

–¿Estás segura, Pau?

–Ya lo hemos hablado.

–¿Y crees que es verdad? ¿Estás segura de ello?

–Estoy segura.

Lluvia suspiró, sin saber qué decir. Si la animaba a ello o le daba su aprobación, se arrepentiría todo el tiempo por no haber ayudado a su amiga. Si no lo hacía, podría perjudicar su relación y no se perdonaría el haberla convencido de algo que no quería. Además, ¿y si Paula tenía razón y salía todo bien? En caso contrario, Paula también merecía cometer sus propios errores y aprender.

Odiaba esas situaciones.

–No quiero que te haga daño...

–No lo va a hacer. Lo sé.

–Si sucediera cualquier cosa, dímelo enseguida.

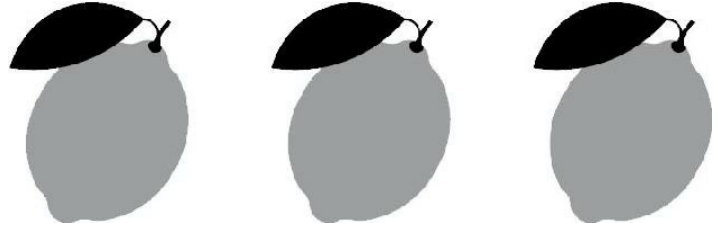
Paula asintió, y Lluvia intentó sonreír ligeramente.

–Pero ven al cumpleaños de Lucas, ¿vale?

–No me lo perderé. –Paula le devolvió la sonrisa, aliviada.

–Y, en cuanto puedas, cuéntaselo a los demás, por favor.

–Lo haré.



Por supuesto, Paula desapareció el resto de la semana. Se alejaba tan pronto bajaban del autobús y ya no volvían a saber de ella hasta el día siguiente por la mañana.

El viernes siguiente era el cumpleaños de Lucas. Entre todos le habían comprado algunos regalos y habían quedado para cenar en el bar de la plaza alta, donde era cultura popular que hacían las mejores patatas bravas con alioli del universo.

Todos se habían reunido a la hora acordada, y entre risas tiraron de las orejas a Lucas por quinta vez aquel día. Paula se retrasaba y, aunque no le quisieron dar importancia al principio, Lluvia y Lucas compartieron algunas miradas de preocupación durante aquel rato.

–Lo siento –le dijo ella con los labios.

Lucas negó con la cabeza; no era culpa suya.

Al final, Paula apareció dos horas más tarde. Justo cuando ya iban a pedir la cena, pues pensaban que no asistiría a la fiesta.

Lluvia suspiró aliviada, pero estaba ligeramente irritada.

–Lo siento, Lluvia –susurró Paula, que aprovechó un momento en el cual todos estaban entretenidos–. Me estaba despidiendo. Se va mañana muy temprano.

–Podrías haber venido antes... –La mirada de su amiga, realmente arrepentida, hizo que decidiera replantearse sus palabras, transformar el reproche en algo positivo–. Pero lo importante es que has venido. Por Lucas.

Paula asintió, aliviada, y el resto de la velada transcurrió con normalidad, como siempre.



Al día siguiente, parecía que todo había vuelto a su cauce. Aunque ya refrescaba y habían cambiado los pantalones cortos y las sandalias por vaqueros largos y deportivas, volvieron a pasarlo juntos. A mediodía, se reunieron en casa de Lucas, que aún tenía el perrito en su patio. Este se acercó corriendo a Lluvia, saltó a su alrededor y buscó su atención en todo momento. Ella le respondió con igual entusiasmo, y lo acarició y le rascó detrás de las orejas.

–Ha llegado el momento, amiguito. Nos vamos a casa.

–¿De verdad crees que tus padres van a dejarte? –preguntó Aarón para hacerla rabiar un poco. Lluvia le sacó la lengua.

–En cuanto vean a Naranja, no podrán evitar querer quedarse con él.

–¿Naranja? –preguntó Paula, escéptica.

Todos se echaron a reír ante la ocurrencia de Lluvia.

–¿Qué os pasa? ¿No os gusta? –replicó esta.

–¡Me encanta! –exclamó Olivia, con el rostro iluminado.

–Eres un poco cutre, tormentilla –sonrió Lucas.

–¡Que no! Mirad. –Volví su atención hacia el perrito–. ¡Naranja! ¿Te gusta tu nombre?

El perro la miró radiante y dio un pequeño ladrido. Todos volvieron a reír.

–¿Y por qué ese nombre? –preguntó Aarón.

–No podía llamarle Limón porque ya tengo un limonero. Y tiene manchas anaranjadas...

–Son marrones.

–¿Qué tipo de lógica es esa?

–¡Ay, qué bonito, Lluvia!

–Eres una cutre.

Lluvia rio, los miró y después se agachó para acariciar a Naranja.

Para sorpresa de todos, sus padres y su abuela aceptaron al cachorro. Todos sabían los esfuerzos que le había dedicado Lluvia. Lucas se fijó especialmente en la mirada de orgullo de Gracia y en cómo sus ojos se iluminaron con la alegría que desbordaba su nieta, en cómo jugueteaban los dos.

–Cariño, un perro es una responsabilidad.

–Lo sé, mamá.

–¿Y las vacunas y el veterinario? –preguntó su padre.

–Ya está todo –sonrió Lluvia y miró hacia Lucas, que se había sentado en el suelo e intentaba quitar una pelota que había quedado atrapada entre los dientes de Naranja–. El veterinario de la granja de Luke lo desparasitó y le puso las vacunas básicas. Las he pagado con mis ahorros.

–Pero, Lluvia, cielo... –dijo Gracia–. Eso es mucho dinero.

–No me importa. Sigo teniendo dinero guardado.

–Eres un caso, cariño.

Lluvia sonrió, y fue suficiente. Su familia aceptó al nuevo miembro con una pizca de resignación y mucho cariño.



A partir de ese día, los demás se sucedieron demasiado deprisa. Las tardes se fueron haciendo más cortas, a pasos agigantados, mientras que el volumen de apuntes, deberes y exámenes crecía de forma inversa a la duración de las horas de sol.

–¿Cómo va la granja, Luke? –preguntó un día Lluvia mientras esperaban a que llegara el profesor.

–No ha habido más ataques desde septiembre.

–Menos mal.

–Pero la cosa pinta peor de lo que imaginábamos. Es definitivo: el año que viene mis padres no recibirán ningún tipo de ayuda para el negocio.

–Menuda faena –apuntó Aarón mientras agarraba una silla y se sentaba frente a él y apoyaba los codos en el pupitre.

–Eh, tú, deja esa silla. –Una voz a su espalda hizo que Aarón se volviera, aunque sin mucho interés–. Quiero sentarme.

Los tres miraron a Lidia Benavente mientras esta dejaba unos cuadernos encima de su mesa.

–Oh, perdone usted, su ilustrísima.

Aarón se levantó e hizo una floritura mientras señalaba a la silla. La chica puso los ojos en blanco, echó hacia atrás su larga melena rubia, que aquel día llevaba recogida en una coleta, y colocó la silla bien pegada a su pupitre, lejos de ellos.

–Eh, Lidia –la llamó Lucas. La chica se volvió con hastío–. ¿Cómo llevan tus padres la granja?

–Pues bien, como siempre. Dándome el coñazo con que trabaje allí los fines. –Apoyó el codo en el respaldo–. ¿Por?

–¿No han sufrido ataques?

–¿Ataques de qué? –Miró a los tres amigos con escepticismo–. ¿De qué hablas?

–Envenenaron dos veces la granja de los padres de Luke este verano –señaló Lluvia.

–¿Y a mí qué? Que pongan cámaras de seguridad. –Puso de nuevo los ojos en blanco y se volvió.

–Gracias por nada, tía –dijo Aarón al tiempo que hacía un gesto con la mano.

Lidia levantó el brazo izquierdo y elevó el dedo corazón. No se volvió siquiera.

–Debe ser algo personal.

–¿Lo de ella? –respondió Aarón, y señaló a Lidia sin que esta se inmutara–. En su caso es innato.

–No, me refiero a lo de la granja –replicó Lucas.

Lluvia se rio, y pronto la conversación derivó en otros temas.

Pocas veces volvieron a hablar de las granjas y sus problemas, porque no sucedió nada más en todo el otoño.

Cuando quisieron darse cuenta, en noviembre estaban tan sumergidos en la rutina y las obligaciones que apenas pasaban tiempo juntos.

Paula y Olivia, además, que estaban estudiando ciencias, parecían tener incluso menos tiempo para el ocio. Sin embargo, Lluvia sentía que, al menos Paula, estaba más lejos que nunca. Y que no tenía nada que ver con las clases.

–Pau, casi no te vemos ya... –le dijo un día al salir del instituto.

–Ya, lo siento mucho, Lluvia. Tengo muchos deberes y entra un montón de materia para la selectividad.

–¿Y qué tal con Andrés?

–¡Calla!

Paula se volvió rápido hacia Olivia, pero suspiró aliviada al darse cuenta de que su amiga, unos pasos por detrás, estaba inmersa en alguna conversación con los chicos.

–¿No se lo has contado aún? –Lluvia abrió mucho los ojos–. ¿A ninguno?

–No he encontrado el momento.

–Pau, vas con Oli a la misma clase. Y, de todas formas, nos vemos literalmente todos los días. Y todos los fines de semana.

–Bueno, ya se lo contaré.

–Pau...

–Quisimos haber quedado con todos en el puente de octubre, cuando vino, pero fue imposible. Así que esperaremos a las vacaciones de Navidad.

–Queda un mes para eso todavía. –Lluvia frunció el ceño, incrédula–. ¿No os vais a ver en todo ese tiempo?

–Yo no puedo ir a Madrid sin más. Mi madre no me dejaría.

–¿Y él?

–Está muy ocupado con la universidad y sus clases. Además, está apuntado a un equipo de fútbol de su facultad, así que tiene entrenamientos y partidos todas las semanas.

–Ya...

Lluvia se quedó pensativa, miró a su mejor amiga y trató de entender qué era lo que se estaba perdiendo. Si había algo que debía leer entre líneas que se le escapaba.

Pero no pudieron seguir hablando del tema, porque unos segundos después los demás las alcanzaron y las incluyeron en su conversación.



El monstruo de todos

Habían llegado las temidas y ansiadas vacaciones de Navidad. No era que Valdesa se inundara de gente, como sucedía en verano, pero sí que había más bullicio. Volvían a abrirse algunas casas que permanecían cerradas en otoño y primavera, se reunían las familias y las calles se inundaban de risas, villancicos y buenos deseos. Al menos para los demás.

Lluvia era muy consciente, más que nunca, de que tenía pocas personas con las que contar. Sus amigos, por supuesto, y sus padres, Gracia y Naranja. Pero no necesitaba nada más.

Sin embargo, su segundo secreto dolía más en aquella época del año.

No pudo pararse a pensar en ello, porque la voz de su madre la llamó, así que corrió escaleras abajo. La encontró atareada de aquí para allá y con Gracia sentada en su sillón, envuelta en una chaqueta de lana y con una manta gruesa sobre las piernas. A Lluvia le dio la sensación de que era un poco más pequeña.

–Lluvia, cariño, ¿me ayudas a levantarme?

Ella asintió y se agachó al lado de Gracia. La mujer lo pasaba bastante mal durante el invierno, ya que el frío y la humedad entumecían sus articulaciones, así que algunas tareas muy simples le suponían un gran esfuerzo. Lluvia era consciente, con una inmensa tristeza, de que esos problemas se agravaban cada año, pero no dejaba traslucir sus preocupaciones cuando estaba con Gracia.

–Muchas gracias... –Sonrió la mujer–. ¡Voy a hacer un bizcocho! ¿Me ayudas?

–¿De limón?

–Por supuesto. –Gracia guiñó un ojo.

Las dos se dirigieron a la cocina, con Naranja detrás. Era un glotón que las ignoraba la mayor parte del tiempo, que pasaba tumbado cerca de la calefacción o acurrucado entre las mantas que ponían en el sillón. Pero, en cuanto veía que alguien se dirigía a la cocina, era capaz de despertarse de un salto y seguirle; sabía que siempre le caía alguna cosa rica.

Lluvia se puso a batir la masa mientras su abuela preparaba el horno y los moldes. Habían encendido una vieja radio de Gracia y la cocina se había inundado pronto de canciones de otras épocas, las cuales sonaban rasgadas, lo que le daba al ambiente un toque casi mágico. Eso, unido al silencio que intercambiaban Lluvia y a Gracia y al tintineo de los cubiertos y los utensilios de cocina, llenaba a la chica de una paz inmensa que no sabía describir.

–Gracia, ¿me cuentas una de tus historias?

La mujer sonrió para sus adentros.

–Ya casi te las sabes todas.

–Seguro que algunas no.

–Puede ser. ¿Qué historia te gustaría escuchar?

–Alguna que tenga magia. –Lluvia no levantó los ojos de su tarea, así que no supo qué cara había puesto Gracia, pero tenía la sensación de que el silencio que siguió a su propuesta se alargó

unos segundos de más.

–Estoy pensando cuál sería más apropiada... Ya la tengo.

Lluvia la miró y sonrió. Gracia observó el brillo en los ojos azules de su nieta. Sabía que no podía haberlos heredado de ninguna parte, puesto que ni en su familia ni en la de su yerno había habido una sola persona con un color similar. Pensó que algún día tendría que contarle esa historia. Pero no era el momento adecuado.

Por ese motivo, Lluvia no escuchó el cuento que esperaba, y Gracia no mencionó nada porque simplemente no tenía fuerzas para ello. No obstante, pronto la cocina se inundó con la cadencia de la voz de la abuela, de puentes que nacían de promesas y de anillos misteriosos que pertenecían a magos.

–¿Y esa es la leyenda de El Puente? –preguntó Lluvia, incrédula.

–Eso es. Aquel mago no tuvo más remedio que cumplir su promesa en cuanto los aldeanos de aquella época recuperaron su anillo. Reunió su magia y construyó el puente, y ya nadie dudó de sus palabras.

–¿Y qué pasó después?

–Hay quien dice que el mago siguió viajando, que un día se marchó y no volvieron a verlo. Y otras versiones de la leyenda afirman que se asentó en la aldea, a la que decidieron llamar El Puente del Mago. Pero cambiaron lo de «El Mago» durante la dictadura, después de varios intentos de cambiar totalmente el nombre del pueblo por otro que fuera más... religioso. –Los dientes de Gracia rechinaron un poco.

–Pero, Gracia, si eres creyente.

–Puedo creer en el dios al que me han educado a respetar. Pero eso no implica que no admire las antiguas leyendas o que no pueda también creer en la magia –suspiró la mujer–. En cualquier caso, esas historias que insisten en que el mago siguió viviendo allí durante el resto de su vida dicen también que, cuando el hombre se vio mayor y sabía que le quedaba poco tiempo, enterró su tesoro. Entre las muchas piezas de valor que guardó, debería encontrarse el anillo que contenía su magia.

–¿Tú crees esa historia?

–Sí. Es más interesante, ¿no crees? –Gracia sonrió con picardía. Lluvia asintió con entusiasmo–. Durante muchos años, muchas personas buscaron el tesoro sin éxito. Hasta que unos excursionistas encontraron una red de túneles bajo el pueblo hace unos treinta años.

–¿En serio? –Lluvia abrió mucho los ojos.

–Sí. Fue un acontecimiento muy sonado. Pero después de varias expediciones no se halló nada de valor. Si alguna vez hubo un tesoro, quizá alguien ya lo había encontrado mucho tiempo atrás.

Lluvia quiso añadir algo más, pero una campanita interrumpió su conversación: el temporizador las alertaba de que el bizcocho llevaba media hora en el horno. Naranja ladró en respuesta y, en cuanto abrieron la puerta del horno, el olor del dulce inundó la estancia.

Poco después de la comida, llamaron a la puerta. Lluvia salió a abrir y se encontró con Olivia.

–¡Oli! ¿Habíamos quedado?

–¡No! Solo pasaba por si no te importaba acompañarme a un recado. –Su amiga sonrió divertida al ver la cara de sorpresa de Lluvia.

–¡Menos mal! Creía que lo había olvidado...

–¿Vamos a buscar a Paula?

–¡Vale! –respondió Lluvia, que entró corriendo de vuelta a la casa para salir unos segundos después con un abrigo de paño, un gorro calado hasta casi las cejas y un bulto peludo detrás–.

¿Dónde quieres ir?

–Pues quiero darles una sorpresa a mis padres y preparar algo de cenar para Nochebuena; vamos a estar solos los cuatro. Así que necesito ir a comprar algunas cosas.

–Hace mucho frío –dijo Lluvia, al tiempo que se encogía en su abrigo y frotaba sus manos desnudas.

–Este invierno va a ser duro...

Las dos chicas comenzaron a andar hasta la casa de Paula. Carol abrió la puerta.

–Hola, Carol. No sabía que estabas aquí.

–Hola, Lluvia –sonrió ella–. Hola, Olivia. Sí, estaré todas las vacaciones.

Lluvia le devolvió el gesto. Le resultaba reconfortante sentir que también le caía bien a Carol. Ella y Paula eran las únicas personas de su familia que la trataban con cariño y respeto.

–Qué bien, Pau estará supercontenta. El año pasado te echó mucho de menos, como solo viniste unos días...

–¿De verdad? –Carol parecía francamente sorprendida. Olivia asintió para confirmar las palabras de su amiga–. No me había dicho nada.

–Bueno, Pau es así, ya lo sabes. –Lluvia se encogió de hombros y rio, como si no tuviera importancia, pero Carol se quedó pensativa–. ¿Está en casa?

–No, creía que había salido con vosotras.

–Qué va... –Lluvia y Olivia se miraron.

–Puede que esté con los chicos –replicó Olivia.

–Puede ser... –Carol frunció el ceño y miró a Olivia despacio y después a Lluvia. Sus pupilas se encontraron durante varios segundos, que se alargaron más de lo necesario. Ambas comprendieron al unísono, y Lluvia asintió imperceptiblemente, tras lo cual Carol volvió a mirar a Olivia–. Ah, ¡no! Ha ido a ver a nuestros abuelos con mis padres.

–Oh, bueno. Dile que se apunte luego, ¿vale? –dijo Olivia.

–Descuida, se lo digo.

–Gracias, Carol –respondió Lluvia antes de alejarse con su amiga.

Las dos siguieron caminando, con Naranja detrás de ellas. Lluvia no paraba de pensar en que debía haberlo dejado en casa con ese frío, pero al perro no parecía importarle. Llevaba la boca abierta, la lengua colgando y caminaba dando sus habituales saltitos, contento de estar con ella. Olivia se paraba cada dos por tres y se agachaba para acariciarlo. Naranja se dejaba a veces, con gusto, y otras comenzaba a trotar alrededor de la chica, buscando jugar con ella.

–Oli, no vamos a llegar nunca –rio Lluvia–. Cuanto más caso le hagas, más pesado se pone.

–Lo siento... –respondió su amiga, con las mejillas sonrosadas por el frío–. Es que es tan bonito y tan gracioso.

Lluvia la miró con ternura y la animó a seguir avanzando. Le gustaba mucho Olivia, lo fácil que era que estuviera feliz y lo amable y soñadora que era siempre. Nunca la había visto realmente enfadada o triste, y siempre estaba dispuesta a ayudar a los demás.

–¿Atajamos por ahí? –propuso Olivia, a lo que Lluvia respondió asintiendo.

Comenzaron a caminar cuesta arriba, por una calle que terminaba exactamente en la plaza de arriba. Por lo general, no solían ir por ahí, porque era una vía muy solitaria y bastante oscura cuando caía la noche. Solían utilizarla algunos grupos de amigos y parejas que buscaban algo de intimidad, por eso no se sorprendieron cuando se encontraron a una unos pasos más adelante.

–Deberíamos haber ido por otro lado –replicó Olivia, molesta consigo mismo.

–¡Vamos! Qué más da, no está prohibido pasar por aquí.

Lluvia no les prestó atención y se dispuso a contarle a Olivia la leyenda del mago que había narrado Gracia aquella tarde. Su amiga dividía su atención entre escucharla y jugar con Naranja. Por eso, cuando Olivia se quedó clavada en el suelo, a escasos metros de la pareja, Lluvia se quedó atónita.

–Andrés... Paula...

Los aludidos se separaron rápidamente; Paula evitó mirar a Olivia, pero le dolió ver la decepción en la cara de Lluvia.

–No puedo creerlo.

–Olivia, ¿qué haces aquí? –preguntó Andrés.

–Me lo preguntas como si viviéramos en una ciudad –replicó ella, molesta.

–Bueno, no te enfades, anda –rio Andrés, e hizo un gesto con las manos–. Te dejo con tus amigas, Pau.

La aludida dio un respingo, el chico le dio un beso suave en la sien y Lluvia lo miró atónita. Sin añadir nada más, se alejó en sentido contrario.

–Paula, no entiendo nada.

–Lo siento, Olivia, debería habértelo dicho antes.

–¿Antes? ¿Desde cuándo lleváis...?

–Desde verano.

Olivia abrió los ojos y se giró hacia Lluvia.

–¿Lo sabías? –Su amiga asintió despacio, azorada y sintiéndose lo peor–. Es increíble.

–No te enfades con ella. Le pedí que no contara nada –saltó Paula, desafiante.

–¿Y por qué no lo hiciste tú? ¿O Andrés? Sois mi amiga y mi hermano...

Paula agachó la cabeza.

–Pensaba que confiabas más en mí, Paula. –Lluvia tocó el brazo de Olivia, la tristeza inundaba sus ojos azules–. De mi hermano puedo esperar cualquier cosa, pero de ti no. Eso creía.

–Oli, por favor... Ha sido solo un malentendido.

–¡No lo ha sido!

–Olivia... –susurró Paula.

–Calla. Llevabas ya mucho tiempo evitándome, despreciándome e ignorándome. Y ahora esto. – Sus ojos comenzaron a humedecerse–. Pero sabía que no lo estabas pasando bien, así que seguí ahí. No te creas que no me daba cuenta de que sí que te esforzabas por Lluvia o que sí que respondías si era ella la que te iba a buscar.

La aludida se acercó a ella y la agarró por los dos brazos, intentando detener la avalancha que escapaba de Olivia.

–Oli, por favor, para ya. –Se giró hacia Paula, que se había quedado con la boca abierta.

–No, déjame.

–Vas a decir cosas que no quieres.

–Estoy harta, Lluvia. Llevo aguantando sus desprecios casi un año. –Olivia dirigió sus ojos castaños, en ese momento enrojecidos y llenos de lágrimas, detrás de ella, directamente hacia Paula–. Realmente quería ayudarte, y quería seguir siendo tu amiga.

Olivia se deshizo del agarre de Lluvia.

–Créeme. Si me hubieras dejado estar ahí contigo, te lo habría dicho muy claro: no puedes estar con Andrés.

–¿Y eso por qué? –exclamó Paula. Poco a poco, una expresión de enfado comenzó a aparecer en su rostro–. Si hubieras sido mi amiga, no me estarías diciendo eso.

–¿Crees que conoces a mi hermano mejor que yo?

–Creo que no lo conoces como yo.

–Parad ya, chicas.

–¿Ah, en serio? Llevo casi dieciocho años criándome con él, pero no sé quién es. ¿Es lo que intentas decir?

–Eso mismo.

–Mi hermano no es la mejor compañía.

–¡Pues para mí sí que lo es! A diferencia de ti, que eres una egoísta.

Olivia se echó para atrás, como si le hubiera dado un golpe en la cara. Lluvia se volvió hacia Paula; no era capaz de creer que estuviera pasando aquello.

–Pau, te has pasado.

–¿De qué lado estás?

–¡De las dos! Y os estáis comportando como niñas pequeñas. Os estáis enredando y os vais a confundir.

–Da igual, Lluvia –respondió Olivia muy bajito. Las lágrimas caían ya a borbotones por su rostro–. Lo ha dejado muy claro.

–Desde luego, Olivia, eres una niña pequeña. No sabes enfrentarte a las cosas sin llorar.

–¡Paul!

Lluvia observó, impotente, cómo Olivia se giraba y salía corriendo y rehacía el camino que habían tomado. Después se volvió hacia Paula, parada en medio de la calle, cuya expresión se debatía entre la tristeza, el enfado y la satisfacción.

No podía creerlo. No podía entender qué había sucedido ni por qué no había sido capaz de reaccionar. Por qué las cosas se habían tergiversado tanto en unos escasos segundos. Tenía la sensación de que el ambiente se había oscurecido y sentía el aire vibrar a su alrededor. Levantó la cabeza y se dio cuenta de que unos densos nubarrones cubrían el cielo. A sus pies, Naranja observaba a las chicas sin comprender, inusualmente quieto. Se había olvidado de él por completo.

–Me voy a casa –dijo Paula cuando Olivia desapareció tras una esquina.

Lluvia se quedó quieta unos segundos más. Naranja se acercó entonces a ella, gimiendo muy bajito.

–Es todo por mi culpa, ¿verdad? –le preguntó–. Debería haber estado más con Pau o habérselo contado a Oli. Y ahora ellas están enfadadas, Pau está con un chico que a nadie le gusta y Oli... No sé bien qué va a hacer, pero va a estar muy dolida durante mucho tiempo.

El perro ladeó la cabeza, confuso. Lluvia suspiró, se agachó y rascó su cabeza, entre las orejas.

–Supongo que todos tienen razón, Naranja. Hacen bien en mirarme como lo hacen, como si les diera miedo y asco al mismo tiempo. Me odian. Porque saben mi secreto y saben que no puede traer nada bueno.

Naranja lamió su mano, aún sin comprender, pero intentando consolar a la chica.

Lluvia sonrió con tristeza, se incorporó y metió las manos en los bolsillos. Comenzó a andar calle abajo, y deshizo sus pasos en dirección a su casa mientras a su alrededor la gente pasaba deprisa, encogidos en sus abrigo y corriendo a refugiarse en alguna casa o un bar.

Algunos la ignoraban al pasar, otros la miraban de reojo y los más osados fruncían el ceño mientras la observaban fijamente.

Por lo general, Lluvia siempre respondía a esas miradas de desprecio con una amplia sonrisa; no le importaba lo más mínimo lo que pensarán de ella. Siempre había tenido muy claro quién era,

sus limitaciones y sus virtudes.

No quería llorar, pero sentía que las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

–Si dejas que me vean así, se burlarán aún más de mí, Naranja –susurró mientras tragaba con dificultad. Sentía la nariz obstruida.

El perro caminaba a su lado sin dejar de prestarle atención ni un minuto.

–Gracia llevaría esto mucho mejor.

Era cierto, lo sabía. Su abuela era más resistente que un roble, y ella siempre había intentado imitarla. Demostraba entereza cuando se rompía por dentro y sonreía cuando le dolía que el resto de Valdesa le diera la espalda. Fue esa actitud la que la mantuvo en pie durante mucho tiempo, y esta, junto con su obstinación innata, fue suficiente para que no dejara de buscar amistades.

Era consciente de que había sufrido para conseguir los amigos que tenía y quería mantenerlos a toda costa, porque se sentía cómoda con ellos y los quería como a nada. Era su culpa que hubieran llegado a esa situación, y ese pensamiento comenzó a entumecerle los huesos y a alojarse en su pecho, donde quemaba con fuerza.

Consiguió retener sus lágrimas una vez más.

Había llegado a los muros de la iglesia, donde se paró unos segundos. Levantó la vista hacia el campanario, donde el viento comenzaba a ulular entre las campanas de hierro forjado.

Muchos de sus vecinos profesaban un profundo amor y respeto por ese dios misericordioso por el cual aquellas campanas también repicaban cada domingo. Un dios que hablaba de ayudar al prójimo y a aquellos más necesitados. Que consideraba a todos sus hijos.

–Menos a mí.

Porque ella no era como el resto de sus hijos, pensó. Era algo mucho peor.

Era algo horrible. Y comprendía por qué no la aceptaban, pero era capaz de vivir con ello. Lo que no podía comprender era por qué no había ayudado a sus amigas en todos aquellos meses.

Así que, por primera vez, dejó que el peso de su segundo secreto cayera sobre ella como una losa.

Era el particular monstruo de Frankenstein de Valdesa.



Interludio

15 de octubre de 2001

Un pitido me hace volver repentinamente a la realidad mientras mis recuerdos comienzan a desdibujarse a mi alrededor. La sombra de Lluvia termina de cruzar la puerta que tengo delante, me mira como si no se hubiera percatado de que estaba ahí, y juro que la veo sonreír antes de desaparecer por completo.

Abro el bolsillo de mi abrigo y saco el pequeño teléfono móvil, que ha dejado de sonar hace rato. Mis articulaciones se quejan y me pregunto cuánto tiempo llevo parada aquí, soportando el frío, en mitad de este patio abandonado y desangelado, a excepción de los fantasmas de un pasado que acaba de caer sobre mí sin previo aviso.

Frunzo el ceño sin molestarme en comprobar quién me ha llamado, y estoy a punto de guardar el aparato cuando comienza a sonar de nuevo.

Eres tú.

Cuelgo.

Miro a mi alrededor y busco algún modo para salir de esta casa que, de repente, parece haber encogido. Debería haber pensado más antes de ese arrebato de... lo que fuera que me ha dado para entrar aquí. La única opción que se me ocurre es la de encaramarme al limonero y auparme hasta el tejado de la entrada por donde he saltado.

—Mierda.

—¿Hola?

La voz que se oye al otro lado de la puerta me sobresalta. No sé si debería responder, si me metería en algún lío. Noto cómo la chica se mueve inquieta, su sombra se deja entrever entre los huecos que la humedad y el paso del tiempo han dejado en la madera.

—¿Hay alguien?

—Sí, hola —respondo—. ¿Me ayudas a salir?

Solo me responde el silencio, que se alarga durante unos segundos inquietantes. Genial, va a llamar a la policía.

—¿Paula? —Parpadeo confusa. Eso no lo esperaba—. ¿Eres Paula Espinosa?

—Sí... —vacilo solo unos segundos. La chica vuelve a quedarse callada, quizá esperando a que la reconozca también. Aunque su voz me resulta inquietantemente familiar, no consigo ubicarla ni asociarla con nadie que conozca.

—Vale, espera, creo que sé quién puede tener una llave para abrir —responde finalmente, en un tono más seco—. Dame un par de minutos.

—¡Gracias! —exclamo al oír cómo sus pisadas se alejan.

Mi móvil suena de nuevo y vuelvo a apagarlo sin mirar.

Espero unos minutos, que se me hacen eternos, hasta que consigo convencerme de que nadie va a volver a ayudarme. Limpio las palmas de mis manos en los vaqueros, cierro la cremallera del

bolsillo donde guardo mi móvil y doy un paso hacia la puerta. En ese instante, oigo unos pasos apresurados que se acercan.

–¡Ya está!

Oigo el característico ruido metálico que las llaves antiguas hacen al chocar entre sí mientras la chica busca la que necesita, y después la introduce en la cerradura. La madera cruje cuando la intenta abrir, pero no cede. La chica la golpea con el hombro varias veces, hasta que finalmente la puerta se abre con un quejido sordo y marca un rectángulo de luz en cuyo centro apenas se recorta una silueta que al principio no me dice nada. Sin embargo, unos segundos después, cuando poco a poco me voy haciendo al contraste de luces, se van dibujando las facciones de un rostro que hace tiempo que no veo.

–Olivia.

Ladea un poco la cabeza en respuesta. Está muy guapa, más de lo que recuerdo. Lleva el pelo castaño cortado a la altura del hombro y le cae en suaves ondas descuidadas. La sonrisa de sus labios, sorprendentemente, llega a sus ojos.

–Perdona, no te había...

–Reconocido. Lo sé. No te preocupes.

Frunzo el ceño y siento que el calor inunda mis mejillas. Algo azorada e intentando no mirarla, salgo de la casa lo más rápido que puedo y me vuelvo. Olivia cierra detrás de mí, hace una floritura con las llaves en la mano y las guarda.

–¿Cómo has entrado?

–¿Y tú cómo sabías dónde están las llaves?

Ríe.

–En Valdesa se sabe todo. –Se encoge de hombros–. Te toca.

–Quería saber cómo estaba la casa.

Olivia me mira un momento, con la dulzura que la caracteriza, y relaja los hombros.

–Lucas me dijo que estabas aquí.

No respondo. Suspira, se ajusta la bufanda alrededor del cuello y se acerca a mí. Sus ojos castaños no dudan cuando los fija en los míos.

–Hacía tiempo que no nos veíamos. –Sonríe.

Cuando abre los ojos un poco más, sorprendida, río para mis adentros. Me acerco y le doy dos besos en las mejillas. Aunque me habría gustado que nuestro reencuentro fuera de otra forma, las dos sabemos lo que hay.

–Te veo muy bien –le digo, y es verdad. Olivia siempre ha estado muy bien, física y mentalmente, y me alegra ver que no ha perdido la luminosidad de sus mejillas cuando sonrís risueña. Ni su tono despreocupado.

–Pues no estoy distinta, la verdad –suspira y pone los ojos en blanco–. He salido poco del pueblo.

–Eso es lo mejor, que no has cambiado.

Olivia da un pequeño respingo y me mira de refilón para después colocarse un gorro de lana en la cabeza que había llevado guardado en el bolsillo todo el rato.

–¿Insinúas que no está bien cambiar? ¿Y qué hay de la evolución personal y todo eso?

–Todo eso está bien, pero en realidad lo importante es que nos mantengamos fieles a nosotros mismos. Y tú sigues siéndolo.

–¿Te has dado cuenta de todo eso en tan solo unos segundos?

–Tus ojos no mienten –sonríe.

Me mira sorprendida, y noto cómo está evaluando y midiendo mis palabras. Es indudable que se ha vuelto más cautelosa, por lo que no puedo evitar pensar que, después de mi decepción, se ha llevado algunas otras.

—¿Damos una vuelta? —propongo mientras miro hacia la iglesia, situada unos metros más allá—. Aún no he tenido tiempo de ver el pueblo.

—¡Claro! —duda solo un segundo, pero se pone en marcha enseguida.

Caminamos un rato en silencio, la una al lado de la otra. Cuando finalmente arrancamos a hablar, lo hacemos con intervenciones tímidas. Ella me habla de todos estos años en los que ha seguido en Valdesa, aunque ha estudiado algo de Formación Profesional, como Aarón, y ambos están contentos con ello. Se han visto mucho más a menudo porque han continuado viviendo en el pueblo, pero me confiesa que echaban de menos al grupo continuamente.

—¿Y tú? ¿Cómo te ha ido?

Sopeso su pregunta y suspiro antes de responder.

—Ha sido... renovador.

—Lo tenías claro, ¿verdad? Lo de irte de Valdesa.

—Mucho.

—¿Y la relación con tus padres?

—También ha cambiado. Mi madre sigue con sus cosas, pero al menos acepta y respeta mi punto de vista con algunas cosas.

—Me alegro mucho, de verdad.

—Lo sé. —La miro con cariño—. Y yo también me alegro de que hayas hecho lo que te gustaba.

El paseo sin rumbo nos lleva hasta una de las zonas altas del pueblo, a una pequeña colina donde se encuentra la ermita local que, cerrada a cal y canto, tiene un aspecto realmente siniestro que no recordaba. Desde este lugar podemos observar casi toda Valdesa, sus sinuosas y desordenadas calles, sus tejados irregulares y las antenas de televisión, como las eternas protagonistas de una silenciosa competición por ver cuál apunta más alto.

Está empezando a caer el sol. Como esta zona está más elevada, el viento aúlla más fuerte, frío y cortante. Nos refugiamos en nuestros abrigos y nos encogemos en su interior mientras escondemos nuestras manos en los bolsillos.

Nuestros pensamientos se enredan en el viento y nos golpean con los mechones de nuestro pelo, e intentan formar palabras que se escapan de nosotras sin que nos demos cuenta. Palabras que, por mucho que deseemos, no podemos guardar más.

Miro a Olivia de refilón y me fijo en que sigue siendo un poco más baja que yo, pero no tanto como Lluvia. Y no necesito más para empezar a hablar.

—A Lluvia le gustaría estar ahora aquí con nosotras. Me pregunto cómo sería ahora. —Interrumpe mis pensamientos y les da forma con sus suaves palabras.

—No habría cambiado mucho, imagino. —Sonríe—. O puede que ni estuviera aquí porque tendría algún otro plan más interesante.

Olivia ríe y asiente.

—Lucas me lo ha contado todo.

Callo y espero.

—Me ha sorprendido que me lo contara, pero no lo que me ha dicho. No sé por qué, no me suena raro, ¿sabes?

—Te entiendo. Pensaba que ya lo sabías.

—Qué va, Lluvia no me contaba nada. Tenía que descifrarla continuamente.

–¿Y por qué me lo confió a mí?

Mi amiga levanta un poco la cabeza, hacia el horizonte. No obstante, me doy cuenta de que no está mirando más allá del valle, sino que toda su atención está fija en las pequeñas casas destartadas agrupadas bajo nuestros pies.

–Supongo que porque sabía cómo te sentías en ese momento. Quizá creyó que, si te lo contaba, empezarías a ver tus problemas de otro modo, con otra perspectiva.

¿Y preocuparme entonces por ella? No es algo que esperaría de Lluvia.

–O simplemente necesitaba desahogarse por una vez. En cualquier caso, te lo contó a ti porque eras especial para ella. A fin de cuentas, eras su mejor amiga. –Olivia se gira y me mira fijamente–. Eso no lo dudes.

Sé que lo dice sin ningún tipo de rencor, pero no puedo evitar sentir que sus palabras escuecen un poco cuando me alcanzan. Dejo que lo hagan, no para autocastigarme, sino porque realmente creo que nunca fui justa con Olivia, y todos necesitamos dejar escapar nuestros sentimientos. Inspiro despacio y espiro relajando los hombros.

–Éramos un equipo. Siento haberlo roto.

–No te preocupes, son cosas que pasan. –Olivia se encoge de hombros y sonrío–. Oye, ¿nos vamos de aquí? Qué frío...

–¿Te acuerdas de ese invierno?

Olivia se detiene a escasos metros de mí y se vuelve, con las mejillas sonrosadas por las bajas temperaturas.

–Claro.

–Fue justo después de todo eso cuando Lluvia me lo dijo.

–Lo imaginaba. ¿Me lo cuentas despacio?

–Creía que Lucas te lo había explicado todo... –Frunzo el ceño, confusa.

–No, solo me ha contado lo de Lluvia. Y claro que sé todo lo que pasó. Pero me perdí muchas cosas. Como lo de Andrés.

Escuchar su nombre hace que se me revuelva algo dentro. Han pasado varios años y, aun así, toda esa historia sigue formando parte de mí y de mi pasado. En gran medida ha contribuido a darle forma a la persona que soy ahora, con sus cicatrices y sus lecciones.

La miro despacio y asiento. Retomamos la marcha por las calles vacías de una Valdesa que, aunque no ha cambiado nada en todos estos años, siento más diferente que nunca.



// El refugio

El frío se había hecho más insoportable, los días, irremediablemente cortos y el olor a leña impregnaba cada rincón vacío de Valdesa. El pueblo parecía haber perdido gran parte de su color y su ruido, como si fuera una criatura inmensa que estuviera dormitando, esperando la llegada del calor. Lluvia sentía algo muy parecido, y una nostalgia indescriptible la inundaba cada vez que salía a la calle. Se dejaba embargar por la quietud y la paz al tiempo que los ecos de las risas y el movimiento propios del verano resonaban como un eco por su mente. Indudablemente, se consideraba un bichito de verano, pero había algo escondido en la calma de aquellos días. Lluvia los abrazaba con el mismo amor incondicional que profesaba a la estación estival y se dejaba llevar por la magia del aire. Eso sí, solía hacerlo bien refugiada en una manta y con una taza de chocolate caliente en las manos siempre que Gracia la dejaba.

Una rutina sanadora también en los días más difíciles.

Sus padres acababan de salir y, en cuanto apareció por la puerta con Naranja detrás, Gracia la miró y supo enseguida qué sucedía. Sin decir nada, se levantó con pesadez, tomó a su nieta por sus manos y la acercó al sillón. Colocó una manta por sus hombros y desapareció en la cocina y reapareció después con una taza (hasta arriba) de chocolate caliente.

Lluvia sonrió y se acurrucó en la manta mientras dejaba que el frío que guardaba en su cuerpo fuera abandonándola poco a poco. Naranja se hizo un ovillo a su lado, con la cabecita encima de sus piernas.

–Tienes prohibido levantarte hasta que te acabes esa taza. ¿Estamos?

Gracia la miró desde arriba, con los brazos en jarras, hasta que su nieta asintió enérgicamente. Solo entonces la mujer se relajó y, con un hondo suspiro, se llevó una mano a la parte baja de la espalda, se relajó y se acercó a Lluvia. El sillón se movió un poco a su lado, mientras Gracia se acomodaba, agarraba sus utensilios de costura y comenzaba a mover los brazos, reanudando su tarea de bordado como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Solo entonces, Lluvia cerró los ojos.

La sala estaba embriagada por un calor acogedor que le daba la característica chimenea de ladrillos. Gracia se había empeñado en mantenerla después de las últimas reformas, en las cuales habían instalado un sistema de calefacción más moderno, y con el tiempo todos se lo habían agradecido. Porque, aunque usaban la calefacción para caldear el resto de las habitaciones, el salón seguía manteniendo la esencia de otras épocas que todos habían conocido y que les señalaba que aquel era su hogar.

El agua golpeteaba los cristales con una cadencia no demasiado rítmica, irregular, como el patrón de las primeras lluvias antes de la tormenta. A pesar de que caían sobre las ventanas con fuerzas descompensadas, eran capaces de crear una melodía única que se unía al tictac del reloj de la cocina, cuyo ritmo llegaba amortiguado al salón. Conjugaban así una suave canción que

había sumido a Lluvia en una especie de letargo. Había conseguido relajarse notablemente al cabo de unos minutos, pero comenzaba a quedarse adormilada, calmada también con la tranquilidad que le inspiraba la presencia de Gracia a su lado. La mujer estaba completamente metida en su tarea: movía los brazos con energía, calculaba cada puntada y se acercaba la tela cada rato para comprobar sus avances.

No miró a Lluvia ni una sola vez. No le preguntó ni le dijo nada. Fue su nieta la que, sobresaltada por uno de los movimientos de su abuela, abrió un poco los ojos y tomó conciencia de dónde estaba.

–Ya me encuentro mejor.

Los brazos de Gracia se detuvieron, sus ojos la miraron por encima de los gruesos cristales de sus lentes.

–Muy bien –contestó.

Se quedó unos segundos callada, miró a su nieta sin añadir ni esperar nada por su parte y siguió cosiendo.

Después de un rato, la mujer volvió a romper el silencio.

–Antes era muy común que el pueblo se llenara de fantasmas.

Lluvia la miró, interrogante. No era raro que Gracia irrumpiera en el momento más inesperado con alguna anécdota o una de las tantas leyendas de Valdesa, El Puente y todos los pueblos de alrededor que conocía. Siempre la escuchaban, pero cambiaban rápidamente de tema o se dispersaban y cada uno continuaba con su tarea. Normalmente, no pensaban mucho en ello, pero a menudo se encontraban meditando sobre las palabras de la abuela y extrayendo alguna conclusión o mensaje que podían aplicar a lo que estuvieran haciendo en ese momento. Nunca lo reconocían delante de ella, pero, cuando les sonreía con su picardía característica, algo les decía que Gracia sabía mucho más de lo que dejaba ver.

Su nieta, sin embargo, la escuchaba sin resistencia, aprendiera algo o no. El placer era oír la voz ajada y profunda de Gracia.

–Cuando alguien cometía un agravio o bien pedía algo con todas sus fuerzas y lo conseguía, hacía una promesa: vagar cierto número de noches por el pueblo como si fuera un fantasma.

–Me estás tomando el pelo.

–En absoluto. Yo misma me encontré varias de esas *almas en pena*... Una costumbre ridícula, a mi parecer.

–¿Y por qué alguien querría hacer eso? ¿O era una forma de celebrar Halloween?

–¿Ja qué? No, nada de películas, cielo. Era una manera de demostrar que estaban dispuestos a lo que fuera con tal de que las cosas les salieran como querían.

–¿No estaban condenados de todas formas? –preguntó Lluvia.

–¿A qué te refieres?

–A que no eran realistas, a que deseaban cosas imposibles.

Gracia la miró con cariño y ternura.

–Es posible... Pero, ay, mi niña, todos nos aferramos a algo, más aún cuando nos dan esperanza de que, hasta nuestros deseos más increíbles tienen una mínima oportunidad de convertirse en realidad.

Lluvia agarró la taza con un poco más de fuerza. Estaba caliente aún, pero ya vacía.

–Menuda costumbre más absurda.

–Nadie pretende que las nuevas generaciones comprendan lo que hacían las anteriores. Y los que lo fuerzan son unos necios.

–Pero los mayores os echáis las manos a la cabeza enseguida –replicó Lluvia.

–Ese es el problema. Porque somos precisamente los viejos los que no queremos que las cosas cambien. O quizá es que hemos perdido ese mecanismo de adaptación que tenéis los jóvenes.

Antes de que se diera cuenta, los brazos de Gracia rodearon los hombros de su nieta, que se dejó mecer por la mujer. Apoyó la cabeza en su hombro y en ese momento un breve aroma a masa de galleta llegó hasta ella.

–¿Quieres unas pocas?

Lluvia asintió en silencio, sin añadir nada más. Siempre se había preguntado cómo era posible que Gracia la conociera tan bien, hasta llegar al punto de adelantarse a sus pensamientos; era algo que se le escapaba. Había tratado de descubrirlo cuando era muy pequeña. Le había preguntado, insistido y hasta observado cada uno de sus movimientos para tratar de descubrir si hacía algún gesto de forma inconsciente cuando pensaba ciertas cosas. Pronto se había dado cuenta de que, independientemente de lo que hiciese, Gracia siempre estaría varios pasos por delante de ella.

Gracia siempre estaría a kilómetros luz de cualquier persona en la Tierra. Eso pensaba Lluvia.

Gracia acarició sus hombros, le plantó un suave beso en la cabeza y se levantó costosamente. Sus pasos cortos y pesados se perdieron por el pasillo hacia la cocina. Parecía que caminaba un poco más encorvada, con un ritmo más lento que otras veces. Se quedó un rato quieta, miraba en la dirección por donde había desaparecido la mujer, escuchaba el traqueteo y su movimiento en la cocina. Una breve sombra de preocupación cruzó su mirada, hasta que algo húmedo en su mano la hizo volver a la realidad.

Naranja había subido al sillón, se había tumbado en el lugar donde se había sentado su abuela todo el tiempo y había apoyado una pata sobre la mano de Lluvia. La miraba con intensidad.

–Tranquilo, todo está bien. –La chica se agachó y, como pudo, dejó que sus ojos quedaran a la altura de los del animal. Este volvió a lamer la mejilla de Lluvia, quien rio como respuesta.

–Vamos, baja de ahí. –La voz de Gracia los sorprendió a los dos–. Ese es mi sitio.

El perro bajó de un salto y Lluvia levantó la cabeza de golpe.

–Pero, Gracia, con lo cómodo que estaba...

–Cómete las galletas, anda.

Y eso hicieron las dos, mientras Naranja las miraba alternativamente y esperaba una ración que nunca llegó.

Poco a poco, las sombras fueron alargándose y la tarde dio paso a la noche. No paró de llover en ningún momento, incluso fue aumentando la intensidad. Tanto fue así que, pasada la medianoche, el aguacero se había convertido en una imponente tormenta que dejó a Valdesa surcada por regueros de agua que discurrían por sus calles. Los canalones de las casas apenas daban abasto para hacer circular toda el agua que llegaba a los tejados y el viento sacudía los árboles con fuerza.

Lluvia se había quedado dormida poco a poco, arrullada por el sonido del agua y la tranquilidad que le había infundido Gracia, y había logrado llegar a un estado de sueño profundo. De esos que solo pueden conseguirse en la seguridad del hogar, cobijada bajo varias mantas y hecha un ovillo, con Naranja a sus pies y entre las sábanas.

Quizá fue el sonido del viento azotando los cristales, aunque había habido ruidos más fuertes que no habían conseguido despertarla, o quizá fuera la sensación de que algo estaba fuera de lugar. Sea como fuere, algo la despertó en mitad de la noche. Abrió los ojos repentinamente y en apenas diez segundos había abandonado la calidez de la cama, se había calzado y había empezado a

buscar en los cajones de la cómoda con energía. En ese espacio de tiempo, Naranja apenas había podido desperezarse y entender por qué ya no estaba cubierto con la colcha.

Cuando encontró lo que necesitaba, Lluvia abrió la ventana de su cuarto de par en par. El viento entró con fuerza en la habitación y revolvió algunos papeles y su cabello, que no tardó en enredarse y golpear su rostro al tiempo que se humedecía y enredaba con el agua. Pero no le importó; asió la cuerda con fuerza y sacó medio cuerpo por la ventana para asegurar las ramas más altas del limonero a las rejas. Le dio varias vueltas, hizo nudos y, cuando se cercioró de que estaba bien sujeto por ese punto, salió de la habitación y bajó la escalera de forma apresurada.

Naranja la miró sin comprender, sin emitir ni un sonido y después corrió detrás de ella. Lluvia se acercó corriendo a la entrada, descolgó su abrigo impermeable y, mientras cerraba la cremallera y se colocaba la capucha, abrió la puerta y salió al patio. El perro se quedó en el marco de la puerta, con el cuerpecillo dentro, miraba alternativamente hacia la chica y al suelo, y gimoteaba, dudaba.

–¡No salgas! –gritó Lluvia mientras se apartaba el pelo oscuro que el viento le llevaba hasta la cara y que le golpeaba con fuerza las mejillas.

Un relámpago iluminó el patio y reveló la claramente asustada expresión del animal. Un trueno secundó el fogonazo de luz, y Lluvia se volvió rápidamente.

El limonero aún se movía peligrosamente, azotado por el viento. El suelo estaba encharcado a su alrededor y muchas hojas se habían caído o revoloteaban, arrancadas sin ningún tipo de compasión. Lluvia levantó la cabeza para cerciorarse de nuevo de que la copa estuviera bien sujeta. Después, se movió rápidamente, agarró las cuerdas que le quedaban y se apresuró a rodear con ellas el tronco del limonero. Pasó parte de la cuerda por los barrotes de la ventana de la cocina, que era la más cercana, y la aseguró anudándola fuertemente. Solo cuando se convenció de que estaba perfectamente sujeto, entró de nuevo en la casa, empapada y entumecida.

El perro se quedó a sus pies, sin parar de gimotear, aunque se apartó en cuanto Lluvia se quitó el impermeable y una gran cantidad de agua cayó al suelo.

–Me va a caer una buena, Naranjita –susurró mientras acariciaba brevemente la cabeza del animal–. Creo que voy a estar encerrada en casa varios días...

Un golpe sordo en la planta de arriba hizo que se volviera bruscamente.

–¿Qué...? ¡Mierda! La ventana.

Naranja ladró en respuesta, la chica se quitó los zapatos sin desabrocharse los cordones y subió rápidamente, de puntillas, intentando hacer el menor ruido posible. El quinto escalón la traicionó, como de costumbre, y se reprendió a sí misma mientras entraba atropelladamente en su cuarto. La ventana estaba abierta, el viento entraba en la habitación aullando con fuerza y revolvió las cortinas violentamente. Se acercó corriendo dispuesta a cerrarla del todo, pero estuvo a punto de caer antes de llegar porque resbaló con algo que había en el suelo. No supo qué era hasta que, tras asegurar los cristales, se volvió hacia la estancia. Alguien encendió la luz a la vez e iluminó la estancia. La imagen que vio apenas tenía que ver con la habitación que recordaba haber dejado esa tarde.

Lluvia parpadeó varias veces, en parte sorprendida por la luz y en parte asustada por lo que estaba viendo: un revoltijo de ropa, papeles y libros caídos por todos lados, húmedos y arrugados.

Gracia estaba parada en la puerta envuelta con una bata azul oscuro y lo miraba todo con horror, hasta que levantó la cabeza en dirección a su nieta.

–Hacía mucho viento y el limonero...

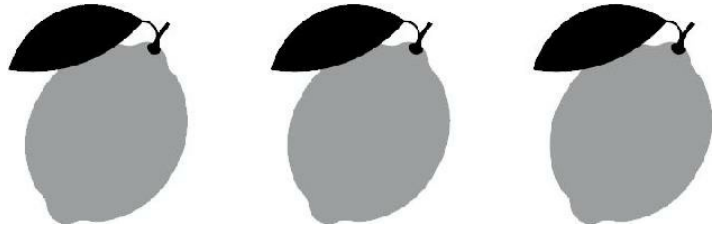
–Calla. A recoger.

Su abuela podía ser la persona más amable y encantadora, pero tenía un carácter determinante y brusco a veces. Aquel día, esa aspereza se había mostrado tanto con el chocolate y las galletas de la tarde como en ese momento, y Lluvia no sabía si había alcanzado algún límite con ella. En cualquier caso, no discutió y comenzó a andar despacio, y puso mucho cuidado en no pisar las partes más encharcadas del suelo. Como tenía los calcetines empapados, sus pisadas emitían ruidos muy curiosos, y no pudo evitar reír para sí misma.

Cuando llegó a la altura de Gracia, esta puso los ojos en blanco.

–Anda, ve a la cocina y trae la fregona y trapos secos, que te ayudo. Pero ve con cuidado, que no se enteren tus padres.

Lluvia sonrió y asintió con energía, después se alejó por el pasillo y escaleras abajo. Gracia relajó los músculos de su cara y dejó por fin salir la sonrisa que llevaba un rato conteniendo. Una chispa de orgullo se encendió en sus ojos.



–Tía, tienes una pinta horrible.

–Gracias, Aarón.

–Sin que sirva de precedente, tengo que darle la razón. –Lucas frunció el ceño, confuso–. ¿Has dormido algo?

–Dejadme en paz, ¿queréis?

Una mirada afilada y los dos chicos retrocedieron sin rechistar. Se había pasado varias horas recogiendo el desastre que la tormenta había dejado en su cuarto y aún había tenido que esperar a que se secara tanto ella como el suelo para volver a la cama. Entre eso y el rato que había estado fuera asegurando el limonero, había estado despierta durante más horas de las que le habría gustado. Al día siguiente, había quedado con los chicos y Gracia la despertó sin piedad a pesar de sus quejas, y en menos de diez minutos había conseguido que su nieta desayunara, se vistiera y se peinara. Salió por la puerta arrastrando los pies, seguida por un Naranja confuso, que ladeaba continuamente la cabeza sin dejar de mirarla, y había acudido a los portales de la iglesia, donde la esperaban sus amigos, refugiados del frío.

–En serio, ¿por qué no vamos a mi casa?

–Porque aquí el señorito Lucas necesita que le dé el aire –respondió Aarón, que le dio a la última palabra un tono cómicamente dramático. Lucas le dio un codazo como respuesta.

–¿Nos vas a decir qué ha pasado con las chicas?

Lluvia suspiró y les contó lo sucedido.

–¿Qué? ¿Con Andrés? ¿Desde cuándo? –Aarón la miró, estupefacto. Al darse cuenta de que Lucas no había reaccionado, se molestó–. ¿Tú también lo sabías?

–Lo descubrí el mismo día que Lluvia.

–¿Y por qué no dijisteis nada?

–Esa era tarea de Paula. Tampoco quería que se sintiera humillada.

–¿Por? La que está saliendo con un completo gilipollas es ella –replicó Aarón.

–Me refiero a ir aireando sus asuntos personales por ahí –suspiró Lluvia–. Es evidente que querían mantenerlo en secreto.

–Claro, y por eso se besan en mitad de la calle a media tarde. –Lucas puso los ojos en blanco.

–La verdad es que eso no tiene mucho sentido –respondió Lluvia–. ¿Qué tal está Olivia? No he hablado aún con ella.

–Yo sí, y está superenfadada. Me ha dicho que está intentando evitar a su hermano a toda costa. La vi bastante dolida.

Lluvia agachó la cabeza y se encogió en su abrigo.

–En cualquier caso, ahora estás en el medio de las dos... –Los ojos de Lucas recogían más comprensión de la que Lluvia era capaz de asimilar–. Pero no puedes pensar que sea tu culpa, ¿vale?

–Es normal que estén enfadadas entre sí –respondió Aarón–. Después de todo, estamos hablando del hermano de Olivia.

–Y tampoco has hecho nada con la intención de herirlas. Todo lo contrario –añadió Lucas.

Lluvia los miró, pensativa.

–Pero eso no va a cambiar el hecho de que las cosas están como están.

Lucas le devolvió la mirada, confundido por un momento. Nunca había visto a su amiga con una expresión tan abatida, y no sabía muy bien cómo encajar aquello. La observó unos segundos más: aquel ceño ligeramente fruncido, un pequeño hoyuelo que había surgido en su mejilla izquierda, la boca torcida hacia el lado contrario. No le estaba prestando atención, y su mirada se había perdido en algún punto justo delante de ella. Parecía que estaba casi aislada de lo que sucedía alrededor, como si tanto él como Aarón hubieran desaparecido de la escena, o como si no notara la brisa gélida que les llegaba, protegidos como estaban del viento seco y cortante que hacía ese día. El liso y oscuro pelo de Lluvia se movía ligeramente en suaves e hipnóticos balanceos.

Sorprendentemente, Aarón se había quedado también callado, observando a su amiga. Lucas pensó que, si incluso él no encontraba palabras para aquella situación, cuando en general las soltaba sin pensar, era que se había quedado tan sorprendido como él mismo. Y es que aquella imagen preocupada de Lluvia era demasiado incómoda e insoportable.

–No te preocupes, tormentilla –dijo al fin, un poco más bajo de lo que pretendía, mientras acercaba su rostro al de Lluvia y le mostraba una sonrisa que, esperaba, resultara reconfortante.

–¿Qué has dicho? –preguntó Aarón, y se acercó.

Lluvia parpadeó y volvió confusa al presente. Ladeó la cabeza al tiempo que el hoyuelo de su mejilla desaparecía y su boca volvía a su posición natural: una sonrisa.

En ese momento, alguien pasó por delante de ellos. Los tres volvieron sus cabezas en su dirección y la figura se paró a mirar. Iba sola, pero parecía tener bastante prisa y su expresión distaba mucho de ser reconfortante o agradable.

–¿Qué hacéis aquí? –replicó Paula, cortante.

–Estamos hablando –respondió Aarón.

–¿De mí? –La chica bajó los escalones de piedra que comunicaban la calle con el foso donde se encontraba el acceso a la iglesia y sus portales y se giró hacia su amiga–. ¿Ya se lo has contado todo?

–No hacía falta que nos dijera nada –replicó Aarón de nuevo, antes de que la aludida pudiera contestar–. Ya sabes cómo son los pueblos.

–Demasiado bien.

–Estupendo. Entonces también sabrás lo que todos opinamos de Andrés –dijo Lucas.

Paula se detuvo enfrente de sus amigos, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo de paño marrón. Los tres, sentados en los fríos asientos de piedra, la miraban expectantes.

–Me importa una mierda lo que opinéis sobre mi novio.

–¿Tu novio? –Las palabras parecieron chirriar entre los dientes de Lluvia.

–Sí. Andrés y yo estamos oficialmente saliendo.

–Paula, tía, despierta. Sabes que no te conviene estar con él –dijo Aarón, realmente molesto.

–No dejáis de repetirlo y me tenéis harta. Ni siquiera sabéis por qué lo decís. Repetís como loros lo que dicen unos y otros cuando no conocéis a Andrés. Lo odiáis sin motivo.

–¿Perdona? Es ese Andrés que se pasa la vida insultando a la gente sin motivo. El que busca peleas cada verano con los forasteros. Al que echaron del instituto hace cuatro años. El que tiene una nueva novia cada trimestre.

–Ya no es así.

–Ja. Seguro –gruñó Aarón.

–Y eso, ¿te lo ha dicho él? –preguntó Lluvia.

–No –respondió Paula, a la defensiva–. Pero lo he visto. Ha cambiado.

–Pau...

–Déjala, Lluvia. –Aarón se volvió hacia ella–. Ya se dará la hostia ella solita. Y entonces se arrepentirá de haber roto su amistad con Olivia.

–Veo que ninguno vais a apoyarme –replicó Paula con voz muy baja.

–Precisamente porque te apoyamos y te queremos te estamos diciendo todo esto. –Lucas frunció el ceño.

Paula los miró alternativamente y esperó algo más por su parte. Cuando dirigió sus ojos a Lluvia, la última de los tres, le sostuvo la mirada unos segundos más. Su amiga quiso mencionar alguno de los miles de ideas y pensamientos que revoloteaban en su mente, desordenados y confusos. Y, a pesar de que Lluvia sabía que su determinación y su arrojo eran inconfundibles, que siempre sabía de alguna manera qué hacer o qué decir, en ese instante no consiguió encontrar el valor suficiente para ello. No era el momento, o quizá estaba tan confusa aún que no era capaz de encontrar las palabras adecuadas. Fuera como fuese, sabía que, dijera lo que dijese, no sería suficiente para Paula. Decidió guardar silencio con la esperanza de encontrar el modo de darle forma a todos esos pensamientos más adelante.

Cuando se dio cuenta de que nadie iba a añadir nada más, los ojos de Paula parecieron empañarse ligeramente. Negó con la cabeza, suspiró y se dio la vuelta.

Lluvia soltó todo el aire que no era consciente de que había estado conteniendo, y Aarón le dio unas palmaditas en la espalda.

–Va a tener que darse cuenta ella solita de las cosas.

La chica asintió en silencio, reconfortada por la presencia de sus amigos, pero no podía quitarse de encima la sensación de inquietud que empezaba a inundarla.

Lucas abrió la boca para decir algo, paró a medio camino y dio un pequeño paso hacia atrás. Lluvia percibió el gesto y lo miró interrogante. El chico miró brevemente hacia Aarón y después relajó un poco los hombros.

–¿Vamos a tu casa? Me estoy helando de frío.

–¡Por fin, tío!

Lluvia rio. Aarón fue el primero en ponerse en marcha, y también el primero en adelantarse y en entrar al patio de la casa de Lluvia.

–Oh, guau. ¿Qué le ha pasado al amigo? –dijo y señaló al limonero.

–La tormenta de esta noche.

Lucas la miró pensativo para después observar el árbol con más cautela. Lluvia se dio cuenta de que su mirada se detuvo unos segundos de más en las cuerdas, pero no dijo nada y Aarón siguió parlotando, completamente ajeno al comportamiento de sus dos amigos.

Dentro, la casa estaba vacía y algo desangelada, ya que la chimenea estaba apagada. Los padres de Lluvia estaban trabajando y Gracia había salido. Lo hacía con menos frecuencia en invierno, ya que solo salía por las mañanas, cuando aprovechaba para reunirse con sus amigas o hacer algunos recados. Lluvia se apresuró a encender la calefacción y los tres se atrincheraron en la cocina con una taza de chocolate caliente cada uno.

–Gracias por el chocolate. Tú sí que eres una amiga.

–Mira que tienes morro. Si te lo has servido sin preguntar –rio Lucas.

–Lluvia no es que sea la mejor anfitriona, y todos lo sabemos –respondió Aarón sin inmutarse. Su amiga levantó una ceja–. No te ofendas.

–Sabéis que estáis como en vuestra casa.

–Por cierto, con tanto drama de telenovela nos hemos olvidado de lo importante –exclamó Aarón, de pronto.

–¿Te parece una tontería que dos de tus amigas estén enfadadas? –replicó Lluvia.

–No, joder, claro que me importa. Pero poco podemos hacer nosotros si ahora no quieren escucharnos –replicó él.

–Ahí tiene razón. –Lucas se encogió de hombros.

–Pues claro que la tengo.

–Sois unos pesados. Los dos.

–¡El caso! Lo que quería preguntar es cómo va el tema de tus padres, Lucas.

El aludido dejó la taza sobre la mesa después de un largo trago y sopesó lo que diría a continuación.

–No ha habido nuevos ataques.

–¿Pero? –inquirió Lluvia.

–Me conoces bien –sonrió Lucas, de medio lado–. Pero... me gustaría investigar por mi cuenta.

–Perdona, ¿qué? –Aarón parpadeó exageradamente y echó el cuerpo hacia atrás.

Lluvia miró a Lucas. Si antes la actitud de ella, entristecida por el giro de los acontecimientos con sus amigas, le había sorprendido a él, en ese momento, la clara determinación y la escasa vacilación en la voz de su amigo dejaron a Lluvia un poco descolocada. Lucas, que siempre se mostraba cauteloso, era quizá la última persona de la que esperaba escuchar algo así. Lo que sí era evidente por la firmeza con la que sujetaba la taza era que, como siempre hacía, había meditado la decisión y le había dado demasiadas vueltas. Naranja también parecía percibir esa seguridad, y lo miraba fijamente desde el suelo, donde se había sentado.

–Ahora hace demasiado frío, y está toda mi familia en Valdesa por Navidad, así que me va a resultar un poco difícil –respondió Lucas–. Así que, en cuanto pasen las vacaciones, me gustaría ir a la granja.

–Tus padres se pasan el día allí, ¿no crees que ya habrían visto algo?

–No, Lluvia, no me habéis entendido. Quiero ir, pero de noche.

–Repito: ¿qué?

Lluvia se echó a reír.

–Es en serio. Lo estás diciendo en serio.

–Por supuesto.

Todos se quedaron callados, hasta Aarón, que todavía necesitaba procesar lo que había escuchado.

–¿Puedo ir contigo? –preguntó Lluvia, de pronto.

–¿Quieres?

–Por supuesto.

La chica sonrió, maliciosa. Después se agachó a la altura de Naranja, se sentó en el suelo a su lado y comenzó a acariciarle la cabeza.

–Tú también vienes, ¿no, Aarón?

–Joder, no me dejáis otra opción.

Los otros dos rieron.



–¡Ahí está! ¡Feliz año!

–¡Feliz 1996! ¡Y para ustedes!

–¡Feliz año para todos!

–Ya ven el ambientazo que hay para acoger a este 1996 que acabamos de estrenar, en directo, desde televisión...

Nadie escuchaba ya al aparato en casa de los abuelos de Lucas. Habían dispuesto varias mesas a lo largo de una de las salas que tenían vacía prácticamente todo el año y que reservaban para grandes reuniones familiares como aquella. El lugar estaba prácticamente abarrotado, con la familia reunida casi al completo, incluyendo esos primos y tíos que no habían encontrado el momento de pasarse por Valdesa en verano.

Entre besos, abrazos y brindis, se intercambiaron buenos deseos de año nuevo.

–¡Yo prometo que no seré tan pesado, de verdad!

Las palabras de Víctor fueron secundadas por una sonora carcajada general y alguna que otra burla. Los primos más pequeños salieron corriendo en cuanto Víctor se dio la vuelta, enfadado. Fingió ir tras ellos e hizo como que tropezaba y no era capaz de alcanzarlos mientras los niños reían sin parar. Lucas tampoco pudo contenerse al observar la cómica escena ante sus ojos: el chico, con su gorro de fiesta, el matasuegras y un jersey de gruesa lana que le había regalado su abuela por Navidad, parecía una auténtica caricatura.

Cuando Lucas salió más tarde, bien envuelto en su bufanda de lana y arropado por su abrigo, se sorprendió de encontrarse Valdesa tan concurrido. Muchas personas habían aprovechado las vacaciones para volver a casa y pasar las Navidades con su familia y, a pesar de todo, no recordaba un año en el que el pueblo hubiera estado tan vivo en esas fechas. Le inundó una sensación agradable, de calidez e ilusión, al ver a tanta gente y tan emocionada en aquel momento. Aunque hacía frío, la noche estaba tranquila y apacible, y Valdesa parecía estar inundada por una luz mucho más amable, incluso mágica.

Una calma extraña pareció recorrer su cuerpo, y relajó sus mejillas hasta el punto de adornarlas con una sonrisa ancha y sincera, y pronto se encontró saludando y felicitando el año a cada persona con la que se cruzaba, la conociera o no.

Por primera vez en mucho tiempo, caminó despacio y disfrutó del paseo desde su casa hasta el bar de la plaza media donde había quedado con los demás, como todos los años. Hacía un frío agradable, de esos que refrescan la mente, pero no cortan las mejillas ni se te calan hasta los huesos.

Iba tan sumido en sus pensamientos que, al girar una esquina cerca de la plaza, se sorprendió al encontrarse dos figuras agarradas del brazo.

–Hola, Paula. –Sonrió y miró brevemente a Andrés, que le dirigió una sonrisa socarrona–. Feliz año nuevo.

–Feliz año, Lucas –respondió ella, notablemente aliviada.

Se dieron dos besos y un abrazo y, al apartarse, dejó las manos apoyadas en los brazos de su amiga.

–¿Vienes al bar?

La sonrisa desapareció en los labios de Paula y después miró a Andrés, muy despacio. Este negó con la cabeza.

–Me esperan mis amigos.

Paula volvió a mirar a Lucas.

–Lo siento, ya había hecho planes. Además, no creo que sea bien recibida.

–Siempre serás bien recibida, Paula. –Se apartó un poco de ella–. Si luego quieres pasarte, ya sabes dónde estamos. Pásalo bien.

Lucas asintió despacio, pero Paula no captó el gesto.

–Gracias. Tú también.

En cuanto volvió a agarrar el brazo de Andrés, este la asió con cierta firmeza y comenzó a andar sin darle tiempo a Paula a añadir algo más o a despedirse mejor. Lucas la observó marcharse calle arriba y se despidió suavemente con la mano. Andrés caminaba deprisa, sin volverse ni una sola vez hacia él o Paula, pero esta se giró un momento y vio a su amigo parado en mitad de la calle. Le dolió ver la sombra de tristeza que había nublado sus ojos castaños, aunque pensó que tal vez había sido solo un juego de luces y sombras.

Lucas vio cómo su amiga se alejaba con un ritmo vacilante y algo torpe. Aunque pensó que tal vez las empinadas calles de Valdesa no facilitaban andar con soltura.

Ella se agarró más fuerte al brazo de Andrés, que sonrió con satisfacción y comenzó a contarle cosas que no le interesaban mientras se dirigían al bar de la plaza alta.

Cuando Paula se volvió finalmente, Lucas decidió continuar su camino hasta el otro bar. En la puerta se encontró con Olivia, que lo recibió con su cariñosa sonrisa y sus mejillas sonrosadas.

–¡Feliz año, Lucas! –exclamó al tiempo que se acercaba para darle dos besos.

–Feliz año, Olivia. –El chico sonrió como respuesta–. Vamos dentro, tienes las mejillas heladas.

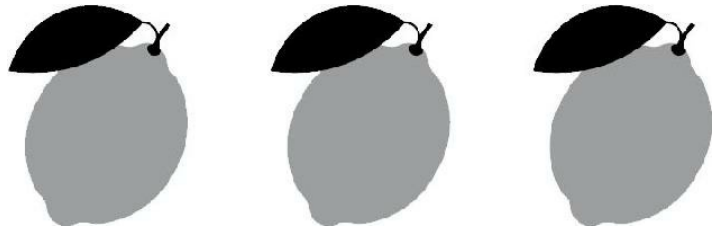
Olivia rio y se sonrojó más aún, y entraron juntos al calor sofocante del bar. Encontraron a Lluvia y a Aarón en una pequeña mesa del fondo. La primera dio un gran salto y se apresuró a abrazarlos en cuanto los vio.

–Llegáis tarde –les recriminó Aarón.

–Tú calla, que acabas de quitarte el abrigo –bromeó Lluvia.

–Bueno, pero, si no dices nada, no se enteran.

Todos rieron, lo que provocó un gesto de burla por parte de Aarón. Aunque ninguno dijo nada, intercambiaron varias miradas muy elocuentes; la ausencia de Paula era más que evidente y todos la echaban de menos. No obstante, la noche transcurrió con tranquilidad, y los cuatro rieron, bailaron y cantaron con todos los vecinos que se habían reunido aquella noche en el local. Utilizaron los gorros de fiesta y los adornos que les regalaron, y, aunque Aarón no dejó de molestarlos con una zambomba, ver los ojos de Lluvia iluminados y siempre húmedos por la risa, con las mejillas coloreadas y su risa inundando el ambiente, fue razón más que suficiente para que aquella noche se quedara grabada en la memoria de Lucas como una de las mejores que había pasado.



–Este sábado.

–¿Perdona? –preguntó Aarón.

–Quiero ir a la granja este sábado.

–¿Estás seguro, Luke?

Lucas miró a Lluvia y asintió, e intentó mostrarse más convencido de lo que se sentía en realidad. Ella le devolvió la mirada. Tenía la barbilla apoyada en una mano, en un gesto despreocupado que tanto la caracterizaba. A los pocos segundos, comenzó a inquietarle la intensidad que destilaban sus ojos azules y parpadeó confuso.

Lluvia sonrió con cierta malicia.

–Yo voy.

–Yo también. –Aarón se encogió de hombros.

–¿Os puedo acompañar? –preguntó Olivia, sentada al lado de Lucas.

Cuando bajaron del autobús, en la parada de Valdesa, los cuatro se entretuvieron un poco hablando del tema. Paula bajó después, pasó por su lado y desvió la mirada rápidamente. Lluvia y Lucas intercambiaron una mirada de comprensión. Olivia se percató del gesto por casualidad, algo inusual en ella, y se puso algo tensa.

–Pau –dijo Lluvia. Su amiga se paró y se volvió hacia ella–. ¿Te vienes con nosotros?

Paula dirigió su atención a los demás. Lucas la miraba ligeramente serio, como era habitual en él; nada en su expresión le dio a entender que estuviera enfadado o molesto. Pero el claro esfuerzo de Olivia por mostrarse inexpresiva y el ceño fruncido de Aarón fueron suficientes para que la chica captara la aversión que la propuesta de Lluvia les provocaba.

–No, pero gracias –respondió–. Pasadlo bien, chicos.

Asintió levemente y continuó caminando.

–Pau, espera. –Lluvia se puso a su altura–. Puedes venir cuando quieras, ya lo sabes.

–Gracias, pero no quiero que algunos... –Dirigió su atención a algún punto detrás de Lluvia–. Se sientan incómodos conmigo.

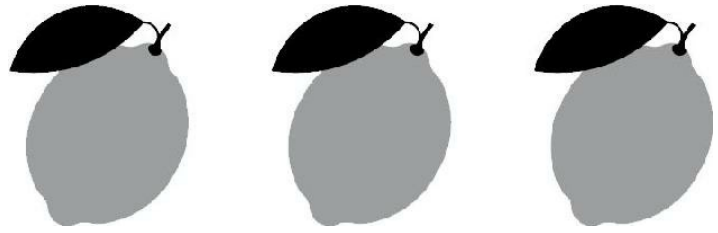
–Algún día tendréis que hablar.

–Por ahora, no, ¿vale? –Paula sonrió tristemente–. Además, este fin de semana tengo planes.

–Como quieras, Pau. Pero, si necesitas algo, dímelo.

–Claro.

Lluvia la observó un rato mientras se alejaba. Algo se resquebrajó lentamente en su interior, al compás de cada paso que daba su amiga. No obstante, sacó fuerzas de donde no las tenía e irguió la espalda, suspiró hondo y se volvió hacia sus amigos con una expresión despreocupada.



–¿Lo tenéis todo?

–Menos las ganas. La verdad, se me han ido por completo.

–¿Te recuerdo que fuiste el primero en presentarse voluntario para esto, Aarón? –replicó Lluvia, molesta.

–¿Ti riquirdi qui...?

–Puedes volverte a casa. –Lucas le dio un codazo; Olivia rio.

Por toda respuesta, Aarón arrugó los labios y cerró del todo la cremallera de su abrigo.

–Vámonos antes de que te tome la palabra.

En realidad, Lucas había escogido la noche más fría de todo el invierno, y las manos habían comenzado a resentirse a los pocos minutos después de haber salido de casa, incluso llevando guantes.

Lluvia había salido a hurtadillas, cuando la casa hacía rato que se había sumido en un completo y tranquilo silencio, por lo que supuso que sus padres ya se habrían dormido. No pudo evitar preocuparse por Olivia, por si acaso Andrés le hubiera impedido salir. Se acordó de las numerosas conversaciones que había mantenido siempre con Lucas, más especialmente esas semanas, en las que habían debatido de lo complicado que debía ser para Olivia vivir con Andrés. Sin embargo, dado que su amiga no solía comentar nada acerca de esas cosas, les resultaba difícil saber qué ocurría en muchas ocasiones.

–¿Cómo van las cosas con Andrés? –preguntó Aarón, como si hubiera leído el pensamiento de sus amigos.

Olivia tardó unos segundos en darse cuenta de que la pregunta iba dirigida a ella. Los demás rieron en la oscuridad, pero continuaron concentrados en sus propios pasos y en no tropezar en el camino de arena cuando ella comenzó a hablar.

–Nunca he tenido buena relación con él. Es un egoísta y trata fatal a todo el mundo.

Los demás guardaron silencio.

–Ha vuelto porque tiene los exámenes en un par de semanas, y está insoportable. No le dirijo la palabra.

Lucas giró la cabeza, sorprendido por la dureza en la voz de Olivia. No estaban acostumbrados a escucharla hablar así; habían sido pocas y contadas ocasiones en las que había cubierto su enfado con ese matiz tan crudo. Ninguno reconocía a su amiga entonces, y enmudecían hasta que sus ojos volvían a brillar con la bondad de siempre, les sonreía con dulzura o volvía a quedarse ensimismada con cualquier tontería.

Anduvieron en silencio durante varios minutos, luchando contra las pequeñas ráfagas de viento frío que se colaban entre los huecos de sus abrigos. Lluvia se caló el gorro de lana hasta las cejas, mientras que Aarón cruzó los brazos a la altura del pecho y se encogió. Lucas avanzaba delante y apuntaba al suelo con la linterna.

–Sería todo más fácil si pudiéramos tener coche ya –replicó Aarón otra vez.

–Tampoco está tan lejos –contestó Lucas–. Me sé un pequeño atajo por el que no puede ir un coche.

–¿Nos vas a llevar por un camino de ovejas? –exclamó Olivia.

–Dejad de llorar ya, anda. Podíais haberos quedado en casa –gruñó Lucas–. Mirad, es por ahí.

–No puedes creer en serio que te dejaríamos ir solo –dijo Lluvia mientras lo adelantaba–. Te habrías vuelto a los dos minutos.

–Puedo aguantar un poco de frío.

–No lo decía por el frío... –Su amiga sonrió, divertida–. Sino por el miedo.

Aarón soltó una carcajada.

–¡Punto para Lluvia!

Media hora después, habían llegado a la granja de los padres de Lucas, cuya finca estaba delimitada con una valla metálica. En la puerta exterior, el chico buscó la llave para abrirla y apagó la linterna. Entró después y cerró en cuanto todos hubieron pasado. Entonces los cuatro se dirigieron a los edificios principales por un nuevo camino asfaltado y mucho más llano.

–Estaría bien que nos dividiéramos –anunció Lucas–. Yo voy a echar un vistazo por el establo.

–Te acompaño –dijo Olivia–. Tengo curiosidad por verlo.

–Bueno, no creo que vayas a ver mucho... No vamos a encender las luces –respondió su amigo–. Solo quiero asegurarme de que está todo en orden y no hay nadie rondando.

–Genial, pues yo voy con Aarón a las oficinas.

–Nos vemos aquí fuera en quince minutos. Si veis algo raro, os parece encontrar a alguien o veis alguna linterna encendida, escondeos.

Lluvia asintió con energía, divertida. Estaba acostumbrada a ver a su amigo serio, pero acababa de superar varios niveles.

–Vamos.

Se pusieron en marcha. Lucas abrió la puerta del edificio de las oficinas, desactivó la alarma y fue a salir hacia el establo cuando la voz de Lluvia lo hizo detenerse.

–¿Siempre habíais tenido la alarma instalada?

–Sí, ¿por qué?

–¿Se activó en las otras ocasiones?

Lucas la miró, sin decir nada.

–¿Por qué lo dices? –preguntó Olivia.

–Si la alarma no saltó, entonces podría ser porque o bien alguien entró cuando la granja estaba abierta durante el día, o bien porque quien preparó los piensos envenenados trabajaba aquí –contestó Lluvia, pensativa–. ¿No creéis?

–No me había parado a pensarlo...

–Mis padres vinieron corriendo porque dos de sus cuatro trabajadores, los que cubren el fin de semana, los llamaron –respondió Lucas, que se cruzó de brazos–. Eso fue la primera vez, en verano.

–¿Y qué pasó la segunda, en septiembre? –preguntó entonces Aarón.

–Entraron de noche, pero mis padres no mencionaron nada de la alarma.

Lluvia torció la boca, frunció el ceño y miró a su amigo con seriedad.

–Venga, vamos a ponernos en marcha –declaró finalmente, y dio una palmada al aire. Olivia dio un pequeño respingo, sobresaltada–. Sea un trabajador o no, si entra, tendrá que encender las luces o hacer algo de ruido; entonces, lo pillaremos desprevenido y...

–Relájate, tormentilla –rio Lucas al ver cómo su seriedad se había transformado en picaresca–.

Lo primero que tendremos que hacer será llamar a la policía.

–¡En marcha! –exclamó Aarón, y los cuatro se dispersaron.

Al principio, Lluvia y Aarón caminaron dudosos, pues se sentían unos verdaderos intrusos. Intentaban no tocar nada y, por algún extraño motivo, hacían un gran esfuerzo en no hacer ruido tampoco. Era un edificio pequeño que tenía dos plantas: una baja con las oficinas propiamente dichas y una segunda con los aseos, unos vestuarios y una pequeña cocina.

Cuando pasaron los quince minutos y salieron al exterior, se encontraron a Lucas y Olivia.

–Nada raro –dijo él–. Solo he visto los nuevos piensos que empezaron a comprar hace un par de meses y que aún no conocía.

–¿Y qué hacemos ahora? –preguntó Lluvia.

–Esperar un poco.

Y eso hicieron.

Pasaron al menos dos horas en el interior de las oficinas, con las luces apagadas. Lucas se atrincheró cerca de la ventana y no dejó de observar la entrada al recinto.

No pasó ningún coche, no se encendió ninguna linterna. No pasó absolutamente nada.

–Luke... Deberíamos irnos.

No respondió; siguió sentado en la misma posición, mirando a través de la ventana. Lluvia y Aarón intercambiaron unas miradas confusas y preocupadas, marcadas por unas ojeras que comenzaban a ser bastante visibles. Olivia dormitaba con la cabeza apoyada en un escritorio repleto de papeles y facturas.

–¿Pensabas que ibas a pillar a alguien una noche cualquiera? –preguntó Aarón–. Me extraña que no haya vuelto a pasar nada desde septiembre; han pasado cuatro meses.

–La semana que viene comienzan las inspecciones de sanidad y técnicas para evaluar las granjas. Pensaba que, si alguien tenía verdaderas intenciones de sabotear a mis padres, podría volver a hacerlo este fin de semana.

–Luke...

El aludido se dio la vuelta y se sorprendió al encontrarse a Olivia dormida. Bajó los hombros, abatido, y se pasó la mano por los ojos, en un gesto de cansancio que no pasó desapercibido a Lluvia ni a Aarón.

–Sí, será mejor que nos vayamos.

Lluvia le sonrió, aunque no pudo evitar que se le escapara un bostezo.

–Lo siento, chicos.

–¡Está bien! –replicó Lluvia–. Pero vámonos antes de que sea más tarde.

Aarón se acercó a Olivia, a la que despertó sin muchos miramientos. La chica dio un salto, sobresaltada, y se volvió en una y otra dirección, bastante confusa. Por poco se cayó de la silla, aunque no pudo evitar tirar varios papeles al suelo.

–Tío, no hagas eso –lo regañó Lucas mientras se agachaba a recogerlos.

–Perdona, pero es que su cara lo compensa todo. –Rió el otro, y señaló a Olivia.

–¡Eres horrible! –exclamó la aludida, somnolienta.

–Vamos, Luke. No pasa nada... Mañana podemos hablar del tema, si lo necesitas, ¿de acuerdo? –dijo Lluvia una vez que volvieron al camino principal.

Lucas, para variar, no dijo nada. Aunque agradeció las palabras de Lluvia, seguía meditando sobre las verdaderas posibilidades que tenían de que los malhechores, fueran quienes fueran, realmente hubieran planeado algo para ese fin de semana. Agradecía también la presencia de sus

amigos, pero, cuando miraba sus ojos de cansancio y la expresión adormilada de Olivia, le rondaba la idea de que su comportamiento había sido algo egoísta.

El trayecto de vuelta fue muy complicado. No solo para Lucas, que comenzaba a ser muy consciente del cansancio físico, emocional y mental de aquella noche, sino para todos. Hacía más frío que unas horas atrás y el viento les azotaba y arañaba las mejillas sin compasión. Apenas intercambiaron unas cuantas palabras hasta que llegaron a la casa de Lucas, que era la que se encontraba más a las afueras, cerca de la calle que conectaba con el camino que habían seguido hasta la granja. Allí se dispersaron; Aarón en una dirección, Lluvia y Olivia en otra. Lucas los observó marchar durante unos segundos, después suspiró, agotado, y entró en su casa tan silenciosamente como pudo.

Lluvia y Olivia se separaron en la plaza baja, donde la segunda se despidió entre bostezos, con los ojos prácticamente cerrados por el sueño. Lluvia le dedicó una sonrisa cariñosa, pero, en cuanto se volvió, se sintió un poco extraña, como si un escalofrío muy sutil le hubiera recorrido la espalda.

De pronto fue consciente de todo el cansancio que había acumulado aquel día.

–Espero no estar poniéndome mala...

Intentó alejar ese pensamiento y se dio prisa en llegar a su casa. Sabía que haría más ruido para abrir la vieja puerta del patio, ya que tenía la mala costumbre de crujir y chirriar de una forma poco sutil. Tenía que hacer sus mayores esfuerzos para moverla con cuidado. Para ello siempre apoyaba la mano que tenía libre en la hoja abatible, al tiempo que, con la otra, empujaba suavemente mientras terminaba de girar la llave en la cerradura. No obstante, debía tener cuidado de no abrir demasiado la puerta, solo lo justo para poder pasar rápidamente, volverse y cerrar con la misma cautela.

Cuando terminó la operación y entró en el patio, echó un pequeño vistazo al limonero; se sintió muy aliviada al ver que todo estaba en orden. Las cuerdas que había puesto en las vacaciones seguían anudadas y mantenían al árbol fuertemente sujeto. Sabía que, por lo menos hasta primavera, no debía quitarlas.

Había estado tan enfrascada en la puerta y el árbol que no se había percatado de un detalle que resaltaba en toda la imagen del patio: había una luz encendida dentro de la casa.

Se regañó mentalmente, porque eso suponía que, indudablemente, se habían dado cuenta de su ausencia. Intentó prepararse para el discurso que le caería nada más entrar.

–Solo espero que no hayan llamado a la policía... –susurró, más hablando con el limonero que consigo misma.

Aun y todo, abrió la puerta que conectaba con el interior de la casa con cuidado.

La luz parecía provenir del salón y, se dio cuenta, era solo de una lámpara de pie que tenían siempre al lado del sillón. Lo que no esperaba era encontrarse una sola figura sentada.

–¡Gracia! –exclamó–. Qué susto...

Su abuela levantó entonces la cabeza. Parecía que se había quedado dormida sin más, pero, cuando se acercó, Lluvia vio que pasaba algo más.

Gracia la miraba sin ver, totalmente encogida en su bata. Parpadeó confusa cuando pareció enfocar a su nieta, se levantó pesadamente y dio un par de pasos en su dirección antes de trastabillar.

Lluvia se apresuró y se puso a su altura. Tomó una de sus manos rápidamente al tiempo que agarraba su cuerpo con el otro brazo para evitar que cayera al suelo. Se asombró de encontrarla tan fría.

–Gracia, ¿estás bien? –Intentó disimular la preocupación en su voz, pero no las tenía todas consigo.

–Me he mareado un poco, solo eso –replicó su abuela, que se recompuso y se zafó de su abrazo–. ¿Se puede saber dónde andabas?

Lluvia parpadeó ante el repentino cambio que había sufrido. Gracia volvía a erguirse como siempre, aunque su rostro y sus ojeras denotaban el mismo cansancio que sentía ella misma. ¿Se había pasado la noche en vela, esperándola?

–Salí un rato...

–Si solo hubiera sido eso... –gruñó Gracia con la ferocidad que la caracterizaba–. Menos mal que tus padres no se han enterado.

Su nieta iba a replicar cuando la mujer comenzó a toser exageradamente.

–Gracia, ¿has salido fuera?

No respondió, pero tampoco hizo falta. Lluvia volvió a tomar sus manos, frías y ásperas, y rápidamente se quitó su abrigo y se lo puso por los hombros. Gracia intentó hablar, pero volvió a tener otro ataque de tos. Temblaba mucho, y su nieta comenzó a asustarse de verdad. La obligó a sentarse en el sillón, donde la había encontrado, y la envolvió con otra manta. Después, salió despedida a la cocina, le preparó rápidamente una infusión caliente y volvió corriendo al salón, a tiempo de ver cómo su abuela se desmayaba.



El aire gris de Febrero

Es curiosa la forma que tiene el tiempo de pasar ante los ojos de quien intenta atraparlo y comprenderlo. Cómo juega con su percepción y sus sentimientos, y diluye todo aquello que no quiere sacrificar y solo anestesia a quien lo sufre, hasta que llega el momento inevitable de asumir lo que sucede.

Las siguientes semanas se convirtieron en un torbellino del que Lluvia pensaba que no saldría. Gracia había sido diagnosticada con una bronquitis bastante grave que, unida a que la mujer no se encontraba en su mejor momento, no parecía vaticinar nada bueno.

La ingresaron en el hospital al día siguiente de su desmayo para hacerle unas cuantas pruebas. Sus padres se turnaron para ir a visitarla siempre que podían, e incluso su tío Adrián, al que apenas conocía, estuvo unos días en Valdesa. No fue una visita agradable para Lluvia, que mantenía la compostura a duras penas ante los comentarios hirientes que su tío le lanzaba desde el extremo opuesto de la habitación.

–Deja de mirar a tu abuela con esa cara. Deberías haberte preocupado antes por ella, deberías haber evitado que estuviera ahora así.

–Quizá deberías haberte preocupado tú de estar más cerca de tu madre –espetó Lluvia, intentando que ni su rostro ni su voz denotaran totalmente cómo se sentía.

Olalla entró en la habitación y Adrián no dijo nada, pero no volvió a dirigirle la palabra a su sobrina el resto de los días.

Ninguno de sus padres regañó a Lluvia por haberse escapado de noche, pero Olalla no pudo evitar enfadarse con su propia madre por haberse quedado horas esperando en el patio, de noche y en pleno invierno.

–Y lo peor de todo es que tenemos que agradecer que no cayera ninguna helada.

–Ay, cállate ya, Olalla. No me va a pasar nada –replicó Gracia en un gruñido.

–¿Y si te pasa algo?

–Pues me enterráis y me dejáis tranquila.

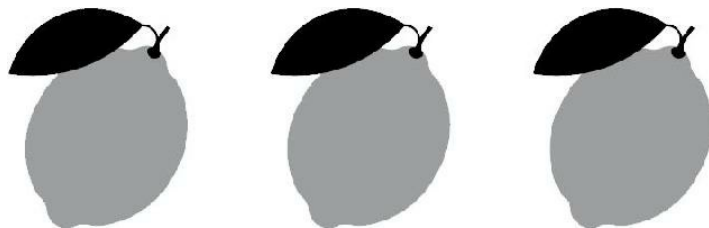
–¡Gracia!

–Oh, tú no, Isaac, te tenía por alguien más sensato y menos melodramático que mi hija. –La mujer puso los ojos en blanco. Lluvia sonrió un poco al ver a su padre azorado por la pequeña regañina de Gracia.

Esa noche, cuando los tres volvieron a casa, había pasado casi una semana desde el incidente. Estaban agotados, y habían pasado los días en una especie de modo de piloto automático. Lluvia recordaba las clases de forma difusa y confusa, como si no hubiera estado del todo en el aula con sus compañeros, así que empezaba a comprender que tendría que pedir ayuda a los demás para ponerse al día.

La presencia de Naranja, que corrió como un loco para hacerse una bola a su lado en cuanto se sentó en el sillón, fue suficiente para reconfortarla un poco. Y, arrullada por el calor de la casa, el murmullo de las voces de sus padres a lo lejos y el calor y la presencia cariñosa del animal fueron suficientes para que todo el peso de aquellos días cayera de golpe sobre ella. Sus párpados comenzaron a temblar y a cerrarse sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Lluvia se sumió pronto en un sueño inquieto, lleno de voces y sombras cambiantes, donde Gracia hablaba de monstruos, donde cientos de afiladas miradas se fijaban en ella mientras caía y caía en las profundidades de un lago infinito.



–¿Lluvia?

La aludida giró la cabeza como un resorte, y solo respondió al reconocer su propio nombre, pero totalmente desubicada y confusa. Parpadeó rápidamente y enfocó los oscuros y pequeños ojos de Lucas.

–Perdona, Luke. ¿Qué has dicho?

–¿Estás bien?

Lluvia miró detrás de él. Olivia la contemplaba desde su asiento en el autobús, con el ceño fruncido.

–Sí... ¿Qué os pasa?

–Estabas ausente.

–Pero eso no es raro en mí –rio Lluvia–. Anda, no me miréis así.

Lucas se cruzó de brazos sin dejar de mirarla.

–¿Qué?

–Llevas unos días... –comenzó él–. No sé, tienes mala cara.

–Estoy muy cansada, la verdad –suspiró Lluvia–. Siento preocuparos, chicos, pero no paramos en casa, y los trayectos al hospital son larguísimos.

–Espero que Gracia se recupere pronto –dijo Olivia–. Y avísanos si necesitas algo, ¿vale?

–Lo haré. –Lluvia sonrió–. Gracias.

No tardó mucho en adoptar su expresión de siempre, si bien las oscuras ojeras y los surcos bajo sus ojos seguían provocando cierta intranquilidad en Lucas. Incluso días después, cuando Gracia ya había vuelto a casa, esas marcas seguían siendo visibles en el rostro de Lluvia, aunque poco a poco fueron haciéndose más tenues. Era un hecho tan evidente que incluso Paula, a la que apenas se cruzaban en los trayectos al instituto, se había dado cuenta de ello.

Un día, Lluvia y Aarón entraban en el bar de la plaza media cuando vieron a Paula salir.

–¡Pau! –saludó ella mientras agitaba la mano con energía–. ¿Te tomas algo con nosotros?

–Hola, chicos –respondió Paula–. No puedo, gracias.

–¿Todo bien? –preguntó Lluvia.

–Lo mismo digo... ¿Qué tal está Gracia?

–Bien, por fin en casa. Le dieron el alta el jueves.

–Me alegro mucho, Lluvia. –Paula le respondió con calidez, Aarón chasqueó la lengua y se metió en el bar.

–No te preocupes por él, ya sabes cómo es. –Lluvia negó sonriendo al ver la expresión ligeramente abatida de Paula, que no perdió de vista a su amigo hasta que este entró en el local.

–Lo sé... –Volvio a mirarla, aunque evitó sus profundos ojos azules–. Cuídate, Lluvia, ¿vale? Te veo cansada, y eso es raro en ti.

–¡Descuida, Pau! –exclamó la aludida–. ¡No sabes con quién estás hablando! Un par de siestas, de esas en las que pierdes el conocimiento, y estaré como nueva. Ya verás.

–Eso espero. –Paula rio, se despidió con la mano y se alejó rápidamente a su casa.

Lluvia observó a su amiga alejarse durante unos segundos y entró en el bar.

Paula notó los ojos de Lluvia puestos en su espalda, pero no se volvió.

La echaba de menos, tanto o más que a los otros, Olivia incluida. Pero no era capaz de sentarse de nuevo con ellos en la misma mesa, hacer como si nada hubiera pasado y disfrutar de lo que solía hacer antes.

Se decía a sí misma que era bueno cambiar, tanto de aires y de compañías como por dentro. No obstante, no se daba cuenta de que, cuando volvía a casa, todo era exactamente igual que siempre. Intentaba no escuchar a su madre, ignoraba a su padre y se negaba a pensar en Carol cuando no estaba en casa. Como si no tuviera ninguna hermana o como si aquellas personas que paseaban por allí no fueran su familia.

Las losetas antiguas de aquella estancia vacía, robada de otro tiempo, habían perdido todo su color.

Sin embargo, se convencía a sí misma de que estaba bien y contenta. Le gustaba estar en compañía de Andrés, sus visitas a escondidas y los besos que le robaba en la oscuridad. Incluso habían dado un paso más allá.

Había sucedido esas pasadas vacaciones de Navidad, en las que, aprovechando que sus padres y Carol habían ido a ver a unos familiares, Andrés había pasado la tarde en la habitación de Paula. Solían hacerlo a menudo, incluso a veces cuando su familia estaba en casa, ya que, como esta era tan grande, podían esquivarlos con facilidad. O al menos disimular con cierta libertad.

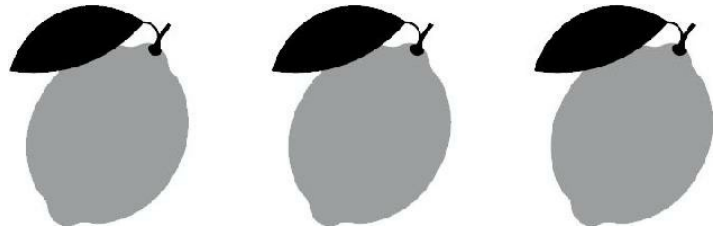
Aquella tarde se habían tumbado como siempre, hablaron de varias cosas, y pronto las caricias de Andrés se habían vuelto tan armónicas que habían sumido a Paula en un estado casi hipnótico. Eran suaves y delicadas, y poco a poco fueron ampliando su rango. Se extendieron por todos sus brazos, sus caderas, su rostro. Paula volvió la cabeza hacia él, a lo que el chico respondió con un profundo beso. Y las caricias se extendieron por todo su cuerpo.

Nadie le quitaría a Paula la sensación que la había perseguido después, la de creer que había roto con algo que arrastraba como un lastre. Algo que nada tenía que ver con la virginidad o con las expectativas que los demás habían empezado a depositar sobre ella hacía muchos años. Era como si estuviera deshaciéndose de las imposiciones y las responsabilidades que no había pedido, y que todos habían cargado a sus espaldas continuamente. Los mismos que nunca se pararon a preguntarle si era suficiente, si podía seguir soportándolas.

Si tenía algún tipo de opinión sobre su propia vida.

Por eso, en aquel instante, sintió que había roto con todo ello. Que, por una vez, había tomado una decisión y la había ejecutado por y para ella.

Fue esa sensación la que la embargó durante los días siguientes y la envolvió en un abrazo de irrealidad que maquillaba todo lo que no quería reconocer, por mucho que le empezara a estallar justo delante de la cara.



–¡Gracia!

–Ay, ¿quieres dejarme respirar y moverme con libertad?

–Mamá, solo se preocupa por ti.

–Me tenéis las dos...

Gracia se levantó refunfuñando y empezó a subir la escalera. Lluvia la observó consternada e intentó no pensar en lo que le costaba levantar cada pie para salvar el siguiente escalón, en lo pequeña que parecía haberse quedado desde su regreso del hospital.

–Cariño, ¿por qué no sales un poco? –La voz de Olalla sobresaltó a Lluvia, que se volvió hacia su madre rápidamente–. No puedes pasarte el día encerrada en casa preocupada por tu abuela.

–Salgo como siempre, mamá. Es que hace mucho frío.

–Lluvia.

–¿Qué?

Olalla la observó fijamente, con la ceja izquierda levantada. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta despeinada y su flequillo bien modulado estaba algo más desordenado que de costumbre.

–No me engañas. Llama a Paula y sal un rato.

Lluvia puso los ojos en blanco y subió los peldaños de dos en dos y corrió hasta la biblioteca. Naranja la seguía de cerca, sus orejas se agitaban con cada zancada y movía la colita con alegría. Lluvia lo miró con cariño cuando se detuvo delante del cuarto. Tembló cuando un aire gélido le dio la bienvenida en cuanto abrió la puerta, que cerró rápidamente antes de encender la luz. Esta daba a la estancia un suave color amarillento que, unido al polvo que empezaba a acumularse en las baldas de madera y el olor a papel, le otorgaban la apariencia de una vieja postal.

Los libros se acumulaban de cualquier manera y algunos tenían las palabras del lomo gastadas. Sin embargo, Lluvia sabía dónde encontrar el que buscaba. Lo agarró y lo cambió de sitio, y se aseguró de dejarlo cerca de la ventana. Aprovechó para mirar a través de ella. El campo estaba inundado de silencio y quietud, una calma extraña que la animaba a salir, a pesar del frío, como si en compañía de ese cielo de invierno pudiera encontrar algún tipo de respuesta que necesitaba.

–Creo que voy a salir un rato –dijo, y se volvió hacia Naranja. Este ladeó la cabeza, interrogante. Lluvia se fijó dónde se había sentado–. Si mi abuelo te viera sentado en esa silla...

Rio, y Naranja ladró.

–¿Vas a ver a Paula?

Olalla sonreía, agradecida del cambio de actitud que se reflejaba en el rostro de su hija, que parecía muy decidida mientras se calzaba una de sus botas más cómodas. Lluvia sonrió como respuesta, enseñó sus paletas separadas y subió la cremallera de su abrigo hasta arriba. Se puso un gorro de lana y salió. Naranja fue detrás de ella, pero la chica cerró la puerta antes de que pudiera seguirla. Despidió a Olalla, que se había asomado a la ventana del salón, y abrió el pesado cerrojo de hierro que aseguraba la puerta de la calle.

No, no iba a ver a Paula. Ni a nadie.

Era algo que hacía a menudo y que nadie comprendía. No sabía por qué, pero caminar por las calles de Valdesa, a veces incluso alejarse un poco por los caminos que salían al campo, pero que permanecían cercanos al pueblo, la llenaban de una paz que no podía describir.

Le gustaba el campo, especialmente por los cambios que sus colores sufrían con cada estación, pero también por el olor que lo caracterizaba y la consistencia del aire que cosquilleaba sus mejillas.

A veces, cuando Olivia o alguno de sus amigos iban a buscarla a casa, no la encontraban. Se preguntaban siempre dónde estaría o qué haría.

–Fluyendo por ahí –decía Gracia, de forma enigmática, cada vez que preguntaban.

Ese día, Lluvia pensó mucho en Paula, en dónde estaría o qué estaría haciendo, mientras se alejaba por el camino que había seguido hacía unos días por la noche, cuando visitaron la granja de Lucas.

Y Paula pensaba en ella en ese mismo momento. Sentada en un banco de la plaza alta, con las manos en los bolsillos y la cara escondida tras una gruesa bufanda de lana. Se había recogido los rizos oscuros en una coleta alta, despeinada, con un elástico de tela en tonos rosas a juego con el jersey que llevaba, que, lo sabía, Andrés no vería.

Habían quedado hacía más de una hora, y solo se había quedado sentada ahí por cabezonería. No podía ir a buscarlo a su casa por dos motivos muy importantes. El primero era que no tenía valor de ver a Olivia, aunque no pudiera evitar cruzarse con ella en el instituto, en el autobús o en el pueblo. Pero intentaba evitar la mayor cantidad de encuentros posibles, y por ello cogía el autobús siguiente al que se subían sus amigos al salir de clase. Aunque tuviera que esperar media hora o cuarenta y cinco minutos.

Y el segundo motivo era que Andrés se enfadaba si iba a buscarlo.

No sabía por qué, pero respetaba sus sentimientos. Porque se trataba de eso. De aceptar al otro, aunque no entendiera lo que sentía o pensaba.

Aunque cortara más que el frío de principios de febrero.

Andrés había vuelto a Valdesa todos los fines de semana desde las vacaciones, pero no se habían vuelto a ver. Habían hablado mucho por teléfono. Durante horas, a oscuras, de madrugada, a mediodía. Rodeada de las paredes de las habitaciones vacías de una casa demasiado grande y vieja.

–Lo siento, nena, estaba estudiando y se me fue la hora.

Algo así le diría después, cuando llamara para preguntarle qué había pasado. Como las veces anteriores.

Paula suspiró, movió los hombros para desentumecerse y se levantó. Sus articulaciones se quejaron por el frío y por haber estado en la misma posición tanto rato.

Las ignoró mientras se preguntaba por qué no estaba con Lluvia y los demás en aquel momento, y lentamente comenzó a bajar la calle, esperando, quizá, encontrarse con alguno de ellos por casualidad.

Pero Olivia y Aarón estaban en sus casas, Lluvia seguía caminando sin rumbo y Lucas se encontraba refugiado en su taller.

Había dejado los arreglos de la moto un poco aparcados desde las vacaciones. El ritmo de las clases, la cantidad de trabajo que les mandaban y el frío lo habían disuadido de escaparse más de una vez.

Aquella tarde de sábado el cielo se había tornado plomizo. Las temperaturas habían descendido

varios grados, pero no hacía viento y se podía estar en la calle. Necesitaba salir de casa y concentrarse en algo que no fuera un libro de texto, así que había decidido dejarse de excusas.

Quería tenerlo todo listo antes de que acabara el curso y darle así una sorpresa a Lluvia. No le quedaban muchos arreglos ni piezas que montar, pero sabía que llevaba un retraso considerable y tendría que volver a dedicarle muchas horas para ajustarse al calendario que se había autoimpuesto. De manera que, al llegar al taller, se había puesto manos a la obra enseguida, en silencio, sin permitirse pensar en nada más, y las horas habían volado de nuevo.

Comenzaba a anochecer. Se dio cuenta porque apenas podía ver lo que hacía. Se iba a levantar a encender la luz para seguir un rato más cuando escuchó unas voces que se acercaban.

–Vamos, tíos. Tenemos que darnos prisa.

–¿Por qué siempre tenemos que hacer esto de noche?

–Técnicamente, es por la tarde aún.

–Cállate.

–No lo voy a explicar más. Ahora, callaos, que al final nos pillarán.

El grupo se había acercado lo suficiente, hasta que Lucas pudo ver varias figuras andar rápidamente por la calle. Como el taller se encontraba en uno de los corrales que estaban a las afueras del pueblo, al chico le llamó la atención que el grupo se dirigiera precisamente hacia el campo. Y sus palabras...

Dio un respingo, como si reaccionara de pronto, y se asomó un poco. Efectivamente, el grupo seguía la calle hacia el exterior de Valdesa, donde pronto se convertiría en un camino de arena más. Estaban encendiendo sus linternas cuando los reconoció con mayor claridad.

Eran Andrés y sus amigos.

Lucas esperó unos minutos, se repuso un poco y salió deprisa del taller. Corrió en la misma dirección que habían seguido los chicos, pero se detuvo enseguida.

Los vio a lo lejos, justo antes de que el camino se perdiera ladera abajo. Andrés iba el primero, y sus dos amigos detrás, se daban golpes y empujones amistosos. Llevaban las linternas encendidas, y Lucas se dio cuenta entonces de lo tarde que se había hecho. Él no tenía ninguna a mano; de hecho, debía volver a casa a por una. Si daba media vuelta, perdería unos minutos valiosos: el camino se bifurcaba varias veces, se separaba y se distribuía entre los campos, así que, si no los seguía ya, no sabría hacia dónde se estaban dirigiendo. Podrían estar yendo en dirección a las granjas o hacia el lago, o incluso hacia El Puente, el pueblo de al lado.

Lucas suspiró, resignado, volvió al taller, cerró apresuradamente y regresó a su casa.

–Lluvia, necesito que vengas, rápido.

Y Lluvia, Aarón y Olivia llegaron a casa de Lucas quince minutos más tarde. Este les dio las linternas, salió apresuradamente y por poco tropezó con Naranja.

–¿Qué hace aquí? –preguntó, incrédulo.

–No he podido dejarlo en casa. –Lluvia rio y se encogió de hombros—. ¡Va a hacer de perro policía!

Olivia rio y se agachó a acariciar al animal, que la recibió con alegría.

–No podemos pararnos. Vamos.

–¡Relájate, tío! –exclamó Aarón, que frunció el ceño al constatar que Lucas no le había hecho el más mínimo caso.

Todos lo siguieron hasta el camino que habían tomado Andrés y los demás.

–Pero, Luke, este no es el camino a la granja.

–No es tan directo, pero también nos llevará.

–¿Estás seguro? –preguntó Oliva.

–Sí, de verdad.

–¿Y de verdad que has visto a Andrés?

Lucas ignoró la pregunta y siguió caminando.

–Siento arrastraros de nuevo a la granja a estas horas... Si queréis volver, estáis a tiempo.

Todos callaron y lo siguieron por los caminos serpenteantes. Eran mucho más irregulares que el que habían seguido hacía unas semanas y, además, estaban llenos de piedras de gran tamaño y eran mucho más estrechos. Se abrían paso entre la dehesa más rocosa, cruzando terrenos irregulares y sin cultivar o sin ningún tipo de construcción.

–Luke, ¿y si nos perdemos? Hay más cruces, y es más peligroso ir por aquí.

–Lluvia tiene razón. Como nos descuidemos, nos podemos pegar una buena.

–Es que han ido por aquí. Quizá no conocen el acceso que os enseñé la otra vez. Y puede que nos los encontremos antes de llegar.

–¿Y si no van a la granja? –preguntó Oliva.

–Da igual, nosotros llegaremos allí. Si los pillamos, se llevarán una sorpresa. Y si no van a la granja... Pues será porque no tienen nada que ver con lo que ha pasado –suspiró Lucas.

Lluvia se puso a su lado, tocó suavemente su brazo y le sonrió.



Un camino de baldosas sin color

Cuando llegaron a la granja de Lucas, todo estaba en silencio y completamente a oscuras. Hicieron prácticamente lo mismo que la vez anterior y rápidamente se cercioraron de que, efectivamente, nadie había entrado en la finca. Naranja no se atrevió a entrar en el establo; se quedó en la puerta, mirando alternativamente a Lluvia y a las siluetas oscuras del ganado, que le daban un aspecto bastante inquietante al lugar.

Aunque Lucas no lo pidió, ninguno se quejó y aguantaron un buen rato sentados en las oficinas a oscuras.

–Vámonos.

La voz de su amigo los sobresaltó. Lluvia fue la primera en reaccionar; saltó del escritorio donde había estado sentada, con las piernas cruzadas.

–Quédate con lo bueno: no han sido Andrés y sus compinches.

–Qué consuelo.

–Lluvia tiene razón –dijo Aarón–. Imagina qué movida habría sido si resultaba que eran ellos.

–Es cierto. En realidad –susurró Olivia–, ¿qué habríamos hecho si hubiéramos pillado a alguien? A Andrés o a quien fuera.

–Habríamos tenido que llamar a la policía.

–¿Y luego? –insistió Aarón.

Lucas no dijo nada, se abrochó el abrigo y abrió la puerta. Una gélida brisa llenó la estancia y todos se pusieron en marcha.

Olivia miró su reloj; apenas eran las nueve de la noche, pero parecía que habían pasado media eternidad en el campo y otra media en la granja. Lucas volvió a pasarse todo el trayecto de vuelta en silencio, y daba igual las palabras de ánimo, los gestos cariñosos y la ligereza con la que hablaban de lo ocurrido. Al llegar al Valdesa, los cuatro se dispersaron después de una corta despedida.

Lluvia caminaba sola por la calle que bajaba hasta la plaza media. Normalmente, tomaba el camino más directo y llegaba directamente a la plaza, pero aquella noche decidió desviarse ligeramente. Cuando llevaba la mitad del tramo, tomó una de las callejuelas que desembocaban en la que se encontraba. Giró de forma un tanto brusca, y Naranja, de la sorpresa, tropezó con ella y la miró confundido.

–Vamos a tomar un atajo. –Lluvia sonrió.

El perro no había entendido ni una palabra, pero la voz y el rostro de la muchacha fueron suficientes para que echara a correr detrás de ella, sin cuestionar por dónde lo llevaba. En realidad, volverían al mismo punto, a la plaza, pero Lluvia quería pasar antes por otro lugar.

La fachada de piedra se erguía imponente en la calle estrecha. Aunque la casa había sido remodelada en varias ocasiones, seguía manteniendo la estructura y muchos de los elementos

originales, como las verjas de hierro forjado que protegían las ventanas. Siempre le había dado miedo la casa de Paula: era antigua y parecía ocultar mil secretos. Todo el mundo alababa y envidiaba la casa de los Espinosa, porque apenas podían ver o conocer más allá de sus muros, o como mucho de su patio, también de piedra, lleno de macetas, flores y hasta con un pozo sellado hacía décadas. Admiraban la casa sin conocer lo que había dentro, y a Lluvia eso se le antojaba demasiado superficial, porque precisamente ella era consciente de todo el valor que estaba contenido en esas paredes.

Se decía que era un poco como aquella casa, que cualquiera que la viera se quedaba con la imagen de esa fachada, que, aunque real, no representaba todo lo que guardaba en su interior. Y muy pocos eran los que se molestaban en hacerlo realmente.

Lo que esa casa escondía de valor era a Paula y sus sentimientos. Lluvia quería entrar a ver a su amiga, pero se detuvo en el portón de madera de la entrada, incapaz de pulsar el timbre.

—Creo que es un poco tarde para hacer una visita un sábado. Pero vendré otro día. Pronto.

Su susurro se perdió en la oscuridad y, cuando se agachó para acariciar a Naranja, se sorprendió al encontrarse completamente sola en la calle. Miró alrededor, pues esperaba verlo moviéndose por ahí o tumbado al otro lado de sus pies, pero no estaba. Se alarmó, dio vueltas sobre sí misma y rehízo sus pasos. Quizá se hubiera entretenido con algún gato callejero, a los que le encantaba perseguir y molestar.

—¡Naranja! —exclamó, y esperó que el animal apareciera corriendo.

Nada.

Insistió, llamó y gritó, aunque no demasiado alto porque se había hecho tarde y no quería molestar a los vecinos. Aun así, hubo alguna que otra persona que se asomó a la puerta o a la ventana y le gritó algunas groserías que se convirtieron en miradas hirientes en cuanto se dieron cuenta de que era Lluvia.

Confusa y sin saber qué otra cosa hacer, después de haber recorrido casi todo el trayecto de vuelta al punto donde se había separado de sus amigos, que era el último lugar donde recordaba haber visto a Naranja, rehízo sus pasos y regresó a casa.

Cuando volvió a pasar por delante de la fachada de casa de Paula, echó una rápida mirada hacia la planta superior, donde una tenue luz iluminaba una de las ventanas. Se imaginó a Paula tendida en la cama, leyendo o hablando por teléfono con Andrés. Esperaba que estuviera bien.

Se alejó poco a poco, directa hacia la plaza media, y de ahí tomó la calle que la llevaría hasta la iglesia y la plaza baja.

Aquella noche no durmió demasiado bien.

Además de la preocupación que tenía por Lucas y lo sucedido con la granja, la inquietud de qué estaba tramando Andrés y la falta de noticias de Paula, tuvo varios sueños que la inquietaron. Sueños en los que aparecía Valdesa como decorado, una lluvia de estrellas en un cielo despejado de verano y la superficie brillante del lago. Sueños en los que escuchaba algunos ladridos de fondo.

Al día siguiente, Lluvia se levantó con una sensación extraña. Una especie de debilidad que le resultaba completamente ajena, con la que era incapaz de identificarse. Decidió, no obstante, no prestarle más atención. Si había algo que tenía claro era que, cuanto más atención e importancia se les otorgaban a esos pensamientos que aparecían de repente, más se perdía a ella misma.

Así que se vistió como de costumbre, sin detenerse a comprobar que los vaqueros que se había puesto quedaran bien con el jersey que había escogido. Se peinó rápidamente frente al espejo y bajó corriendo la escalera.

–¿Habéis visto a Naranja?

–No, cariño, creía que estaba arriba contigo –dijo Isaac.

Lluvia les contó lo sucedido, y esperó no preocuparlos demasiado.

–Bueno, vamos a esperar a ver si vuelve solo –dijo Olalla.

–Seguramente se entretuviera con algún gato.

–¿Y si se ha perdido realmente?

–El pueblo es pequeño –respondió Gracia–. No le costará encontrar el camino de vuelta.

Poco convencida, Lluvia dio un beso rápido a sus padres y se acercó a su abuela. Se le encogió un poco el corazón al verla con la mirada algo ausente, sus manos se movían despacio. Desplazaban la aguja a través de la tela una y otra vez, con un ritmo hipnótico, pero más alentado por la inercia.

–Gracia. –La voz de Lluvia pareció despertar a la mujer, que levantó la cabeza pesadamente–. Vuelvo en un rato.

–Cómo vas a salir con este frío, cariño.

–¡No es para tanto! Y, mira, tengo el gorro que me hiciste, no pasaré nada de frío.

Gracia sonrió, y por un momento todas las arrugas desaparecieron de su rostro. Su nieta le dio un sonoro beso en la mejilla.

–¡Estás guapísima, Gracia!

–Anda, anda.

–Vuelvo enseguida.

Antes de salir al pasillo, Lluvia se volvió de nuevo hacia la mujer. El brillo de sus ojos la llenó de una inmensa calidez, que la acompañó todo el camino hasta la casa de Olivia, con la que había quedado. Cuando giró la esquina que daba a su calle se paró en seco; un par de coches de policía se encontraban estacionados justo delante de la casa de su amiga. Lluvia se aproximó despacio y se quedó a escasos metros de la casa. No tenía muy claro que fuera buena idea llamar al timbre. Varios vecinos habían salido y hablaban en corrillos en las puertas. Algunos, incluso, se habían asomado a las ventanas y observaban la escena con regocijo, enormemente divertidos.

Las voces de todos los vecinos llegaban hasta ella, algunas confusas y desordenadas, pero todas con un cierto matiz al que estaba muy acostumbrada.

–Quién se lo iba a imaginar.

–Esta familia siempre ha estado un poco desequilibrada, y con esos hijos...

–Pero qué dices, si son muy educados.

–Cierto, especialmente la dulce Olivia.

–Sí, pues mira cómo ha salido.

–Que no ha sido la muchacha, sino el chico. ¡Con lo bueno que era!

–Si es un prepotente y un engreído, qué va a ser bueno.

Lluvia mantuvo la espalda erguida. Aunque no faltó alguna mirada que se detuviera en ella o algún comentario que la atacara, sentía las palabras de todos ellos volar a su alrededor, hirientes y cortantes. Y precisamente porque no buscaban a Lluvia resultaban casi más desconcertantes. No tenían derecho a hablar sobre Olivia o su familia.

Metió las manos en los bolsillos, absorta en sus pensamientos. Finalmente, decidió que debía irse de allí y que ya llamaría a Olivia más tarde.

–¡Lluvia!

La aludida se dio la vuelta y se encontró con Aarón, que llegaba acalorado desde el otro lado de la calle. Ella lo saludó con la mano, ante la atenta mirada de los vecinos, que continuaban en la

calle a pesar del frío.

–¿Sabes qué ha pasado? –preguntó Aarón en cuanto se hubo acercado un poco–. Ha venido mi tía a casa a contarnos que estaba aquí la policía.

–No tenía ni idea. Había quedado con Olivia esta mañana y me he encontrado esto.

–¿Crees que...? –Aarón pareció darse cuenta entonces de que había más oídos atentos a su conversación. Agarró a Lluvia por el codo suavemente y ambos se alejaron. Cuando giraron la calle y tomaron cierta distancia, Aarón siguió hablando en susurros–. ¿Crees que tiene que ver con Andrés?

–¿Por qué iba a ser Andrés?

–Recuerdas que ayer Lucas nos dijo que lo vio irse al campo, ¿verdad? –Lluvia asintió–. ¿Y si realmente ha hecho algo?

–Pero no estaba en la granja. –La chica frunció el ceño.

–Cierto. ¿Y si se trata de otra cosa?

–¿Sabes algo más?

Aarón miró hacia atrás, hacia la calle de Olivia. Después se volvió hacia Lluvia.

–No, pero mi tía nos ha contado que se trata de algo ilegal. No tiene que ver solo con Andrés, sino también con sus amigos, los que vio Lucas.

–Así que, sea lo que sea, no se trata de una tontería –convino Lluvia.

–Exacto –asintió Aarón–. Mira que me da igual lo que haga ese capullo, pero Olivia...

–Pero ahora no deberíamos molestarla.

–Mejor que no. ¿Te parece que quedemos esta tarde en el bar?

Lluvia asintió. Se despidió de Aarón algo pensativa, sin parar de dar vueltas a lo que estaba sucediendo y a la extraña sensación de debilidad que la acompañaría todo el día. Esperó pacientemente la llegada de la tarde y salió de nuevo rápidamente, preocupada como estaba por Olivia.

Los rumores no habían tardado en expandirse por toda Valdesa, por supuesto, y hasta sus padres, que no habían salido de casa, se habían enterado de que la policía había estado por el pueblo, y que había devuelto a un grupo de adolescentes a sus respectivos hogares. En cuanto supieron que uno de ellos había sido el hermano de Olivia, preguntaron a su hija alarmados.

Así pues, no quedaba ni un solo valdeseño sin haber dado su opinión al respecto. Todos elucubraban teorías, desde problemas con las drogas a robos, pero sin tener muy claro de dónde salían esas acusaciones, para las que no tenían más justificación que los prejuicios.

Por eso, cuando Lluvia entró en el bar aquella tarde, no le sorprendió ver que las miradas de los presentes se revolvían medio incómodas y prestaban más atención a Olivia de lo que esta era capaz de asimilar. Lluvia se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Olivia se dejó hacer y suspiró aliviada y reconfortada con el contacto de su amiga.

–No sé cómo lo haces –dijo muy bajito cuando se separaron.

–¿Cómo hago qué? ¿Vestirme así de mal? –rio Lluvia.

–¡No! –respondió Olivia con una sonrisa–. No sé cómo haces para aguantar las miradas de todos.

–Oh, eso. Lo mejor es sonreír y pasar. –Y para demostrarlo, Lluvia le regaló la sonrisa más radiante del día.

–Oye, me tenéis aquí olvidado –replicó Aarón.

–Ah, ¿estabas ahí? –respondió Lucas, sentado a su lado.

Las chicas rieron. A decir verdad, Lluvia no se había fijado en ellos. Al entrar y ver el rostro

de Olivia, triste e intimidado, había dejado de prestar atención a los demás.

En cuanto los cuatro estuvieron sentados con sus cafés sobre la mesa, Olivia comenzó a relatar lo sucedido. Como imaginaban, Andrés y sus amigos habían estado toda la noche fuera. Habían salido al campo, pero no para sabotear ninguna granja, como Lucas había supuesto al verlos, sino que habían ido a El Puente.

—¿Y qué se les ha perdido allí? —preguntó Aarón.

—Eso es lo que no terminamos de entender —respondió Olivia—. Al parecer, se metieron en alguna propiedad privada, llamaron a la policía y se han pasado toda la noche en el calabozo.

—¿En una propiedad privada? ¿Para qué? —Lucas frunció el ceño, perplejo.

—Estaban convencidos de que no había nadie.

—Eso no justifica que puedan hacer lo que quieran —replicó Lluvia.

—Por supuesto que no. El caso es que habían entrado sin querer a través de unos pasadizos que habían encontrado cerca del río.

—¿Unos pasadizos?

—Dejad que termine de contarle, por favor —dijo Lucas.

—Gracias —Olivia sonrió—. Sí. Resulta, por si no lo sabéis, que El Puente es un pueblo lleno de pasadizos subterráneos. Nadie sabe muy bien por qué, pero unen muchas casas y parcelas. La mayor parte, al parecer, llevan sellados muchísimo tiempo, tal vez incluso cientos de años, pero hay otros que no, y se siguen comunicando a través de trampillas y pozos.

—No tenía ni idea, pero da un poco de miedo, ¿no? —dijo Aarón.

—¿Por qué tendría que dar miedo?

—No sé, pensadlo: estáis tan tranquilos en el patio de vuestra casa y de repente aparece alguien asomando por una trampilla que nunca se abre, solo porque se ha metido en los pasadizos y ha llegado ahí de casualidad. —El chico se movió incómodo, como si le hubiera dado un escalofrío—. Qué mal rollo.

—Entonces, ¿qué hicieron? ¿Se metieron en los pasadizos así sin más? —preguntó Lluvia.

—Dijeron que sí, que solo tenían curiosidad y no sabían qué estaban haciendo o adónde llevaban —respondió Olivia.

—¿Y te lo crees? —preguntó Aarón.

—No, la verdad. Creo que sabían exactamente adónde iban y a qué, pero Andrés no nos va a contar nada.

Lucas se mantuvo callado en todo momento. Lluvia lo miraba de vez en cuando, pensativa, pero no le dijo nada.

—Lo importante es que les han dado una pequeña lección. —Lluvia sonrió con satisfacción—. Y bien merecida.

—¡Cierto! —exclamó Aarón al tiempo que Olivia asentía y Lucas sonreía en respuesta.

Cuando acabaron sus cafés, se abrigaron y salieron de nuevo a la calle, decidieron acompañar a Olivia a casa. Le había sentado muy bien salir y despejarse, y con el paso de las horas había ido relajándose, ayudada por las risas de sus amigos. Pero esa sensación no le duró mucho, ya que, cuando llegaron a su calle, al torcer la esquina, escucharon unas voces muy conocidas.

Había dos figuras en la puerta de su casa que hablaban entre susurros poco silenciosos, de los que les llegaron algunas palabras inconexas y sin mucho sentido. Fue precisamente un gesto brusco de Andrés, que se apartó rápidamente de Paula, el que los puso en alerta.

—Déjame ya en paz.

—Pero, Andrés...

–Eres una pesada, ¿sabes? Me tienes hartos.

–Estaba preocupada, no sabía nada de ti. No sabía que fuerais a hacerlo anoche...

–¿Quieres callarte? Al final te van a escuchar. –Andrés la agarró por el brazo, lo que la sobresaltó.

–Eh, déjala en paz. –Lluvia se acercó, enfadada.

–Bueno, los que faltaban –espetó Andrés, que miró a la chica y después a Olivia. Esta no dijo nada, pero no perdió de vista ni un detalle de cómo su hermano soltó a Paula–. Lo siento, Paula.

La aludida se separó de él, evitó mirar a sus amigos y se quedó quieta, sin saber si darse la vuelta e irse en sentido contrario, por donde habían llegado. La escena la había incomodado demasiado. Observó por el raballo del ojo cómo Andrés se revolvía y entraba de nuevo en la casa, iracundo, mientras los demás se acercaron.

Paula no dijo nada, pero no podía quitarse la sensación de que sus amigos habían presenciado algo demasiado íntimo y doloroso, para lo que no podía dar ninguna explicación y, sin embargo, sabía que fallaba en algún punto.

–Está fatal... –dijo Olivia–. No sé qué es exactamente lo que le sucede, pero se está pasando de la raya.

–Lo que le pasa es que es un imbécil integral, ya lo hemos hablado otras veces –replicó Aarón, que miró fijamente a Paula.

Aunque no había hecho nada, Aarón se había acercado lo suficiente a su amiga, en un gesto de alerta. La chica sentía las miradas de los demás también puestas sobre ella.

–Pau, te acompañamos a casa.

Lluvia habló despacio, susurrando mientras se acercaba a su amiga. Esta se apartó un poco y miró hacia otro lado. Lucas se estremeció al ver su reacción y se fijó en cómo Lluvia trataba, con todas sus fuerzas, de que no se notara lo herida que se había sentido con ese pequeño gesto. Más aún cuando Paula se alejó sin decir nada y desapareció al girar la esquina.

–Déjala –dijo Aarón.

–No puedo dejarla –replicó Lluvia.

–No, me refiero a que la dejes estar sola. Creo que necesita darse cuenta y asimilar bastantes cosas.

Lluvia no respondió. Se quedó mirando en la dirección por donde había desaparecido su amiga con la vista algo desenfocada y una expresión ligeramente abatida, tan irreal y extraña en ella que los demás parecieron perder la capacidad de hablar durante un rato. Lucas fue el primero en salir de aquel estupor, asintió como respondiendo al comentario de Aarón y se acercó a Lluvia. Se colocó a su lado sin decir ni una palabra y, al ver que la chica no hacía ningún gesto, le dio un toquecito en la nariz. Lluvia parpadeó confusa y lo miró. Los ojos castaños de Lucas estaban fijos en los suyos con una brillante determinación. Se obligó a airear sus pensamientos y sonrió.

–Tenéis razón. Ya hablaremos con ella más adelante, cuando esté más tranquila.

–Sabía decisión –asintió Aarón–. Y la segunda sabia decisión va a ser la de volvernos a nuestras casas; hace un frío que pela.

–No sé si me apetece entrar... –suspiró Olivia mientras miraba hacia su puerta.

–Ánimo, Oli, sea lo que sea va a estar bien. –Lluvia se acercó y la abrazó por los hombros.

–Gracias, chicos, eso espero.

–Cualquier cosa que necesites, nos dices, ¿vale? –se ofreció Lucas.

Olivia asintió, reconfortada, y, después de unos segundos, se despidió y entró, y cerró la puerta exterior con llave.

Y, a pesar de que algunas cosas se hubieran aclarado, la sensación de debilidad e intranquilidad no abandonó a Lluvia en toda la semana. Una incomodidad que se acentuaba cuando veía a Paula, más seria de lo normal, mirando sin ver a través de todos ellos y dejando pasar los días como si estuviera conectada en algún tipo de modo automático.

Sus amigos tampoco ignoraban lo que sucedía, aunque nunca mencionaban nada. ¿Para qué? Si cada vez que Lluvia se acercaba a Paula, esta la rehuía.

Paula no soportaba cruzarse con ellos en los pasillos o se pasaba el camino de vuelta a Valdesa nerviosa si no le quedaba más remedio que sentarse cerca en el autobús.

No había hablado con nadie, ni siquiera con Carol, que llamaba todas las semanas y con la que apenas era capaz de mantener una conversación escueta y demasiado breve. Sus padres estaban completamente descartados, por supuesto, ya que se encontraban tan sumidos en sus propias burbujas que a menudo parecían olvidarse de su hija pequeña. Solo la recordaban en los momentos más críticos o cuando había algo por lo que quejarse o discutir. Paula había aprendido a desconectar en esos instantes, a asentir de forma automática ante los reproches y comentarios de sus padres para después salir de la habitación y desaparecer. Como nunca iban detrás ni le preguntaban qué le sucedía, entendía que o bien no se daban cuenta o bien no les importaba lo más mínimo.

Tampoco sentía que pudiera hablar con sus amigos; había cortado todos los lazos con ellos y, cuando parecían mirarla, lo hacían con indiferencia o resquemor. ¿Para qué iba a molestarse?

La única persona que decía que le importaba era Andrés. El mismo que unas veces le respondía al teléfono con palabras demasiado empalagosas y otras de una forma tan cortante que a veces dudaba de que hubiera una verdadera persona al otro lado de la línea.

–Hola, nena.

–¡Hola! ¿Qué tal todo?

–Bien, como siempre.

–¿Ya has acabado esas prácticas que tenías? –preguntó Paula, que intentó que la emoción llegara a su voz.

–Sí, ayer mismo.

–¡Qué bien! Estarás mucho más relajado ahora...

–Claro, nena. Pero tengo un problema. –La voz de Andrés se volvió algo más grave.

–¿Qué ha pasado? –Paula se sentó despacio. Sabía qué venía después.

–Este fin de semana tampoco voy a poder ir al pueblo.

Ahí estaba. Lo que ya era normal en todas sus conversaciones, lo que siempre provocaba que Paula colgara el teléfono frustrada. En esa ocasión, un silencio más prolongado siguió a las palabras de Andrés, como si este esperara que le replicara de algún modo. Sin embargo, la única respuesta que consiguió fue un denso silencio.

–Nos han puesto unos trabajos que debemos entregar la semana que viene, y debemos prepararnos una ponencia... Así que voy a estar todo el fin de semana estudiando. –Andrés volvió a callar-. Lo siento, nena.

–No importa.

–Pero recuerda que te quiero mucho, ¿vale?

–Sí. Yo también.

–Bueno, preciosa, te dejo, ¿vale?

Y, sin darle tiempo a responder, Andrés colgó el aparato.

Paula se quedó un rato en la misma posición, con el auricular aún pegado a su oreja, mientras el

rítmico sonido que indicaba que la comunicación se había cortado seguía sonando, para después dejar paso a un ligero ruido de fondo. Unos segundos después, separó el auricular de su oído y lo colocó sobre el aparato.

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la pared mientras el frío del suelo descolorido seguía colándose en sus huesos y el peso del silencio y la quietud de su casa caían sobre ella.

Solo en ese momento fue capaz de dejar salir las lágrimas.



En las profundidades

El agua estaba por todas partes, se movía y giraba a su alrededor y la arrastraba hasta las profundidades para después volver a llevarla cerca de la superficie. La veía acercarse, brillante y trémula, desdibujando las sombras y los colores de lo que fuera que hubiera allá arriba. Alargaba la mano e intentaba con todas sus fuerzas alcanzarla y escapar de esa prisión fría y húmeda. Pero cuanto más estiraba el brazo, cuanto más crecían sus ganas de escapar, con más fuerza la agarraban las aguas hacia el fondo.

Lluvia despertó de golpe, boca abajo y con las sábanas enredadas en las piernas. El brazo extendido más allá de su cabeza, como si intentara alcanzar algo con la mano. Parpadeó confusa, pues temía que hubiera tenido otra de esas pesadillas que cada vez eran más protagonistas en sus noches.

Se desperezó y buscó a Naranja, que solía saltar encima de ella con las orejas levantadas.

–Tú sí que sabes levantarte bien por las mañanas, granuja. –Reía entonces Lluvia mientras lo miraba con ternura. Solía acariciarlo por la cabeza y el lomo mientras el animal intentaba por todos los medios lamer su mano.

Riendo, Lluvia siempre se incorporaba e ignoraba las nuevas peticiones de atención del perro.

Pero esa mañana no hubo lametones ni orejas levantadas, y Lluvia echó en falta acariciar el pelaje castaño y blanco, salteado a manchas, de Naranja.

Con un quejido, se levantó de la cama y abrió la ventana de par en par.

Ya había pasado lo peor del invierno. Esos últimos meses se habían producido varias heladas que habían sacudido al pueblo de Valdesa. No obstante, el mes de marzo seguía amaneciendo con un aire ligeramente frío, del tipo que hay que dejar entrar en las casas lo justo para que ventile y renueve, pero no demasiado para no perder el calor del hogar.

Lluvia inspiró hondo para llenar sus pulmones de ese aire limpio y renovado y sintió cómo la calmaba por dentro, cómo diluía los últimos recuerdos de esas pesadillas que le impedían descansar. Abrió los ojos, agradecida del sol que también entraba en su cuarto y que iluminaba a un limonero entero y protegido. Había perdido algunas hojas, pero seguía vivo, y era más de lo que podía pedir después de las tormentas, las heladas y los largos días de invierno en los que apenas había salido el sol.

–Estás hecho un roble –susurró–. ¡Oh, perdón! No quería ofenderte...

–¡Lluvia! ¡Despierta ya! –La voz de su padre venía acompañada por sus característicos pasos.

–¡Ya estoy despierta! –gritó ella en respuesta, y cerró la ventana al tiempo que escuchó a Isaac detenerse delante de su puerta.

–Pues vístete y ponte algo cómodo, que nos vamos al campo.

–¿Al campo? ¿Hoy?

–¿Y por qué no? Es fin de semana. Tu madre y tú necesitáis salir un poco.

–Bueno, pero espero poder desayunar algo antes, ¿eh?

La voz de Lluvia quedó amortiguada cuando esta metió la cabeza en el armario, en cuyo caos comenzó a buscar algo decente que ponerse. Revolvió entre los montones de ropa de cada una de las baldas.

–¿Qué has dicho? –preguntó su padre extrañado.

–¡Que quiero desayunar! –exclamó Lluvia mientras se volvía hacia la puerta.

–Pues date prisa, pequeña tormenta.

La habitación se inundó de la risa cantarina de Lluvia, que fue secundada por la de su padre.

Y aquel día se desarrolló justo como parecía desde primera hora. A pesar de que hacía un poco de frío, había un sol radiante que aportaba cierta calidez, así que los tres disfrutaron enormemente del pequeño paseo.

–Naranja se lo habría pasado bien con nosotros hoy.

–En cuanto lo encontremos, vendremos a pasar un día entero en el campo con él –respondió Olalla.

–Eso espero. También me habría gustado que viniera Gracia –dijo Lluvia.

–Cariño, tu abuela está un poco débil últimamente –respondió Isaac.

–El invierno ha sido duro para ella –asintió su madre–. Bueno, para todos. Ha hecho demasiado frío.

–Lo sé –dijo Lluvia–. Pero ahora vendrá el buen tiempo y se pondrá mejor.

–¡Claro que sí! –Su padre sonrió y colocó la mano delante de Lluvia.

Su hija se apresuró a chocársela mientras daba un pequeño salto. Siempre había visto a su padre como un gran gigante demasiado bueno y siempre dispuesto a ayudar y proteger a los demás. Según fue creciendo, comenzó a darse cuenta de que quizá no era tan grande como recordaba de pequeña, pero seguía sobrepasándola en altura por mucho.

Era curioso que, incluso siendo su madre bastante alta en comparación con otras mujeres de su edad, Lluvia se hubiera quedado estancada en un metro cincuenta y poco. Siempre la veían como una niña, pequeña, delgada y sin curvas, risueña e inocente, despreocupada y al mismo tiempo siempre pendiente de los demás. Especialmente de aquellos que eran importantes para ella.

Por eso dejó que los pensamientos que la preocupaban sobre Gracia y sus amigos, las pesadillas y el cansancio que sentía cada vez más a menudo desaparecieran en ese momento. Se dejó llevar por lo que estaba sucediendo en ese instante y no perdió ni un segundo más sin dejar de disfrutar de la compañía de sus padres.



–¿Crees en el destino?

–¿A qué viene eso?

–No sé. Me lo he estado preguntando últimamente.

Carol miró a su hermana pequeña, confusa.

Aunque su relación con Paula había llegado a unos mínimos preocupantes durante las vacaciones de Navidad, no había pensado ni por un momento que pudiera ir a peor. No tenía ni idea de qué había sucedido durante o después de esas vacaciones, pero tenía claro que no podía ser nada bueno.

–Paula, ¿ha ocurrido algo?

Su hermana no la miró. Mantuvo la cabeza gacha y fingió estar concentrada en el libro que tenía en sus manos.

Hacía por lo menos veinte minutos que no había cambiado de página.

Carol iba a acercarse a ella cuando su madre irrumpió en la sala.

–¿Me puedes explicar qué es esto?

Las dos chicas se volvieron rápidamente. La mujer sostenía una libreta abierta en sus manos.

Carol no entendía qué sucedía, así que miró a su madre con extrañeza. Cuando se fijó en que esta observaba a Paula, se giró hacia su hermana pequeña. Estaba tan pálida que su rostro parecía estar esculpido en cera y sus ojos destilaban un intenso terror, que apenas podía esconder.

–¿Dónde has encontrado eso? –dijo entre dientes.

–¡Eso da igual! –exclamó su madre–. Has estado saliendo con ese Andrés sin decirnos nada.

–Tráelo. –Paula se levantó de forma brusca y se acercó a la mujer, pero esta cerró la libreta y se apresuró a apartarla de su camino–. ¡Es mío! No tenías derecho a hurgar en mis cosas.

–Por supuesto que sí. Es *mi* casa.

–Pero son *mis* cosas.

–Eso da igual. Has estado incumpliendo ciertas normas –gruñó la mujer–. Habíamos oído alguna cosa, pero creíamos que eran rumores y comentarios malos de la gente.

–¿Y qué pasa?

–¿Así que es verdad? –Paula no dijo nada. A menos de un metro de distancia, miró a su madre desafiante–. ¿Tú sabías algo?

Carol dio un respingo cuando la mujer se volvió en su dirección. No dijo nada, pero sintió la mirada de Paula también sobre ella.

–Menuda decepción... –Su madre frunció los labios–. Una hija comportándose como una cualquiera y la otra cubriéndola. Qué desagradecidas.

–Paula no ha hecho nada malo –susurró Carol.

–¿Qué?

Paula miró a su hermana todavía dolida y pálida, temblaba notablemente.

–¿Cómo que nada malo? ¿Eres consciente de la cantidad de cuchicheos y rumores que comienzan a aparecer por todos lados por cosas como esta? –exclamó la mujer–. ¿Qué van a pensar de mis hijas o de nosotros? Pues que sois unas cualquiera, unas imprudentes y unas indeseables.

–Pero... ¿Te estás escuchando? –Carol frunció el ceño y miró a su madre como si la viera por primera vez–. ¿Sabes lo que estás diciendo?

–Claro que sí.

–Por favor, mamá. Despierta. Paula va a cumplir dieciocho años. ¡Dieciocho!

–Y tú veinte. Y ambas estáis en mi casa, así que debéis respetar mis normas.

–¿Y no vivir nuestras vidas? –exclamó Paula–. Pues entonces no quiero vivir en esta estúpida casa.

–Ya sabes dónde está la puerta –gruñó su madre, y señaló la salida con la mano con una expresión de furia muy poco contenida y, al mismo tiempo, con una frialdad tan alarmante que las

dos chicas se echaron hacia atrás, como si les hubieran dado un puñetazo.

–¡Mamá! –exclamó Carol.

Paula no dijo nada, pero miró a su madre fijamente. Sus ojos estaban aguados por la rabia y el dolor, pero no los apartó ni un segundo de los de su madre. Fue la mujer la que, incapaz de soportar más ese duelo de miradas y reproches silenciosos, de frustración y tensión, parpadeó y apartó sus ojos durante unos segundos. Pero su hija ya había tomado una decisión.

Antes de que Carol pudiera reaccionar, Paula agarró su abrigo y salió disparada de la sala, cruzó el patio con determinación y rapidez, dando grandes y fuertes zancadas sin intención de mirar ni un solo segundo hacia atrás. Abrió la pesada puerta de madera de la entrada, cerró con un enorme portazo y una calma inusitada inundó la casa.

Carol y su madre no se habían movido del sitio. Seguían en la misma posición en mitad del salón. Como si todo hubiera pasado tan rápido que no hubieran tenido tiempo de reaccionar.

Carol se giró hacia su madre y esperó ver en ella algún signo de arrepentimiento o algo similar. Pero no encontró nada. Solo esa mirada fría, esa calculadora determinación de que había hecho lo que debía hacer en ese momento.

Negó para sus adentros; no podía ser verdad lo que estaba presenciando. Y reaccionó por fin.

–Eres horrible.

–He sido sincera.

–No, has sido cruel. –Los ojos de Carol se humedecieron y, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas.

–No seas tan blanda. La culpa es de tu hermana. Así aprenderá cómo son las cosas.

Carol no dijo nada más. Incapaz de articular ninguna palabra, salió también de la habitación, se puso el abrigo y cerró la puerta de la entrada despacio.

Miró a ambos lados de la calle e intentó imaginar qué camino habría seguido su hermana pequeña. Totalmente ajena a lo que había sucedido, pensó que habría ido a buscar refugio a casa de Andrés, así que se dirigió allí. Fue Olivia la que abrió la puerta.

–Hola, Olivia. ¿Está mi hermana en casa?

–¡Hola! No, qué va. Hace tiempo que no nos hablamos...

Carol la miró sin comprender.

–¿No te lo ha contado?

–No, últimamente no hablamos mucho –susurró–. Pensé que habría venido a ver a Andrés.

–Pues no..., no ha pasado por aquí. ¿Ha pasado algo? –preguntó Olivia, visiblemente preocupada.

–Ha discutido con mi madre y se ha ido corriendo.

–Quizá ha ido a ver a Lluvia.

–Iré allí. Gracias, Olivia.

–Nada. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

Carol sonrió y se despidió de ella. Bajó la calle en dirección a la iglesia.

–¿Paula? Qué va, no he visto a la muchacha venir por aquí –respondió Gracia.

–¿De verdad? Pensé que habría venido a ver a Lluvia.

–Pues no... Llevo todo el día aquí cosiendo y no ha llamado nadie.

–¿Y si ha salido Lluvia a recibirla? –preguntó Carol, esperanzada.

–No creo, mi niña. Ha salido esta mañana con sus padres, al campo –dijo la mujer, sin poder evitar afligirse por la reacción que había provocado en la joven–. De hecho, deben estar al caer.

–De acuerdo... Gracias. –Carol sonrió ligeramente.

Gracia la observó marcharse, dubitativa y confusa. Negó para sus adentros. Esa muchacha... Sabía que Lluvia se iba a preocupar mucho por ella en cuanto se lo contase. Y así fue. Su nieta pareció quedarse muy inquieta al enterarse de lo ocurrido. Intentó disimularlo, como siempre, pero el nerviosismo que se había apoderado de ella tras escuchar las palabras de su abuela no se podía disipar tan fácilmente.

Así que, en cuanto pudo, llamó a casa de Paula. Contuvo el aliento cuando una voz que no era la de su amiga contestó al otro lado de la línea.

–¿Pau?

–¿Lluvia? Soy Carolina.

–¿Ha vuelto Pau a casa?

–No –respondió la chica al otro lado, y bajó la voz.

Se escucharon varios ruidos de movimiento y una puerta que se cerraba.

–Perdona, estaban mis padres por ahí.

–No pasa nada.

–Pues no ha vuelto aún a casa, no sé dónde puede estar... He ido a casa de todos, incluso a la de Olivia, porque creía que estaba con Andrés, pero nadie sabe nada de ella.

Lluvia se quedó callada, pensativa. ¿Dónde huiría alguien como Paula? Conocía demasiado a su amiga, y sabía que su primera idea habría sido buscar refugio en alguien. Que nadie supiera nada parecía indicar que aquella situación era más complicada de lo normal.

–Tenemos que seguir buscando.

–Lluvia, no tengo ni idea de dónde puede estar. Solo se me ocurría buscar en casa de sus amigos. No creo que haya ido a casa de ningún familiar, o ya nos habrían llamado hace rato. Con lo que les gusta chismorrear...

–Por eso precisamente. Debe haber ido a algún lugar sola. Y eso me preocupa. –Casi pudo notar cómo Carol se mordía el interior de la mejilla.

–Está bien. Mis padres están convencidos de que volverá para cenar, pero yo también estoy preocupada y lo dudo de verdad. –La chica calló unos segundos, dio un hondo suspiro y continuó-. ¿Qué se te ocurre?

–Quedamos en media hora en la plaza media, nos cuentas qué ha sucedido y nos organizamos.

–De acuerdo. ¿A quién vas a llamar?

–A los demás, Carol, no se me ocurre quién más puede ayudarnos.

–Vale, pero, como veamos que se hace tarde o se complica, nos volvemos enseguida y llamamos a la policía.

–Claro –respondió Lluvia, y, casi sin despedirse, colgó el teléfono.

Como habían acordado, en menos de media hora estaban todos reunidos en la plaza. Antes de salir, Lluvia les había contado de manera sucinta la situación a sus padres y a Gracia.

–Id al campo –sugirió Isaac.

–Paula no se iría sola al campo.

–La misma Paula que nunca habría discutido así con su madre, y la que nunca habríais esperado que se fuera sin avisar a nadie o sin llamaros a ninguno, ¿verdad?

–*Touché*, papá.

–Tu amiga está pasando por un mal momento, y está reaccionando justo de la manera más insospechada, porque nunca antes se había encontrado en esta situación. –El hombre miró a su hija con ternura y siguió hablando con más suavidad–. Id al campo, aunque no os alejéis mucho.

–Y, en cuanto empiece a bajar el sol, volved a Valdesa. Si Paula no ha aparecido para entonces,

habría que llamar a la policía –completó Olalla.

Gracia se había quedado todo el rato en silencio, aunque en algunos momentos había negado con la cabeza, sumida en sus propios pensamientos. Lluvia se había preguntado qué era lo que Gracia estaba viendo, porque era indudable que parecía saber algo que a los demás se les escapaba. Cuando se reunió con los demás, no dejó de darle vueltas, aunque sabía que no iba a sacar nada en claro y necesitaba concentrarse en lo que estaba pasando en ese momento.

Siguieron el consejo de Isaac y se dividieron en grupos. Olivia y Carol se irían por el camino de El Puente, bordearían el pueblo y entrarían por el acceso que comunicaba con la piscina municipal. Si no la encontraban en el trayecto, subirían hasta la zona más alta de Valdesa, donde se encontraba la ermita. Aarón y Nico, que había ido a acompañar a Lucas, irían por el camino que comunicaba con las granjas y que terminaba desembocando en el lago, aunque no llegarían tan lejos. Y Lucas y Lluvia irían por los caminos que quedaban detrás del barrio de la iglesia, los cuales pasaban por antiguas fincas con muros de piedra donde solían ir a jugar de pequeños, ya que no quedaban muy lejos del pueblo.

Tenían pocas horas hasta que se hiciera de noche, a pesar de que las tardes se iban haciendo más largas, y se pusieron en marcha enseguida.

Lucas y Lluvia salieron de la plaza baja y bajaron hasta la iglesia por algunas de las calles más externas. Una de ellas perdía repentinamente el asfalto y se convertía en un camino pedregoso que circulaba entre las últimas fincas y muros de piedra y ascendía hasta un cerro.

Lucas estaba consternado, incapaz de asimilar todo lo que estaba sucediendo.

–Me parece tan raro que Paula haya hecho algo así...

–Supongo que, ante una situación tan extraña, ha reaccionado de una forma que no nos esperábamos –comentó Lluvia, que daba puntapiés a algunas piedras, un poco más adelante.

–Puede ser.

–Estoy preocupada por ella.

–Llevas así meses.

–Pues sí.

–Y yo también.

Lluvia se giró para mirar a Lucas. La hora dorada no iba a tardar en hacer acto de presencia, y la luz de la tarde iluminaba el rostro del chico de una forma extraña. Sus ojos castaños parecían resplandecer y destacaban su expresión, ligeramente contrariada. A Lluvia se le encogió algo en el pecho. Fue ligero y casi imperceptible, pero provocó un pequeño escalofrío que recorrió su espalda.

–La encontraremos, no te preocupes. –Sonrió de refilón y Lucas pareció relajarse.

–Siempre dices eso.

–¿El qué?

–«No te preocupes».

La chica se paró hasta que su amigo llegó a su altura y la miró.

–Hay muchas cosas buenas en esta vida como para preocuparse continuamente por todo.

–Pero no paran de suceder cosas malas.

–Cierto. Y aun así tenemos solución para todas ellas, ¿no?

–Si lo crees...

–No lo creo, lo sé. –Lluvia volvió a sonreír, aunque de manera muy enigmática.

Lucas se sorprendió a sí mismo al pensar que, a pesar de haber visto esa expresión a su amiga cientos de veces, en algunas ocasiones parecía que escondía algún secreto que a los demás se les

escapaba. Como en ese instante.

–Lo sé porque solo tenemos que confiar en que lo que pase, de una manera u otra, nos hará bien. Que estaremos bien de cualquier forma.

–Eso no es así. No solo con pensar se consiguen las cosas.

–Por supuesto que no. Pero tener esa actitud es básico. Si te pasas la vida pensando en que todo está mal, que nada funciona, ¿crees que estarás capacitado para aprovechar o disfrutar lo bueno cuando llegue? –Lluvia entrecerró los ojos, desafiándolo. Como su amigo no fue capaz de replicarla, continuó–. Ya te lo digo yo: no. Porque sucederá algo bueno y pasará y te lamentarás. Volverías a esa espiral oscura en la que estás atrapado. Entre los momentos positivos solo hay neutralidad o determinados momentos de negatividad. Si nos concentramos solo en estos últimos, dejamos pasar lo realmente valioso.

Lluvia ladeó un poco la cabeza y continuó la marcha. Escasos segundos después, escuchó los pasos de Lucas acercándose.

–No sabía que pensaras así –contestó, meditabundo–. O sea, sabía que eras una persona muy positiva, pero no que fuera por... todo eso.

–Bueno, solo he intentado explicarlo de la forma más sencilla. –Lluvia se encogió de hombros–. En realidad, supongo que es más complicado de darle forma con palabras. Pero es básicamente lo que pienso y siento.

Lucas volvió a callar y dejó que las palabras de Lluvia calaran en su pensamiento. Intentó descifrarlas y buscar cualquier posible significado oculto. Aunque no consiguió nada, así que las dejó ahí, aparcadas, con la intención de volver a ellas en otro momento.

Fueron caminando entre las fincas, uno al lado del otro, miraban a ambos lados y en la distancia para buscar posibles lugares donde pudiera haberse escondido Paula. Cuanto más se alejaban del pueblo, más pronto llegaban a la conclusión de que no iban a encontrarla por ahí.

La mayor parte de las fincas que encontraban eran pequeños corrales abandonados que los dueños seguían manteniendo o por costumbre o porque no podían deshacerse de ellos. Con el paso de los años, el pueblo había ido perdiendo cada vez más población, y muchos de los que se alejaron a las ciudades dejaron sus viviendas y fincas abandonadas. Algunas pocas seguían teniendo algún tipo de función, y en ellas sus propietarios guardaban o mantenían animales domésticos que normalmente estaban bastante desatendidos. No se extrañaron de encontrar algunas ovejas, algún que otro burro y muchas gallinas, gatos y perros.

Pero sí que se extrañaron al encontrar un perro que conocían muy bien.

Naranja estaba amarrado a un poste que sostenía un pequeño tejado a modo de pérgola. Junto a él había otros perros, y todos estaban en las mismas condiciones: desaliñados, sucios y malnutridos. Era más evidente en los otros perros que en el propio Naranja, que no había desaparecido hacía tanto.

Cuando Lluvia giró la cabeza para mirar hacia ese corral, lo hizo por inercia, sin buscar nada, pero sintió que había algo a lo que tenía que mirar. Tardó unos segundos en distinguir a su perro, pues estaba tan cubierto de barro que las partes blancas de su pelaje parecían haber desaparecido por completo y las manchas marrones se habían oscurecido notablemente. Estaba tumbado sobre el suelo, con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras y con una expresión de honda tristeza.

–¡Luke!

Lucas giró la cabeza, sobresaltado, al tiempo que notaba que Lluvia se precipitaba hacia un lado del camino. Primero miró a su amiga, pero, al ver que esta no le prestaba atención, desvió sus ojos hasta el punto que observaba fijamente.

–Qué narices...

–¡Es Naranja!

–¿Y qué hace ahí?

Naranja levantó la cabeza al percibir por primera vez su presencia. Miró a Lluvia, cuya cabeza asomaba por encima del muro, y algo pareció encenderse en su interior. Se levantó de un salto e intentó acercarse tanto como pudo, pero un fuerte tirón de la cuerda que lo mantenía atado al poste le provocó un hondo quejido que le puso la piel de gallina a Lluvia. El perro se quedó parado en el sitio y la miró con profunda desesperanza. Los otros perros observaban la escena desde atrás, aburridos.

Lluvia no respondió a Lucas ni se lo pensó ni un minuto mientras se aupaba sobre el muro de piedra. Justo cuando iba a saltar al otro lado, sintió la mano de mano de Lucas alrededor de su muñeca.

–¿Qué haces?

–Voy a por él.

–Te van a morder los otros perros.

–Me da igual, es Naranja.

–Ya sé que es Naranja, pero no sabemos qué les pasa a los otros animales. ¿Y si te muerden y tenemos que llevarte al hospital?

–Pues me lleváis, pero yo me llevo a mi perro antes –respondió Lluvia, tozuda, mientras se liberaba del agarre de Lucas con un gesto.

–¿Y si hablamos con los dueños de esto?

–¡Ha robado a Naranja, Luke! ¿Crees que querría hablar con alguien?

–Puede que no, pero puede que pensara que el animal estaba abandonado o algo así.

–¿Con su collar?

–Repito que no sabemos qué ha pasado –gruñó Lucas–. Vamos a hablar con el dueño. No será difícil encontrarlo en un pueblo tan pequeño.

Lluvia miró a su amigo y después se giró hacia el perro. La mirada desesperada de Naranja le partió el alma, pero decidió que debía ser sensata y que, quisiera reconocerlo o no, las palabras de Lucas tenían cierto sentido.

El chico no se había movido del sitio, sino que había guardado las manos en los bolsillos, plenamente convencido de sus palabras y del efecto que provocarían en Lluvia.

Ligeramente contrariada, la chica se sentó sobre el muro y bajó de un salto. Escuchó el llanto lastimero de Naranja al otro lado y notó su movimiento y el tirón que le había dado a la cuerda en un nuevo intento de llegar hasta ella. Se le partió el alma, pero se obligó a pensar que lo estaba haciendo para actuar de la mejor manera para el animal.

Cuando se puso al lado de Lucas, lo miró desafiante.

–Más te vale que encontremos pronto a ese dueño o dueña.

–Descuida, tormentilla.

Quizá Lucas esperaba que su amiga le contestara alguna cosa, porque le sonrió de forma cálida y apacible, pero Lluvia no respondió, sino que se dio la vuelta y continuó andando de regreso a Valdesa.



Cumpleaños Feliz

Paula apareció aquella noche.

En cuanto su padre se enteró de lo sucedido y su mujer le contó lo mal que se sentía, con lágrimas en los ojos, el hombre entró en el coche y salió disparado. Después de toda la tarde dando vueltas de un lado para otro, e incluso después de haber ido hasta los pueblos de alrededor, pensó en ir al lago.

Sabía lo mucho que le gustaba a su hija ir ahí todos los veranos y, movido por la desesperación, se dirigió allí en cuanto volvieron a Valdesa.

Carol se había reunido con los amigos de Paula mientras tanto, y todos compartieron los mismos resultados.

–No está por ningún lado –dijo Olivia, preocupada.

–Dónde habrá ido... –suspiró Lucas.

–Chicos, no podemos seguir así. Tenemos que avisar a mis padres y organizar una búsqueda si ella no nos llama, al menos para decir que está bien –respondió Carol, evidentemente abatida.

Miró a Lluvia y se dio cuenta de la expresión sombría de la chica. En cuanto le preguntó qué sucedía, Lluvia les contó lo sucedido con Naranja.

–¿Por dónde ha sido? –preguntó Carol

–Por donde los caminos de la iglesia, cuando volvíamos al pueblo –respondió Lucas.

–Yo preguntaría a Ramiro, tiene, o al menos solía tener, varios corrales por ahí.

–Ya me encargaré de ello, ahora lo importante es Paula –respondió Lluvia, con fuerte determinación–. ¿Qué hacemos?

–Voy a volver a casa antes de que se haga más tarde y hablaré con mis padres. Si hay cualquier novedad, os llamo –dijo Carol–. Creo que, de momento, lo mejor que podéis hacer es descansar.

Algo apesadumbrados, el grupo se dispersó y cada uno volvió a su casa. Ya había anochecido y las calles de Valdesa estaban prácticamente vacías, a excepción de las ventanas, de las cuales emanaba la luz del interior de las casas.

Lluvia regresó a la suya con la cabeza alta y el corazón encogido. Por Paula, a la que, esperaba, no le hubiera ocurrido nada. Por Naranja, al que estaba deseando ir a buscar de nuevo.

En cuanto entró en el salón se encontró a su madre hablando por teléfono. Olalla colgó y se acercó a ella con un gesto serio y contrariado.

–Era Carolina. Me ha dicho que sus padres han salido con el coche a buscar a Paula y que llevan toda la tarde fuera –dijo–. En cuanto sepa más, llamará para decírtelo. Y que, si se hace tarde y no te ha llamado, que no te preocupes. Lo hará mañana por la mañana.

Lluvia asintió con energía. Gracia estaba quieta en una mecedora al lado de la ventana y las observaba por encima de los gruesos cristales de sus gafas.

–¿Qué más sucede, Lluvia? –Su voz sonó directa y clara, y Olalla la miró sin comprender. Lluvia respiró hondo.

–He encontrado a Naranja.

–¿Cómo? –preguntó Isaac, que bajaba la escalera en ese momento con el pelo húmedo.

–Cuando hemos ido Lucas y yo a buscar a Paula. Estaba sucio y atado en uno de los corrales.

–¿Perdona? –Olalla no daba crédito–. No entiendo qué le sucede a la gente de este pueblo.

Lluvia calló.

«Me odian», se dijo a sí misma. No le extrañaba que quien le hubiera robado a Naranja lo hubiera hecho sabiendo plenamente que ella lo había adoptado. Se sintió entonces estúpida. Estúpida por haber aceptado la llegada de Naranja como un regalo dado como por casualidad. Como si no fuera algo que iba a perder, como todo lo que creía tener en la vida en ese momento.

Como sus amigos, que parecían irse dispersando poco a poco. Primero con la discusión de Paula y Olivia, pero también sabía que a partir de ese verano, cuando todos tomaran caminos diversos, las cosas serían muy distintas.

O como Gracia, a la que cada día parecían pesarle más los años. El invierno había causado muchos estragos en ella, y confiaba en que, con la llegada de la primavera y con los días cada vez más largos, su abuela iría recuperándose poco a poco. Sin embargo, lo cierto era que no solo no había ocurrido así, sino que había ido yendo a peor. Cada vez parecía más pequeña, cada minuto parecía marcarle más alguna arruga y las tareas de costura que normalmente le llevaban unos pocos días parecían haberse alargado meses de repente.

Se le nubló la vista y, aunque consiguió mantenerse erguida, un silencioso torrente de lágrimas recorrió todo su ser. No dejó de sentirlo durante la cena, mientras sus padres hablaban del día y lo preparaban todo para el siguiente, y animaban a Lluvia a dormirse temprano para ir al instituto.

Su actitud no pasó desapercibida para Gracia. Evitó mirar a su nieta, pero no era ajena al conflicto interno que tenía. Simplemente, igual que había hecho con el chocolate, le dejó su espacio. Por eso, cuando Lluvia se levantó y se fue primero al baño, y después a su cuarto, sin pronunciar palabra, Gracia no intentó detenerla ni una sola vez. Olalla, en cambio, fue a levantarse de la mesa cuando vio la actitud apesadumbrada de su hija. Gracia la agarró suavemente de la mano.

–Déjala, hija.

–Pero, mamá...

–Déjala. –La voz de Gracia sonó grave y profunda–. Necesita tiempo para estar consigo misma. Ahora están pasando muchas cosas por su mente. Nosotros no podemos ponerlas en orden.

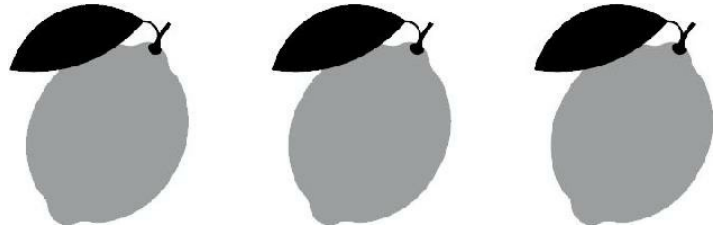
Olalla se volvió a sentar despacio, sobrecogida por la vehemencia con la que había hablado su madre. Isaac también lo comprendió, y los tres suspiraron al escuchar la puerta de la habitación de la chica cerrarse.

Lluvia entró en su habitación. Había encendido la lamparita que tenía en la mesilla, por lo que el cuarto estaba parcialmente a oscuras. Unas sombras confusas del limonero llegaban a través de la ventana.

Echó de menos la presencia alegre y desinteresada de Naranja, que en esos momentos habría estado dando vueltas a su alrededor, revolviendo entre la ropa que había tirado al suelo.

La casa parecía estar sumida en un profundo silencio, aunque dudaba de si era real o solo cosa suya, ya que sentía la cabeza vibrar, como si tuviera miles de abejas que revolotearan a la vez dentro de ella. Nerviosas, confusas y realmente enfadadas. Casi no podía abrir los ojos, apenas podía levantar los pies del suelo y, sin embargo, consiguió acercarse hasta la cama, activar el

despertador para la mañana siguiente y hacerse un ovillo entre las sábanas. Su largo cabello oscuro y húmedo se enredó tras su espalda.



Paula no fue al instituto al día siguiente. Sin embargo, Carolina llamó a Lluvia, como había prometido, antes de que esta fuera a clase.

–No puedo hablar mucho, tengo que salir en quince minutos. Mi padre me va a acercar a La Estrella para coger el tren –dijo Carol, rápidamente–. Pero no te preocupes, Paula está en casa.

–¡Gracias, gracias! –Lluvia sonrió y sintió como un gran peso se aligeraba de su corazón–. ¿Dónde estaba?

–En el lago.

–¿En serio?

–Sí, es increíble. No sé cómo, mi padre cayó en la cuenta de que Paula siempre hablaba maravillas del lago, donde vais a hacer las acampadas en verano, y le dio por ir. –La voz de Carol venía acompañada de ruido de fondo–. Perdona, estoy terminando de guardarlo todo en la mochila.

–No te preocupes.

–Pues eso... Llegaron ya de noche. Iban mi padre y mi madre juntos en el coche. Al parecer, Paula no respondió a la regañina que le echó mi padre, pero cuando vieron su cara... –suspiró–. Dejaron de insistir y la metieron en el coche sin más. Hoy no va a ir a clase, necesita descansar. Si pudieras avisar a los profesores, te lo agradecería. Aunque mis padres también van a llamar al instituto.

–Descuida, yo se lo digo también, por si acaso.

–Gracias, Lluvia. –La sonrisa de Carol pareció viajar de uno a otro aparato–. Siento no haberte avisado antes. Tengo que irme, ¿vale? Vuelvo en un par de semanas, en las vacaciones. ¡Hablamos! Cuídate.

–Gracias, igualmente.

Y, al sentir ese alivio tan inmenso que no la abandonó ni un momento, Lluvia afrontó el día de otra manera por completo. En cuanto se lo contó a los demás, respiraron tranquilos, incluida Olivia. No obstante, como siempre sucedía en Valdesa, el rumor de que la Espinosa chica se había escapado de casa y había tenido a sus amigos y sus padres preocupados todo el día, se había extendido rápidamente. En el autobús de camino al instituto tuvieron que aguantar algunos comentarios malintencionados.

–Esa chica está loca. ¿Quién se iría al campo de noche y con el frío que hacía ayer?

–Quién sabe, pero es la Espinosa chica, siempre está haciendo cosas raras.

–Como salir con Andrés.

–Menuda guarra.

Lucas se volvió como un resorte y abrió la boca, pero no le dio tiempo a decir nada. Alguien pasó por su lado y aguantó el equilibrio a pesar del vaivén del vehículo. Un suave aroma cítrico y

un sedoso pelo negro y largo acariciaron su mejilla. Cuando quiso reaccionar, Lluvia ya había recorrido todo el tramo del pasillo hasta el final del autobús.

–No volváis a decir nada así sin conocer ni un poco a Paula.

Todo el autobús guardó silencio. El grupo de chicos miró a Lluvia, asombrados, y después se echaron a reír. No tardó ni un segundo en reaccionar; Lluvia cerró el puño y golpeó el brazo del chico que había hecho el último comentario.

–Eso es solo una advertencia.

Olivia, Aarón y Lucas la miraban con los ojos desorbitados. El chico se levantó, dispuesto a devolverle el golpe, rojo de ira y de vergüenza. Lluvia se mantuvo impassible, de pie delante de él, mientras sus amigos lo sujetaban.

–Pero ¿quién te crees que eres? Monstruo asqueroso.

–Tío, déjala, nos vamos a meter en problemas.

–¡Me ha pegado!

–Solo te he advertido.

–¡Eh! ¿Qué pasa allí atrás? –gruñó el conductor desde el otro lado del vehículo–. Volved a vuestro sitio si no queréis un parte.

Lluvia se volvió y caminó hasta su asiento al lado de Aarón bajo la atenta mirada de los chavales, que se habían quedado atónitos.

–¡Bruja! –gritó uno de ellos.

–¡Callaos ya! –respondió el conductor mientras miraba a través del espejo retrovisor.

Aarón observó a su amiga que, sentada a su lado, se cruzó de brazos y le sonrió con la misma sinceridad de siempre, como si no hubiera sucedido nada.

Aquella tarde fueron a ver a Paula, aunque esta no quiso recibirlos. Los observó desde la ventana de su habitación, los cuatro apelotonados contra la puerta mientras hablaban con sus padres, y después se alejaron despacio en dirección a la plaza media.

Paula se quedó un rato en la misma posición, esperando que alguien más apareciera de repente y fuera a su casa. Alguien como Andrés, por ejemplo. Pasó cerca de una hora, pero, exceptuando un par de personas mayores, nadie más hizo acto de presencia. La chica suspiró, se retiró de la ventana y se sentó en la silla de su escritorio con la espalda muy recta.

Sus padres la habían dejado descansar y había dormido hasta casi mediodía, aunque no se sentía mejor. Notaba algo parecido a una frialdad, una ausencia de todo y un completo nada. Y, al mismo tiempo, una presión enorme en el pecho, como si todo lo que había ido acumulando ese año se hubiera concentrado en el mismo punto y amenazara con ahogarla si no lo soltaba de una vez.

Deseaba que volviera a sonar el timbre y que llegara la visita que tanto esperaba, la que creía que tenía todas las respuestas, la que aliviaría esa presión y la liberaría de una carga que no sabía cómo había llegado ahí.

Sin embargo, esa visita nunca llegó.

–No seas tonta. Andrés está en la universidad hoy –se dijo–. Pero podría llamar, ¿no?

Una lágrima cayó por su mejilla al darse cuenta de que algo así no sucedería jamás.

Cuando bajó al salón aquella noche para cenar, habló con sus padres. Se lo contó todo, desde cómo había comenzado a salir con Andrés, pasando por su discusión con Olivia y cómo había ido aumentando su sentimiento de soledad.

Sus palabras salieron desbordadas como un torrente. Cada una de ellas liberaba un poco más la presión, desintegraba ese conglomerado sólido y denso en el que se habían concentrado todos sus pensamientos y sentimientos, que se disolvían con las lágrimas que no podía contener.

Sus padres la escucharon atónitos y en silencio. Su padre, incluso pálido. Su madre puso cara de póker en medio de todo ello.

Y, cuando creía haber acabado, lloró amargamente.

Sonó el teléfono. Su padre tardó unos segundos de más en reaccionar, se levantó y se dirigió al aparato. Su madre siguió mirándola sin dejar traslucir ni una emoción.

–Era Carolina.

Paula se encogió sobre sí misma y lloró más. Prácticamente al instante, notó unos brazos que la rodeaban y se dejó mecer por un abrazo suave y confortable. Cuando levantó la cabeza, sin embargo, se sorprendió al encontrarse a su madre.

–Lo siento tanto...

–¿Por qué no nos dijiste nada antes? –dijo su padre.

–Eso da igual –la defendió su madre–. Lo siento, lo siento.

Paula negó con la cabeza y se refugió en los brazos de la mujer mientras la cena se enfriaba en sus platos y el tictac del reloj antiguo de pared daba la música de ambiente. Su padre terminó por ceder y rodeó a las dos con sus brazos.

Aunque sabía que ese abrazo no era suficiente para pegar de nuevo todas las piezas en las que se había disgregado, sí que había conseguido amontonarlas en el mismo rincón de su corazón. Iba a ser cuestión de tiempo que todas volvieran a su sitio, pero, por primera vez en mucho tiempo, Paula había sentido algo que le había provocado un escalofrío. No habría sido capaz de definirlo en ese momento, y posiblemente nunca lo haría, pero había sido suficiente para decirle que las cosas irían bien a partir de entonces. Y Paula supo entonces que sería cuestión de tiempo que esas piezas volvieran a su sitio, poco a poco.



–¿Corrales por donde la iglesia? –dijo la abuela de Lucas–. Creo que están todos abandonados, aunque hay un par que son de Ricardo.

–¿Ricardo el de la tienda? –respondió Nico.

–Sí, sí. Claro.

–¿Y para qué querría ese hombre un perro de alguien? –preguntó Lucas, extrañado.

–No lo sé. A ese hombre siempre le han gustado los perros, aunque para tenerlos atados y salvajes. –La mujer negó con la cabeza–. No lo entiendo, pero es así.

–Deberías decírselo mañana a Lluvia, e ir a hablar con Ricardo –terció Nico.

–No molestéis al hombre –suspiró su madre–. Seguramente no sea el perro de Lluvia.

–Sí que lo es –respondió Lucas–. La reconoció enseguida. El pobre se quedó llorando cuando nos fuimos.

–Criatura... –dijo su abuela muy bajito.

Y al día siguiente Lucas le contó a Lluvia lo que había hablado con su familia. Parecía que no le estaba prestando mucha atención, pues estaba buscando entre los jóvenes que se sentaban en el

autobús. Su mirada no cambió ni un ápice cuando el chico del día anterior le dirigió una mirada llena de odio. Lucas rio para sus adentros cuando vio que Lluvia sonreía con total tranquilidad.

–¿Qué buscas?

–Creía que Pau vendría hoy a clase.

–Si no ha venido, es porque no se encuentra bien del todo –dijo Aarón, detrás de ellos–. Se recuperará.

–Aarón, ¿tienes fiebre? –Sonrió Lluvia–. ¡Me encanta oírte hablar bien de Pau!

El chico puso los ojos en blanco como respuesta.

–Bueno, tormentilla, ¿me escuchas ahora? –Rio Lucas.

–¡Sí! –Lluvia se volvió hacia él–. ¿Qué me estabas diciendo?

Olivia y Aarón rieron.

–Que el corral es de Ricardo, puede que haya sido él quien haya robado a Naranja.

–¿Qué dices? ¿En serio?

–¿Por qué haría eso? –preguntó Olivia muy bajito.

–No habéis escuchado nada de lo que he dicho...

Lucas les volvió a contar lo que había hablado con su familia la noche anterior, y decidieron ir esa tarde a buscar a Ricardo para que les devolviera a Naranja.

Así lo hicieron. Aarón tuvo que volver a casa nada más llegar, pero Olivia y Lucas acompañaron a Lluvia a la tienda antes de que cerrara a las ocho de la tarde. Ricardo los recibió jovial al principio, pero la expresión de su rostro se volvió dura y fría cuando mencionaron al perro.

–¿Quién os manda meteros en mi corral? –gruñó–. Además, mis perros son míos.

–Tienes un animal que adopté yo –replicó Lluvia con dureza.

–No lo cuidarías tan bien si lo dejaste solo por la calle.

–¿Y con qué derecho te lo llevas tú? –dijo Lucas.

Los últimos clientes miraron a los tres jóvenes con cierta acritud. Empezaron a murmurar entre ellos, sin perder de vista a Lluvia especialmente, y lanzaron miradas desaprobatorias y arrugaron la nariz.

–Ricardo, que no se te suba a la chepa –exclamó alguien con cierto retintín.

–Descuida, que unos mocosos no pueden conmigo.

Lluvia apretó los puños y palideció un poco.

–Vamos al corral ahora mismo y te demuestro que es mi perro.

–Claro, cuando acabe de cumplir mis obligaciones, niña.

–Te espero lo que haga falta. –La voz de Lluvia sonó desafiante, dura y con una determinación férrea que tanto Lucas como Olivia no dudaron ni un momento que fuera real.

Efectivamente, cuando el hombre salió de la tienda un rato después, se los encontró en la calle esperando. Se dirigió hacia la plaza media, y desde allí a la plaza baja, la de la iglesia, seguido de cerca por los tres. De vez en cuando murmuraba para sí mismo, sin vocalizar demasiado, y gruñía. Lluvia lo ignoraba deliberadamente, como si no estuviera a su lado, pero Lucas y Olivia lo miraban con el ceño fruncido, especialmente esta última.

Cuando llegaron al corral, encendió una bombilla resguardada por el desmantelado porche. Los perros se levantaron instantáneamente y retrocedieron varios pasos. Naranja reaccionó exactamente igual, pero giró rápidamente la cabeza al ver a Lluvia e intentó acercarse a ella, y tiró de la cuerda y lloró lastimosamente. Olivia se llevó las manos a la boca y Lluvia se agachó corriendo para acariciar al animal.

–¿Ves como es su perro? –dijo Lucas.

–Me lo voy a llevar. –Lluvia levantó la cabeza en dirección a Ricardo.

–No vas a hacer nada, niña. –El hombre se agachó y la agarró del brazo con fuerza. Lluvia lanzó una exclamación de sorpresa y dolor.

Parpadeó confusa. Por un momento se le había nublado la vista. La figura de Ricardo se había distorsionado y emborronado delante de ella, y solo la voz de Lucas consiguió devolverla al presente.

–Déjala –exclamó.

–¿Me vas a pegar, niño? –Ricardo se encaró al chico–. Mira que te puedo dar una buena.

Y mientras decía esto agarró al chico de la cazadora. Lucas intentó liberarse de sus manos, y los dos comenzaron a forcejear. Lluvia, al levantarse de golpe, notó que todo giraba a su alrededor y la vista comenzaba a emborronarse de nuevo, pero se obligó a acercarse a los dos.

Todo sucedió muy rápido, fue demasiado confuso como para que Lluvia, más tarde, pudiera describir con detalle la escena. Olivia se agachó rápidamente para desatar a Naranja mientras este y los otros perros no paraban de ladrar a su alrededor.

Lluvia llegó a la altura de Ricardo y Lucas, se colocó en medio e intentó agarrar los brazos de Ricardo para obligarle a soltar a su amigo. Se puso de puntillas para lograr una mejor posición, ya que Lucas era bastante más alto, pero trastabilló.

De pronto, el escaso punto de equilibrio que aún tenía pareció desaparecer. La tenue luz amarillenta que iluminaba el corral se difuminó y giró a su alrededor. Todas las voces y los ladridos de los animales de pronto comenzaron a escucharse cada vez más lejos. Los ojos castaños de Lucas la miraron con verdadera preocupación. Su voz intentó abrirse paso en la negrura que iba arropándola al tiempo que caía. Y después, nada.



Cuando volvió a abrir los ojos, todo estaba en silencio.

En vez de encontrarse con el cielo oscuro sobre su cabeza, o en lugar de sentir el frescor del campo, como esperaba, lo primero que vio Lluvia fue un techo blanco y notó algo mullido debajo de su cuerpo.

Parpadeó confusa. Sus ojos fueron acostumbrándose a la luz poco a poco y se dio cuenta de que estaba en una cama de hospital.

Frunció el ceño y movió la cabeza despacio para intentar abarcar todo el espacio. El reloj de la pared marcaba las dos y veinte. A su derecha, justo al lado de la ventana, se encontró a su padre dormitando en una incómoda butaca. La imagen inspiró en ella una profunda ternura, y no pudo evitar sonreír. Volvió a apoyar la cabeza en la almohada, totalmente dispuesta a tranquilizarse.

Durante unos minutos estuvo recordando todo lo sucedido. Algunas imágenes se confundían en su mente con las voces de Lucas o de Olivia, y no dejaba de ver a Naranja sollozando o ladrando.

Isaac se revolvió a su lado y abrió perezosamente los ojos. Al encontrarse con Lluvia despierta, dio un respingo y se incorporó rápidamente.

–Cuidado, papá. –Rio Lluvia mientras el hombre se acercaba a la cama de un salto.

–¿Cómo estás?

–Rara... Pero bien.

–Estarás aturdida.

–Un poco. –Lluvia frunció el ceño–. ¿Qué ha pasado?

–Te desmayaste. Olivia vino corriendo a avisarnos, con Naranja en brazos. Llamamos al hospital y fuimos corriendo a buscarte. No sabíamos qué había pasado o qué te sucedía, pero no te despertabas...

Lluvia captó la angustia en la voz de su padre y se sintió de pronto muy culpable. Sus ojos se empañaron y agachó la cabeza.

–Siento haberos preocupado.

–No tienes nada que sentir. –Isaac agarró su mano y la acarició con suavidad–. Ahora lo importante es que descanses y que te recuperes. Tu madre ha salido a por unos cafés, no creo que tarde en venir.

–¿Y Gracia?

–Está en casa. Si te parece, podemos llamarla en un rato y tú misma le dices que estás bien, ¿vale? –Su padre sonrió y Lluvia asintió, agradecida.

–¿Y Lucas y Olivia?

–No te voy a mentir... Se quedaron bastante preocupados, pero no había mucho más que pudieran hacer. –Isaac se encogió ligeramente de hombros–. Se fueron a casa en cuanto vino la ambulancia.

–También debería llamarlos –respondió Lluvia–. Cuando lleguen del instituto.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y Olalla apareció con dos cafés en las manos. Al darse cuenta de que Lluvia estaba despierta, su cara se iluminó y se acercó rápidamente. Con el movimiento, parte del contenido de los vasos se vertió y varias gotas de café mancharon las manos de Olalla.

–Ten cuidado, mamá. –Lluvia sonrió–. Te vas a poner perdida.

–Es café, no pasa nada. – Olalla rio al tiempo que llegaba a la altura de la cama y le daba un sonoro beso en la mejilla. Isaac se acercó y le sujetó los dos cafés–. ¿Cómo estás, cariño?

–Rara, pero bien –respondió Lluvia–. ¿Cuándo puedo irme?

–Pues... te han hecho algún análisis mientras estabas dormida –respondió Olalla–. Pero aún tienes que quedarte a que te hagan unas pruebas.

–El médico nos ha dicho que no es nada importante, pero prefieren hacerlas.

Lluvia sonrió y asintió. Más tarde llamó a Gracia, y la mujer comenzó a llorar en cuanto escuchó la voz de su nieta. Lluvia se quedó un momento azorada, sorprendida ante la reacción de la mujer. No paró de repetirle que no se preocupara, que estaría de vuelta en casa muy pronto.

Algo parecido le pasó cuando habló con Olivia y con Lucas, quienes se mostraron realmente aliviados de saber que estaba bien.

Al día siguiente, Lluvia no tuvo casi ni un minuto de tranquilidad, entre médicos y enfermeros, que la llevaron de un lado a otro para hacerle varias pruebas. Sin embargo, consiguió dormir toda la noche seguida, sin una pesadilla, y el tercer día en el hospital le dieron el alta. Los médicos no habían encontrado nada alarmante en los resultados de las pruebas, excepto una pequeña anemia, y le dieron varias recomendaciones para tener en cuenta en la dieta, además de mucho descanso.

Antes de dejar la habitación, Lluvia se miró en el espejo del baño. No fue algo intencionado, pero no pudo evitar quedarse unos segundos de más apreciando su reflejo en la superficie pulida.

Aunque había descansado aquellas noches, se veía más cansada que nunca. Las ojeras que habían aparecido hacía unos meses se habían intensificado, estaban más oscuras y más marcadas. Parecía haber perdido peso y sus mejillas marcaban unos ángulos más afilados en su rostro. Su cabello siempre había sido liso, pero le dio la sensación de que había perdido gran parte de su gracia, como si cayera lacio y sin vida sobre sus hombros.

Parpadeó, disgustada con la imagen que estaba viendo. Se obligó a apartar esos pensamientos, se lavó las manos rápidamente y salió sin mirar atrás.

No había olvidado lo aburrido que era el camino desde el hospital hasta Valdesa, aunque se le hizo interminable. Sus padres hablaban animadamente en la parte delantera, y ella se unía a su conversación, pero su mente no dejaba de viajar continuamente a esa imagen desastrosa de una Lluvia que no se correspondía con quien sabía que era. Y, siguiendo sus propios caprichos, esa misma mente jugó con sus emociones y le trajo pequeños fognazos del lago, lo que hizo que se sintiera como cuando había descubierto su mayor secreto, mientras el paisaje de las dehesas castellanas se desdibujaba a su alrededor.

–¿Lluvia?

Reaccionó de repente, como si alguien hubiera dado una palmada delante de sus narices. Se encontró a su padre, de pie, mirándola fijamente mientras sostenía la puerta abierta del coche.

–¿Estás bien? –preguntó, preocupado.

–Sí, perdona, estaba pensando en mis cosas. –Sonrió.

–No te preocupes. –La voz de Isaac sonó dubitativa–. Ya hemos llegado.

Lluvia miró a través del cristal. Empezaba a anochecer en el barrio de la iglesia, pero era indudable que ya estaban en Valdesa. ¿Cuándo habían llegado?

Parpadeó y se obligó a ponerse en marcha. Salió del coche y se dirigió hacia el maletero para recoger la bolsa de deporte con sus cosas. Después, se dirigió hacia su casa.

Sus padres la dejaron entrar primero, y no pudo contener su sorpresa cuando, al abrir la puerta, se encontró el patio lleno de gente. Gracia, Lucas, Aarón y Olivia estaban ahí, y comenzaron a gritar y a aplaudir en cuanto Lluvia entró. Naranja se acercó a ella corriendo, movía el rabo de un lado a otro y daba saltos, incapaz de contener toda la emoción que sentía.

Intentó resistirse, pero Lluvia no pudo evitar que sus ojos se empañaran. Retuvo las lágrimas y las transformó en una de sus preciosas sonrisas, de esas con las que abría la boca y enseñaba todos los dientes. De esas con las que parecía resplandecer de una forma única e irremplazable. En ese instante infinito, en el que se agachó para acariciar al perro, sin una mancha de barro, incapaz al mismo tiempo de apartar sus ojos azules de las personas a las que más quería del mundo, la hora dorada parecía emanar de ella.

O eso pensó Lucas.

Sus amigos se acercaron y la abrazaron, y Lluvia comenzó a reír.

–Chicos, parad, que solo he estado tres días fuera de casa.

–Nos tenías preocupados –dijo Olivia, incapaz de contener la emoción y las lágrimas.

–¡No me va a pasar nada! ¿No veis que estoy hecha de hierro?

–Te caíste redonda... –replicó Lucas.

–Bueno, ya está. No ha pasado nada y todo está bien –lo cortó Gracia, tajante. Todos rieron y Lluvia observó con satisfacción cómo el color subía a las mejillas de Lucas.

Cuando todos se fueron un rato después, el patio se quedó completamente en silencio y tranquilo. Hacía rato que había anochecido, así que estaba iluminado por las bombillas amarillentas. Lluvia estaba sentada en una de las sillas, una toalla rodeaba sus brazos y Naranja

estaba sentado plácidamente a sus pies. Un aire fresco y ligero acariciaba sus mejillas y varios grillos cantaban en algún lugar no muy lejano. El limonero se mecía suavemente y arropaba la estancia con el murmullo tenue que hacían sus hojas al rozarse las unas con las otras.

Lluvia cerró los ojos y se dejó inundar por la paz de aquel momento, capaz de disolver las imágenes y los pensamientos negativos que habían sido los protagonistas aquel día. Justo cuando pensaba en entrar en la casa, escuchó unos golpes en la puerta.

–¡Está abierto! –exclamó, y miró sorprendida a la persona que entró en el patio.

–Hola, Lluvia.

–¡Pau!

Se levantó rápidamente y se acercó a su amiga.

–No corras, ya voy yo. –Sonrió Paula–. Me enteré ayer de lo que te había pasado. ¿Qué tal estás?

–Mucho mejor, ¿no me ves? –Sonrió Lluvia. La mirada de su amiga se dulcificó, pero seguía mostrando una preocupación sobrecogedora–. Y tú, ¿qué tal estás?

Paula calló unos segundos y unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

–Lo siento mucho, Lluvia.

Y no hizo falta que dijera más. Lluvia la abrazó sin dudar.

–Mañana por la tarde, después del instituto, vamos a salir con las bicicletas.

–¿Y eso? –preguntó Paula, extrañada.

–Voy a llevarte a un sitio.

–Pero estoy castigada. –Paula frunció el ceño–. Y, además, ¿vas a ir mañana a clase?

–Claro. –Sonrió Lluvia.

–Es viernes, ¿por qué no te quedas ya en casa hasta el lunes?

–¿Y quedarme aburrida en casa? –replicó su amiga–. Jamás. Mañana iré a clase, y el domingo celebraré mi cumpleaños con vosotros.

Paula aceptó a regañadientes. Lluvia, como había prometido, se presentó en la puerta de su amiga al día siguiente, antes incluso de que Paula terminara de comer.

Lluvia comenzó a pedalear sin esperar siquiera a que su amiga la siguiera. Paula se extrañó cuando se percató de que iba alejándose del centro del pueblo y tomaba las calles que se dirigían fuera de Valdesa. Y, en el momento en el que Lluvia tomó un camino que se adentraba en las dehesas, supo con total seguridad adónde se dirigían.

Avanzaron en silencio, agradeciendo que el tiempo se hubiera puesto de su parte para regalarles un día primaveral, sol y nubes algodonosas incluidos.

Lluvia se detuvo de pronto. Paula llegó a su altura y frenó su bicicleta, apoyó los pies en el camino de tierra y miró hacia abajo. La ladera descendía hasta una hondonada inundada de hierba verde y fresca que se mecía suavemente. La superficie del lago brillaba y se ondulaba de una manera tan inocente que costaba creer que fuera real.

Miró a Lluvia. Observó su perfil, sus ojos azules perdidos en algún punto del lago. Las mejillas parecían habersele hundido un poco, sus ojeras estaban más oscuras y su cabello, que ese día llevaba recogido en una coleta, caía con menos gracia que nunca.

Estaba seria, concentrada en sus pensamientos, pero se giró hacia Paula en cuanto notó que la estaba mirando y sonrió como de costumbre, enseñando todos sus dientes. Se le iluminó el rostro y la sombra que parecía haberla envuelto hacía tan solo unos segundos desapareció por completo.

No hizo falta que dijera nada. Las dos amigas, como en un acuerdo mutuo y silencioso, se pusieron en marcha casi a la vez. Se dejaron caer por la pendiente con suavidad y frenaron

despacio, hasta que llegaron a la llanura. Dejaron las bicicletas apoyadas en unos árboles y se acercaron a la orilla del lago.

Se quedaron una al lado de la otra. Varias imágenes, llenas de recuerdos del verano anterior, inundaron la mente de Paula. Aunque Lluvia no estuviera abrazándola en ese instante, pudo sentir su calor y amor incondicionales como había hecho aquella noche de la acampada.

La imagen del lago era bastante distinta. El nivel del agua estaba mucho más alto y la nueva orilla se encontraba más elevada.

–Si pudieras pedir un deseo, lo que fuera, ¿qué pedirías? –dijo Lluvia de pronto.

Paula se quedó callada. No se movió. Seguía sintiendo el abrazo cálido de Lluvia.

Y pensó en las palabras de su amiga.

La calidez de su presencia se disipó y se sustituyó por la frialdad, el odio y el rencor. No pudo evitarlo, su primer pensamiento se fue a Andrés. Quiso desearle algo malo, que de alguna forma el universo le devolviera todo lo que estaba haciendo mal. Que le sucediera algo que no pudiera controlar, que recibiera el castigo que merecía.

Por haberla tratado como una tonta. Por haberse reído de ella. Por haber provocado su enemistad con los que siempre le habían brindado su cariño y amistad, sin importar nada, incluida la inocente Olivia. Por haberla hecho sentir inferior, con menos valor que una piedra. Pero se detuvo de pronto.

No había sido Andrés quien había provocado todo aquello.

La verdad la golpeó como un puño cerrado, fuerte y firme, que no pudo detener.

Si había sentido y pensado todo aquello, era solo su responsabilidad. Había decidido que no merecía la amistad de Olivia, ni siquiera la de Lluvia, Lucas o Aarón. Había sido ella quien había provocado que Andrés no la correspondiera, porque no creía que pudiera ser amada o respetada por un chico. Que solo necesitaba una excusa para escapar de esa casa tan grande, tan vacía, con baldosas viejas y desvaídas que habían ido perdiendo el color de forma paulatina esos meses. Y solo porque ella había dejado de verlos.

Ella era esa casa. Enorme, inmensa. Había retirado el calor del hogar y de su familia, pues inconscientemente se había convencido de que no los merecía. Había perdido su propio color, sus sentimientos más puros.

Así que, decidió entonces, no iba a pedir nada malo para Andrés. Ni para nadie. Solo iba a desear algo bueno y positivo, y esta vez iba a ser para ella.

–Deseo ser feliz y quererme a mí misma. Completamente –susurró–. No, no lo deseo. Sé que lo voy a ser.

No apartó la mirada de las suaves ondas de la superficie del lago. Pensó que, curiosamente, el agua se veía verde, turbia y oscura, pero las pequeñas olas que levantaba la brisa refulgían y brillaban como si estuvieran hechas de plata. En algunos casos tenía que entrecerrar los ojos, de tan fuerte que lo hacían.

Sintió movimiento a su lado y, antes de darse cuenta, la mano de Lluvia apretó la suya.



–¡Cumpleaños feliz!

Lluvia comenzó a dar saltos y a aplaudir cuando sus amigos entraron por la puerta. Pero su emoción llegó a ciertos niveles preocupantes al darse cuenta de que Paula estaba entre ellos.

No los dejó casi atravesar la puerta; se lanzó a sus brazos como si la vida le fuera en ello. Los cinco se quedaron un rato abrazados mientras Naranja saltaba y ladraba a su alrededor, incapaz tampoco de contener tanta emoción.

–¡Bueno, parad ya, que tengo hambre! –exclamó Aarón.

Se dispersaron riéndose, y Lluvia miró a Paula. Esta sonrió ligeramente.

–No sé qué le dijiste a Paula el otro día, pero la veo distinta –le susurró Lucas a Lluvia. Ella le guiñó el ojo por toda respuesta y corrió a reunirse con los demás.

Aunque Paula y Olivia no se hablaron en toda la tarde, Lluvia comprobó con satisfacción que ambas se esforzaron por pasarlo bien y mantenerse cordiales con los demás. Les dio las gracias en silencio, se olvidó del tema y decidió disfrutar de la velada. Comieron y rieron sin parar, e incluso encontraron motivos para criticar la tortilla de patatas y la tarta que había traído Olivia. Lucas no paraba de reír, se pasó prácticamente todo el día con la cara colorada, sonriendo sin parar de enseñar los dientes.

Lluvia los observaba todo el tiempo sin parar de dar las gracias por tenerlos en su vida, por verlos así de risueños, aprovechando cada minuto que pasaban juntos. Por sus padres, que se unían de vez en cuando a las bromas, y por Gracia, que también hacía acto de presencia a veces. Por Naranja, que apoyaba el hocico en sus rodillas, siempre esperando que le diera algo de comer. Por su limonero, que refrescaba el ambiente del patio, uno de sus rincones favoritos del mundo.

Pensó en que le quedaba poco tiempo para disfrutar de esos momentos, y volvió a sentirse afortunada y agradecida. Sabía que Lucas y Paula estaban deseando marcharse de Valdesa, y lo harían. Aarón y Olivia, aunque eran menos ambiciosos, también tenían sus planes, y ya estaban sopesando varias opciones que tener en cuenta en cuanto acabaran el instituto.

Ella no tenía nada eso. Acabaría el instituto como sus amigos, y después... nada. No tenía ningún plan, no había pensado en ninguna opción porque, simplemente, no sabía qué podía esperar. Jamás había salido de Valdesa, ni siquiera para pasar unas vacaciones en la playa, pero no lo necesitaba. Le gustaba el pueblo, le gustaban sus rincones, sus caminos y su historia. Aunque a veces no podía evitar sentirse abrumada por la aversión de sus vecinos, seguía encontrando el modo de alejar esos pensamientos, erguía la espalda y sonreía como si nada.

–¡Estás empanada!

Lluvia parpadeó y sonrió con más fuerza.

–¡Perdón!

–Nada que perdonar, viene la tarta –exclamó Olivia.

–¿No ponemos velas? –preguntó Paula.

–¡Eso, Isaac! ¿Dónde están las velas? –dijo Olalla.

–Ya van, ya van –se escuchó la voz de Isaac desde el interior de la casa. Unos segundos después, salió triunfante por la puerta con una vela de cada color en las manos–. Aunque no son iguales.

–Da igual, papá, son geniales –respondió Lluvia.

Colocaron las velas clavándolas en el brillante chocolate que cubría el bizcocho de la tarta, las encendieron y, por algún motivo, el patio se inundó de una luz mucho más potente que la que emanaba de las velas.

Por eso, cuando llegó el momento de soplar y pedir un deseo, Lluvia solo pudo, una vez más, dar las gracias.



Las heladas

La última semana de clases antes de las vacaciones de primavera transcurrió con normalidad. Paula y Lluvia volvían a estar en las aulas, los pasillos y el autobús, como siempre, pero todos notaban que algo había cambiado. El modo en el que se movía Lluvia, la forma en la que miraba Paula. Todo ello los envolvía en una atmósfera de tranquilidad y paz, solo interrumpida por el estrés de los exámenes y los últimos trabajos que tenían que entregar antes de las vacaciones.

–¡Por fin viernes!

–No estés tan contento –dijo Lucas por lo bajo.

–¿Cómo que no? ¡Volvemos a tener vacaciones! –exclamó Aarón, bailando alrededor de Olivia. Esta rio.

–Para estudiar. No queda nada para que acabe el curso, y luego tenemos la selectividad –replicó Lucas.

Paula bajó del autobús, se despidió con una sonrisa y se fue directamente a su casa. Lluvia agitó la mano con entusiasmo en su dirección.

–Bueno, vayamos con calma –gruñó Aarón.

–Vamos, que no has estudiado nada aún –rio Olivia.

–¿Cómo lo llevas tú, listilla? –Su amigo entornó los ojos.

–Mejor que tú, seguro. –La chica sacó la lengua y después se giró hacia Lluvia–. ¿Y tú cómo vas, Lluvia? ¿Ya sabes lo que quieres hacer?

Lucas se colocó la mochila al hombro y miró en su dirección intentando disimular su interés.

–De momento, quiero dormir y descansar mucho mañana. –Sonrió la aludida–. Porque haremos alguna excursión al campo estos días, ¿no?

–Me refería a la selectividad.

–Ah, eso. –Lluvia se encogió de hombros–. Ya veré qué se me ocurre.

Y de ese modo zanjó la discusión, desvió el tema y nadie puso resistencia. Lo hizo como solo sabía hacerlo ella, sutilmente y con determinación.

A decir verdad, ya había comenzado a formarse un plan en su cabeza. A diferencia de sus amigos, Lluvia nunca había tenido claro que quisiera ir a la universidad o estudiar una carrera. En general, no sabía muy bien qué podía ser de ella cuando acabara el instituto. Por algún motivo, era incapaz de verse en ese futuro, por más que lo intentara. No se veía entrando en ninguna universidad, con un montón de apuntes entre los brazos, sentada en esos incómodos pupitres de las aulas magnas que se veían en la televisión o que les describían los profesores.

Se había esforzado, claro que sí; era solo que le resultaba imposible. Así que había dejado de intentarlo. Había desistido de verse en una situación que, indudablemente, no era para ella. Pero entonces le atenazaba el miedo, el que siempre paseaba por su mente de la mano de esos secretos que había mantenido para sí misma durante toda su vida.

¿Y si no era capaz de verse en ese futuro porque no lo tenía?

Era una idea ridícula, se decía. Nadie podía decidir qué podría ser cierto o no en el futuro, a no ser que se dieran unos pasos muy concretos. Y, a pesar de ello, no dejaba de ser una de las infinitas posibilidades. Por supuesto, sabía que, si se presentaba a los exámenes de selectividad, la posibilidad más acertada se correspondería con ser admitida para estudiar alguna carrera. Se le tendría que dar muy mal la prueba como para suspender, y había ido aprobando todo hasta la fecha, por lo que sería algo muy raro.

Sin embargo, daba igual cuánto se repitiera esas palabras de ánimo. Sentía que eran un vago esfuerzo de convencerse a sí misma de algo que de todos modos no ocurriría. Porque, aunque sabía que era imposible que el futuro estuviera fijado de antemano, seguía sin verse en él. Ese pensamiento venía siempre acompañado de una sensación de vacío, de absoluta nada, que la dejaba desarmada.

Por ese motivo callaba siempre que sus amigos parloteaban a su alrededor y discutían sobre cuánto había subido la nota de corte para determinadas carreras en las que estaban interesados. Cuando se quejaban de todo el papeleo que iban a tener que arreglar para pedir una beca. O siempre que hablaban de las diferentes universidades. A menudo disimulaba uniéndose a sus bromas o dejando escapar algún comentario, sin dar detalles de lo que pensaba.

Pero desde hacía tiempo se había formado una idea en su mente, algo que realmente la entusiasmaba. En un principio le había parecido algo irreal y disparatado. Otra tontería en la que no merecía la pena gastar el tiempo. Y volvía continuamente al punto de partida.

Aquella primavera, no obstante, sería un punto de inflexión para ella. Sentía que el tiempo se movía demasiado rápido, que la empujaba a un destino del que no podía escapar, por mucho que quisiera. Y, de alguna forma, empezó a convencerse de que los acontecimientos que se sucedieron le estaban de algún modo dando la razón.

La primera muestra de aquel destino, en realidad, ya llevaba tiempo manifestándose. Gracia no parecía haber mejorado con la subida de las temperaturas. Se había pasado unas cuantas semanas con un resfriado que no desaparecía, y sus padres estaban bastante preocupados.

Lluvia observaba a su abuela con consternación. Hacía días que la mujer no visitaba la biblioteca. Era algo demasiado raro en ella, ya que siempre encontraba el modo de ir y continuar el juego con su nieta. Pero lo peor de todo fue que aquel primer fin de semana de las vacaciones, Lluvia se encontró el juego de costura abandonado en la mesita auxiliar donde siempre lo colocaba Gracia.

Al principio no le dio importancia, pero, cuando pasaron un par de días y vio que el costurero no se había movido del sitio, se dio cuenta de que era grave.

–Mamá...

–Lo sé –respondió Olalla cuando se dio cuenta de hacia dónde señalaba su hija–. No le apetece.

Lluvia sintió que un escalofrío recorría su espalda y se encogió inconscientemente. Olalla se acercó a ella y la abrazó con cariño.

–Vamos a llevarla al hospital, a ver si le pueden hacer alguna prueba.

–¿Tiene que ser ahora? Precisamente en vacaciones.

–Cariño, hemos esperado unos días para ver si mejoraba –respondió su padre, que acababa de entrar en el salón–. Y, además, deberíamos aprovechar que todos tenemos días libres esta semana. Nos organizaremos mejor.

Lluvia asintió acurrucada contra el hombro de su madre.

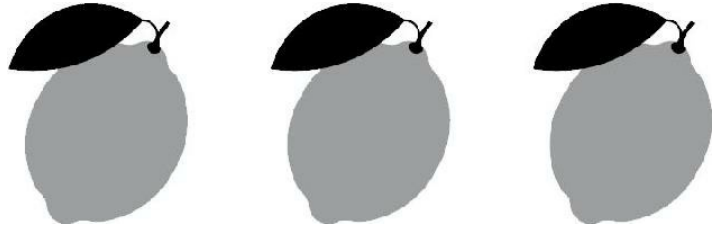
–De acuerdo. ¿Necesitáis algo?

–Que te quedes aquí y cuides de la casa, del limonero y de Naranja –Olalla sonrió.

–Contad conmigo –respondió Lluvia y sonrió ampliamente.

Olalla volvió a abrazarla sin decir nada. Ninguno mencionó ni una sola palabra, aunque estas parecían flotar densas a su alrededor.

Aquella tarde Lluvia ignoró las llamadas telefónicas de sus amigos y, antes de meterse en la cama por la noche, se miró al espejo. No le gustó lo que vio, apagó la luz y se escondió entre las sábanas rápidamente, aliviada al notar el peso de Naranja cuando el animal se tumbó sobre sus pies hecho un ovillo.



Al día siguiente, sus padres se levantaron temprano, desayunaron y se fueron con Gracia en el coche. Lluvia se quedó en la puerta y observó cómo se marchaban. De alguna forma, se estaban llevando una parte muy importante de ella, una parte que se desprendía poco a poco de su pecho, con un dolor casi físico.

Naranja se sentó sobre los cuartos traseros y miró alternativamente en la dirección del coche y hacia Lluvia, sin entender muy bien por qué ella parecía estar tan ausente.

–Venga, vamos adentro –susurró la chica después de unos minutos.

El perro se levantó despacio y la siguió al interior de la casa. Se volvió indeciso hacia la puerta cuando Lluvia la cerró tras de sí.

La chica se paró un momento frente al limonero cuando se dio cuenta de que las cuerdas que le había puesto en enero seguían ahí, y lo mantenían sujeto.

–Creo que debería quitarte esto, ¿verdad? –Lluvia sonrió mientras se acercaba al árbol.

Después de varios intentos infructuosos de desatar los nudos, decidió que lo mejor era cortar las cuerdas directamente. Así que, con paciencia y cuidado de no cortar ninguna hoja, cortó las cuerdas que mantenían al árbol fijo a las verjas de las ventanas.

–Parece mentira que ya haya pasado el invierno –susurró Lluvia a nadie en particular mientras miraba al limonero desde la ventana de su habitación–. Ha sido demasiado rápido.

Naranja ladró un poco y se movió a su lado, inquieto.

–Tranquilo, chico. –Lluvia se sentó en el suelo y comenzó a acariciarlo bajo la sombra del limonero–. Todo está bien.

No supo cuánto tiempo estuvo así, en la misma posición, pero en algún momento comenzó a notar el suelo demasiado duro y frío y Naranja se removió inquieto. Lluvia se levantó y lo observó desde arriba; el perro no paraba de moverse, gimotear y mirarla fijamente, suplicante.

–Ya nos vamos, pequeño.

Después de recoger su chubasquero y las llaves, Lluvia salió a la calle con Naranja detrás. No se alejó mucho de casa, sino que bordeó la iglesia y se dirigió al campo tras dejar atrás las últimas casas de sus vecinos. El animal salió disparado a hacer sus necesidades y al poco se entretuvo persiguiendo algunos insectos. Lluvia se dejó distraer por la despreocupación del perro,

bajó todo el camino que circulaba paralelo a la iglesia y regresó al pueblo. Fue caminando con las manos en los bolsillos, mientras su cabello, recogido en una larga coleta, se balanceaba tras ella.

Sus pensamientos viajaban con rapidez de un sitio a otro, y estaba tan absorta que no fue consciente de que había cruzado prácticamente todo Valdesa hasta que se encontró con Lucas de frente.

–Lluvia –dijo él mientras el color subía a sus mejillas. Ella lo miró divertida, como si hubiera descubierto a un niño pequeño haciendo alguna travesura.

–Luke. –Sonrió–. ¿Adónde vas?

–A casa. –Lucas se encogió de hombros, como si quisiera restarle importancia. Lluvia se dio cuenta de que había escondido las manos tras la espalda.

–¿Qué escondes ahí? –La chica acercó el rostro al de su amigo y sonrió con más picardía. Lo miró fijamente a los ojos, pues sabía que terminaría por sentirse incómodo.

Lucas retrocedió un paso, sin mover las manos.

–Nada.

–Ya, seguro. –Lluvia se movió e intentó mirar tras su espalda. –Venga, sabes que puedes confiar en mí. No te voy a juzgar ni nada.

–No hay nada que ver. –El chico se removió incómodo y evitó darle la espalda.

–Vamos, Luke. Pareces un niño pequeño...

–Mira quién fue a hablar.

Naranja daba saltos a su alrededor, ladraba emocionado con la lengua fuera y movía el rabo con alegría, como si estuvieran jugando a algo demasiado divertido. Lluvia hizo un gesto hacia el perro y Lucas, al volverse a mirar, no pudo evitar que su amiga se colocara detrás de él y le quitara lo que llevaba en las manos.

Lluvia rio, triunfante, mientras sostenía algo totalmente inesperado en sus manos; unas llaves.

–¿Y esto? –La chica frunció el ceño, con las llaves tintineando entre los dos.

–¡Eh! Te he dicho que no quería que lo vieras –gruñó Lucas, realmente molesto.

El chico se acercó y las recuperó con fuerza. Lluvia se dio cuenta de que tenía las manos manchadas de grasa.

–Perdona, Luke. No quería enfadarte.

–Nunca escuchas a la gente. Siempre haces lo que quieres.

Lluvia no dijo nada. Le sostuvo la mirada hasta que Lucas no pudo soportar más la intensidad de las pupilas azules de su amiga. El chico suspiró mientras se metía las manos en los bolsillos.

–Ve a casa a dejar a Naranja. En un rato voy y te lo cuento todo.

La chica frunció el ceño, ligeramente confusa, pero no tardó en relajar su expresión y sonreír. Hizo lo que le había dicho y lo esperó en el patio mientras regaba el limonero. Sin embargo, no estaba preparada para ver llegar a su amigo subido a una moto algo destartalada que rugía con cierta fuerza.

–Por una vez, te has quedado sin nada que decir. –Sonrió Lucas en cuanto Lluvia salió a la puerta y se lo quedó mirando con una grata expresión de sorpresa en el rostro–. ¿Subes?

–Claro.

Lluvia cerró la puerta y se acomodó detrás de su amigo.

–Tienes que mantener el equilibrio lo mejor que puedas. No te preocupes. Si crees que vamos demasiado rápido, dímelo. Y, sobre todo, no te sueltes.

–¿Crees que tengo ganas de caerme en medio de la carretera?

–No, pero no sueles tener ganas de escuchar a los demás.

–Sabes que eso no es verdad.

–¿Vas a subir?

Lluvia sacó la lengua, se abrochó bien el chubasquero y se subió a la moto de un salto. Lucas arrancó, el vehículo vibró con fuerza bajo ellos y se pusieron en marcha. Lluvia rodeó el cuerpo de su amigo con los brazos, con más fuerza de la que esperaba tener que hacer para no caerse. Comenzó a agradecer las advertencias de Lucas con las primeras curvas, pero pronto se encontró sonriendo, deleitada por la sensación de velocidad y el golpeteo de su cabello.

Lucas no decía nada. Se mantenía erguido y firme, seguro sobre la moto, como si llevara conduciéndola toda la vida. Lluvia notaba esa determinación, esa confianza que desprendía su amigo con naturalidad, y se preguntó cuánto tiempo llevaría practicando. Cuánto tiempo llevaba guardando el secreto de la moto. De dónde había salido.

Se agarró con más fuerza y dejó que los pensamientos que tenía llenos de preocupaciones se fueran escapando. Le parecía notar cómo salían de su cabeza, recorrían su cabello y se quedaban atrás, en Valdesa, mientras Lucas y ella se alejaban hacia el campo.

No escuchaba nada más que el motor y el sonido de su chubasquero cortando el viento.

No veía nada más que las siluetas en movimiento, los árboles que se quedaban atrás y se deformaban.

El único olor que parecía existir en ese momento era el del suave jabón que desprendía Lucas.

Porque esa era su sensación: la de que no existía nada más. De que todo el mundo, toda la realidad, no era más que una mancha borrosa a su alrededor.

Así que se dejó llevar.

Cerró los ojos.

La velocidad fue descendiendo y finalmente Lucas detuvo el vehículo. Despacio, con cuidado, como si no quisiera sobresaltarla. Apoyó el pie con cuidado en el camino, y se giró poco a poco. Lluvia se separó de él para bajarse después de la moto. Él la imitó.

–¡Es increíble, Luke! –Su amigo respondió con una ligera sonrisa de medio lado–. Nunca me habría esperado algo así de ti.

–Gracias por confiar en mí.

–No, no digo eso. Me refiero a que eres... No sé. –Lluvia ladeó la cabeza y se rascó la nuca –. Un poco serio.

–Es de las cosas que esperarías de Aarón, ¿verdad? –Lucas levantó una ceja.

–Eso es lo que quería decir.

Su amigo se rio. Lluvia miró alrededor.

Le llamó la atención el lugar que había escogido Lucas para parar. No era el lago, pero estaban bastante cerca. El río Tajo discurría a sus pies, serpenteando entre laderas escarpadas y rocosas, con fuerza. Lanzaba destellos plateados contra las paredes de roca y un murmullo fiero, pero agradable.

A su izquierda, aguas abajo, había un edificio cuadrado y alto que Lluvia reconoció como lo que por allí llamaban fábrica de luz, y que no era más que un antiguo molino que hacía no tanto servía como generador natural de electricidad. Llevaba tiempo en desuso, pero desprendía cierta aura de misterio. Lluvia no pudo evitar pensar en más leyendas, fantasmas y brujas.

–Entonces, ¿te ha gustado? –preguntó Lucas, y la sacó de sus ensoñaciones.

–¿La moto?

–Y el paseo.

–¡Mucho! –Sonrió Lluvia. Y era verdad. Se había alejado de sus preocupaciones por un rato, y

eso había sido más que suficiente para ella—. ¿De dónde la has sacado?

—La he arreglado yo.

—¿Qué dices? ¿En serio? —Lluvia abrió mucho los ojos—. ¿Desde cuándo?

—Casi dos años... —respondió Lucas muy bajito.

—Es genial. En serio.

Lucas la miró y sonrió, agradecido. No esperaba que le echara en cara que no le hubiera contado nada, a pesar de ser tan amigos. Los dos eran conscientes de que tenían sus propios secretos, y Lluvia nunca le reprocharía nada. Sencillamente, no era de ese tipo de personas. Lucas sabía más que de sobra que ese pensamiento ni se le había pasado por la cabeza.

—Nos podrías haber dicho algo y así te habríamos ayudado —dijo en su lugar—. Aunque reconozco que te lo has currado muchísimo. Eres genial, Luke.

Lucas se sonrojó y carraspeó ligeramente.

—Me alegro de que te haya gustado. —Sonrió y recuperó su compostura natural—. ¿Qué tal todo, Lluvia?

—Ahora que he descubierto tu secreto; mucho mejor —rio ella por respuesta. Lucas le dio ligeramente con el hombro.

—Me refiero a ti. En general.

—Estoy bien.

Lluvia sonrió y comenzó a caminar en dirección a la fábrica. Lucas la siguió, casi sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Y Gracia? —El silencio que siguió a la pregunta fue suficiente—. Vuelve a estar mal, ¿verdad?

—Sí.

Lucas siguió caminando al lado de su amiga. La tierra crujía bajo sus pies y el viento le traía el aroma a limón que desprendía el largo cabello de la chica. Se detuvo de golpe y Lluvia lo imitó. Se lo quedó mirando unos segundos, algo confusa.

—Y tú tampoco estás bien.

—¿Qué tonterías dices. —Puso los ojos en blanco—. Estoy perfectamente, ¿es que no me ves?

La chica dio unas vueltas sobre sí misma, movió las caderas y puso una mano en su cintura, como si acabara de participar en un desfile de moda.

—Tus ojeras dicen lo contrario. —Lluvia se llevó una mano a la cara—. Pensarás que no me he dado cuenta, pero tengo la sensación de que estás empeorando desde Navidad.

—Ya te he dicho que estoy bien. Pero con todos los exámenes, la salud de Gracia, los viajes al hospital... Simplemente he dormido poco.

—No es solo eso. Es todo, Lluvia. ¿Qué te preocupa? —preguntó Lucas, genuinamente preocupado—. ¿Es todo el tema de la universidad?

—¿Qué pasa con eso?

—¿Crees que no me he dado cuenta tampoco? No lo mencionas, nunca nos dices qué es lo que quieres estudiar.

Silencio. Lluvia se quedó mirando el agua discurrir bajo sus pies.

—¿Has pensado siquiera algo que hacer?

—Algo tengo en mente —respondió la chica al cabo de un rato—. Pero no tiene nada que ver con la universidad.

Cuando se giró hacia Lucas, sus pupilas brillaban con intensidad. Durante unos segundos, su amigo pensó en lo mucho que se parecían al agua. Eran azules y tenían unas chispas especiales que parecían danzar y cambiar. Se retorcían y se transformaban con un ritmo hipnótico y evocador que

Lucas era incapaz de dejar de mirar. Fue Lluvia quien parpadeó para volver la cabeza en dirección contraria.

–Pero no me lo vas a contar.

–¿Seguimos andando? Me gustaría ver la fábrica. –Lluvia se volvió con una ancha sonrisa que enseñaba todos los dientes.

El edificio de la fábrica era todavía más grande de lo que parecía desde la distancia. Un pequeño puente comunicaba el margen del río con la construcción, pero no podían cruzarlo. En verano, cuando el río estaba a su menor capacidad, el puente era visible, pero en plena primavera, con las lluvias y la crecida del río tras el invierno y el deshielo, estaba cubierto por completo. La entrada a la fábrica también parecía haber sido tragada por el agua.

–Bueno, si necesitas hablar de algo o contárselo a alguien, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? –preguntó Lucas tímidamente.

–Lo sé. –Lluvia sonrió y las chispas de sus ojos volvieron a brillar con intensidad–. Gracias, Luke.

Se quedaron otro rato callados, pero Lluvia notaba que su amigo estaba algo inquieto.

–¿Cuándo les vas a contar a los demás lo de la moto, Luke?

–Tengo que decirte algo.

Las voces de los dos se solaparon y callaron a la vez. Se miraron unos segundos y Lluvia rio. Su voz cantarina resonó como un profundo eco entre las paredes de piedra e hizo enmudecer el sonido del agua durante unos segundos.

–Pronto –respondió Lucas.

–¿Qué tienes que decirme?

Volvieron a hablar a la vez. Y Lluvia rompió a reír de nuevo. Lucas la imitó entonces, y pareció que se quitaba años de encima al hacerlo. Rio despreocupado, sus hombros se relajaron y encontró las fuerzas para decir todo aquello que llevaba tiempo esperando soltar.

–Lluvia, hay algo que llevo una temporada queriendo decirte.

–¿Hay más sorpresas además de la moto? –La chica abrió mucho los ojos y le sacó la lengua después–. Estás que lo petas, Luke.

–Supongo. –Lucas sonrió tímidamente, respiró hondo y se obligó a mirarla a los ojos otra vez–. Pero esto es más importante.

Lluvia ladeó la cabeza, intrigada. Le sorprendió la postura de su amigo: lo notaba inquieto y nervioso, y eso le parecía extraño. Estaba acostumbrada a un Lucas que solía tener las cosas bajo control, que siempre estaba sereno y pocas veces demostraba indecisión. Sabía que, fuera lo que fuese lo que tuviera que decirle, era realmente importante para él y que, de alguna forma, era algo que se salía de su zona de confort.

–Te quiero, Lluvia.

La chica parpadeó confusa. Desde luego, no esperaba eso. Frunció el ceño como si no hubiera entendido las palabras de su amigo. Como si, de repente, hubiera aprendido algún idioma extraño que nunca había escuchado.

Claro que la quería, eran amigos, ¿no? Ella también lo quería. Y mucho.

Pero esa inseguridad tan rara en Lucas..., sus ojos castaños parecían atravesarla de un modo que no lo habían hecho nunca. Se sentía desubicada, como si de repente hubiera aparecido en una realidad alternativa que nunca habría sospechado que pudiera existir.

Porque entonces comprendió todo lo que implicaban las palabras de Lucas.

–Lucas...

–No te estoy pidiendo nada, solo quería que lo supieras. Y quería saber qué es lo que piensas tú.

Por supuesto. No dudaba que su amigo le dejaría el espacio que necesitase, y sabía que nunca la obligaría a nada, pero, si había reunido el valor de expresar sus sentimientos de una forma tan abierta, era porque ya no podía contenerlos.

–Lucas, no podría estar contigo. De esa manera.

–¿Por qué no?

–Porque... No sé explicarlo.

Lluvia frunció el ceño y lo miró con seriedad. Podía aprovechar ese momento para decirle tantas cosas... Claro que lo quería, claro que no tendría problemas en estar con él de esa forma o de cualquier otra. Porque Lucas era Lucas, después de todo. Ese chico reservado y reflexivo que no destacaba, pero que siempre se echaba en falta cuando no estaba. Inteligente, elegante incluso, que nunca faltaba a su palabra ni a las personas que apreciaba. Era, sin duda, la persona más noble que conocía. ¿Cómo no querría estar con alguien así?

Pero él, a pesar de ser su amigo de siempre, su mejor amigo, no la conocía. No sabía nada de sus secretos ni sabía quién era ella en realidad. Y se asustaría al descubrir toda la verdad. Se asustaría al saber que Lluvia era un monstruo, que no merecía estar allí. Que no merecía ni siquiera el cariño que le estaba dando Lucas.

Que estaba preocupada por un futuro que no conseguía visualizar de ninguna manera. Que estaba formando un plan que no le iba a gustar a nadie y que, sin embargo, sabía que era lo mejor para ella. Un plan que, lamentablemente, implicaba dejar atrás muchas cosas. Renunciar a lo que siempre había conocido, incluidos sus sentimientos. Unos sentimientos que se había esforzado en guardar siempre bajo siete llaves, en una caja de su mente enmascarada con las sonrisas despreocupadas y esa vitalidad que la caracterizaba. Cualidades que sus amigos parecían admirar en ella y que solo habían sido herramientas para sobrevivir en un lugar donde no tenía cabida porque todos, de alguna manera, sabían que no era como ellos.

Al final, se había hecho a sí misma. Estaba orgullosa de ser quien era y como era, y se sentía feliz y agradecida de haber encontrado cierto equilibrio con su familia y sus amigos. Sin embargo, seguía habiendo tanta incertidumbre sobre todo lo que podía suceder, dadas las circunstancias, que había comenzado a tener ciertas dudas. Había tenido que empezar a improvisar con algo que no quería transformar.

Y quería contárselo todo a Lucas. A Gracia. A todos. Subirse al cerro y gritarlo para que todo Valdesa pudiera escucharla por fin. Para que todos reconocieran quién era Lluvia en realidad. Para que, si alguno le tenía miedo, fuera con motivo, de una vez por todas. Para tener que dejar de fingir que no sabía nada y, sobre todo, para demostrarles que nunca se había sentido avergonzada de ser ella misma.

Volvió la cabeza hacia el agua un momento. Aunque no era el lago, con su superficie tranquila y brillante meciéndose con suavidad, le transmitía cierta calma. Había algo en el agua que la atraía, como si en ella pudiera encontrar la solución a sus preguntas o las palabras para aquellos pensamientos que quería transmitir.

Cuando miró a Lucas de nuevo quiso decirle todo eso. Quería expulsar toda esa carga, liberarse y quedarse tan seca que no tuviera fuerzas para nada más. En su lugar, dijo justo lo que no quería, pero sabía que tenía que expresar.

–Te quiero muchísimo, pero te partiría el corazón.

Lucas pareció contener la respiración durante unos segundos.

–No lo harías. Te conozco.

–Lucas, ambos sabemos que ya lo he hecho.

Uno delante del otro en completo silencio. Hasta el río parecía haber enmudecido.

Lluvia tenía el pelo enmarañado del viaje y el aire. Lucas había puesto su expresión neutral. Y, entre los dos, el chubasquero rosa pastel de Lluvia parecía estar fuera de lugar.

–Te rompería porque no sabría corresponderte como mereces. No podría estar a la altura de tus sentimientos. Y ahora mismo necesito otras cosas.

–¿Qué necesitas?

–No desaparecer.

Lucas parpadeó, confuso. Claro que no la había entendido, se dijo Lluvia. ¿Cómo iba a hacerlo? Y, sobre todo, ¿por qué le había dicho eso? ¿Por qué era incapaz de decirle las cosas como eran?

Le había dejado ver parte de la verdad que había en todo ello. El verdadero motivo por el que Lluvia estaba tomando esas decisiones de las que tanto le costaba hablar.

Pero Lucas no le iba a preguntar más, y ambos lo sabían. Por eso suspiraron cuando él mismo habló el primero.

–Está bien. ¿Volvemos al pueblo?

–Sí, por favor.

Caminaron en silencio, deshicieron sus pasos por el camino y dejaron atrás una fábrica de luz apagada que solo parecía haber proyectado sombras sobre ellos. Se colocaron en la moto, pero ni el trayecto de vuelta fue tan agradable como el de la ida ni el olor a jabón parecía estar ya presente.

Y esa vez Lluvia no podía dejar las preocupaciones atrás, en el margen del río. En ese momento se movían con ellas a varias decenas de kilómetros por hora.



Cuando llegó a casa, eran casi las dos de la tarde. Apenas le dio tiempo a dejar el chubasquero e ir corriendo al baño cuando sus padres entraron por la puerta. Lluvia se apresuró a salir, pues deseaba saber algo de Gracia. La mujer tendría que quedarse unos días en el hospital para estar en observación y que le pudieran hacer unas pruebas muy básicas.

La visitaron todos y cada uno de los días de aquellas vacaciones de primavera. Durante ese periodo, Lluvia se olvidó de Lucas casi por completo, tan preocupada como estaba por Gracia.

Fueron unas vacaciones agotadoras, y ver a su abuela, una mujer orgullosa y con una personalidad tan arrolladora, confinada a una habitación verde y aburrida de hospital fue demasiado para Lluvia. Cada día que pasaba Gracia parecía menguar y perder parte de su esencia, como si se fuera evaporando un poco cada noche. Las pesadillas acechaban a su nieta entonces, y esta se levantaba en mitad de la noche, sobresaltada y con el pelo pegado al rostro por el sudor. Naranja, que siempre dormía en su cuarto y a menudo se acurrucaba a sus pies, había pasado a tumbarse a su lado y se despertaba en cuanto notaba movimiento. Velaba por Lluvia, se acercaba a

darle consuelo si la veía demasiado alterada y no se volvía a acomodar hasta que no percibía que la chica se había dormido.

El segundo y último sábado de las vacaciones, Gracia seguía ingresada. Esa tarde se había nublado rápidamente después de la hora de la comida y la habitación del hospital estaba sumida en una ligera oscuridad. Gracia estaba sentada en la cama y cosía despacio, y Lluvia se había hecho un ovillo en el incómodo sofá de las visitas y se había dormido hacía un rato. En un momento dado se despertó, pero no se movió del sitio. Después de unos segundos en los que trató de ubicarse, observó a su abuela por el rabillo del ojo.

–Si me sigues mirando así, me vas a incomodar de verdad.

Gracia no había perdido ni un momento de atención de su tarea. Lluvia suspiró. De verdad que se le escapaba cómo su abuela podía hacer esas cosas.

–No entiendo cómo lo haces.

–¿El qué?

–Saber cosas.

–Ay, cariño, te conozco demasiado bien. Y, además, cuando una se hace vieja, es como si se volviera bruja y notara cualquier mirada enseguida.

La mujer bajó los brazos, se quitó las gafas y la miró, satisfecha.

–Si tú lo dices... –Lluvia entornó los ojos–. ¿Dónde están mis padres?

–Los he mandado a la cafetería; espero que se vayan un buen rato.

–Eres terrible, abuela.

–Ay, mi niña. Tienes que estar muy preocupada para llamarme así.

Lluvia no dijo nada, pero dejó que su abuela la mirara durante un largo rato.

–Estás más delgada.

–Y tú –replicó Lluvia.

–Yo estoy vieja. Tú no –replicó Gracia–. ¿Estás comiendo bien? ¿Duermes lo suficiente?

–No puedo.

–¿Por qué?

–Tengo pesadillas –contestó Lluvia–. Todas las noches.

Gracia suspiró.

–¿Qué pesadillas?

–Varían un poco, pero recuerdo mucha agua, una luna y luces. A veces siento que me alejo de la superficie y me hundo. Otras ni la encuentro y estoy atrapada por el agua.

Se miraron unos segundos en los que ninguna apartó la mirada.

–No deberías preocuparte tanto, cariño –respondió Gracia, finalmente–. Son solo sueños. Quizá deberías dejar de preocuparte tanto por una vieja como yo y centrarte en disfrutar de las cosas que tienes.

–No son solo sueños.

–¿Cómo?

–Lo sé todo, Gracia.

Lluvia miró a su abuela para intentar descifrar su expresión. No había visto moverse a la mujer, pero había notado un ligero cambio en su postura, como si hubiera una tensión que no había habido antes. Se imaginó la mente de la mujer revolucionada, dando vueltas a sus palabras.

Gracia, por su parte, no dejó de observar a su nieta ni un solo instante. Y, justo cuando Lluvia iba a añadir algo más, su abuela suspiró y relajó los hombros.

–Vente aquí, anda.

Dio unas palmadas sobre la cama, a su lado. Lluvia se desperezó y se levantó del sillón, aunque sentía una pierna dormida. Se acercó cojeando y sintiendo mil agujas minúsculas recorriéndola, desde la planta del pie hasta el muslo. Su abuela hizo una mueca burlona, consciente de lo que sucedía, y Lluvia se relajó un tanto.

El colchón se hundió bajo su peso en cuanto se sentó en la cama, a un lado de su abuela. Se quitó las zapatillas, se sentó con las piernas cruzadas y la miró con seriedad.

Con un gesto de Gracia, Lluvia habló.

–Os escuché una vez hablar –susurró–. A mamá, a papá y a ti.

–¿Cuándo fue eso?

–Creo que tenía diez años o así. Tuve una de esas pesadillas, pero creo que era porque tenía fiebre –recordó Lluvia–. Iba a ir a buscarte para que me dieras agua, pero escuché voces en el salón y bajé.

Gracia no respondió. Recordaba perfectamente esa noche; una de muchas en las que había tenido la misma discusión con su hija y su yerno.

–Entendí muchas cosas. –Lluvia se cruzó de brazos, y a Gracia se le encogió el corazón al ver a su nieta de aquella manera.

–Sabes que nosotros siempre te hemos querido y siempre te querremos, ¿verdad? –replicó la mujer, casi molesta–. Da igual lo que suceda.

–Lo sé. –Lluvia sonrió ligeramente–. Pero no todo el mundo piensa igual.

–¿Y tus amigos?

–No lo saben. –Una pausa–. Creo.

–¿Por qué lo crees?

–Porque, si lo supieran, me habrían dejado de hablar hace mucho.

–Ellos te quieren por cómo y quién eres, Lluvia. –Gracia sonrió con dulzura–. Aunque lo supieran, seguirían queriéndote. Te conocen igual que nosotros.

La chica bajó la mirada. Se fijó en que su jersey, suave y fino, estaba arrugado por haber dormido con él. Sus manos parecían estar mucho más pálidas que de costumbre. Las notaba frías a través del calado de su jersey.

–Pero hay algo más que te preocupa.

–Siento que todo se desvanece.

–¿Cómo qué?

–Todo lo que he conocido siempre. Mis amigos, Lucas... –Lluvia levantó la cabeza y fijó sus pupilas azules en los oscuros ojos de su abuela–. Tú.

Gracia le sostuvo la mirada con determinación. Entendía lo que le quería decir su nieta, Lluvia lo sabía, pero era difícil saber qué decir en esos momentos.

Cualquier otra persona habría carraspeado incómoda, habría apartado la mirada, incapaz de soportar la intensidad de la de Lluvia y habría cambiado de tema rápidamente. O se habría marchado directamente de la habitación como fuera. Pero Gracia no era así.

–¿Sabes por qué hay un limonero en el patio de casa?

–No exactamente.

–Pero es importante para ti, ¿verdad? –preguntó la mujer con suavidad.

–Aunque no lo entiendo bien, sí –respondió Lluvia, y rio–. Me gusta mucho.

–Es normal. –Sonrió Gracia–. Lo plantó mi hermano cuando era pequeño.

A Lluvia le sorprendió esa confesión. Gracia había tenido muchos hermanos. La mayoría había fallecido hacía tiempo y los pocos que le quedaban estaban dispersos por el mundo. La guerra no

había tratado bien a su familia y, aunque ni para ella había sido adecuado vivir en el pueblo, su cabezonería había sido suficiente para que la mujer se mantuviera en sus trece. A menudo dejaba escapar algún comentario acerca de que nadie sería capaz de alejarla de su casa, ni siquiera un ejército y mucho menos unos fanáticos de unos valores que ella no compartía. «Si no se quedara nadie aquí para mantenerlos un poco a raya, ¿qué sería de nosotros?», solía decir. Hablar de sus hermanos le hacía recordar que ella era la única que seguía en Valdesa, y recordar todo lo que había perdido por culpa de una guerra que nadie deseaba.

–Miguel era un niño muy especial. Como era el mayor, se sentía responsable de los demás y nos cuidaba a menudo. Creía realmente que todo el mundo era bueno y que era posible construir un mundo donde todos tuviéramos cabida –Gracia sonrió. Su rostro había comenzado a brillar de alguna forma y sus ojos tenían un brillo que Lluvia había visto pocas veces–. Me enseñó muchas cosas, y gracias a todo ello pude sobrevivir en los momentos más complicados.

–Me habría gustado conocerlo –respondió Lluvia.

–Y él te habría querido muchísimo; puedes estar segura. De hecho, a menudo veo cosas en ti que me recuerdan a Miguel. Aunque no sé si es porque le echo mucho de menos. –Gracia suspiró antes de continuar–. El caso es que no debía tener suficiente con nosotros, que ya le dábamos bastante guerra, y decidió plantar el limonero que conoces.

–¿En serio?

–Sí. Estaba convencido de que crecería fuerte y sano. Nuestros padres le decían que sería imposible, que los limoneros no son para estas comarcas. Aunque hay gente que los tiene en sus patios, terminan muriendo con facilidad. Son árboles de climas más cálidos; no soportan cambios bruscos en las temperaturas.

–Pero Miguel no los escuchó. –Sonrió Lluvia.

–Claro que no. –Rio Gracia–. ¿Ves como es igual que tú?

Su nieta rio y juntó las manos sobre su regazo.

–Efectivamente, el árbol fue creciendo con el paso de los años. Y hoy está más fuerte que nunca.

–Así que, al final, él tenía razón.

–Sí –respondió Gracia–. Miguel era así: un poco cabezota. Le sobraba determinación, tenía sus propios ritmos y a menudo todos le seguíamos. Era un poco impredecible, pero siempre se preocupaba por los demás. Nos dio una importante lección con ese árbol.

–¿Qué lección?

–Que no importan los cambios bruscos que nos brinda la vida si nos mantenemos fieles a nosotros mismos y nuestros valores. Si tenemos el cariño de quienes importan realmente, estaremos siempre protegidos; no necesitamos nada más.

Lluvia miró un momento a su abuela. Lo comprendía, lo sabía. Como si fuera algo que llevara dentro sin ser consciente de ello. Esa era su conexión con el limonero; la de un muchacho muy parecido a ella que había vivido otra época y había tenido que soportar sus propias cargas. La de un ejemplo de fuerza y fiereza, cualidades que había demostrado con sencillos gestos capaces de infundir esperanza a quienes la habían perdido.

Gracia volvió a sonreír con calidez y su nieta se acercó a ella. Se hizo un ovillo a su lado y la mujer la rodeó con sus brazos al tiempo que Lluvia apoyaba la cabeza en su hombro, repentinamente reconfortada.

–La lección más importante que me dio Miguel en la vida fue esa, Lluvia. Mi hermano me enseñó que cualquier cosa es posible, y que los limoneros también resisten las heladas.



El sueño de Lluvia

–No les digas a tus padres lo que te he contado, ¿de acuerdo? Será nuestro secreto.

Lluvia rio ante la seriedad y el secretismo que intentaba mantener Gracia. Le recordó a cuando era pequeña y su abuela le compraba chucherías con la condición de que no debía decir nada a sus padres acerca del tema.

–¿Me has contado algo? ¿Qué me has contado? –Rio Lluvia, y su abuela soltó una carcajada que se convirtió en carraspeo–. Tú también eres igual que ese limonero, Gracia.

–Lo he intentado. –Sonrió su abuela, y la abrazó más fuerte.

No entendía por qué decía eso, si Gracia era la persona más fuerte que conocía, pero se dejó envolver por el abrazo y la calidez de la presencia de su abuela. Parecía que había articulado unas palabras poderosas que resonaron en la cabeza de Lluvia durante unos minutos.

Si su abuela la veía así, es porque era verdad. Así que decidió que era lo que más deseaba: ser como ese limonero, capaz de resistir lo que le echaran. No hacía falta que se lo contara a nadie, no hacía falta que lo pregonara a los cuatro vientos, como pensaba que debía hacer. Lluvia se dio cuenta de que con saberlo ella misma le bastaba; era más que suficiente. Porque, si ella era consciente de esa virtud, entonces podría hacer cualquier cosa.

Y sus acciones podrían hablar por sí solas, sin necesidad de tener que articular ni una sola palabra.

Así que no solo iba a ser un limonero por su abuela, sino por ella misma. Y ese sería su tercer secreto.

Unos minutos después, cuando Olalla e Isaac entraron en la habitación, se encontraron con Lluvia y Gracia sentadas en la cama, una enfrente de la otra, hablando, riendo y haciendo ruidos extraños.

–¿Qué hacéis? –preguntó Olalla, que se acercó con dos vasos en las manos.

–Gracia me está contando leyendas y cuentos del pueblo –Rio Lluvia mientras agarraba el vaso que le tendía su madre–. ¿Es chocolate?

–Muchas gracias, Olalla. –Gracia sonrió y dio un sorbo a su bebida–. ¡Cómo quema!

–Mamá, ten cuidado, anda.

Gracia respondió con un gesto de burla, Olalla puso los ojos en blanco, y los cuatro se enfrascaron en una conversación distendida, que desbarató algunas de las leyendas que Gracia compartía. Muchas ya las habían escuchado, otras eran nuevas y otras parecía que se las iba inventando sobre la marcha, pero Lluvia no olvidaría esa tarde plomiza de abril en la que fue anocheciendo poco a poco al tiempo que descendía el chocolate de su vaso de plástico blanco.

Cuando tuvieron que marcharse, Lluvia se acercó a su abuela, le dio un beso en la frente y le sonrió.

–Gracias por todo, Gracia.

–Eres una graciosa.

Las dos rieron y entonces su abuela la abrazó con fuerza.

Naranja salió corriendo a recibirlos en cuanto regresaron a casa. Lluvia no llegó a quitarse el chubasquero y, seguida por el perro, fue directa a los caminos que había detrás de la iglesia, como de costumbre. No se atrevía a ir más allá cuando anocheceía y, aunque esos caminos estaban bastante oscuros, las farolas de las últimas calles de Valdesa y las luces de los patios y corrales que había cerca eran suficientes para iluminarlos.

A pesar de lo mal que se había presentado la tarde, las nubes habían optado por no descargar esa lluvia que parecían contener. Habían dado paso a una noche apacible, aunque fresca. Un escalofrío recorrió la espalda de Lluvia, quien, aunque no tenía frío, sintió la necesidad de encogerse un poco más dentro de su chubasquero.

Paseando sola por los caminos y luego por las calles del pueblo, se dio cuenta de que llevaba varios días sin saber nada de sus amigos. La conversación que había mantenido con Lucas una semana atrás había quedado relegada a un segundo plano y, aunque no la había olvidado, se había obligado a no pensar demasiado en ella. En ese momento, sin embargo, los recuerdos de esa charla llegaron a ella con fuerza.

–Pero soy un limonero –dijo en voz alta.

Aunque no alzó demasiado la voz; lo justo para que Naranja pudiera escucharla. El perro la observó desde un par de metros más adelante, ladeó la cabeza y sus ojos refulgieron con un brillo extraño. Lluvia rio y se acercó a acariciarlo. Ojalá todo fuera tan fácil.

Sabía que, en unos días, cuando volviera a las clases, tendría que ver a Lucas. Confiaba en que él, dado su carácter, no la haría sentir incómoda, pero no sabía bien cómo debía comportarse ella misma.

–Supongo que lo averiguaré cuando lo vea –susurró para sí misma.

Naranja lamió su mano.

Efectivamente, unos días después, cuando todos se reunieron en la parada para coger el autobús al instituto, Lucas se mostró tan serio como siempre. Lluvia los saludó a todos con su sonrisa deslumbrante y respondió a las preguntas de sus amigos sobre el estado de Gracia con tranquilidad.

–Siento no haberos hecho mucho caso estos días, chicos –se disculpó.

–No te preocupes, Lluvia, es normal. –Olivia tomó su mano con suavidad–. Pero podrías habérselo dicho, por si necesitabas alguna cosa.

–Qué va, no necesito nada, pero debería haberos contado algo antes.

–Al final nos enteramos. –Aarón se encogió de hombros–. Esto es un pueblo, ¿recuerdas?

Lluvia asintió y se volvió en su asiento. Lucas, al otro lado del pasillo, la miró impertérrito, sin demostrar ningún tipo de emoción, sin dar ninguna pista de qué era lo que le pasaba por la cabeza. Lluvia le sonrió con suavidad y se recostó en su sitio.

Los días pasaron con asombrosa velocidad. El final del trimestre fue agotador para todos, pues a diario tenían muchos trabajos, exámenes y deberes que preparar. Fueron semanas decisivas para saber si realmente podrían presentarse a la selectividad y para ir perfilando su nota final del curso.

Las pausas entre clases pasaron a ser silenciosas y hasta terroríficas, ya que todos estaban callados y aprovechaban cada minuto para terminar algo que no les había dado tiempo a hacer la noche anterior o para repasar unos apuntes. O simplemente para meditar y perderse en mil ideas de cosas que podrían salirles mal en los exámenes finales o de acceso.

Otras veces, en cambio, las pausas y los recreos eran bulliciosos, todos los alumnos se ponían a hablar o a discutir sobre los resultados de los problemas de matemáticas o gritaban histéricos sobre lo hartos que estaban.

Paula se animó a celebrar su cumpleaños, por insistencia de Lluvia, que la convenció de hacer una fiesta en su casa.

–Es muy grande, cabemos todos. Como cuando éramos pequeños.

–Eso, ¿y por qué no nos das invitaciones, de esas que tenían ositos, globos y confeti dibujados?
–replicó Aarón para burlarse de Lluvia.

–Y tú te quedas en la puerta, sin tarta –le respondió Lucas.

–Pues a mí me encanta la idea. –Olivia se encogió de hombros, divertida.

Y eso hizo Paula al final. Sin mandar invitaciones, los reunió a todos en su casa, en la sala vacía de las baldosas descoloridas. Sus padres la ayudaron a poner una mesa que tenían guardada en una habitación que hacía las veces de trastero, y Carol y ella decoraron la habitación con unos banderines y globos. Descorrieron las cortinas y dejaron que la luz de la tarde entrara en la habitación y, cuando todos llegaron, Paula sintió que la estancia se había transformado por completo.

Se olvidó de las veces en que había estado ahí tumbada, sola, sobre las frías baldosas del suelo. Se olvidó también de la soledad, el vacío y la incertidumbre.

A pesar de estar agobiada, como todos, con los exámenes, se permitió a sí misma relajarse y disfrutar. Y se descubrió pasando una tarde increíble, riendo y sintiéndose realmente agradecida.

Aunque tuvieron pocas tardes para relajarse como solían hacer, los días se sucedían rápidamente. Así y todo, el curso finalizó y, cuando quisieron darse cuenta, el ansiado y temido mes de junio les dio la bienvenida. Era curioso pensar que, tan solo unos meses atrás, cuando aún estaban disfrutando de la lluvia de estrellas en la última acampada, junio parecía un punto en el calendario demasiado lejano.

Lluvia sonreía y apoyaba a sus amigos cuando los veía tan agobiados por la selectividad, repasaba con ellos los últimos temas y se aseguraba de que los llevaban bien. Se veían poco, apenas algunas noches después de cenar, por salir un poco y despejarse. Encuentros cortos en los que el tema predominante giraba siempre alrededor de los exámenes.

Ella no participaba mucho de esas conversaciones y pasaba los días en casa o paseando sola por el campo. A veces en compañía de Naranja, e incluso en algunos momentos, cuando tenían un rato libre, con alguno de sus padres. Lluvia había tomado por fin la decisión que ya llevaba tiempo digiriendo.

–Entonces, si no te presentas a selectividad, ¿vas a probar a hacer algo de Formación Profesional? –le preguntó Olalla.

Gracia había vuelto del hospital un par de días después de que acabaran las vacaciones de primavera. Desde entonces, había estado en la casa, pero su presencia distaba mucho de ser lo que Lluvia recordaba. Ya no cosía nada en absoluto.

–Voy a mirar qué hay. Pero antes tengo otros planes.

–¿No nos vas a contar nada? –quiso saber Isaac.

–Cuando lo tenga más claro. –Sonreía su hija.

Sus padres la miraban con cierta preocupación.

–Sabes que, tomes la decisión que tomes, puedes preguntarnos y contar con nosotros para lo que necesites, ¿vale? –le dijo Isaac.

–No queremos presionarte para que hagas nada que no quieras, aunque tampoco nos gustaría

que perdieras la oportunidad de estudiar alguna carrera o lo que sea, si es lo que deseas.

–No os preocupéis –contestaba Lluvia–. Es solo que aún estoy pensando algunas cosas. Pero de momento no quiero ir a la universidad.

–De acuerdo, no pasa nada.

Como todos estaban preocupados por su futuro más inmediato, sus amigos no se pararon a pensar mucho en lo que le sucedía a Lluvia. Suponían que estaría en su misma situación y que pasaría las horas estudiando sin parar. Cuando pasó la selectividad y el espíritu del verano y la libertad volvió a hacer acto de presencia, la ausencia de su amiga se fue haciendo más y más palpable cada día.

Lluvia desaparecía durante el día y salía por las noches, en las que aprovechaban para pasear, subir al cerro o sentarse en un banco cerca de la escuela mientras devoraban una bolsa de pipas y hablaban sin parar.

No volvió a verse a solas con Lucas, y este no mencionó nada de la moto al resto. Lluvia se preguntó si la había vuelto a sacar o si la había guardado de nuevo donde quiera que la tuviera, para mantener a salvo su secreto.

Lluvia disfrutaba de esos momentos nocturnos junto a sus amigos. Pasaba más ratos en silencio, a diferencia de como solía hacer, y los observaba. Se fijaba en la tolerancia equilibrada que habían alcanzado Olivia y Paula, quienes siempre se sentaban a ambos lados de Aarón. Se reía con las ocurrencias de este y procuraba no perderse ninguna sonrisa de Lucas.

–Oye, Oli, no nos has contado qué ha pasado al final con tu hermano –preguntó un día.

Todos callaron. El nombre de Andrés flotó en el aire unos segundos y, aunque evitaron mirar a Paula, era indudable que de alguna manera se había convertido en el foco de la atención. Lluvia miró a su amiga y se alegró al descubrir que, en apariencia, la tensión que le provocaba la mera mención del hermano de Olivia no parecía ser nada más que algo del pasado.

–Vuelve en un par de días, cuando acabe los exámenes finales de la universidad. Y para estar por mi cumpleaños.

–No le vemos desde hace meses –comentó Lucas.

–No. Desde que le pillaron con sus amigos no ha vuelto a casa. –Olivia se encogió de hombros–. A mis padres les dice que tiene mucho trabajo con la universidad, pero yo sé que tiene miedo de que lo metan en la cárcel o algo así.

–¿Qué pasó?

–Lo que os comenté: se metió con sus amigos en una propiedad privada.

–Ya hay que ser tonto, la verdad –replicó Aarón.

–Se les metió en la cabeza que había un tesoro escondido en los túneles de El Puente –dijo Olivia–. O algo así escuché que les decía a mis padres la noche antes de irse.

–El tesoro del mago –susurró Lluvia.

Sus amigos se callaron y se volvieron hacia ella.

–¿Qué? ¿Tú también te crees esos cuentos? –Rio Aarón.

–Me sé muchos cuentos.

–Es cierto, Gracia siempre está contando historias, ¿no? –Lucas la miró con indecisión.

–Sí. Me ha explicado muchas cosas del pueblo.

–¿Y qué pasa con ese tesoro del mago? –preguntó Olivia, genuinamente interesada.

–¿Queréis que os cuente su historia? –Sonrió Lluvia.

Ese era su terreno favorito, así que, en cuanto todos asintieron, se acomodó en la roca donde estaba sentada, en el cerro, y miró un momento a Valdesa, cuyas farolas y luces salpicaban todo el

terreno bajo sus pies. Cerró los ojos unos segundos, irguió la espalda y se dejó deleitar por la suave y fresca brisa nocturna. Cuando giró la cabeza hacia sus amigos, les sonrió con dulzura y comenzó a narrar la historia que tantas veces había escuchado de la boca de Gracia.

–Pues resulta que hace mucho tiempo llegó un mago a El Puente. Le gustó tanto el lugar, las gentes, la presencia del río... que decidió quedarse.

Durante los siguientes minutos, Lluvia relató la historia de Gracia tal como la recordaba, y dio la mayor cantidad de detalles posibles e incluso hizo algunos efectos de sonido que provocaron las risas de sus amigos. Los demás la escucharon con curiosidad, totalmente en silencio, envueltos por la magia que evocaba la narración de Lluvia.

Por unos instantes, pareció que realmente todo lo demás desaparecía, que solo existía la cristalina y suave voz de Lluvia. Los transportó a otra época, a otro lugar, con otras gentes. Veían el río bajar más libre y más salvaje, más mágico y mucho más limpio y cristalino. Vieron sus peces, vieron al mago perder su propio anillo. Se imaginaron los túneles y el tesoro, e incluso cómo construyeron el puente.

Las delgadas manos de Lluvia se movían en una danza hipnótica al compás de su voz y su largo cabello se mecía con suavidad a su espalda. Algunos mechones, suaves y lisos, se resbalaban a ratos por sus hombros. Lucas procuraba no fijarse demasiado, pero le resultaba difícil ignorar los suaves movimientos, totalmente ajenos a su interés, que hacía Lluvia, tan inmersa estaba en la narración. El chico ni siquiera se dio cuenta de cuándo dejó de hablar ella hasta que de pronto notó que Olivia suspiraba a su lado de forma casi imperceptible.

En ese instante, la suave melodía de los grillos y la hierba meciéndose hicieron eco de las palabras de Lluvia.

–Y así es como el tonto de Andrés llega a pensar que ese tesoro sigue en los túneles del pueblo. Fin. Qué bonita historia.

–Pues algo así sucedió, la verdad. –Rio Olivia–. La bronca que le cayó de parte de mis padres fue bastante épica.

Todos rieron.

–De todas formas, le va a caer otra cuando llegue. Escuché a uno de sus amigos decir que no le iba bien en los exámenes.

–Se lo merece. –Lluvia se encogió de hombros–. No me gusta desear nada malo a nadie, pero él simplemente lo merece.

–Estoy de acuerdo –respondió Olivia.

–Y espero que no se atreva a acercarse a nosotros –gruñó Lluvia, que giró la cabeza hacia Paula. Esta levantó las manos.

–No tengo intención de dejarle tampoco.

–¡Esta es nuestra Paula! –exclamó Aarón, que zarandeó a su amiga con fuerza en un intento bastante torpe de abrazo.

–Creía que seguías enfadado conmigo.

–¿Yo? Qué va –respondió Aarón–. Te comportaste como una auténtica imbécil, pero has sabido llevarlo y has vuelto a ser la que eras.

–¿Tanto cambié?

–Mucho –asintió Lucas–. No parecías tú.

Paula agachó la cabeza, abrumada.

–Pero eso son cosas del pasado, Pau. Me encanta que estemos todos juntos otra vez –respondió Lluvia–. ¿Y con tus padres, qué tal va?

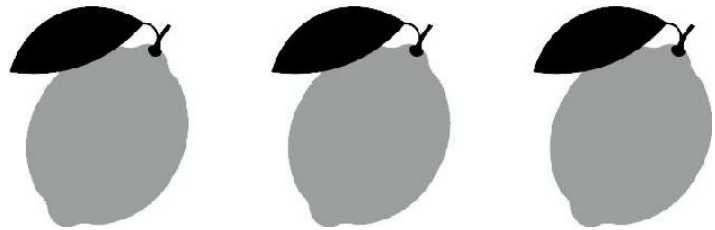
–Poco a poco –respondió Paula–. Comienzan a aceptar que me quiero ir a Madrid o a Salamanca a estudiar. Carol me ha ayudado a mirar todos los planes y las carreras.

–¡Me alegro! –exclamó Lluvia.

Cuando se despidieron esa noche, Lluvia no pudo evitar sentirse inquieta. Le habría gustado haber aprovechado el momento para abrirse con sus amigos, haberles contado sus planes y haber escuchado lo que fuera que tuvieran que decirle. Sin embargo, se había encontrado, una vez más, escuchando sus planes animadamente sin intervenir demasiado y soltando bromas y regalando sonrisas como si nada.

Compartir una historia de Gracia le había hecho sentir de alguna forma que era ella quien la estaba narrando. Como si hubiera tomado prestada su voz.

Se detuvo enfrente de la puerta, ya cerrada del todo, y sintió un imponente cansancio. Los brazos le pesaban, la cabeza le zumbaba y le dolían los pies. Abrió con toda la suavidad que pudo, se deslizó rápidamente y cerró con agilidad. Subió despacio la escalera hasta su cuarto, sin hacer ni un ruido, pero se detuvo frente a la puerta de Gracia. Después de unos segundos conteniendo la respiración, suspiró tranquila al escuchar un suave ronquido. Cerró los ojos, se alejó despacio y se tumbó en la cama, con Naranja al lado.



Los días que siguieron fueron extraños. El calor azotó Valdesa sin piedad, hasta tal punto que resultaba asfixiante. Los ventiladores eléctricos giraban sin parar y movían el aire cálido del salón y las habitaciones.

Apenas se veía gente por la calle durante el día, y todos salían o bien por la mañana temprano o bien cuando comenzaba a caer la tarde. Regresaron los días de piscina y de juegos de cartas y las bicicletas recorrían las calles del pueblo. La soledad del invierno había desaparecido y, en su lugar, el bullicio inundaba Valdesa cada atardecer.

Lluvia observaba esos cambios desde su ventana. Apenas salía más que para acompañar a Naranja a hacer sus necesidades, al igual que se preocupaba de que no le faltara agua al limonero.

Pasaba horas leyendo en su habitación desordenada, con las ventanas abiertas de par en par y las cortinas desplazadas a un lado. La ropa se acumulaba en su silla, los papeles se desordenaban en su escritorio y Naranja se sentaba en el suelo de madera a sus pies, en silencio, y la observaba a menudo como si no entendiera dónde estaba la chica que lo había salvado de la calle.

Se trenzaba y destrenzaba el cabello, lo retorció y le daba vueltas sobre su cabeza, se lo recogía en moños y coletas que terminaban por deshacerse al poco rato. Se lo dejaba caer entonces y se miraba en el espejo, pero no le gustaba lo que veía. No sabía qué pensar de la imagen que le devolvía la superficie pulida, que parecía gritar esas palabras de odio y de rechazo silenciosas que inundaban la atmósfera en Valdesa allá por donde pasara. Y por eso no quería salir, para evitar darles más motivos para verla despreciable.

Porque, aunque no creía que lo fuera, no podía evitar pensar que estaba transformándose en una peor versión de ella misma. Una versión más delgada, como si se estuviera desintegrando poco a

poco. Los ángulos de su cuerpo eran cada vez más afilados. Sus muslos, más finos. Sus manos, más huesudas. Su pelo había perdido el brillo. Sus ojos...

Un ruido en la planta baja la hizo volver a la realidad.

Escuchó un motor que recordaba vagamente.

–Mierda.

Se terminó de arreglar la trenza que se estaba haciendo y se calzó rápidamente unas sandalias. Bajó a toda prisa, pero se detuvo un segundo al ver a Gracia en el sillón del salón. La mujer había escogido su rincón favorito, pero no estaba cosiendo, sino que dormitaba con la cabeza echada hacia atrás y la boca ligeramente abierta.

Se giró para salir.

–¿Lluvia?

–Gracia, sigue durmiendo. Ha venido Lucas.

–Oh, vale. –La voz de su abuela sonaba débil y muy baja–. Pásalo bien.

–No, no voy a salir.

–Claro que sí, no te preocupes por mí. Me quedo con Naranja.

Lluvia no respondió y salió a recibir a Lucas. Estaba de pie al lado de la moto, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Hola –dijo Lluvia.

–¿Vienes?

–¿Adónde?

–A dar una vuelta solo.

–Podemos caminar. Para algo tenemos las piernas.

Lucas frunció el ceño, confuso. Se quedó mirando a su amiga y, a pesar de lo incómoda que empezaba a sentirse con el escrutinio, Lluvia levantó la barbilla, desafiante. Lucas suspiró y terminó por relajar los hombros. Se volvió hacia el vehículo, se acomodó y lo puso en marcha.

–Haz lo que quieras.

Siguiendo un impulso, Lluvia se acercó y se sentó en el hueco que quedaba detrás de su amigo. Como había hecho meses atrás, lo rodeó con sus brazos con fuerza y no pudo evitar relajarse al sentir la espalda de Lucas bajo su abrazo.

Se movieron con velocidad a través de las calles de Valdesa. En esa ocasión, Lucas tomó un camino distinto y se dirigió a El Puente. Lluvia observó divertida que paraba justo delante del puente, precisamente.

Seguramente, pensó, ni siquiera el mago pensaría que aquel lugar se convertiría en una zona casi turística, un paseo lleno de árboles y bancos de piedra a los que la gente acudía a refrescarse.

–Hacía mucho que no hablábamos –soltó Lucas después de unos minutos de silencio.

–Y por eso has decidido venir a buscarme sin preguntarme antes si quería hablar –replicó Lluvia, tajante–. Eres muy considerado.

–No seas tan dura –respondió él–. Nos tienes preocupados, ahora casi no te vemos.

–Tranquilo, no estoy saliendo con ningún idiota.

Lucas suspiró y apartó la mirada de su amiga. No la reconocía, no entendía qué estaba pasando por su cabeza. De reojo, vio que se cruzaba de brazos y se quedaba con la mirada ausente. Se volvió hacia ella.

–Todo ha cambiado radicalmente.

–Han cambiado muchas cosas, Luke, pero no tiene por qué ser malo. –Lluvia lo miró y frunció el ceño–. Quiero decir, ya hemos acabado el instituto y ahora todos os vais a ir a la universidad, y

es genial.

–Sabes que no me refiero a eso –respondió Lucas, sereno–. Me gustaría poder arreglar lo que hice en primavera.

–No tienes nada que arreglar, Luke –respondió Lluvia con suavidad.

–Y tú no tienes por qué hacer como si no hubiera pasado nada, Lluvia.

Lucas dio un paso en su dirección; Lluvia no se movió, sino que lo miró directamente a los ojos, como solía hacer. Él se acercó un poco más y, en un acto de valentía, acercó una mano al rostro de su amiga. Tomó su pelo trenzado con suavidad y lo colocó despacio sobre su hombro.

–Creía que lo habíamos aclarado ya –dijo Lluvia.

Había tristeza en su voz. Cansancio, incluso. Lucas no supo cómo interpretarlo, porque, a pesar de haberla visto pasar por numerosos estados, incluso después de haberse llevado algunas sorpresas ese último año, la tristeza que adivinaba en ese momento en sus gestos y su mirada era demasiada para soportarla.

Ella mantuvo la cabeza alta, orgullosa y determinada, pero sus pupilas se habían vuelto más densas y oscuras y el azul de sus ojos había perdido tanta intensidad que parecía una foto vieja y descolorida.

Nunca, jamás, se le habría ocurrido que pudiera existir algo en el mundo capaz de producir ese efecto en la mirada de su amiga. Era una persona inquebrantable, resistente y luchadora, y jamás la había visto perder su sonrisa. ¿Cómo era posible que hubiera perdido el color y el brillo? ¿Dónde estaba el color de su piel y por qué sus ojeras eran más oscuras y estaban más marcadas que nunca?

La sensación de enfado y de dolor por las contestaciones cortantes y duras de Lluvia se desvanecieron.

–¿Qué te ha pasado, tormentilla?

Lluvia sonrió, aliviada. No había sido consciente hasta entonces de lo mucho que había echado de menos que Lucas la llamara así.

–Nada, estoy bien. De verdad. –Se le hizo un nudo en la garganta.

–Yo creo que no. –Lucas dio otro paso en su dirección–. Déjame ayudarte. Por favor.

Con infinito cariño, Lucas tomó una mano de Lluvia entre las suyas. La acarició despacio, con dulzura, y le transmitió su calor. Lluvia se dejó hacer y agradeció el contacto. Los sentimientos de su amigo le llegaron con una intensidad inesperada.

Se quedó mirando sus manos unidas, reconfortada con el tacto de las de Lucas, suaves y cálidas. Se preguntó cómo sería vivir sintiendo esas manos siempre a su lado. Le gustaba la idea, le hacía sentir bien... Pero sabía que era algo que no estaba a su alcance.

–Nadie puede, Luke. –Calló un momento y suspiró, bajó los hombros derrotada y lo miró de nuevo a los ojos. La expresión de Lucas, aunque era complicada de leer, dejaba entrever un matiz de súplica que le partió el corazón–. Ni siquiera tú. Por mucho que me gustaría que fuera de otro modo.

–Eso no puedes decidirlo tú.

–No hay nada que decidir. Las cosas son como son. Ni siquiera he elegido ser quien soy, ¿cómo puedo cambiar lo demás?

–Tomando decisiones.

–Eso llevo haciendo toda la vida, Lucas. Pero hay cosas de las que no puedo escapar.

–¿No me vas a decir qué son? ¿Por qué tanto secreto? ¿Qué te sucede, Lluvia?

La chica se apartó, retiró la mano y toda la magia de la conexión que había entre ellos se

rompió. El río pareció agitarse bajo sus pies y de pronto se dieron cuenta de que el sol estaba prácticamente oculto en el horizonte.

–Deberíamos volver al pueblo. He dejado a Gracia sola en casa.

Lucas retiró la mano, la dejó al lado de su costado y se volvió sin decir nada. Con decisión se alejó hacia donde había aparcado la moto y Lluvia lo siguió. Notó su cuerpo rígido y tenso todo el camino de vuelta y ni se molestó en despedirse de ella cuando se bajó del vehículo en la puerta de su casa.

–Gracias –susurró Lluvia mientras observaba cómo su amigo se alejaba en dirección a la plaza baja–. Espero que algún día me perdones.

Cuando el sonido del motor se desvaneció por completo, Lluvia entró en la casa. Un par de horas más tarde, cuando ya había terminado de cenar y había acompañado a Gracia a su dormitorio, se sobresaltó al escuchar el teléfono. Corrió a descolgar el aparato.

–¿Sí?

–¿Lluvia?

–Sí, ¿quién eres?

–Nico.

–Ah, hola, ¿qué necesitas?

–¿Está Lucas en tu casa? –La voz de Nico sonaba insegura.

–No, ¿por?

–Es que me dijo esta tarde que había quedado contigo.

–Sí, ha venido a buscarme, hemos dado una vuelta y se ha ido a casa. –Lluvia se sintió repentinamente inquieta–. ¿Por?

–Es que no ha vuelto aún... Le hemos estado esperando para cenar...

Súbitamente preocupada, Lluvia telefoneó a los demás. Ninguno sabía dónde se encontraba Lucas.

–La moto –se dijo a sí misma–. Papá, ¿puedes llevarme a un sitio?

–¿Ahora?

–Por favor, es importante.

–Te llevo yo –respondió Olalla.

Unos minutos después, las dos estaban metidas en el coche y circulaban por un camino de tierra.

–¿Estás segura de que está por aquí?

Lluvia deseaba con todo su ser no estar equivocada. Si no había vuelto a casa, Lucas debía haberse ido a dar una vuelta por el campo. Conociéndolo, se habría ido a un sitio tranquilo y alejado de la gente, donde pudiera pensar tranquilo. El único lugar que encajaba con esa descripción era el lago.

–¡Para!

Olalla se giró al tiempo que pisaba el pedal del freno con todas sus fuerzas. El vehículo se deslizó un poco más sobre la arena suelta hasta detenerse por completo. Lluvia abrió la puerta del copiloto con fuerza y salió atropelladamente y tropezó con sus propios pies. Se quejó en silencio cuando sus angulosas rodillas chocaron entre sí. Extendió los brazos para mantener el equilibrio; corrió con todas sus fuerzas hacia un lado del camino. Su madre paró el motor, salió por la puerta del conductor y corrió detrás de su hija hasta casi chocar con ella cuando Lluvia se detuvo en seco.

En el suelo, justo delante de ellas, estaba la moto de Lucas.

–No puede ser –susurró Olalla mientras se llevaba las manos a la boca.

—¿Lucas? ¿Luke? —exclamó Lluvia mientras miraba de un lado a otro.

Se movió con torpeza entre las piedras y las hierbas, movida por la angustia y la preocupación.

—¡Luke!

Estaba agotada, gritaba con todas sus fuerzas y apenas sentía los arañazos de las plantas sobre sus piernas. La luz de los faros del coche proyectaba sombras extrañas y cambiantes a su alrededor.

Y entonces lo vio.

A escasos metros de la moto, Lucas estaba tumbado en el suelo, con el casco todavía puesto.

Lluvia se acercó corriendo, pues se temía lo peor. Le sobrecogió la postura de su amigo; tumbado en el suelo, de lado y con la cabeza apoyada encima del brazo extendido, hacía que pareciera hasta tranquilo. Como si solo se hubiera tumbado a echarse una siesta.

Se arrodilló a su lado y escuchó los pasos apresurados de Olalla acercándose. Ni siquiera miró alrededor para comprobar si había sangre. No se atrevió a quitarle el casco, por si le hacía daño.

—Respira —dijo solamente.

Olalla se agachó a su lado y respiró profundamente. Lluvia apenas notó su mano rozando su hombro en un intento de confortarla.

Fue otra noche intensa. De hospitales, prisas y trayectos interminables. Afortunadamente, pronto les dieron noticias de que Lucas estaba fuera de todo peligro. Aunque solo había perdido el conocimiento al caerse de la moto, debía quedarse en el hospital a pasar la noche y después pasaría unas horas en observación.

A Lluvia le impresionó mucho ver a los padres de su amigo tan afligidos, y evitó hablar mucho con ellos. Se despidieron cordialmente, pero la culpabilidad no abandonó a la chica.

Pasó otra noche inquieta en la que ni siquiera llegó a dormirse del todo. A sus pesadillas habituales se le sumó el sentimiento de responsabilidad por lo que le había sucedido a su amigo. Al menos tenía el consuelo de que el accidente había ocurrido cuando volvía a Valdesa y que no había pasado mucho rato tumbado en el suelo según los médicos. Pero no dejaba de pensar que, si no le hubiera dicho aquellas cosas, no se habría ido inquieto y no habría tenido la necesidad de irse por ahí solo.

Reflexionó sobre lo mucho que necesitaban todos salir de Valdesa de vez en cuando. Cómo la atmósfera llegaba a ser irrespirable en un pueblo tan pequeño y, ahora comprendía, lleno de fantasmas y limitaciones. Fantasmas incorpóreos sobre los que nadie tenía control; fantasmas que se colaban por las ventanas abiertas, reptaban por el suelo y dormían junto a ellos todas las noches. Y, si alguien quería huir de ellos, lo único que podía hacer era correr y alejarse del pueblo, donde pudiera. Donde le permitieran sus medios. Donde pudiera sentir un mínimo de tranquilidad, aunque fuera por unos segundos.

Entendía por qué algunos de sus amigos, como Lucas y Paula, hacían lo que ella: escapar del pueblo. Más aún, ellos lo tenían claro desde hacía tiempo; se irían a estudiar fuera y no tenían mucha intención de volver.

¿Y ella?

Ni siquiera sabía si podía escapar de Valdesa. Nunca se había aventurado más allá de las delimitaciones municipales que, aunque invisibles, dejaban muy claras las barreras del pueblo. Como mucho había ido algún día a El Puente o La Torre, los pueblos más cercanos. Y siempre había sentido ese fantasma personal que tiraba de ella y la obligaba a volver a Valdesa.

Y, ahora que estaba allí, sentía que desaparecía. Como si su cuerpo se fuera vaciando, sus huesos se fueran haciendo más ligeros y sus pensamientos, más etéreos.

Aquella noche lloró.

Lloró como nunca lo había hecho, pero en silencio.

Inundó la almohada, manchó su pelo y su rostro se enrojeció.

Lloró por Lucas y por Paula. Por la risa de Olivia y la voz de Aarón. Por el eco de unas calles que se conocía como la palma de su mano. Por la solemnidad de las campanas de la iglesia, que solían despertarla cada domingo. Por el olor del campo en primavera, especialmente al amanecer, y las caricias del aire cálido de las noches de verano.

Por la presencia acogedora de la luna, la quietud de la superficie del lago y la melodía de la hierba al rozarse.

Lloró por Naranja y su limonero. Por (ahora que lo conocía) la presencia de Miguel. Por sus padres.

Por la luz de Gracia, que notaba apagarse poco a poco cada día.

Lloró por todo aquello a lo que tenía que renunciar.

Por primera vez, se atrevió a decirlo en voz alta. Su mayor deseo, su sueño.

–No quiero desaparecer –susurró mirando al techo, con los ojos anegados en lágrimas–. Así que me iré lejos de aquí.

Conocería el mundo si su propia maldición se lo permitía.

Cuando llegara el momento.



La estrella

El mes de julio de 1996 fue, probablemente, uno de los peores que recordarían algunos de los habitantes de Valdesa.

El tiempo parecía haberse vuelto loco, y pasaban del calor extremo y asfixiante, incluso de noche, a días de intensas tormentas eléctricas. Se produjeron importantes destrozos en los campos y las granjas, se estropearon tejados y se rompieron decenas de antenas de televisión.

Lucas recibió su carta de aceptación en la universidad con destino Madrid. Paula se iría a Barcelona. Aarón y Olivia tendrían que desplazarse a Toledo para continuar sus estudios, pero volverían a Valdesa cada fin de semana.

Las cartas y las llamadas que fueron confirmando los planes y los sueños de cada uno caían como jarrones de agua fría sobre el grupo. Siempre habían sido conscientes de que ese momento llegaría tarde o temprano, y, aun así, las sensaciones que estaban experimentando distaban mucho de cualquier situación que hubieran imaginado.

Lluvia iba y venía, como los nubarrones y las olas de calor. La veían a menudo de noche, cuando aparecía esporádicamente y se quedaba un rato con ellos. A veces también se dejaba ver cuando volvían de la piscina, a la que parecía que solo iban a jugar a las cartas y beber Coca-Cola sentados en las toallas, con la ropa puesta. Pero los encuentros eran escasos y fugaces y apenas les contaba nada, sino que se limitaba a participar de sus bromas y dejar caer algún que otro comentario, como llevaba meses haciendo.

Olivia y Lucas eran los que más apreciaban esos minúsculos detalles, esas pequeñas variaciones en la vibración de la voz de Lluvia o esos gestos más premeditados que veían en su amiga. Pero ninguno ignoraba que estaba más delgada y que sus mejillas estaban más hundidas.

Aunque Lucas no la evitaba, resultaba patente para todos que entre ellos se había producido un distanciamiento que poco tenía que ver con el espacio físico que dejaban entre los dos cuando se sentaban el uno al lado del otro. Ni siquiera Aarón, con su descarado característico, se atrevió a preguntarles nada al respecto.

Un día, cuando se estaban despidiendo antes de la hora de la comida, Olivia se inquietó mucho. Años después trataría de explicarlo, sin mucho éxito, pero, cuando vio que Lluvia les daba la espalda para irse a su casa, sintió algo parecido a un escalofrío.

—Lluvia.

El nombre de su amiga salió de su boca sin que pudiera detenerlo. La aludida se giró, sorprendida, y miró a Olivia interrogante. Arqueó las cejas y sus apagados ojos azules se fijaron en las pupilas de Olivia.

Pero no supo qué decirle. Así que le sonrió como solía hacer: desinteresadamente y con dulzura.

—Nos vemos mañana.

—Claro, Oli. Hasta mañana. —Lluvia le devolvió una sonrisa que no llegó a sus ojos y Olivia pensó que había perdido todo el color que la caracterizaba.

A la mañana siguiente se enteraron de lo sucedido.

Amaneció un día muy extraño en Valdesa. El cielo estaba encapotado y había una especie de electricidad vibrante en el aire. Las calles estaban inusualmente calladas y vacías.

Cuando Lluvia abrió los ojos aquella madrugada, después de haber pasado otra noche en vela, aún el mundo se veía en tonos de gris. Naranja lamía su mano con suavidad, gemía bajito y la sombra del limonero se proyectaba a través de las cortinas como un guardián.

Entonces lo supo.

Gracia había terminado de apagarse.



Sus padres y ella se pasaron horas llorando, con el rostro congestionado y enrojecido, mientras recibían a vecinos y familiares. Lucas y los demás fueron de los primeros en llegar y de los últimos en irse; no se separaron de Lluvia en ningún momento y no trataron de consolarla o de arrancarle ninguna palabra. Simplemente se mantuvieron ahí, a su lado, y agarraron su mano en algunos momentos. Incluido Lucas.

Cuando todos los trámites estuvieron hechos y pudieron volver a casa a descansar, Lluvia se sentía extraña. Parecía que en cualquier momento en el que girara la cabeza Gracia seguiría sentada en su lado del salón, con sus pesadas gafas sobre su angulosa nariz, o estaría preparándole un chocolate caliente en la cocina.

Y, aunque Gracia ya no estaba ahí, sabía que seguiría presente durante toda su vida.

A pesar del agotamiento de las últimas horas, en las que no había dormido más que de costumbre, salió de la casa. Caminaba tan ausente que no se dio cuenta de que Naranja la seguía. Se movía por las calles de Valdesa de forma automática, subiendo y subiendo, hasta que en un momento dado parpadeó y se encontró en el cerro del pueblo.

El sol empezaba a caer y las sombras se habían hecho más alargadas. Aún vibraba el aire cálido a su alrededor y unas nubes esponjosas inundaban el cielo.

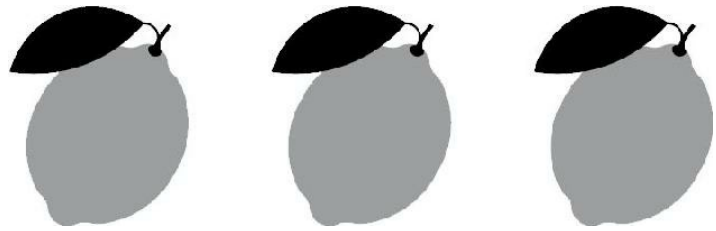
Lluvia se agachó, de cuclillas. Se rodeó las piernas con los brazos y dejó que su largo cabello le hiciera cosquillas sobre los hombros y los brazos descubiertos.

Observó el pueblo, de un extremo a otro. A su izquierda y a lo lejos pudo ver el lago, entre terrenos verdes y amarillos. Delante, más allá de los últimos tejados, un tramo del río serpenteaba entre los barrancos de piedra. Una fugaz imagen de la fábrica de luz y de Lucas llegó a su mente, pero se obligó a apartarla rápidamente. A su derecha, los campos y las dehesas se extendían en un terreno ondulante hacia El Puente.

Tuvo que parpadear un poco; el sol le daba directamente a la cara con intensidad. Al hacerlo, notó sus párpados cansados, sus ojos doloridos. Las piernas y los brazos también le pesaban una tonelada cada uno.

Finalmente se sentó sobre la roca, aún cálida de haber estado expuesta a las altas temperaturas todo el día. Cruzó las piernas, irguió la espalda y cerró los ojos. Los sonidos de Valdesa, las campanas que llevaban al cuello las ovejas de los corrales cercanos, el motor de algún vehículo lejano. Dejó que sus pensamientos, últimamente desordenados y ruidosos, se fueran dispersando y alejando. Los recuerdos y las imágenes de Gracia eran más reticentes y pronto se encontró a sí misma dejándose inundar por ellos. Unas lágrimas silenciosas cayeron por sus mejillas al tiempo que notaba la cabecita peluda y cálida de Naranja posarse sobre su regazo. Sonrió, agradecida, y le acarició entre las orejas.

Los dos se quedaron hasta que las farolas de Valdesa se fueron encendiendo, como luciérnagas dispersas entre las casas y los patios destartados.



Si las temporadas que Gracia pasó en el hospital fueron terribles para Lluvia, las semanas siguientes se convirtieron en algo parecido a un infierno.

Se pasaba el día con la sensación constante de que su abuela estaba en el hospital y de que en cualquier momento iría con sus padres a visitarla. Por las mañanas estaba sola, leyendo o escribiendo en la biblioteca. A veces se atrevía a salir al patio, pero dejó de hacerlo en cuanto se percató de que la gente que pasaba se le quedaba mirando, como de costumbre, con una profunda mueca de desprecio.

–Ha sido ella, seguro –escuchaba a veces sus susurros al pasar–. Esa niña no ha traído nada más que desgracias al pueblo.

–Pobre Gracia, con lo buena que era.

–Seguro que su nieta le ha traído mala suerte.

Algunos curiosos se asomaban y le preguntaban, con más intención de molestarla que otra cosa.

Así que había decidido que, mientras estuviera sola en casa, se quedaría dentro.

Sus amigos la llamaron por teléfono, fueron a buscarla a casa y la esperaron muchas veces. Pero Lluvia dejó de salir. No era que no quisiera verlos, pero no podía evitar pensar que serían ellos los que no reconocerían a su amiga.

Había dejado de mirarse al espejo; ya no sabía si lo que veía era una chica o la idea de una chica. Su pelo había crecido demasiado y se le enredaba con todo, a veces incluso se daba tirones exageradamente dolorosos porque lo aprisionaba con la espalda o el brazo al sentarse. Su ropa estaba arrugada, había perdido la cuenta de los montones que había dispersos por su cuarto.

Sus manos temblaban sin que pudiera hacer nada por evitarlo, se sentía cansada y adormilada todo el tiempo, pero no pegaba ojo por las noches. Las pesadillas eran ya su realidad. Cada vez que cerraba los ojos, aunque fuera para respirar hondo, sentía que el agua la rodeaba y entraba por su boca, su nariz, sus orejas. La ahogaba en un abrazo frío y húmedo, tan intenso que parecía real. Abría entonces los ojos rápidamente, con brusquedad, y con el miedo a volver a cerrarlos sin querer.

Olalla e Isaac se preocupaban de que comiera, de que se duchara y de que estuviera distraída mientras ellos estaban en casa. Lluvia se lo agradecía profundamente y se dejaba cuidar, pero, por mucho que se esforzara en disfrutar de sus atenciones y sus muestras de cariño, no podía hacer nada más. Quería descansar, quería aprovechar ese último verano con sus amigos, pero el estado de cansancio físico y mental en el que se encontraba iba más allá de sus propias capacidades.

Una mañana estuvo dando vueltas en la cama. No había dormido y era incapaz de levantarse. Sentía que su cuerpo pesaba varias toneladas, sus brazos apenas respondían y tenía calambres en las plantas de los pies, como si se hubieran dormido. Parpadeó confusa mientras intentaba ubicarse en el espacio y el tiempo. Entre las imágenes de la noche y el agua veía su ventana abierta, de la que asomaban unas tímidas ramas del limonero. Algo más pesado pareció oprimirle el estómago. Costosamente, Lluvia miró en esa dirección y por poco se le partió el alma al ver a Naranja sobre ella.

—¿Qué haces, pequeño?

El perro lloriqueó como respuesta, le lamió la cara y se bajó al colchón. Le dio golpes con el hocico en la cadera y, con mucho cuidado, agarró la camiseta de su pijama entre las mandíbulas y tiró de ella.

—¿Quieres que me levante?

El animal insistió. Al ver que Lluvia se desperezaba un poco, lo interpretó como que iba a levantarse, así que saltó al suelo y la miró desde allí. La chica agachó la cabeza en su dirección.

—Lo siento, no puedo moverme.

Naranja ladró. Fuerte, aunque se desvaneció en forma de lamento.

—Tienes razón, Naranja. No puedo quedarme aquí.

Lluvia parpadeó pesadamente, suspiró e intentó levantarse.

Todo su cuerpo se quejó cuando apoyó el codo en el colchón y flexionó el brazo. Cuando levantó la cabeza de la almohada, cuando se sentó en medio de la cama. Cerró los ojos y contuvo las lágrimas que pugnaban por salir. Después continuó moviéndose hasta que, pese al esfuerzo sobrehumano que le estaba suponiendo todo aquello, consiguió sentarse en la cama y apoyar los pies en el suelo.

—Vamos allá.

Se impulsó con las manos y se levantó. La habitación dio una pequeña sacudida a su alrededor, pero se obligó a mantener el equilibrio. Un poco confusa, se acercó hasta el montón de ropa más cercano, se puso las primeras prendas que encontró y bajó con Naranja.

En su paso por la cocina, se acercó a la encimera. Sonrió al encontrarse un bizcocho entero bajo una tapadera de cristal, la abrió y cortó un trozo. Se deleitó con la textura esponjosa del dulce, el sabor del limón y la canela en su boca. ¿Cuánto hacía que no disfrutaba de algo así? Decidió que el resto se lo comería de camino al campo, donde tenía que acompañar a Naranja.

Muy a su pesar, Lluvia no pudo caminar tan rápido como solía hacer. Naranja salía corriendo y después se volvía hacia ella y la retaba a perseguirlo. Pero la chica apenas podía sonreírle. Caminaba apoyando las manos en lo primero que encontraba: la pared de una casa, el muro de un corral. Daba pasos dubitativos, cortos y muy muy lentos. Era exasperante.

No sabía qué hora era, pero parecía media mañana porque hacía bastante calor. La luz difuminaba su visión, se sentía mareada y era incapaz de enfocar ningún objeto.

—No puedo seguir así... —se decía con cada piedra con la que tropezaba—. Tengo que hacerlo ya.

Una eternidad después, cuando volvieron a casa, Lluvia empezó a moverse.

Se tomó un café, se obligó a mantenerse despierta por pura fuerza de voluntad y comenzó a

prepararlo todo.

Empezó por su habitación: recogió todo lo que había tirado por el suelo, preparó la ropa que sería para lavar, la que quería tirar y la que estaba limpia, y esta última la dobló y ordenó. Echó un vistazo por sus estanterías, sacó algunos libros especiales e hizo otro montón con ellos. Separó también los portalápices que usaba en el instituto, los bolígrafos que más usaba y una libreta. Encontró la cámara de fotos que sus padres le habían regalado hacía dos cumpleaños y un par de carretes que nunca había usado.

Ignoró los calambres, la tirantez o el dolor de sus músculos. Y, cuando paró un rato para descansar, descubrió que tenía el rostro y la espalda empapados en sudor.

–Este pelo es insostenible...

Susurró para sí, y una idea surgió en su mente. Agarró unas tijeras y las abrió. Se colocó delante del espejo y, antes de cambiar de opinión, las cerró. Largos mechones oscuros cayeron al suelo a su alrededor, pero Lluvia no les hizo ningún caso. Siguió observando a la persona que le devolvía el reflejo.

Cuando sus padres llegaron a casa esa tarde, se quedaron sin habla. Miraron a su hija, boquiabiertos, y algo asustados. Lluvia rio sin mucho entusiasmo.

–No me miréis así. Tenía calor.

–Te queda bien –dijo al fin Isaac, mientras Olalla acariciaba las puntas desiguales que quedaban a la altura de su barbilla.

–Si quieres, te igualo un poco las puntas.

–Vale, mamá, gracias.

Pero más atónitos se quedaron al descubrir que, además, había ordenado su cuarto.

–¿Tienes fiebre? –preguntó Olalla mientras le ponía la mano en la frente.

–¡Quita! –Rio Lluvia–. Sentía que tenía que poner un poco de orden.

–Nosotros también, créeme. –Isaac habló en voz baja, esperaba que no lo escuchara, pero se alejó corriendo.

La risa de Lluvia inundó la casa. Olalla se marchó satisfecha, pues pensaba que por fin su hija volvía a ser ella. Pensaba que estaba recuperando su energía y vitalidad. Aunque estaba tan absorta en sus pensamientos que no escuchó cómo la risa derivaba en un carraspeo y se moría en forma de una tos seca que hizo que Lluvia se doblara sobre sí misma.

Durante unos días, Lluvia fue poco a poco volviendo a su actitud despreocupada tan característica. Se esforzaba por reír con sus padres, ayudarlos con las cosas de la casa y, si bien su carácter desordenado volvió a aparecer, mantenía su cuarto y sus cosas con un mínimo de decencia.

Sus padres estaban tan encantados de tenerla de vuelta que no se dieron cuenta de los montones de ropa y otros objetos que Lluvia iba dejando por la habitación.

Un día, por fin, decidió entrar en la biblioteca.

Lo había estado retrasando, pues creía que le iba a resultar imposible entrar en aquel lugar, de los más especiales de la casa. Pero, cuando abrió la puerta y el olor del papel inundó sus sentidos, todo ese miedo, la nostalgia y la tristeza desaparecieron. Como si nunca hubieran existido.

Una ligera capa de polvo cubría la madera de las estanterías. Algunas partículas estaban suspendidas en el aire y dispersaban la luz por toda la estancia, como si fueran estrellas minúsculas o polvo de hadas. Lluvia sonrió al pensar en eso, porque le recordó a Olivia, su dulzura y su gusto por los cuentos y las historias de seres mágicos.

–Si yo te contara... –pensó.

Dio una pequeña vuelta por toda la habitación. Hacía solo un año había subido un caluroso día de verano para continuar con el juego que tenían Gracia y ella. Decidió buscar el libro de relatos, como si le tocara encontrarlo a ella esa vez. Ni siquiera recordaba quién había sido la última en esconderlo, pero daba igual. Lo importante era que el juego siguiera, porque entonces Gracia seguía de alguna forma participando de ello.

Lo encontró en uno de los estantes más altos, entre varios clásicos de literatura juvenil. Esos libros de aventuras y misterios que tanto le gustaban a Lluvia.

La chica tomó el libro entre sus manos y lo acarició con dulzura. Lo abrió despacio y se entristeció al darse cuenta de que, debido al paso del tiempo, sus páginas estaban demasiado amarillentas y bastante débiles, como si fueran a romperse en cualquier momento.

–Yo estoy un poco como tú, mi querido libro. –La tristeza movió su boca en una sonrisa apenas visible.

Le pareció escuchar un ruido fuera y se asomó a la ventana. Al otro lado del patio, entrando por la puerta abierta, vio una figura muy conocida que gritaba su nombre.

Agarró el libro, salió de la biblioteca y cerró con suavidad la puerta a sus espaldas.



–Menudo cambio –susurró Paula nada más verla.

Lluvia sonrió e intentó demostrar algo con todo su rostro, y se sacudió las puntas mientras miraba a su amiga.

–¿Te gusta?

–Mucho. Te queda muy bien –dijo Paula, sonaba sincera–. Bueno, el pelo largo te quedaba genial, era muy tú. Pero esto también. No sé explicarlo.

–Te entiendo. Gracias.

Se miraron la una a la otra y por un momento Paula tuvo la sensación de que tenía delante a una desconocida.

–¿Y bien? –preguntó Lluvia.

–¿Cómo que «y bien»? –Paula frunció el ceño–. He venido a verte. Hace semanas que no te vemos...

–Sigo aquí, no me he ido a ningún lado.

–¿Y por qué tengo la sensación de que lo vas a hacer?

Lluvia la miró con cautela.

–Te ves... Demasiado rara –continuó Paula–. No me malinterpretes, no creo que sea malo cambiar, para nada, pero hay algo que no sé qué es que no es igual. Y no sé si se trata de un cambio para mejor.

–¿Tienes ganas de escuchar un cuento?

–¿Cómo? –Paula parpadeó, confusa.

–Si tienes un rato.

–Vale.

–Pero necesitamos ir a un sitio antes. Si no, no te lo puedo contar.

Paula asintió y siguió a su amiga, intrigada. Lluvia salió de la casa, cerró la puerta con llave y la guardó en uno de los bolsillos de su peto vaquero.

Caminaron un rato por la calle. Paula no decía nada, pero no ignoraba tampoco las miradas de desprecio que sus vecinos le dirigían a Lluvia. No muchos meses atrás, se había sentido ignorada por esas mismas personas; no sabía qué era peor.

Observaba a Lluvia de reajo también. No entendía qué era lo que había dicho o hecho su amiga en algún momento, pero todo el pueblo parecía haber estado siempre en su contra. Incluso sus padres, que le habían dicho desde que era pequeña que no le convenía ser su amiga. Nunca había sabido nada más, se había limitado a ignorarlos y continuaba siguiendo a Lluvia, contagiada siempre de su optimismo y su energía.

Los mismos atributos que parecían haber abandonado a su amiga.

A pesar del calor, Paula no se quejó ni dijo nada. Se dejó guiar por el campo y, cuando llegaron al camino de tierra, supo hacia dónde se dirigían. Lluvia le dedicaba sonrisas que se quedaban en unas muecas extrañas que no reconfortaban a nadie.

Cuando llegaron al lago, las dos chicas se detuvieron.

–Vendremos este verano a acampar también, ¿verdad?

–Claro –respondió Lluvia–. No me lo perdería.

Paula la miró, pensativa.

–Será nuestra última acampada.

–¿Por qué?

–Porque todos os vais a cumplir vuestros sueños.

–Lluvia, los veranos seguiremos teniendo vacaciones.

–¿Y si no volvéis a Valdesa?

–¿Eso es lo que te tiene tan preocupada?

Sorprendida de su propia reacción, Paula agarró a su amiga por los brazos para quedar frente a frente.

–¿Por eso estás tan mal? –inquirió y frunció el ceño–. ¿Crees que nos vamos a olvidar los unos de los otros? ¿Qué nos vamos a separar?

Lluvia la miró de un modo extraño. Paula pensaría mucho en esa mirada, años después, sin comprender qué quería decir. Ni siquiera cuando Lluvia le contó todo lo que le contó un rato más tarde. Las chispas de sus iris parecían haberse diluido y sus pupilas eran más oscuras que nunca.

–¿Por qué siempre nos traes aquí?

Sin recibir ninguna respuesta durante unos minutos, Paula soltó a su amiga y bajó los brazos, que cayeron a ambos lados de su cuerpo. Los dejó ahí, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Confusa aún por la mirada de Lluvia.

–¿Sabías que este lugar es mágico? –dijo Lluvia de pronto.

–¿Qué?

–Gracia solía contarme la historia del lago cuando era pequeña, especialmente en las noches de verano. –Sonrió al recordar aquellos momentos, las dos sentadas en el patio a oscuras, envueltas en una toalla cada una y susurrando para que los padres de Lluvia no las escucharan–. Me explicó cómo llegó este lago a ser lo que es hoy.

A pesar de la delgadez del rostro de Lluvia, sus expresiones y gestos seguían teniendo esa intensidad que los caracterizaba. Paula la miró, absorta, y no pudo evitar pensar en todo lo que

siempre había representado su amiga. Sentía que, fuera lo que fuese que tenía que contarle de esa historia, era importante.

Cuando Lluvia se sentó muy cerca de la orilla del lago, Paula la imitó sin rechistar. Algunos guijarros parecieron atravesar la fina tela de sus pantalones de lino, pero no dijo nada. A Lluvia no parecía molestarle nada de aquel lugar. Simplemente se sentó con las rodillas cruzadas, se descalzó e irguió la espalda.

–Hace muchos muchos años, aquí había un pueblo. Algunos lo recuerdan ahora como Valdesa vieja, o Valdesa la chica, y algunas versiones cuentan que sus habitantes se llevaron sus casas, piedra a piedra, hasta el lugar donde está ahora nuestro pueblo. Un lugar lo suficientemente lejos del río como para no ser inundado por las aguas del lago.

La pausa que siguió a sus palabras pareció prolongarse más de lo que debería y un silencio intenso inundó el lugar. ¿Cómo era posible que la voz de Lluvia pudiera llenar un espacio tan amplio?

–Pero hay muchos otros, entre ellos Gracia, que creen que, en realidad, hay algo en este lago que les da miedo –Lluvia sonrió, enigmática–. Su magia.

Paula se limitó a arrancar unas hierbas secas, no mucho más altas que la palma de su mano, pero no ignoró el escalofrío que recorrió su espalda y erizó el vello de sus brazos al escuchar a Lluvia.

–Cuando fueron a construir el embalse, todo el pueblo debió ser abandonado. Los habitantes de ese antiguo Valdesa fueron obligados a abandonar todo lo que tenían, sin haberles dado tiempo a prepararse, al parecer. Pero no había nada que pudieran hacer para cambiar las cosas –la chica se encogió de hombros–, así que, cuando llegó el día, fueron saliendo del pueblo sin saber muy bien qué sería de ellos. Entre esas personas había un chico que salió tan rápido de casa que no se dio cuenta hasta más tarde de que su hermana pequeña no iba con él. Los dos se habían quedado huérfanos tiempo atrás y, después de haber pasado un tiempo con unos familiares que no tenían ni tiempo ni ganas ni dinero para mantenerlos, tuvieron que buscarse sus propios medios para sobrevivir. Pero, cuando llegó el momento de irse, no estaban juntos. Él salió rápidamente, y tardó un rato en darse cuenta de que su querida hermana no estaba entre los vecinos que lo acompañaban.

Se asustó y corrió contra corriente para regresar al pueblo, que pronto quedaría inundado por el agua. No le importó; lo crucial para él era encontrar a su hermanita.

Y la encontró.

La niña había estado jugando con otros niños cerca de la iglesia, pero se torció el tobillo al correr y no podía moverse. No tenían tiempo para salir del pueblo y alejarse lo suficiente; la inundación era inminente. Así que, presa del pánico, lo único que se le ocurrió al chico fue subir al campanario. Pensó que sería lo suficientemente alto para no quedar cubierto por las aguas. Tomó a su hermana en brazos y subió la escalera lo más rápido que pudo.

Sin embargo, el muchacho había calculado mal. El campanario, al igual que todo el pueblo y las tierras de alrededor, quedó totalmente sumergido bajo las aguas verdosas del río. Sus vecinos lloraron la pérdida, conmocionados ante lo ocurrido.

–Hay incongruencias en esa historia –señaló Paula–. ¿No decías que se habían llevado las casas piedra a piedra? Pero luego me has contado que se tuvieron que ir deprisa y corriendo.

–Es una leyenda, Pau; siempre hay alguna incongruencia. –Lluvia sonrió, enigmática–. Lo importante de las leyendas no es cómo se desarrollan los hechos, sino cómo concluyen, qué parte de la historia se mantiene como la verdad.

–¿Y qué hay de verdad en esta?

–La verdad es lo que no he terminado de contar. –Rio Lluvia–. Eres muy impaciente. La verdad es que, después de lo ocurrido, muchos comenzaron a decir que pasaban cosas extrañas. La gente empezó a hablar de las noches de luna llena, las luces y el lago. De ahí surgió la verdadera leyenda. La de que, todas las noches de luna llena, hay un punto del lago que se ilumina con miles de colores, como si fuera un caleidoscopio; justo donde debería estar el campanario de la iglesia. Dicen que son los espíritus de esos hermanos que, dado que no pudieron salvarse, decidieron quedarse para salvar y ayudar a los vivos que lo necesitasen. Por eso brillan, para dar a entender que siguen ahí después de tanto tiempo y que están dispuestos a cumplir los deseos de los que acuden al lago buscando algo que ansían.

No sabía cuánto tiempo llevaban ahí sentadas, pero Paula pensó que se habían trasladado a una especie de dimensión alternativa por unos minutos. Las palabras de su amiga habían resonado en su mente con profundidad, evocando imágenes y sensaciones que, aunque parecían ajenas y confusas, la habían hecho desconectar de pronto de su propia realidad.

Había sido capaz de ver esas luces en el lago, había sentido el temor y la curiosidad de quienes narraban la leyenda del que había sido su propio pueblo.

Pensó en todas aquellas veces en las que Lluvia había mencionado otras historias, o cuando ella misma había sentido que Valdesa y las tierras de alrededor contenían un misterio abrumador y desconcertante. Algo magnético que no sabía explicar. Como si fuera real y a la vez no. Comprendía que Lluvia siempre se había sentido intrigada por esas cosas, y por eso compartía con ellos tantas historias, la mayoría se las contaba Gracia y otras tantas parecía inventárselas sobre la marcha.

Y entonces recordó las palabras de Lluvia de la acampada anterior. Las que había pronunciado bajito, más como si estuviera hablando consigo misma que con alguien en realidad.

–«No son las estrellas las que cumplen nuestros deseos».

La misteriosa sonrisa de Lluvia se volvió más pronunciada.

–Es el lago, Pau.

Paula miró la masa de agua, meditabunda.

–Es una bonita historia. –Rodeó sus piernas flexionadas con los brazos–. La verdad, me habría gustado tener una abuela como Gracia que me hablara de tantas leyendas...

–No es solo una historia. Es real.

–Lluvia, entiendo lo que quieres decir. –Paula apoyó la barbilla en sus antebrazos–. A mí también me pasa a menudo; creo que Valdesa tiene algo de misterio, y es muy bonito.

–No lo entiendes, Pau –susurró Lluvia–. Hace poco te dije aquí mismo que pidieras un deseo. ¿Recuerdas?

–Claro.

–Ya he visto ese cambio en ti, Pau. Sé que te estás esforzando, y eso ayuda, pero créeme cuando te digo que, dentro de unos años, el cambio será tan grande que te quedarás literalmente sin palabras. –Lluvia se giró hacia ella–. En tu caso, y en el caso de mi abuela Gracia, ese deseo surge del corazón, así que tarda poco en hacerse realidad. Y, cuando lo hace..., lo revoluciona todo a su paso.

De nuevo ese silencio perturbador, como si lo único que existiera realmente en ese momento fuera la voz de Lluvia. Paula se sintió inquieta de pronto. Sus sombras se habían alargado, la superficie del agua parecía más quieta que nunca y no se oía nada en absoluto. Ni siquiera las

escandalosas chicharras. Sin saber muy bien qué la empujó a hacerlo, formuló la pregunta que, sabía, le iba a dar una respuesta que ya conocía.

–¿Qué deseó Gracia, Lluvia?

–Deseó tener una nieta.

Y el lugar volvió a llenarse de tanto ruido que los oídos de ambas fueron incapaces de procesar todos los sonidos.



10

Huellas

Las palabras de Lluvia se mezclaron con los sonidos del campo. Dejó que su amiga las procesara. Se fijó en su expresión, cómo iba cambiando según iba tomando conciencia del peso de aquel secreto que le había confesado.

Su gran secreto.

El motivo por el que todos la veían como un monstruo, como si no fuera humana del todo. Como si no fuera real.

Al principio, Lluvia no sabía nada. Ni entendía la hostilidad de cuantos la rodeaban. Cada vez que paseaba de la mano de sus padres o cuando acompañaba a Gracia a hacer algunas tareas, todos la ignoraban o la miraban con recelo. Los más osados llegaban a rechazarla con dureza.

Lluvia se quedaba un poco sorprendida, pero la inocencia de la infancia diluía cualquier pensamiento negativo que pudiera cruzarse por su mente. Especialmente cuando, después de alguno de esos desprecios, Gracia le sonreía, le hacía cosquillas o la trataba como siempre: con un amor y un respeto profundos y reales. Entonces Lluvia volvía a reír, sonreía de verdad, y sus brillantes ojos azules se achicaban de arrugar tanto la cara.

—Lo descubrí cuando tenía unos diez años, más o menos —siguió contando—. Me desperté porque mis padres y Gracia estaban hablando en voz muy alta en el salón, así que bajé a ver qué sucedía. Me quedé escuchando escondida detrás de la puerta.

—Eso no puede ser —susurró Paula—. Es solo una leyenda.

—No es solo una leyenda. Es real —replicó Lluvia con vehemencia.

Paula no dijo nada.

—No me vas a creer hasta que lo veas por ti misma.

Lluvia se levantó con hastío, su amiga la siguió y se quedaron frente a frente. Levantó un poco la cabeza para mirar a su amiga a los ojos.

—Y algún día lo harás —continuó hablando.

—No creo que nada en esta vida sea tan fácil como venir a un lago, que ni siquiera es natural, a pedir deseos, Lluvia. —Paula parecía un poco enfadada—. De verdad que me parece una historia muy bonita, y creo que da mucha esperanza, pero nadie puede vivir de sueños.

—Solo sé que mis padres ya habían asumido que no podían tener hijos, Pau —respondió Lluvia—. Los médicos fueron muy contundentes; no había duda. Pero todos querían que tuvieran algún hijo, incluida Gracia. Así que un día decidió venir y probar suerte. En menos de un año había nacido yo.

Alguien había visto a Gracia. Alguien había sabido que la mujer había acudido al lago. Y muchos de los que la conocían sabían también lo mucho que deseaba tener nietos. Había sido cuestión de sumar dos y dos, de expandir el rumor. De nada sirvió que Lluvia fuera una niña alegre, despreocupada y preciosa, para todos era la peor muestra de poder del lago.

La magia del lugar no era un secreto para nadie, pero Lluvia era una prueba viviente de todo lo que podía lograrse con ello.

Y eso daba miedo.

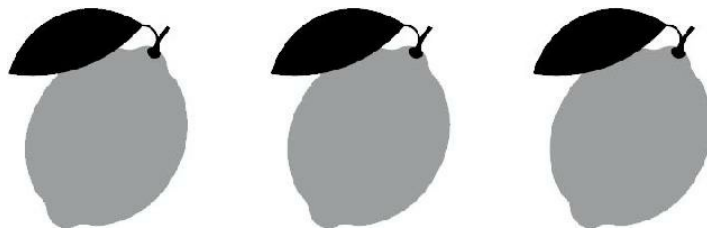
Así se había convertido en el monstruo de Frankenstein que todos veían.

–No me creas si no quieres, Pau. De verdad –dijo Lluvia, cansada–. Pero necesitaba contárselo a alguien. La única persona que sabía que yo lo sabía era Gracia.

Lluvia suspiró y se rodeó a sí misma con los brazos. Pareció relajar un poco los hombros, pero la tristeza y el agotamiento seguían reflejándose en su mirada.

–Se está haciendo tarde. ¿Volvemos?

Paula asintió.



Todo lo que le había contado Lluvia reverberó en la mente de Paula durante el día. No podía quitarse la sensación de que, aunque le parecía que todo era un cuento y se negaba a creer que hubiera ni una pizca de verdad en él, no podía negar que era importante para su amiga. Sin embargo, ¿qué podía hacer ella? Lo único que se le ocurría era mostrarle su apoyo, por mucho que le costara creerlo.

No obstante, había algo de lo que no terminaba de deshacerse. Una pequeña idea, un pensamiento, algo a lo que no conseguía darle forma, pero que estaba presente de alguna forma.

Porque sí que había parte de verdad en lo que le había contado Lluvia. El modo en el que todo Valdesa la había tratado desde que habían sido lo suficientemente mayores como para darse cuenta de ello.

–Mamá –dijo, aún absorta en sus pensamientos–. ¿Qué opinas de Lluvia?

Paula observó el cambio en la postura de su madre; se puso tensa de repente.

–Nunca te ha gustado que fuéramos amigas, ¿verdad?

–No.

–¿Por qué?

–No lo sé, nunca me ha dado buena impresión. No me fío de ella. –La mujer frunció el ceño.

–Pero nunca te ha hecho nada. Y a mí tampoco, al contrario.

–Ya, pero... Tiene algo que no me gusta, eso es todo.

La mujer cortó la conversación con brusquedad y salió de la habitación sin añadir nada más.

Más dudas. Más confusión.

Lluvia volvió a casa con la sensación de haberse vaciado como no lo había hecho en mucho tiempo.

Ni siquiera le importaba realmente lo que pensara Paula de su historia. Con habérsela contado era suficiente para ella, y, en cualquier caso, sentía la tranquilidad de saber que, pasara lo que pasara, su secreto estaría a salvo con ella.

–No se lo cuentes a Lucas –le había dicho por el camino de vuelta a Valdesa–. No sé si sería capaz de procesarlo.

–No sé si soy capaz de procesarlo yo...

–Ya me entiendes. –Sonrió Lluvia.

No se trataba solo de que Lucas era una persona muy poco dada a fantasear o a pensar en la magia o, en general, en todo aquello que no fuera científicamente demostrable, sino que tenía la capacidad de, independientemente de lo que pudiera creer, atar cabos y darse cuenta de otras cosas que no le había explicado a Paula.

Aquella noche consiguió dormir unas pocas horas seguidas, por lo que al día siguiente se levantó con energías renovadas y cierta determinación. Inspiró y espiró aire con fuerza, hacia la ventana, como si lanzara lejos todas las preocupaciones de los últimos días para que no siguieran molestándola.

Y por la tarde volvió a salir con sus amigos.

Todos la recibieron con entusiasmo y alegría, si bien Lucas y Paula la miraban con desconfianza, como si temieran que fuera a estallar en cualquier momento. Les había impactado el cambio que le había dado a su pelo, y Olivia incluso comentó lo diferente que parecía.

Se atrevió a ponerse su preciado bañador amarillo, a pesar de que le sobraba tela por todas partes. Se sentó con ellos en las toallas, jugó a las cartas y rio sin parar. Al poco rato, era como si nunca hubiera faltado, como si aquellas semanas en las que había estado aislada en su casa no hubieran sucedido nunca. Sin embargo, la realidad era muy distinta, y pronto Lluvia se encontró demasiado cansada para lo que debía estar. Aprovechando un momento de tranquilidad, se tumbó en la toalla, como si fuera a tomar el sol, cuando en realidad solo necesitaba descansar.

–Te hemos echado de menos –soltó Olivia–. Y, además, ¿tenemos que hablar de la acampada de este año!

–Es cierto. –Sonrió Paula–. ¿Hacemos como el verano pasado?

–Pero que otro se encargue de las linternas, por favor –Rio Aarón. Olivia le dio un golpe amistoso en el brazo.

–Te presentas voluntario, por lo que veo.

–Genial, ¿cuándo vamos? –preguntó Lluvia e intentó simular entusiasmo, pero la pregunta acabó en un tono algo más agudo de lo que quería. Lucas se volvió un poco hacia ella.

–El mejor día para verlas es la madrugada del lunes al martes que viene –recitó Olivia–. ¿Qué os parece?

Todos accedieron y quedaron en hacerlo así.

Esa semana pasó con velocidad. Valdesa volvía a estar sumida en la energía del verano y las calurosas tardes del mes de agosto. El bullicio inundaba sus calles, rebosantes de todos aquellos familiares que habían regresado a pasar unos días de vacaciones en el pueblo, con las fiestas, para escapar de las grandes ciudades. Era como si todo hubiera vuelto a la normalidad de alguna forma.

Aunque todos notaban que algo había cambiado radicalmente en el aire.

A pesar de que estaban contentos y relajados, confiados en que ya tenían parte de su futuro asegurado, las maletas medio hechas para ir a la universidad y prácticamente todo en orden, sentían cierta tristeza al pensar que todo cambiaría a partir del otoño. Eran conscientes de que se avecinaban grandes e importantes cambios, los cuales eran necesarios, y estaban preparados para ellos. Pero había algo más, algo que no sabían explicar y que les producía cierta inquietud, aunque no supieran muy bien por qué.

A menudo, Lluvia se encontraba con alguna mirada recelosa por parte de sus amigos. Como siempre, los ignoraba o les devolvía una ancha sonrisa, la cual, esperaba, escondiera todo lo que

llevaba dentro. Tenía miedo de que pudieran ver a través de ella, de que descubrieran sus planes. De que quisieran indagar otra vez acerca de su pérdida de peso, sus ojeras o esa energía que era evidente que había perdido. Se esforzaba por comer, por simular, e incluso conseguía dormir un poco mejor, aunque las pesadillas la persiguieran y encontraran cada noche. Con mayor intensidad, con más color, más reales.

No volvió a mencionar nada del lago ni de su secreto a Paula, y esta tampoco dijo nada.

Su relación con Lucas se había enfriado, pero se trataban con cierta cordialidad, y se descubrió a sí misma alegrándose profundamente por todo lo que comentaba Lucas de la universidad y sus planes. Al menos, las pocas veces que se decidía a contar algo.

Así pasaron los días, y llegó el elegido para hacer la nueva acampada.

La mañana del lunes doce de agosto, los cinco quedaron enfrente de la casa de Lucas otra vez. Pertrechados con sus mochilas, sus sacos de dormir y, se aseguraron antes de salir del pueblo, todas las linternas que necesitaban, hicieron el camino de vuelta al lago.

Lluvia se sentía inquieta y a la vez emocionada. Estaba deseando volver al lago y notaba una especie de cuerda, como una conexión con él, que se iba destensando con cada paso que daban en su dirección.

Y cuando llegaron al lugar, cuando se acercó a la orilla, fue como si todo el campo volviera a quedar en absoluto silencio. No parecía existir nada más que ella y el sonido del agua inundando sus oídos, igual que había ocurrido cuando había estado ahí unos días antes con Paula.

–¿Lluvia?

La voz sonó lejana, como si ella estuviera dentro de algún tipo de burbuja y alguien quisiera llamarla desde el exterior. Se volvió bruscamente, y se encontró los rostros de sus amigos mirándola con intensidad y cierta preocupación.

–¿Estás bien? –preguntó Lucas.

Lluvia notó algo en sus pies. Agachó la mirada y vio que el agua le llegaba a los tobillos.

No recordaba haberse metido en el agua.

Salió rápidamente y empezó a quitarse las zapatillas.

–Sí, perdonad, estaba pensando en mis cosas.

–Ibas superdecidida, no nos estabas escuchando –dijo Paula con cierta inquietud.

–¿Adónde iba?

–Al agua, Lluvia –le dijo Aarón–. Entiendo que tienes calor, pero antes tenemos que montar las tiendas.

–Creía que podía librarme. –Rio Lluvia, despreocupada, esperando que la tensión se disipara un poco.

–Pues va a ser que no. Menuda lista.

La risa de Olivia pareció ser suficiente para que todos se relajaran y se pusieran manos a la obra con naturalidad. Lluvia no pudo evitar echar una mirada hacia atrás, preocupada, inquieta por lo que acababa de sentir. Cuando retomó su tarea se encontró con la escrutadora mirada de Paula.

–¿Qué deseos vais a pedirles hoy a las estrellas? –preguntó Olivia aquella noche, cuando se tumbaron al aire libre para observar el cielo, plagado de estrellas.

–Olivia, los deseos no se pueden decir en voz alta. –Todos notaron cómo Aarón ponía los ojos en blanco. Escucharon algunas risas.

–Cierto, si los dices no se cumplen –secundó Lucas.

–Yo creo que depende –replicó Paula. Lluvia, a su lado, se quedó completamente quieta y callada–. Hay algunos que sí. Sobre todos aquellos que salen del corazón.

–Qué bonito es eso, Paula –susurró Olivia, encantada–. Pues yo deseo...

–Tienes que esperar a que aparezca una estrella fugaz.

–Ay, dejadme pedir los deseos como quiera. ¡Pesados!

Todos rieron. Lluvia tosió ligeramente y Paula tomó su mano con suavidad.

–¡Una estrella! –exclamó Aarón.

Y Paula pidió su deseo. Con todas sus fuerzas.

Una lágrima se escurrió por la mejilla de Lluvia.

Al día siguiente, Lluvia no le dirigió ni una sola mirada al lago. Se centró en observar a sus amigos, en escuchar sus risas y en el olor del calor del campo. Había mucha paz en la imagen que tenía delante de ella y no quiso perderse ni un solo detalle de toda la escena.

Aunque ya se los sabía de memoria.

Aunque sabía de antemano cuándo Lucas sonreiría, cuándo Olivia exclamaría entusiasmada por cualquier tontería o cuándo Aarón soltaría una sonora carcajada.

Pero, cuando hubieron recogido todo el material de la acampada por la tarde, se volvió hacia el agua.

Se quedó unos minutos de pie, libró una lucha interna para resistirse al impulso de meterse en el agua y se centró en no dejar de escuchar todo lo que sucedía a su alrededor. Hasta que alguien apareció a su lado.

–Tormentilla.

–Luke.

–¿Estás mejor?

–Claro, ¿por qué? –replicó ella, como si no tuviera importancia.

–Nada, solo quería saberlo. –Lucas suspiró y se giró un poco hacia ella–. Me alegro de que estés mejor entonces.

–Gracias.

–¿Qué vas a hacer este otoño? No nos has contado nada.

–Tengo algunos planes.

–Fuera de Valdesa, me imagino. –Sonrió él con voz trémula.

–Sí. Y yo también me alegro mucho de que todo pinte tan bien con la universidad, Luke. –Lluvia le devolvió una de sus más radiantes sonrisas.

–Gracias. Yo también me alegro por ti. Supongo que será algo emocionante.

–¡Mucho! –exclamó Lluvia.

Lucas rio.

–Te irá genial porque eres imparable, tormentilla –dijo con suavidad–. Te voy a echar de menos este curso.

–Y yo a ti, Luke – suspiró Lluvia. Era lo más sincero que había dicho en muchos días.

El chico se acercó un paso y extendió un brazo hacia ella. Acarició las puntas de su cabello cortado, muy cerca de la oreja. Lluvia se obligó a quedarse muy quieta. Contuvo la respiración y fijó sus ojos en los de su amigo.

–Te queda muy bien.

–¡Vamos, tortolitos! –exclamó Aarón.

Olivia chasqueó la lengua y le dio un golpe en el brazo.

Lluvia rio y, tras lanzar una última mirada al lago, se volvió hacia sus amigos.

Lucas no pudo evitar pensar que sus ojos azules habían vuelto a brillar con una intensidad demoledora y desafiante, como si hubiera mandado algún tipo de mensaje al agua. Sin embargo,

no pensó mucho en ello y siguió a su amiga.

Aquella noche, después de cenar, los cinco se reunieron en el parque, muy cerca de la plaza alta. Estaban agotados tras haber pasado dos días fuera de casa, y todavía tenían el olor y la calidez del sol en las mejillas y la piel. Aarón, incluso, se había quemado un poco los hombros y la espalda.

Puede que no vieran ninguna estrella fugaz. Puede que no estuvieran mucho rato hablando y riendo como estaban acostumbrados. Puede que Naranja estuviera especialmente cariñoso, saltando entre unos y otros, buscando caricias y atención de cada uno de los chicos, que se rendían ante el animal sin pensárselo dos veces.

Puede que esa noche el aire estuviera demasiado quieto a su alrededor y que la sombra de una despedida inminente pendiera sobre ellos.

Lluvia estuvo inusualmente callada, aunque reía y sonreía como siempre. Agitaba su corto cabello con cada gesto exageradamente enérgico que hacía. Aunque sus ojos brillaran de nuevo en la oscuridad, como si nunca se hubieran apagado.

Pero todos lo supieron. Antes de irse cada uno a su casa, lo supieron.

No sabían el qué, pero ahí estaba.

Olivia fue la única que reaccionó. Se acercó a Lluvia llevada por uno de sus impulsos y la abrazó con intensidad.

—Oli.

Lluvia susurró su nombre casi en su oído, sobre su cabeza. Se dejó envolver por el cálido abrazo de su amiga, siempre reconfortante y agradable, que le traía el aroma del azúcar y del jabón natural.

Cuando se separaron, las lágrimas luchaban por no escapar de sus ojos.

De los de las dos.

Lluvia le sonrió con calidez, se despidió de sus amigos y estos, algo reticentes, se separaron y dispersaron.

En casa, Lluvia pasó un rato con sus padres y con Naranja. Vieron una película que tenían grabada en un VHS y subió a su cuarto. Encendió un par de lámparas, lo justo para iluminar la estancia con una luz cálida y acogedora, nada exagerada, y comenzó a ordenar los montones de cosas que había ido colectando en los últimos días.

Sentía que sus brazos apenas eran capaces de sostener el peso de la ropa, la cámara de fotos y algunos recuerdos que iba metiendo meticulosamente en una mochila de montaña. Cuidó de no hacer mucho ruido y se esforzó en cada gesto por no caer, incapaz de aguantar más esa situación de estar y no estar al mismo tiempo. Y, cuando creyó estar lista, cuando cerró la última cremallera de la mochila, la colocó sobre su espalda y salió despacio de la habitación.

Apenas echó un vistazo a todo lo que dejaba, a ese cuarto que había sentido su refugio durante tanto tiempo y que tenía un encanto y una magia particulares.

Bajó la escalera despacio y procuró no pisar el escalón traicionero.

Naranja caminaba a su lado, igualmente con mucho cuidado. El animal parecía intuir que aquello era importante, que estaban compartiendo algún tipo de secreto, como si fueran compinches de travesura.

El patio estaba iluminado por la luz de la luna, que empezaba a menguar y le daba al limonero una tonalidad azulada y extraña. Lluvia se acercó al árbol, acarició su tronco y sonrió.

—Mil gracias por todo.

Una ligera brisa removió su cabello y le hizo cosquillas, y supo que era el momento.

No tardaría en amanecer, así que debía darse prisa. Si se quedaba un minuto más, desaparecía por completo. Notaba su mente vagar, difusa, por sus recuerdos y sus pesadillas. Notaba el tirón del agua, de la oscuridad y el peso de un destino que no tardaría en cumplirse si se quedaba allí.

Solo había un modo de luchar contra su propia maldición, y era dejar de ser un monstruo.

No había alternativa.

Lluvia abandonó la casa en la que había vivido toda su vida. Caminó por las calles silenciosas de Valdesa mientras se sentía vigilada de cerca por la luz de la luna.

Unos minutos más tarde, llegó a la salida del pueblo más cercana a la plaza alta. Aquella que comunicaba con la carretera comarcal que unían Valdesa y El Puente.

Se giró un momento, solo un instante.

Cuánto echaría de menos aquel lugar escondido, aquel rincón de leyendas y cuentos castellanos que mudaba de colores cada estación. Ese enclave marcado por los sueños y las maldiciones de las que todos eran presos y apenas unos pocos habían podido escapar.

Como los González, a los que su sueño de hacerse ricos los había hundido en la miseria.

Como aquellos que habían deseado tener un negocio próspero solo para pisotear e ir por delante de sus vecinos, y cuyo ganado había muerto envenenado.

Como los que habían ambicionado ser algo más, porque no eran capaces de apreciar todo lo que ya tenían, y eran, en su vida.

Y los que, como ella, eran víctimas de deseos realmente nobles, de ambiciones sanas y sueños desinteresados, a los que el lago reclamaba como suyos cuando la fuente de su poder había dejado de existir. La única forma que tenían de mantenerse en el tiempo y el espacio era cortando esa cuerda invisible que los unía.

Así pues, después de la acampada, después de la última noche de estrellas fugaces, Lluvia desapareció de Valdesa. Se esfumó como el rastro de esas estrellas, brillando con intensidad en un cielo que pocos apreciaban de verdad.

Lo hizo aquella noche y en silencio, acompañada de Naranja y con su arrojo y su determinación habituales. Dejó una estela a su paso con olor a limón, a recuerdos y unas profundas huellas invisibles que se quedarían en la historia de Valdesa para siempre.

Cada paso que la alejaba de Valdesa diluía sus pesadillas, evaporaba el agua de sus sueños y apagaba un poco la luz azul de la luna. Cuando cruzó el borde marcado por el antiguo y desgastado cartel que señalaba el pueblo, tenía la mente despejada del todo. Sin una nube de tormenta. Sus ojos brillaban más que nunca.

En ese instante, se volvió hacia Valdesa. Miró al pueblo, que se encontraba bajo la colina, sumido en una quietud extraña.

–Se va vuestro monstruo de Frankenstein –susurró al aire.

Y no volverá, pensó para sus adentros.

Pero eso lo sabían todos.



Épílogo

15 de octubre de 2001

De alguna forma hemos acabado en el parque donde nos despedimos de Lluvia. Olivia me ha contado que, después de aquel año, su hermano fue de mal en peor. No solo con otras chicas, con las que se ha buscado verdaderos problemas con la ley, sino con un montón de complicaciones legales, drogas y enfermedades.

–Siento que esté así –le digo, porque sé que, aunque nunca se han llevado bien, Olivia es incapaz de odiar o despreciar a nadie. Y, a fin de cuentas, Andrés sigue siendo su hermano.

–No te preocupes. –Se encoge de hombros con una resignación ya natural–. Él se lo ha buscado. Ha decidido tener ese tipo de vida.

–Al final os afecta a vosotros también.

–Hacemos lo que podemos.

Me callo, porque no hay mucho más que pueda añadir.

Es otra de las cosas que he aprendido con el tiempo. Hay veces en las que simplemente no se puede decir nada.

–Tengo la sensación de que incluso mi hermano pidió su propio deseo al lago. Aunque puede que lo hiciera sin querer.

–¿Por qué lo dices?

–Porque siempre ha estado muy acoplejado. Siempre se quejaba de otros chicos que parecían tener novias nuevas cada dos por tres. Y de la noche a la mañana cambió. Fue como si de repente todas las chicas con las que se cruzaba vieran algo en él.

La miro frunciendo el ceño.

–Tiene sentido con lo que te dijo Lluvia –sigue diciendo Olivia, y me mira–. Puede que se le haya vuelto todo en contra, por abusón.

–Pero nadie merece tener tan mala suerte –digo con total sinceridad. Mi amiga vuelve a encogerse de hombros.

Seguimos hablando un rato más, pero pronto la conversación se mueve hacia otros temas más agradables. Recuerdos de nuestra adolescencia, del instituto y algunas anécdotas de la universidad. Estamos cada una sentada en uno de los columpios y nos balanceamos con suavidad. A menudo, me doy cuenta, miramos nuestros zapatos, como si nos intimidara la presencia de la otra.

O como si fuéramos un recordatorio de que antes éramos tres.

Mi teléfono vuelve a sonar y rompe la tranquilidad del momento.

–¿Sí?

–Paula.

–Dime.

–¿Dónde estás?

–En el parque.

Lucas cuelga y me quedo un rato con el aparato en la mano, aún pegado a mi oreja.

Unos minutos más tarde, dos figuras se acercan a nosotras desde la plaza alta.

–Menuda amiga estás hecha, anda que avisas –gruñe Aarón, pero sé que no está enfadado.

Se acerca a mí y me da un profundo abrazo. Está mucho más alto y fuerte, y su figura impone una seguridad que intimida. Cuando se acerca a Olivia, diminuta en comparación, le da un beso suave y superficial en los labios.

–No sabía nada –digo, como una tonta. Como si no hubiera sido nunca obvio.

Olivia me sonrío, como disculpándose. Yo solo pienso en lo mucho que me alegro por ellos.

–Os vais a helar aquí –dice Lucas.

Lo cierto es que tengo las manos insensibles. Ahora que se ha hecho prácticamente de noche, apenas nos vemos las caras. Soy la última en ponerme en marcha, detrás de mis amigos.

Caminamos en fila, casi ocupando toda la calle. Tengo la sensación de que estamos retrocediendo en el tiempo con cada paso que damos. Que volvemos a esos veranos calurosos de los noventa, a los otoños de nuestra adolescencia en los que llenábamos las carpetas de apuntes y pegatinas o fotos. Que reímos mientras volvemos a nuestras casas después de una semana de exámenes.

Pero eso son las sombras de mis recuerdos, lo mismo que la sombra de una presencia que estaría con nosotros. Riendo más alto, hablando más fuerte, siempre un paso por delante.

Hemos andado tanto que hemos acabado en la plaza baja, justo al lado de la iglesia. Un poco más adelante vemos la casa de Lluvia.

–¿Creéis que se puede escapar de la maldición? –pregunto de repente.

Las risas se callan. Aarón y Olivia se paran bruscamente y se giran, parecen meditar mi pregunta. Tú no. Te quedas de pie y miras a un punto lejano.

–Mi hermano está intentándolo –responde Olivia, finalmente.

Asiento. Entiendo lo que dice.

–Creo que hizo lo que tenía que hacer –dice Aarón, para mi sorpresa.

Es curioso verlo tan serio y meditabundo, dejando a un lado esa impulsividad y arrogancia que lo caracterizan y que a veces lo hacen ser intimidante. No me esperaba que él, precisamente, se creyera toda la historia.

–Creo que le dolió mucho, pero sabía que era el único modo que tenía de escapar.

–Podría haber avisado.

Tu voz es apenas un susurro, y los tres nos giramos al unísono hacia ti, alerta por las palabras que siguen.

–Podría habernos contado sus planes. Podría haberse venido con cualquiera de nosotros.

Aarón se apoya en el murete de la iglesia, cruza los brazos sobre su pecho y frunce el ceño.

–No quería hacernos daño, Lucas.

–¿No nos ha hecho daño ya? –responde el aludido con cierto temblor en el tono.

–Si no salía bien, habría sido peor –dice Olivia.

–Menuda egoísta –suelta Lucas y, sin que podamos hacer nada por evitarlo, empieza a llorar.

Es algo tan repentino, tan brusco y nos desconcierta tanto que nos quedamos unos segundos quietos. Olivia, como siempre, es la primera en reaccionar. Se acerca a Lucas y agarra su mano.

–Ella te quería muchísimo, Lucas –dice con suavidad–. Pero era así, y tenía que hacer las cosas a su manera.

Asiento, totalmente de acuerdo con ella.

Algunas imágenes de mis últimos recuerdos de Lluvia acuden a mi mente. La veo apagada, con unos profundos y oscuros surcos bajo los ojos, unos codos más angulosos y una piel más pálida que de costumbre. Su cabello, el cual tenía una intensidad y un brillo extraños, como si atrapara la luz del entorno, con cierto matiz azulado, se había apagado aquel verano de 1996.

Y sus ojos... Creo que hasta Aarón se dio cuenta entonces de que no tenían el mismo tono de azul.

–Ni siquiera sus padres sabían lo que iba a hacer –respondo–. También los abandonó, en cierto modo. Sabía que tenía que tomar la decisión sola.

–Pero salieron enseguida a buscarla y no volvieron –dice Aarón–. Supongo que tenían una idea de adónde iba.

–Seguramente.

Las lágrimas de Lucas desaparecen con la misma rapidez con la que han hecho acto de presencia, y por un momento me pregunto si ha pasado de verdad. Lucas, que nunca demuestra demasiado de sus sentimientos, ha abierto una puerta con esfuerzo, y no podemos ignorarlo.

–La echas mucho de menos –digo sin pensar.

Él asiente. ¿Qué otra cosa puede añadir? Todos lo sabemos.

Nos quedamos un rato en silencio los cuatro. Ya es totalmente de noche y las casas están cerradas a cal y canto. Algunas ventanas irradian la luz amarillenta y cálida del interior, pero me fijo en que son muy pocas. Pienso, con tristeza, que este barrio parece todavía más abandonado y vacío que el resto del pueblo. Es una percepción que no me ha dejado desde que he llegado a Valdesa esta mañana. Parece que muchos valdeseños han escapado también. ¿Estarían huyendo de sus propias maldiciones y fantasmas?

Un escalofrío recorre mi espalda y me pongo un poco más recta.

Noto a Aarón moverse a mi lado, pero entonces levanto la cabeza y lo veo.

Es fugaz, casi imperceptible. Puede incluso que me lo haya imaginado. Sin embargo, Olivia da un respingo al mismo tiempo y Lucas se gira.

Entonces sé que ha sido real.

Los cuatro andamos hacia la casa abandonada, la que tiene una ventana con las contraventanas abiertas.

La del limonero.



Nota de la autora

Antes de comenzar con los agradecimientos, me gustaría mucho detenerme a comentar unos detalles del libro que tienes en las manos.

Quizá más de uno y de una haya sentido que conocía las calles de Valdesa, como si existieran o pertenecieran a un pueblo real. Algunas de esas personas lo sabrán a estas alturas porque se lo he contado en algún momento. A los que no, os lo confirmo: Valdesa es un pueblo real. Solo que no se llama Valdesa, sino Valdeverdeja, pero, al igual que ocurre con el escenario de la historia de Lluvia, se trata de una localidad a la que se llega solo si conoces el camino. Es un pueblo localizado en la frontera provincial entre Toledo y Cáceres, en España, muy cerca del cual pasa el río Tajo (que también tiene su protagonismo en la historia). Con sus molinos y sus fábricas de luz, sus pozos y sus patios, pero también sus leyendas y cuentos de fantasmas. Los pueblos de alrededor como El Puente, La Estrella y demás, también son versiones de localidades reales.

No obstante, y como licencia narrativa, me he tomado la ligereza de cambiar un poco la estructura de Valdeverdeja para convertirla en Valdesa, con sus plazas y sus gentes ficticias. El lago, que haría referencia al embalse de Valdecañas (Cáceres), no está tan cerca de Valdeverdeja como sí lo estaría de Valdesa.

Espero que estos cambios no ofendan en absoluto a los verdejos y vecinos de la comarca. Mi intención en todo momento era hacer un pequeño homenaje al lugar que me ha visto crecer cada primavera y cada verano desde hace tantos años. Donde he llegado a ver limoneros en los patios y donde sus campos y edificios deshabitados han sido testigos de numerosos acontecimientos a lo largo de los años, tanto reales como imaginarios.

Hay otra cosa cierta en todo esto. Bajo las aguas del embalse hay un pueblo inundado. Quién sabe si no es mágico también, a su manera.



Agradecimientos

Cuando estoy escribiendo una novela, siempre pienso en lo que voy a poner aquí, en los agradecimientos. Es un ejercicio incluso divertido, que me sale solo. Hasta que tengo que hacerlo de verdad, porque entonces me desbordan los sentimientos. Pero estamos aquí para pelear y allá vamos.

En primer lugar, mil gracias a Anna López y a todo el equipo de Plataforma Neo, por el entusiasmo, el cariño y la ilusión con la que han recibido la historia de Lluvia. Gracias por creer en este limonero; sé que crecerá fuerte y resistirá muchas heladas con vuestra ayuda. Gracias también a Cristina, por esa portada que me tiene enamorada desde que vi el boceto, al que respondí, cuando Anna me preguntó si me gustaba, con un rotundo sí que debió de escucharse hasta en China. Casi me echo a llorar en el trabajo de la emoción (real).

Aprovechando que me acabo de meter en este jardín, me justificaré diciendo que no pude evitar mirar el correo en el trabajo en cuanto vi la notificación en mi móvil. Pero mis compañeros, y algunos excompañeros, lo comprenderían (espero). A todos vosotros: gracias por apoyarme y preocuparos con entusiasmo por mis libros.

También quería dar las gracias a mis amigos Rubén y Carmen, quienes me demuestran día a día que, independientemente del tiempo o las circunstancias, las verdaderas amistades se cuidan y mantienen. Al próximo brindis invito yo.

A mis amigos Nayara y Borja, dos personas que también aparecieron no hace mucho en mi vida y me han demostrado más en poco tiempo que otros tantos en años. Gracias por apoyarme desde entonces.

A Sara y Carlos, porque siempre estáis ahí, aunque no siempre sepa verlo o no siempre os llame. No sé qué haría sin vosotros.

A mis ambientólogos: Ana, Irene, Elena, Sonia, José, Sergio, Cris y Leticia, para que no os enfadéis. La universidad solo fue la excusa para conocernos; estoy segura de que seguiremos creciendo juntos, y yo no puedo ser más feliz por ello.

A Daniel, por su apoyo y cariño incondicionales durante todo este tiempo. Aunque a veces tengas que ponerme los pies en la tierra, nunca me has impedido volar.

A mi familia, incluidos todos mis primos, primas, tíos y tías. Gracias por no perder la oportunidad de decirme algo bonito acerca de mis historias.

A mis padres y mi hermana, Rut, por sus cuidados, su atención, su cariño y su apoyo incondicionales. Se me quedan cortas las palabras de agradecimiento con vosotros, especialmente cuando el lado oscuro de mi carácter hace su aparición. Soy muy afortunada de haber nacido en nuestra familia.

A ti, nubecilla, lector, lectora o como prefieras que me dirija a ti. En cualquier caso, gracias por haber acompañado a Lluvia en su último curso de instituto y por haber llegado hasta aquí. Te recuerdo que la magia es posible, que las malas rachas son solo eso, y que eres tan fuerte como

los limoneros de este libro, o incluso más. Espero que hayas disfrutado del aire renovado de Valdesa y ojalá pueda contar contigo en mi próximo lugar mágico.

Gracias.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com
[@plataformaneo](https://www.facebook.com/plataformaneo)

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.





neo

La pelirroja
Taryn Fisher

La pelirroja

Fisher, Tarryn
9788417622237
344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Querida Oportunista: Pensaste que podrías quitármelo, pero perdiste. Ahora él es mío y haré lo que sea para mantenerlo a mi lado. ¿No me crees? Tengo todo lo que se suponía que iba a ser tuyo. Por si acaso te lo preguntabas: no, él ya no piensa en ti. No lo dejaré marchar... Nunca. La Pelirroja Leah Smith tiene por fin todo lo que quería. O quizá no. Su matrimonio parece cada vez más un préstamo que un compromiso para toda la vida, y la imagen que tanto ha trabajado para construir está deshilándose ante sus propios ojos. Con un nuevo rol y un pasado lleno de secretos, Leah debe decidir hasta dónde está dispuesta a llegar para mantener aquello que robó.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Mi único plan

Smith, Andrea
9788417376673
400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Si había algo que recordaba sobre James Smith era que él nunca se daba por vencido. Si eso había cambiado, ¿qué más cosas serían diferentes en él?" Si hay algo que desespera a Kenzie Sullivan es no saber qué le deparará el futuro. Ha terminado los estudios y no sabe cómo encauzar su vida. Justo cuando cree que ya no puede sentirse más perdida, recibe una llamada de su amiga Mel que le dará un poco de esperanza. Un trabajo en Nueva York, un nuevo comienzo. ¿O quizá no? Si meter la pata el primer día no era suficiente, cuando su nuevo jefe la convoca a su despacho para hablar con ella, descubre que este no es otro que James Smith, su exnovio del instituto. La situación no podría empeorar. ¿O sí? ¿Y si descubre que sigue enamorada de él? Tras cuatro años separados, Kenzie y James se reencuentran e intentan retomar su amistad y, quién sabe, quizá también algo más. Tras el éxito de Mi plan D, Andrea Smith vuelve a encandilarnos con esta divertidísima secuela.

[Cómpralo y empieza a leer](#)